

HARLAN COBEN

No se lo digas a nadie



de

Durante trece años, Elizabeth y David Beck han acudido al lago Charmaine para dejar testimonio, en la corteza de un árbol, de un año más de felicidad.

En la actualidad ya no es así. Aquel decimotercer aniversario fue su última vez. Aquel año sucedió una tragedia difícil de superar.

Han pasado ocho años, pero el doctor David Beck no consigue sobreponerse al horror de semejante desgracia porque, aunque Elizabeth esté muerta y su asesino en el corredor de la muerte, aquella última cita puso fin a algo más que a una vida.

Pero la repentina aparición de unos extraños mensajes en el ordenador de Beck, junto a una fotografía de Elizabeth, reabre brutalmente las viejas heridas, y la inevitable necesidad de descubrir toda la verdad.

No se lo digas a nadie fue adaptada para la gran pantalla en el 2006, bajo la dirección del prestigioso director francés Guillaume Canet, e interpretada, entre otros actores, por François Cluzet, André Dussollier, Marie-Josée Croze y Kristin Scott Thomas, obteniendo un enorme éxito de crítica y público, además de cuatro premios Cesar y otras nueve diferentes nominaciones.



Harlan Coben

No se lo digas a nadie

ePub r1.1

Mónica & Sarah 20.02.14

Título original: *Tell no One*
Harlan Coben, 2001
Traducción: Roser Berdagué

Primer editor digital: Mónica (*In memoriam*)
Segundo editor: Sarah
ePub base r1.0



*En memoria de mi querida sobrina Gabi Coben, 1997-2000,
nuestra maravillosa niña, la pequeña Myszka...*

«Pequeño dijo: "¿Qué pasará cuando nos muramos y nos vayamos? ¿Seguirás queriéndome? ¿Continúa el amor?".»

«Y Grande dijo a Pequeño apretándolo con fuerza mientras ambos contemplaban la noche, la luna en la oscuridad y el centelleo de las estrellas: "Mira las estrellas, Pequeño, mira cómo brillan y relucen. Algunas murieron hace mucho tiempo. Aun así, siguen brillando en el cielo todas las noches para que tú las veas, Pequeño. Como la luz de las estrellas, el amor no muere nunca".»

DEBI GLIORI, *No Matter What* (Bloomsbury Publishing)

Agradecimientos

Pues bien, antes de empezar, me gustaría presentar a la banda:

A la extraordinaria editora Beth de Guzman, así como a Susan Corcoran, Sharon Lulek, Nita Taublib, Irwyn Applebaum y a los intérpretes principales de Bantam Dell.

A Lisa Erbach Vance y a Aaron Priest, mis agentes.

A la doctora Anne Armstrong-Coben, Gene Riehl, Jeffrey Bedford, Gwendolen Gross, Jon Wood, Linda Fairstein, Maggie Griffin y Nils Lofgren por su perspicacia y por su aliento.

Y a Joel Gotler, por haberme empujado, instigado e inspirado.

Prólogo

Ojalá se hubiera percibido un murmullo misterioso en el viento. O un profundo escalofrío en los huesos. Algo. Una canción etérea que sólo Elizabeth o yo pudiéramos oír. Una tensión en el aire. Alguna premonición de manual. Hay desgracias en la vida que casi esperamos —lo que les ocurrió a mis padres, por ejemplo— y después hay otros momentos oscuros, momentos de inesperada violencia, que lo cambian todo. Mi vida antes de la tragedia. Y mi vida de ahora. Desgraciadamente, las dos tienen poco en común.

El día de nuestro aniversario, Elizabeth estuvo callada durante el trayecto en coche, pero no me pareció extraño porque ya de niña era propensa a impredecibles rachas de melancolía. De pronto se quedaba callada y se abandonaba a alguna profunda reflexión o a un insondable retraimiento. No llegué a saber nunca cuál era la situación. Supongo que formaba parte del misterio, aunque aquella vez fue la primera que sentí que entre los dos se abría un abismo. Nuestra relación había sobrevivido a muchas cosas pero hube de preguntarme si sobreviviría a la verdad. O dicho de otro modo, a las mentiras no manifestadas.

El aire acondicionado del coche ronroneaba en la posición azul de MAX. El día era caluroso, bochornoso, un día típico de agosto. Atravesamos la laguna de Delaware por el puente Milford y fuimos recibidos en Pensilvania por un amable cobrador de peaje. Pasados quince kilómetros, distinguí el poyo de piedra donde se leía: LAGO CHARMAINE - PARTICULAR. Allí me interné en el camino de tierra.

Los neumáticos se hundían en el suelo y proyectaban polvo como si de un caballo árabe desbocado se tratara. Elizabeth apagó la música del coche. Mirándola por el rabillo del ojo, habría asegurado que estudiaba mi perfil. Me pregunté qué veía y el corazón me latió con fuerza.

Dos ciervos ramoneaban unas hojas a nuestra derecha. Se detuvieron, nos miraron, comprobaron que no llevábamos malas intenciones y continuaron paciendo. Seguí avanzando hasta que de pronto el lago apareció ante nuestros ojos. El sol se debatía en una agonía de muerte y marcaba en el cielo una espiral anaranjada y purpúrea. Las copas de los árboles parecían estar ardiendo.

—Es increíble que todavía sigamos con esto —dije.

—Fuiste tú quien empezó.

—Sí, tenía doce años.

Elizabeth sonrió apenas. Raras veces sonreía, pero cuando lo hacía... ¡paf!, directo a mi corazón.

—Es romántico —insistió.

—Es una cursilada.

—Lo romántico me encanta.

—Te encantan las cursiladas.

—Te jode hacerlo.

—Bueno, entonces llámame señor Romántico —dije.

—¡Venga, señor Romántico, que está haciéndose de noche! — se echó a reír y me cogió la mano.

El lago Charmaine. El nombre se lo puso mi abuelo, un nombre que ponía frenética a mi abuela. Habría querido que pusieran su nombre al lago. Se llamaba Bertha. El lago Bertha. Mi abuelo no quiso ni oír hablar del asunto. Dos puntos a favor de mi abuelo.

Cincuenta y tantos años atrás, el lago Charmaine fue asentamiento de un campamento de verano para niños ricos. Cuando el propietario estiró la pata, mi abuelo tuvo ocasión de

comprar el lago y los campos de alrededor a precio de ganga. Arregló la casa del director del campamento y derribó la mayoría de edificios de la zona frontal del lago. Pero en el corazón del bosque, allí donde ya nadie se internaba, dejó abandonadas a la podredumbre las literas de los chicos. Mi hermana Linda y yo solíamos explorar y escudriñar las ruinas buscando tesoros, jugando al escondite, nos atrevíamos incluso a buscar al coco, convencidos de que nos acechaba y nos estaba esperando. Elizabeth rara vez se nos unía. Le gustaba saber dónde estaba todo. Esconderse la asustaba.

Cuando bajamos del coche, percibí enseguida a los fantasmas. Eran muchísimos, demasiados, se arremolinaban y pululaban a mi alrededor tratando de despertar mi atención. Mi padre había resultado vencedor. El lago seguía siendo tan sobrecogedor como siempre pero habría jurado que resonaba aún en el aire el grito de placer de mi padre saliendo del muelle raudo como una bala, las rodillas apretadas contra el pecho, una sonrisa loca en los labios, el inminente chapoteo levantando una ola virtual en los ojos de su único hijo. A mi padre le gustaba desembarcar cerca de la balsa donde mi madre tomaba sus baños de sol. Aunque ella lo reñía, no podía disimular una sonrisa.

Un parpadeo hizo que las imágenes se desvanecieran, pero esto no me impidió recordar las risas y los gritos y el chapoteo que rizaba el agua y resonaba en la calma de nuestro lago, y hube de preguntarme si aquellos ecos y ondas del agua se extinguían del todo, si no habría algún lugar del bosque donde continuasen aún rebotando suavemente de árbol en árbol los alegres gritos de mi padre. Un pensamiento tonto pero real.

Los recuerdos, es cosa sabida, duelen. Los buenos duelen más que ninguno.

—¿Estás bien, Beck? —me preguntó Elizabeth.

—Voy a joderme, ¿de acuerdo? —dije, volviéndome hacia ella.

—¡Pervertido!

Avanzó camino adelante, la cabeza levantada, la espalda recta. La observé un segundo y me acordé de la primera vez que la vi caminando de aquella manera. Yo tendría siete años y estaba a punto de montar en mi bicicleta —la que tenía el asiento en forma de banana y una calcomanía de Batman—, dispuesto a hacer una incursión a través de Goodhart Road. Goodhart Road era una calle empinada y azotada por el viento, el lugar perfecto para un ciclista exigente como yo. Me lancé sin manos cuesta abajo, sintiéndome todo lo tranquilo y arrollador que puede sentirse un niño de siete años. El viento me echaba los cabellos para atrás y me hacía lagrimear los ojos. Fue entonces cuando descubrí el camión de mudanzas delante de la vieja casa de los Ruskin, me volví y —¡oh, primer impacto!— la vi, vi a mi Elizabeth con su columna vertebral de titanio, tan equilibrada ya entonces, cuando no era más que una niña de siete años con zapatitos de charol, pulsera y muchas pecas en la cara.

Nos conocimos dos semanas más tarde en la clase de segundo de la señorita Sobel y a partir de aquel momento —¡por favor, no se rían!— nos convertimos en amigos del alma. La gente mayor juzgaba nuestra amistad a un tiempo enfermiza y encantadora, una amistad que nos hacía inseparables y que iba camino de convertirse en amor y obsesión adolescente y en las típicas citas puramente hormonales de instituto. Todo el mundo esperaba que nos hiciésemos mayores. También nosotros. Los dos éramos alumnos brillantes, sobre todo Elizabeth, estudiantes por encima de la media, racionales incluso ante un amor tan irracional como el nuestro. Entendíamos las diferencias.

Pues bien, allí estábamos, teníamos veinticinco años, hacía siete meses que estábamos casados y volvíamos al lugar donde, a los doce años, nos dimos el primer beso de verdad.

Vomitivo, lo sé.

Nos abrimos paso a través de las ramas y de una humedad tan densa que se palpaba. El olor pegajoso de los pinos hendía el aire.

Avanzábamos con trabajo a través de altas hierbas. Nos seguía como una estela el zumbido de mosquitos y otros insectos que se perdía en lo alto. Los árboles proyectaban largas sombras que uno podía interpretar como quería, igual que cuando buscas un parecido a una nube o a una mancha del test Rorschach.

Dejamos aquel camino y seguimos abriéndonos paso a través de una maleza más espesa aún. Elizabeth abría la marcha. Yo la seguía a dos pasos de distancia, una posición que era todo un símbolo según lo veo ahora. Siempre creí que nada podía separarnos —nuestra historia lo probaba de manera irrefutable, ¿no?—, pero ahora más que nunca soy consciente de que presentí que el origen del problema estaba en arrancar a Elizabeth de mi lado.

Mi culpa.

Elizabeth, al frente, se desvió en ángulo recto al llegar a la gran roca de forma semifálica. A la derecha estaba nuestro árbol. Sí, allí estaban nuestras iniciales, grabadas en la corteza: *E.P.+ D.B.*

Y sí, estaban rodeadas por un corazón. Debajo del corazón, doce rayas, testimonio de cada uno de los aniversarios de aquel primer beso. Ya estaba a punto de soltar una agudeza de las más acerca de lo repulsivo de todo aquello cuando, al ver el rostro de Elizabeth, las pecas habían desaparecido o apenas se distinguían, la inclinación de su cadera, el cuello largo y grácil, los ojos verdes de mirada decidida, los oscuros cabellos enlazados en una trenza que le caía por la espalda como una cuerda, me detuve. A punto estuve de decírselo entonces, pero algo me contuvo.

—Te quiero —le dije.

—Estás jodido.

—¡Oh!

—Yo también te quiero.

—Está bien, está bien —dije, fingiendo desconcierto—, también tú lo estarás.

Sonrió pero me pareció ver inseguridad en su sonrisa. La abracé. Cuando ella tenía doce años y por fin hicimos acopio del suficiente valor para pasar a la acción, olí el maravilloso perfume a cabellos limpios y a Pixie Stix de fresa que emanaba. La novedad del acto me conturbó como no podía ser menos, y también la excitación, la exploración. Hoy Elizabeth olía a lilas y a canela. Como una cálida luz, el beso salió del centro mismo de mi corazón. Cuando nuestras lenguas se tocaron, aún me sobresalté. Elizabeth se apartó, falta de aliento.

—¿Quieres hacer los honores?

Me tendió la navaja y grabé la raya número trece en el árbol. Trece. Al volver la vista atrás, se me antoja que quizá fuera una premonición.

Cuando volvimos al lago ya había oscurecido. La pálida luna rasgaba la oscuridad como un faro solitario. Era una noche silenciosa, ni siquiera se oían los grillos. Elizabeth y yo nos desnudamos rápidamente. Al mirarla a la luz de la luna, sentí un nudo en la garganta. La primera en sumergirse fue ella, apenas una ondulación en el agua. La seguí con torpeza. El agua del lago estaba extrañamente cálida. Elizabeth nadaba con brazadas precisas y regulares, cortando el líquido y abriéndose un camino en él. Yo chapoteaba detrás de ella. Producíamos el ruido que provocan las piedras lanzadas al agua. Elizabeth volvió a mis brazos. Su piel era cálida y húmeda. Me encantaba su piel. Nos abrazamos con fuerza, sus pechos apretados contra mí. Sentía los latidos de su corazón y oía su respiración. Sonidos de vida. Nos besamos. Mi mano se extravió en la deliciosa curva de su espalda.

Cuando terminamos, y todo volvió a su estado normal, agarré un madero que flotaba y me desplomé sobre él. Jadeante, despatarrado, con los pies colgando, oscilantes en el agua.

Elizabeth, enfurruñada, dijo:

—¡Vaya!, ¿vas a dormir ahora?

—Y a roncar.

—¡Qué hombre!

Me tumbé boca arriba con las manos detrás de la cabeza. Por delante de la luna pasó una nube que transformó la noche azul en algo pálido y gris. El aire estaba tranquilo. Oí a Elizabeth salir del agua y dirigirse al embarcadero. Intentaba acostumbrar los ojos a la oscuridad. Apenas podía distinguir su silueta desnuda. Era, sencillamente, impresionante. La vi doblarse por la cintura y escurrirse el agua de los cabellos. Después arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás.

El madero que me sostenía iba a la deriva y alejándose de la orilla. Traté de reflexionar sobre lo que me había ocurrido sin acabar de entenderlo. El madero seguía moviéndose. Empezaba a perder de vista a Elizabeth. Cuando se confundió con la oscuridad, tomé una decisión: se lo diría, se lo diría todo.

Asentí para mí con la cabeza y cerré los ojos. Me sentía un cero. Escuché al agua lamer suavemente el madero.

Entonces oí la puerta de un coche al abrirse.

Me senté.

—¿Elizabeth?

Salvo mi respiración, el silencio era absoluto.

Volví a buscar su silueta. Era difícil distinguirla, pero la entreví un momento. O me lo figuré. Ya no estoy seguro; ni siquiera sé si importa. En cualquier caso, estaba totalmente inmóvil, tal vez vuelta hacia mí.

Quizá parpadeé —en realidad, tampoco estoy muy seguro— pero, cuando volví a mirar, ya había desaparecido.

El corazón me golpeó la garganta al gritar:

—¡Elizabeth!

No hubo respuesta.

El pánico se apoderó de mí. Caí de la tabla y nadé hacia el embarcadero. Las brazadas eran ruidosas, ensordecedoras a mis

oídos. No podía escuchar lo que ocurría suponiendo que ocurriera algo. Me detuve.

—¡Elizabeth!

Pasó un largo rato durante el cual no oí nada. La nube seguía tapando la luna. Tal vez Elizabeth se había metido en la cabaña. Tal vez había ido a buscar algo al coche. Abrí la boca para volver a gritar su nombre.

Fue entonces cuando escuché su grito.

Bajé la cabeza y me puse a nadar, a nadar con todas mis fuerzas, moví furiosamente brazos y piernas. Pero todavía estaba lejos del embarcadero. Intentaba mirar mientras nadaba, pero estaba demasiado oscuro para ver algo, la luna proyectaba débiles haces de luz que no iluminaban nada.

Oí un ruido áspero de algo llevado a rastras.

Podía ver el embarcadero enfrente. No estaba a más de seis metros. Nadé con más ahínco. Tenía los pulmones a punto de reventar. Tragué un poco de agua, tendí los brazos hacia delante, buscando con la mano a tientas en la oscuridad. Y la encontré. La escalera. Me agarré a ella y subí, salí del agua. El embarcadero estaba mojado del agua de Elizabeth. Miré hacia la cabaña. Demasiado oscuro. No se veía nada.

—¡Elizabeth!

Algo parecido a un bate de béisbol me golpeó en el plexo solar. Los ojos casi se me saltaron de las órbitas. Me doblé por la cintura, sentí que me ahogaba. Me faltaba el aire. Otro golpe. Esta vez me dio en la parte superior del cráneo. Oí un crujido dentro de la cabeza y tuve la sensación de que me habían hundido un clavo en la sien a golpe de martillo. Me fallaron las piernas y caí de rodillas. Totalmente desorientado, me llevé las manos a los lados de la cabeza tratando de protegerla. El golpe siguiente, el final, me dio en plena cara.

Caí hacia atrás de nuevo en el lago. Se me cerraron los ojos. Oí que Elizabeth volvía a gritar —esta vez lo que gritó fue mi nombre—

pero el sonido, todos los sonidos, se perdieron en un gorgoteo mientras me iba hundiendo en el agua.

1

Ocho años después

Otra chica estaba a punto de partirme el corazón.

Tenía los ojos castaños, el cabello ensortijado y una sonrisa toda dientes. Unos dientes sujetos con hierros. Tenía catorce años y...

—¿Estás embarazada? —le pregunté.

—Sí, doctor Beck.

Conseguí no cerrar los ojos. No era la primera vez que visitaba a una adolescente embarazada, ni siquiera era la primera que veía aquel día. Desde que había terminado mi residencia en el vecino centro médico presbiteriano de Columbia, cinco años atrás, ejercía como pediatra en la clínica Washington Heights. La clínica presta servicios de medicina general a una población con derecho a la asistencia pública sanitaria (léase: «pobre») y entre ellos figuraban los de obstetricia, medicina interna y, por supuesto, pediatría. Hay quien cree que esto me convierte en un benefactor, un médico de corazón blando. No se trata de eso. Me gusta mi profesión de pediatra, pero no particularmente ejercerla en un barrio residencial, con mamás que juegan al fútbol y papás que se hacen la manicura. En fin, gente como yo.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunté.

—Pues mire usted, doctor Beck, Terrell y yo estamos muy contentos.

—¿Qué edad tiene Terrell?

—Dieciséis.

Levantó la vista y me miró contenta y feliz. Conseguí de nuevo no cerrar los ojos.

Lo que me sorprende siempre, siempre, es que la mayor parte de estos embarazos no son accidentales. Esos niños quieren tener niños. La gente no lo entiende. Se habla mucho de control de natalidad y de abstinencia y son cosas que están muy bien, pero el hecho es que todos esos chicos tienen compañeros que han tenido hijos y todos saben que esos compañeros suyos reciben todo tipo de atenciones, así que, oye, Terrell, ¿por qué no nosotros?

—Me quiere —me dijo la niña de catorce años.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—Todavía no —hizo un gesto evasivo y me miró casi como una niña de catorce años, los que tenía—. He pensado que usted podría ayudarme a decírselo.

—Sí, claro —asentí.

He aprendido a no juzgar. Escucho. Me pongo en el lugar del otro. Cuando era residente, soltaba sermones. Miraba a los demás desde arriba y me dignaba hacer partícipes a mis pacientes de mis ideas sobre lo destructivo que sería para ellos una determinada conducta. Hasta que una tarde fría de Manhattan topé con una muchacha de diecisiete años, hastiada de la vida, que iba a tener un tercer hijo de un tercer padre y que, mirándome a los ojos, me soltó una indiscutible verdad:

—Usted no sabe nada de mi vida.

Fue algo que me dejó sin habla. Por eso, ahora escucho. Ya no hago el papel de hombre-blanco-y-bueno, gracias a lo cual soy mejor médico. Lo que quiero ahora es ofrecer a esa niña de catorce años y a su bebé los mejores cuidados posibles. No le diré que Terrell no seguirá a su lado, que el futuro es consecuencia del pasado ni tampoco que, si es como la mayoría de pacientes que tengo en esa zona, antes de cumplir los veinte años volverá a encontrarse por lo menos dos veces más en la misma situación.

Si uno piensa en ello, acaba volviéndose tarumba.

Estuvimos hablando un rato o, para decirlo con más exactitud, habló ella y yo escuché. La sala de reconocimiento, anexa a mi despacho, tenía las dimensiones aproximadas de una celda carcelaria (debo decir que es un dato que no conozco por experiencia propia) y estaba pintada de color verde institucional, como los lavabos de las escuelas primarias. De la parte trasera de la puerta colgaba una de esas cartas para calibrar la agudeza visual donde hay que señalar la dirección a la que apuntan las letras E. Una de las paredes estaba salpicada de calcomanías descoloridas con dibujos de Walt Disney y ocupaba la otra un póster gigantesco con una pirámide de alimentos. Mi paciente de catorce años estaba sentada en una mesa de reconocimiento, protegida con el papel sanitario de un rollo del que tirábamos para renovarlo después de cada paciente. Por alguna razón, la manera de desenrollar el papel me recordaba cómo envolvían los bocadillos del Carnegie Deli.

El radiador emanaba un calor sofocante, aunque era un artilugio imprescindible en un lugar donde era habitual que los niños tuvieran que desnudarse. Llevaba mi indumentaria habitual de pediatra: pantalón vaquero, zapatillas de deporte Chuck Taylor, camisa con cuello de botones y una brillante corbata «Salvad la Infancia» que delataba a gritos el año 1994. No llevaba bata blanca. En mi opinión, asusta a los niños.

La niña de catorce años —sí, éste es el límite de edad de mis pacientes— era, en realidad, una niña buena. Lo curioso del caso es que todas lo son. La envié a un ginecólogo conocido. Después, hablé con su madre. Un hecho que no tenía nada de nuevo ni tampoco nada de sorprendente. Como ya he dicho, tengo que hacerlo casi todos los días. Nos despedimos con un beso. Por encima del hombro de la niña, su madre y yo intercambiamos una mirada. Todos los días veo aproximadamente a veinticinco madres que me traen a sus hijos. Al cabo de la semana podría contar con los dedos de una mano las que están casadas.

Como he dicho antes, no juzgo. Sólo observo.

Cuando se fueron, garrapateé unas notas en el historial de la niña. Eché una ojeada a varias páginas atrás. La visitaba desde mis tiempos de residente, lo que significaba que había empezado a visitarla a los ocho años. Examiné su gráfica de crecimiento. Y la recordé a sus ocho años, pensé en el aspecto que tenía entonces. No había cambiado mucho. Al final cerré los ojos y los restregué.

Homer Simpson me interrumpió gritando:

—¡Correo! ¡Hay correo! ¡Uh, uh!

Abrí los ojos y me volví hacia el monitor. Tenía en la pantalla a Homer Simpson tal como aparece en el programa de televisión *Los Simpson*. Alguien había sustituido la monótona frase del ordenador: «Tiene correo» por el aviso de Homer. Me gustaba. Me gustaba mucho.

Estaba a punto de revisar mi correo electrónico cuando el graznido del interfono detuvo mi mano. Una de las recepcionistas, Wanda, dijo:

—Usted... ejem... usted... ummm. ¡Shauna al teléfono!

Comprendí su turbación. Le di las gracias y pulsé el botón parpadeante.

—Hola, encanto.

—¡No te molestes porque estoy aquí! —exclamó su voz.

Shauna colgó su móvil. Me levanté y salí al pasillo justo en el momento en que Shauna hacía su entrada desde la calle. Siempre que Shauna entra en una habitación parece que está haciendo un favor a alguien. Shauna era modelo de tallas especiales, una de las pocas conocidas simplemente por su nombre de pila: Shauna. Como Cher o Fabio. Un metro ochenta y cinco y ochenta y seis kilos. Como es lógico, era de las que hacía que la gente se volviera a mirarla, por lo que todas las cabezas de la sala de espera hicieron lo propio.

Shauna no se molestó en detenerse en recepción y las recepcionistas tampoco se molestaron en pararle los pies. Tras abrir la puerta, me saludó con estas palabras:

—¡A comer! ¡Ahora!

—Ya te dije que estaría ocupado.

—Anda, ponte la chaqueta, que fuera hace frío —dijo.

—Oye, que estoy bien. Además, el aniversario no es hasta mañana.

—No me vengas con cuentos.

Como dudé un momento, supo enseguida que me tenía en el saco.

—¡Venga, Beck! ¡Nos divertiremos! Como en los tiempos del instituto. ¿Te acuerdas de cuando íbamos a espiar a las calentorras?

—En mi vida he ido a espiar a las calentorras.

—¡No, claro! La que iba a espiarlas era yo. Anda, ponte la chaqueta.

Ya de vuelta en el consultorio, una de las madres me dijo con una enorme sonrisa, llevándome aparte:

—Vista al natural todavía es más guapa que en las fotos —murmuró en voz baja.

—¿Qué? —respondí.

—Usted y ella... —y la madre juntó las manos en un gesto elocuente.

—No, ella ya está comprometida —dije.

—¿De veras? ¿Con quién?

—Con mi hermana.

Comimos en un restaurante chino de mala muerte con un camarero chino que sólo hablaba español. Shauna, impecable con un traje azul de escote más bajo que el Lunes Negro, frunció el entrecejo:

—¿Cerdo Mu shu en tortilla?

—Arriésgate —le aconsejé.

Nos conocíamos desde el día que ingresamos en la universidad. Por error de la oficina de registro, donde se figuraron que su nombre

era Shaun, nos pusieron en la misma habitación. Ya nos disponíamos a informar de la equivocación cuando empezamos a charlar. Shauna me pagó una cerveza. Y a mí me empezó a gustar. A las pocas horas decidimos no reclamar ya que pensamos que a lo mejor nos adjudicaban a unos imbéciles por compañeros de habitación.

Yo fui al Amherst College, una institución exclusivista no de la Liga de la Hiedra pero casi, enclavada al oeste de Massachusetts. No sé si hay en el mundo lugar más pijo que éste, en todo caso yo no lo conozco. Elizabeth, que pronunció el discurso de despedida en el instituto, escogió Yale. Habríamos podido ir a la misma universidad, pero lo hablamos y decidimos que aquélla podía ser una prueba decisiva para lo nuestro. Una vez más, hicimos lo que correspondía que hicieran las personas sensatas que éramos. ¿Cuál fue el resultado? Pues que nos echábamos de menos como locos. La separación no hizo más que consolidar nuestro compromiso y dar a nuestro amor aquella dimensión que demuestra que no siempre la distancia es el olvido.

Es vomitivo, lo sé.

Entre bocado y bocado, Shauna me preguntó:

—¿Podrías hacer de canguro de Mark esta noche?

Mark era mi sobrino de cinco años. En el último curso Shauna comenzó a salir con mi hermana mayor, Linda. Hace siete años que celebraron su unión con una ceremonia de compromiso. Mark es el producto secundario de su amor, por supuesto con ayuda de la inseminación artificial. Linda se encargó de gestarlo y Shauna de adoptarlo. Como eran un poco anticuadas, querían que su hijo tuviera un modelo masculino en su vida. Y aquí es donde entro yo.

Hablamos al estilo de *Ozzie and Harriet*.

—No hay problema —dije—, no quiero perderme la nueva película de Disney.

—La nueva chica de Disney es una chica y media —dijo Shauna—. Desde Pocahontas no habían hecho nada tan bueno.

—Me alegra saberlo —dije—. ¿Se puede saber dónde vais tú y Linda?

—Salir me pega tres patadas. Desde que las lesbianas estamos de moda, tenemos una agenda muy apretada. Casi añoro los tiempos en que estábamos en el armario.

Pedí una cerveza. Seguramente no debí hacerlo, pero por una no llegaría la sangre al río.

Shauna también pidió una.

—O sea que has roto con aquella como se llame —comentó.

—Brandy.

—Eso. ¡Vaya nombrecito, dicho sea de paso! ¿No tendrá una hermana que se llama Whisky?

—No salimos más que dos veces.

—De acuerdo, pero era una bruja y, además, flaca. Te tengo reservada una que te iría como anillo al dedo.

—Gracias, pero no —dije.

—Tiene un cuerpo asesino.

—No quieras dirigir mi vida, Shauna, te lo pido por favor.

—¿Por qué no?

—¿Te acuerdas de la última vez que lo intentaste?

—Sí, con Cassandra.

—Ni más ni menos.

—¿Qué tiene de malo?

—Para empezar, era lesbiana.

—¡Por el amor de Dios, Beck, hay que ver lo estrecho que eres!

Sonó su móvil. Respondió echando el cuerpo hacia atrás y sin apartar los ojos de mí. Tras gruñir unas palabras, cerró el móvil.

—Tengo que irme —dijo.

Le indiqué la nota.

—Ven mañana por la noche —dictaminó.

Fingí un suspiro.

—¿Es que las lesbianas no tienen planes?

—Yo no, pero tu hermana sí. Piensa asistir a la ceremonia extraordinaria Brandon Scope.

—¿No vas con ella?

—No.

—¿Por qué?

—Pues porque no queremos que Mark esté dos noches seguidas sin una de las dos. Y Linda tiene que salir. Ahora la que manda es ella. En cuanto a mí, tengo la noche libre. O sea que ven mañana por la noche, ¿de acuerdo? Yo me encargo de todo, veremos vídeos con Mark.

«Mañana» era el aniversario. Si Elizabeth hubiera vivido, «mañana» habríamos grabado la inscripción número veintiuno en aquel árbol. Pero por extraño que pudiera parecer, «mañana» no será para mí un día particularmente triste. Estoy pertrechado para afrontar aniversarios, vacaciones o cumpleaños de Elizabeth, generalmente los vivo sin problema alguno. Lo que me cuesta son los días «normales». Los problemas surgen al enfrentarme con cosas antiguas, cuando tropiezo accidentalmente con algún episodio clásico del programa de *The Mary Tyler Moore Show* o de *Cheers*. O cuando entro en una librería y veo de pronto un nuevo libro de Alice Hoffman o de Anne Tyler. O cuando escucho a los O'Jays o a los Four Tops o a Nina Simone. Cosas tan corrientes como éstas.

—Prometí a la madre de Elizabeth que iría a verla —expliqué.

—¡Ah, Beck!... —iba a decir algo pero se contuvo—. ¿Y después?

—Sí, claro —dije.

Shauna me agarró por el brazo.

—Vuelves a hacerte el huidizo, Beck.

No respondí.

—Te quiero, ya lo sabes. Quiero decir, si tuvieras alguna clase de atractivo sexual, del tipo que fuera, probablemente habría ido a por ti en lugar de dirigirme a tu hermana.

—Es muy halagador —dije—, de veras.

—No me rehúyas. Si me rehúyes, rehúyes a todo el mundo. Habla conmigo, ¿quieres?

—De acuerdo —contesté.

Lo que pasa es que no puedo hablar.

A punto estuve de borrar el mensaje.

Es tanta la basura que llega con el correo electrónico, la propaganda, la avalancha de misivas, que el dedo se va automáticamente a la tecla de suprimir. Lo primero que hago es leer la dirección del remitente. Si es alguna persona conocida o alguien del hospital, estupendo. En caso contrario, pulso la tecla borradora con gran entusiasmo.

Me senté ante mi escritorio y revisé el plan de la tarde. Una tarde llena a rebosar, lo que no era ninguna sorpresa para mí. Hice girar la silla, preparando el dedo borrador. Sólo un mensaje. El que había hecho soltar un alarido a Homer hacía un momento. Hice una lectura rápida y mis ojos se detuvieron en las dos primeras letras del asunto.

¿Qué era aquello...?

La ventana de la pantalla estaba formateada de tal manera que lo único que podía ver eran aquellas dos letras y la dirección electrónica del remitente. La dirección me resultaba desconocida: una serie de números@comparama.com.

Entrecerré los ojos y pulsé la tecla de avance a la derecha. El contenido del mensaje fue apareciendo carácter por carácter. Tras cada uno iba acelerándose el ritmo de las pulsaciones de mi corazón. Mantuve el dedo en la tecla y esperé.

Una vez terminado, cuando habían aparecido todas las letras, volví a leer el asunto y sentí un golpe sordo y profundo en el pecho.

—¿Doctor Beck?

Mi boca se negó a hablar.

—¿Doctor Beck?

—Un minuto, Wanda.

Wanda vaciló. Siguió un momento en el interfono. Después la oí desconectar.

Yo seguía con la mirada fija en la pantalla:

Para: dbeckmd@nyhosp.com

De: 13943928@comparama.com

Asunto: E.P.+D.B.//////////

Veintiuna barras. Ya las había contado cuatro veces.

Era una broma cruel, morbosa. No podía decir otra cosa. Cerré las manos, que se transformaron en puños, y me pregunté qué jodido cabrón hijo de puta me había enviado aquel mensaje. No costaba mucho guardar el anonimato en el correo electrónico, se había convertido en el mejor refugio de los tecnocobardes. Sin embargo, el caso era que muy pocos sabían lo del árbol o lo de nuestro aniversario. Los medios de comunicación no llegaron a enterarse de esos detalles. Shauna, por supuesto, estaba enterada. Y Linda. Tal vez Elizabeth se lo hubiera contado a sus padres o a su tío. Pero dejando aparte a esas personas...

Así, pues, ¿quién lo había enviado?

Por supuesto que quería leer el mensaje, pero había algo que me retenía. La verdad es que pienso en Elizabeth más de lo que debiera. No quiero engañar a nadie, pero no hablo nunca de ella ni sobre lo que ocurrió. La gente se figura que quiero dármelas de macho o de valiente, que lo hago para no atosigar a mis amigos o para evitar su conmiseración o cualquier otra tontería de ese género. Pero no es eso. Hablar de Elizabeth duele. Y mucho. Hablar de ella me devuelve su último grito. Me devuelve todas las preguntas que han quedado sin respuesta. Me devuelve los «Podría haber...» (puedo asegurar que pocas cosas son tan devastadoras como esa frase: «Podría haber...»). Devuelven el remordimiento y la

sensación, por irracional que sea, de que un hombre más fuerte que yo, mejor que yo, podría haberla salvado.

Dicen que se tarda mucho en asimilar una tragedia. Uno se queda anonadado, incapaz de aceptar la espantosa realidad. Una vez más, eso no es cierto. En todo caso, no lo es para mí. Yo comprendí plenamente todas las consecuencias que presupuso el hallazgo del cadáver de Elizabeth. Comprendí que no volvería a verla nunca más, que no volvería a tenerla en mis brazos, que ya no podríamos tener hijos ni envejecer juntos. Comprendí que aquel hecho marcaba el final, que no era un aplazamiento, que no había nada que cambiar o negociar.

Recuerdo que rompí a llorar de inmediato, sollocé de forma irreprimible. Estuve sollozando casi una semana entera sin que nada pudiera calmarme. Sollocé en el funeral. No dejaba que nadie me tocara, ni Shauna ni Linda. Dormí solo en nuestra cama, enterraba la cabeza en la almohada de Elizabeth tratando de recuperar su olor. Abría sus armarios y apretaba su ropa contra mi rostro. Nada de eso me consolaba. Era algo extraño, y dolía. Pero recuperaba su olor, una parte de su persona, y seguía haciéndolo de todos modos.

Amigos bien intencionados —suelen ser los peores— me decían las frases manidas y habituales, así que me encuentro en buena posición de aconsejar a la gente que se limite a dar el pésame y basta. Que no me dijese que era joven. Que no me dijese que el tiempo lo cura todo. Que no me dijese que ahora ella estaba en paz. Que no me dijese que lo que había ocurrido era la voluntad de Dios. Que no me dijese que yo había tenido la suerte de conocer un amor como aquél. Cada uno de esos tópicos me mortificaban y por cruel que suene, me hacía mirar al idiota o a la idiota que lo decía y preguntarme por qué él o ella seguía respirando mientras mi Elizabeth estaba pudriéndose.

Todavía oigo aquella sandez del «mejor haber amado y haber perdido». Otra mentira más. Créanme si les digo que no es mejor.

Que no me enseñen el paraíso para cerrarlo después. Aquello formaba parte del cuadro. Era la faceta egoísta. Lo que más me hería, lo que me hacía más daño, era sentir que Elizabeth había quedado excluida de muchas cosas. No sabría decir cuántas veces he visto o he hecho algo y al momento he pensado que a Elizabeth le habría gustado compartirlo conmigo, y los remordimientos me golpean de nuevo.

La gente me pregunta si estoy arrepentido de algo. Y la respuesta es que sí, sólo de una cosa. Me arrepiento de las muchas oportunidades que desperdiqué de hacer feliz a Elizabeth.

—¿Doctor Beck?

—Un momento, por favor —dije.

Puse la mano en el ratón y moví el cursor hasta el icono de LECTURA. Lo pulsé y apareció el contenido del mensaje:

Para: dbeckmd@nyhosp.com

De: 13943928@comparama.com

Asunto: E.P.+D.B.//////////

Mensaje: Haga clic en este hipervínculo, hora del beso, aniversario.

Sentí un peso insoportable dentro de mí.

¿Hora del beso?

Aquello era una broma, tenía que serlo. No se me dan bien los enigmas. Tampoco sirvo para esperar.

Volví al ratón y desplacé la flecha sobre el hipervínculo. Pulsé y oí el chirrido primitivo del módem, la invitación a la llamada de la maquinaria al apareamiento. En la clínica tenemos un sistema anticuado. Tardó bastante en aparecer el navegador de la red. «Hora del beso, ¿cómo saben lo de la hora del beso?», pensé mientras esperaba.

Apareció el navegador. Detectaba error.

Fruncí el entrecejo. ¿Quién demonios me enviaba aquello? Probé por segunda vez y apareció de nuevo el mensaje señalando

error. Se trataba de un enlace roto.

«¿Quién demonios sabía lo de la hora del beso?»

No se lo había dicho nunca a nadie. Elizabeth y yo no solíamos hablar mucho del asunto, probablemente porque no tenía demasiada importancia. Éramos algo cursis, al estilo Pollyanna, la eterna optimista, y procurábamos guardarnos para nosotros este tipo de cosas. Será una estupidez, pero la primera vez que nos besamos, hace veintiún años, tomé nota de la hora. Por pura diversión. Al terminar miré la hora en mi reloj Casio y dije:

—Las seis y cuarto.

Y Elizabeth añadió:

—La hora del beso.

Volví a leer el mensaje. Estaba empezando a ponerme nervioso. Aquello era más que una broma. Una cosa es enviar un mensaje electrónico cruel y otra...

«La hora del beso».

Bien, la hora del beso eran las seis y cuarto del día siguiente. No había otra opción. Tendría que esperar hasta entonces.

Así sería, pues.

Guardé el mensaje en un disquete, por si acaso. Bajé las opciones de impresión y pulsé «imprimir todo». No entiendo mucho de ordenadores, pero sé que a veces se puede averiguar el origen de un mensaje a través de todo el galimatías de la parte inferior. Oí el ronroneo de la impresora. Eché otra ojeada al asunto. Volví a contar las barras. Sí, veintiuna.

Y me quedé pensando en aquel árbol y en aquel primer beso y entonces, allí, en mi despacho cerrado y sofocante, olí de nuevo el perfume de Pixie Stix de fresa.

2

En casa me esperaba otro susto del pasado.

Vivo a un lado del puente George Washington, enfrente de Manhattan, precisamente en la zona de Green River, Nueva Jersey, un lugar representativo del típico sueño americano y que, pese a su nombre, no tiene río y el verde va desapareciendo de día en día. La casa pertenece a mi abuelo. Me trasladé a vivir con él y con toda una caterva de enfermeras extranjeras cuando murió mi abuela hará de eso tres años.

Mi abuelo padece la enfermedad de Alzheimer. Su cabeza es como un televisor viejo en blanco y negro con una antena de interior averiada. Mi abuelo entra y sale, tiene algunos días mejores que otros, pero hay que colocar las antenas de determinada manera y no moverlas en absoluto y aun así, la imagen que aparece en la pantalla presenta rayas verticales intermitentes. Así era antes al menos, porque últimamente, y para seguir con la metáfora, el televisor casi no parpadea.

En realidad, a mí nunca me gustó mi abuelo. Era un hombre dominante a la antigua usanza, un tipo de esos que te aprietan las tuercas y cuyo afecto está en proporción directa al éxito que consigues. Era brusco, nada afectuoso y con un machismo de vieja escuela. Era lógico que su nieto le pareciera poco sensible y nada atlético, por muy buenas notas que sacara.

Si me fui a vivir con él fue porque, de no haberme mudado yo, mi hermana se lo habría llevado a su casa. Porque Linda era así. Cuando en el campamento de verano cantábamos: «Él tiene todo el

mundo en sus manos», Linda se tomaba las palabras al pie de la letra. Se sentía en la obligación. Pero Linda tenía un hijo, además de pareja y responsabilidades. Yo no. Por eso consideré un deber irme a vivir con él. Además, vivir en su casa resultaba agradable, era un lugar tranquilo.

Chloe, mi perra, corrió hacia mí agitando el rabo. Le rasqué la zona detrás de las orejas caídas. Aguantó un momento, pero enseguida empezó a echar ojeadas a la trailla.

—Espera un minuto —le dije.

Es una frase que no le gusta a Chloe. Por eso me miró, lo que no deja de ser meritorio porque el pelo le cubre totalmente los ojos. Chloe es una collie barbuda, una raza más parecida al perro pastor que a los otros collies que conozco. Elizabeth y yo compramos a Chloe poco después de casarnos. A Elizabeth le gustaban mucho los perros. A mí no. Me gustan ahora.

Chloe apretaba el cuerpo contra la puerta frontal. No dejaba de mirar la puerta, luego a mí y de nuevo a la puerta. Era una indicación.

Mi abuelo estaba repantigado delante del televisor, que ahora emitía un programa de entretenimiento. No se volvió hacia mí, pero no parecía tampoco que mirase el programa. Su rostro había adquirido la fijeza y palidez congelada de la muerte. Sólo cuando le cambiaban las gasas parecía que se le fundía todo aquel hieratismo. Entonces se le afinaban los labios y su expresión se distendía, se le anegaban los ojos y hasta a veces se le escapaba una lágrima. Creo que su grado máximo de lucidez se producía en el momento exacto en que ansiaba la senilidad.

Dios tiene bastante sentido del humor.

La enfermera me había dejado una nota sobre la mesa de la cocina: LLAME AL SHERIFF LOWELL.

Y debajo, garrapateado, un número de teléfono.

Sentí unos violentos latidos en la cabeza. Sufro migrañas desde la agresión. Los golpes me provocaron una fractura de cráneo y

estuve cinco días hospitalizado, aunque el especialista, compañero de la facultad, cree que las migrañas son más psicológicas que fisiológicas. Tal vez tenga razón. En cualquier caso, subsiste el dolor y el remordimiento. Habría debido esquivar los golpes. Habría debido verlos venir. No habría debido dejarme caer en el agua. Y finalmente, si conseguí reunir suficiente fuerza para salvarme, ¿por qué no había hecho lo mismo para salvar a Elizabeth?

Sé que ahora todo es inútil, lo sé.

Vuelvo a leer la nota. Chloe empieza a gimotear. Levanto un dedo. Deja de gemir pero vuelve a dirigir sus miradas hacia mí y a la puerta.

Hacía ocho años que no había vuelto a saber del sheriff Lowell, pero todavía lo recordaba inclinado sobre mi cama del hospital, recordaba su rostro desconfiado y cínico.

¿Qué querría ahora después de tanto tiempo?

Cogí el teléfono y marqué el número. Una voz respondió tras la primera señal.

—Gracias, doctor Beck, por haber respondido a mi llamada.

No soy un gran admirador del servicio secreto, para mi gusto se parece demasiado al Gran Hermano. Me aclaré la garganta y me salté las cortesías.

—¿Puedo servirle en algo, sheriff?

—Me encuentro en los alrededores —dijo—. Si no tiene inconveniente, me gustaría hacerle una visita.

—¿Una visita social? —pregunté.

—No, no es eso exactamente.

Se quedó esperando a que yo dijera algo, pero no dije nada.

—¿Sería oportuno que le visitase ahora? —preguntó Lowell.

—¿Le importaría decirme de qué se trata?

—Prefiero esperar hasta...

—Pues yo preferiría que no esperase.

Sentí la tensión de mi mano en el teléfono.

—De acuerdo, doctor Beck, comprendo perfectamente —se aclaró la garganta, como si tratase de ganar tiempo—. No sé si se habrá enterado por las noticias de que se han encontrado dos cadáveres en Riley County.

No me había enterado.

—¿Y qué?

—Pues que se encontraron cerca de su propiedad.

—La propiedad no es mía. Es de mi abuelo.

—Pero él está bajo su custodia legal, ¿no?

—No —dije—. Está bajo la custodia de mi hermana.

—Entonces quizá podría avisarle. Me gustaría hablar también con ella.

—Pero los cadáveres de que me habla no se encontraron en el lago Charmaine, ¿verdad?

—En efecto, los encontramos en la propiedad vecina, la de la parte oeste. Es decir, el terreno propiedad del condado.

—¿Qué quiere saber de nosotros, pues?

Hubo una pausa.

—Mire, estaré en su casa dentro de una hora. Por favor, procure que esté también Linda, ¿de acuerdo?

Y colgó.

Los ocho años transcurridos no habían sido misericordiosos con el sheriff Lowell, aunque había que admitir que nunca había sido un Mel Gibson. Siempre había sido un tipo escuchimizado de rasgos enjutos. La punta de la nariz era protuberante en extremo y constantemente sacaba del bolsillo un pañuelo usado hasta la saciedad, lo desdoblada con cuidado y se frotaba la nariz con él, volvía a doblarlo con el mismo cuidado y se lo volvía a meter en las profundidades del bolsillo trasero del pantalón.

Había llegado Linda. Se sentó en el sofá con el cuerpo inclinado hacia delante, dispuesta a protegerme. Así era como solía sentarse.

Linda era una de esas personas que te dispensan una atención total, sin compartirla con nada más. Clavaba en ti aquellos ojos grandes y castaños y ya no podías mirar a ningún otro sitio más que a sus ojos. Reconozco que en esto soy parcial, pero no conozco a nadie tan bueno como Linda. Cursi, si se quiere, pero el solo hecho de que exista Linda hace que yo tenga esperanza en este mundo. Saber que me quiere me devuelve lo que he perdido.

Nos sentamos en la ceremoniosa salita de mis abuelos, una habitación que yo procuraba evitar por todos los medios posibles. Era rancia y lúgubre, el sofá retenía olor a viejo. Me costaba respirar cuando estaba en ella. El sheriff Lowell tardó un rato en situarse. Se sonó un par de veces más y sacó un bloc del bolsillo, se mojó el dedo y buscó hasta dar con la hoja que buscaba. Con la más amable de sus sonrisas, empezó el interrogatorio:

—¿Le importaría decirme cuándo fue la última vez que estuvo en el lago?

—El mes pasado —dijo Linda.

Pero los ojos del hombre estaban fijos en mí.

—¿Y usted, doctor Beck?

—Hace ocho años.

Asintió con un gesto, como si aquella hubiera sido la respuesta que esperaba.

—Como le dije por teléfono, hemos encontrado dos cadáveres cerca del lago Charmaine.

—¿Los han identificado? —preguntó Linda.

—No.

—¡Qué extraño!

Lowell se quedó pensativo mientras se inclinaba hacia delante y volvía a sacar el pañuelo.

—Sabemos que son hombres, adultos y de raza blanca. Ahora estamos revisando los archivos de las personas desaparecidas. Los cadáveres son antiguos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

El sheriff Lowell volvió a buscarme los ojos.

—Sería difícil decirlo. Los médicos forenses siguen haciendo pruebas, pero creemos que llevan muertos por lo menos cinco años. Y los enterraron bien, además. No los habríamos encontrado nunca de no haberse producido un corrimiento de tierras como consecuencia de las intensísimas lluvias y de no haber aparecido un oso con el brazo de un cadáver.

Mi hermana y yo nos miramos.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Linda.

El sheriff Lowell asintió con la cabeza.

—Sí, un cazador disparó a un oso y encontró un hueso junto al cuerpo. El oso lo tenía en la boca. Resultó que era un brazo humano. A partir de aquí iniciamos las averiguaciones. Ha sido laborioso, se lo aseguro. Todavía estamos haciendo excavaciones en la zona.

—¿Creen que puede haber más cadáveres?

—No podría asegurarlo.

Volví a sentarme. Linda seguía centrada en el asunto.

—¿Ha venido a pedirnos permiso para excavar en la zona del lago Charmaine?

—En parte, sí.

Esperamos a que añadiera algo más. Se aclaró la garganta y volvió a mirarme.

—Doctor Beck, si no me equivoco, usted pertenece al grupo sanguíneo B positivo, ¿verdad?

Abrí la boca, pero Linda me puso una mano protectora en la rodilla.

—¿Se puede saber qué tiene que ver eso con el caso? —preguntó.

—Hemos encontrado otras cosas —dijo Lowell—. En el sitio donde estaban enterrados.

—¿Qué cosas?

—Lo siento pero es confidencial.

—Entonces váyase al cuerno —dije.

Lowell no pareció particularmente sorprendido ante mi salida de tono.

—Lo único que quiero es tratar de...

—Ya se lo he dicho, váyase.

El sheriff Lowell no se movió de su sitio.

—Sé que el asesino de su esposa compareció ante la justicia —dijo— y sé que debe de ser muy doloroso para usted tener que remover todas estas cosas.

—No quiera protegerme —dije.

—No es mi intención.

—Hace ocho años usted creía que yo la había matado.

—Eso no es verdad. Usted era su marido. En casos como éste, las probabilidades de que un miembro de la familia esté involucrado...

—Si no hubiera perdido tanto tiempo con aquel tipejo, quizá la habría encontrado antes... —me eché hacia atrás, sentí que me ahogaba.

Salí. ¡Maldito hombre! Linda salió corriendo detrás de mí, pero yo no me detuve.

—Mi deber era agotar todas las posibilidades —continuó con su monótona cantilena—. Las autoridades federales nos secundaban. Incluso su suegro y el hermano de él estaban al tanto de todas las novedades. Nosotros hicimos todo cuanto estaba en nuestra mano.

No podía soportar ni una palabra más.

—¿Qué demonios quiere, Lowell?

Se levantó y se arregló los pantalones sobre la tripa. Creo que quería aprovechar la ventaja que le daba la estatura. Seguramente para intimidarme.

—Una muestra de sangre —dijo—. De su sangre.

—¿Por qué?

—Cuando secuestraron a su esposa, también lo atacaron a usted.

—¿A qué viene eso?

—Lo atacaron con un objeto de punta roma.

—Es cosa sabida.

—Sí —dijo Lowell. Volvió a sonarse, se metió el pañuelo en el bolsillo y empezó a pasearse de un lado a otro—. Cuando encontramos los cadáveres, encontramos también un bate de béisbol.

Volví a sentir aquel latido doloroso dentro de la cabeza.

—¿Un bate?

Lowell asintió.

—Enterrado junto con los cadáveres. Un bate de madera.

—No entiendo qué tiene que ver esto con mi hermano —intervino Linda.

—El bate tenía manchas de sangre seca. Hemos descubierto que pertenece al grupo B positivo —volvió la cabeza hacia mí—. Su mismo grupo, doctor Beck.

Una vez más, volvíamos sobre lo mismo. El aniversario de la inscripción en el árbol, el baño en el lago, el ruido de la puerta de un coche, mi frenética carrera hasta la orilla.

—¿Recuerda haber caído en el lago? —me preguntó Lowell.

—Sí.

—¿Y haber oído gritar a su mujer?

—Sí.

—¿Y luego se desmayó? ¿Y se cayó en el agua?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué profundidad diría usted que tiene el lago? Me estoy refiriendo al lugar donde usted cayó.

—¿No la comprobaron hace ocho años? —pregunté.

—Sea indulgente conmigo, doctor Beck.

—No lo sé. Es profundo.

—¿No se hace pie?

—No.

—Muy bien. ¿Qué recuerda de lo ocurrido después?

—El hospital —dije.

—¿No recuerda nada entre el momento en que cayó al agua y el momento en que se despertó en el hospital?

—Nada en absoluto.

—¿No recuerda haber salido del agua? ¿No recuerda haberse acercado a la cabina ni haber llamado una ambulancia? Sin embargo, lo hizo, ¿sabe? Lo encontramos tendido en el suelo de la cabina. El teléfono seguía descolgado.

—Lo sé, pero no consigo recordarlo.

Linda tomó la palabra.

—¿Cree usted que estos dos hombres son otras víctimas de... —titubeó—... de KillRoy?

Lo dijo en un hilo de voz. KillRoy. Su solo nombre inundó de frío la habitación.

Lowell tosió dentro del puño.

—No lo sabemos con seguridad, señora. Las víctimas de KillRoy son siempre mujeres. No nos consta que hubiera escondido nunca un cadáver... por lo menos no tenemos conocimiento de ningún caso. Y como la piel de esos dos hombres está descompuesta tampoco podemos asegurar si fueron marcados o no.

«Marcados»... La cabeza había empezado a darme vueltas. Cerré los ojos y me esforcé en no oír nada más.

3

Al día siguiente, por la mañana, volé a mi despacho. Llegué dos horas antes de la hora programada para mi primer paciente. Me lancé al ordenador, busqué el extraño mensaje electrónico que había recibido y pulsé el hipervínculo. De nuevo apareció un error. En realidad, no fue para mí ninguna sorpresa. Me quedé mirando fijamente el mensaje y lo leí una y otra vez buscando en él algún significado oculto. Pero no lo encontré.

Anoche me sacaron sangre. Tardarán semanas en obtener el resultado de la prueba del ADN, pero el sheriff Lowell dijo que habría un resultado preliminar. Traté de sacarle más datos, pero no abrió la boca. Sabía que nos ocultaba algo, pero no tenía idea de lo que podía ser.

Sentado en la sala de reconocimiento y mientras esperaba a mi primer paciente, estuve rememorando la visita de Lowell. Pensé en los dos cadáveres que habían encontrado. Y en el bate de madera ensangrentado. Y hasta me permití pensar en las marcas.

El cadáver de Elizabeth fue hallado en la carretera 80 cinco días después del secuestro. El forense dictaminó que llevaba dos días muerta, lo que significaba que había estado tres días viva con Elroy Kellerton, alias KillRoy. ¡Tres días sola con un monstruo! Tres amaneceres y tres atardeceres aterrada en la oscuridad y sometida a terribles sufrimientos. Hago enormes esfuerzos para no pensar. Hay lugares de la mente que no deben visitarse, bastante presentes se hacen.

Tres semanas más tarde detuvieron a KillRoy. Confesó que había matado a catorce mujeres, una lista que se iniciaba con una colegiala de Ann Arbor y terminaba con una prostituta del Bronx. Las catorce mujeres se encontraron tiradas a un lado de la carretera, como si fuesen basura. Todas llevaban marcada la letra K. Como cabezas de ganado. En otras palabras, Elroy Kellerton cogió un atizador de metal, lo puso a calentar al fuego para lo cual se protegió la mano con un mitón, hasta que estuvo al rojo vivo y después quemó con él la suavísima piel de mi Elizabeth, que emitió un sibilante siseo.

Mi mente se extravió por extraños vericuetos y comenzaron a fluir las imágenes. Cerré con fuerza los ojos y quise apartarlas. Pero el procedimiento no surtió efecto. Dicho sea de paso, el asesino sigue vivo. Me refiero a KillRoy. Gracias al procedimiento de apelación, ese monstruo tiene la oportunidad de respirar, leer, hablar, conceder entrevistas a la CNN, recibir visitas de benefactores, sonreír. Y mientras tanto sus víctimas se pudren bajo tierra. Como ya he dicho, Dios tiene sentido del humor.

Me eché agua fría en la cara y me miré en el espejo. Mi aspecto era espantoso. Los pacientes empezaron a llegar a las nueve en punto. Eso me distrajo, por supuesto. Mantuve un ojo en el reloj de la pared, esperando que llegase «la hora del beso», las seis y cuarto. Las manecillas avanzaban penosamente, como si estuviesen empapadas en un jarabe espeso.

Me sumergí en mis pacientes. Siempre he tenido esta capacidad. Cuando era pequeño, podía estudiar horas y horas. Ya médico, consigo abstraerme en mi trabajo. Fue lo que hice después de la muerte de Elizabeth. Algunos me dicen que mi trabajo me sirve de evasión, que he optado por trabajar en lugar de vivir. Pero a ese tópico respondo con una simple frase: «Es su punto de vista».

A mediodía me zampé un bocadillo de jamón y una Coca-cola light y vi a algunos pacientes más. El año pasado un niño de ocho años hizo ochenta visitas a un quiropráctico para una «alineación de

la columna vertebral». Al niño ni siquiera le dolía la espalda. Se trataba simplemente de una estafa urdida por varios quiroprácticos de la zona. Suelen regalar un televisor o un vídeo a los padres si les llevan a sus hijos a la consulta, lo que les permite facturar las visitas a la asistencia pública sanitaria.

Ésta es un servicio maravilloso y necesario, del que sin embargo se abusa tanto como abusa Don King de los teloneros. Una vez llevaron en ambulancia al hospital a un chico de dieciséis años porque había sufrido quemaduras de sol de tipo corriente. ¿Por qué una ambulancia y no un taxi o el metro? Su madre me dio la explicación: de utilizar el taxi o el metro habría tenido que pagarlos de su bolsillo y esperar a que el gobierno le reembolsara el dinero, mientras que la asistencia sanitaria pública, Medicaid, pagaba la ambulancia sin rechistar.

A las cinco de la tarde me despedí del último paciente. El personal auxiliar termina su trabajo a las cinco y media. Esperé a que el despacho estuviese vacío para sentarme delante del ordenador. Los teléfonos de la clínica seguían sonando como una música de fondo. Después de las cinco y media hay un contestador que se encarga de responder a las llamadas y que ofrece varias opciones a la persona que ha marcado el número pero, por alguna razón que ignoro, el contestador no se dispara hasta la décima señal. El ruido es enloquecedor.

Bajé el correo, busqué el mensaje y volví a pulsar en el hipervínculo. Siguió sin aparecer nada. Me quedé pensando en aquel extraño mensaje y en los cadáveres. Tenía que existir alguna relación. Mis pensamientos seguían dando vueltas a aquel hecho en apariencia sencillo. Comencé a barajar posibilidades.

Posibilidad uno: aquellos dos cadáveres eran víctimas de KillRoy. Aunque sus otras víctimas eran mujeres y había sido fácil encontrar los cadáveres, esto no le impedía ser el autor de otro tipo de muertes.

Posibilidad dos: KillRoy había convencido a aquellos hombres de que lo ayudasen a raptar a Elizabeth. Esto explicaría muchas cosas. Para empezar, lo del bate de madera, si se demostraba que la sangre de las manchas era la mía. También despejaría el único interrogante que yo había planteado en relación con el rapto. En teoría, KillRoy, como todos los asesinos en serie, operaba solo. ¿Cómo, entonces, había conseguido arrastrar a Elizabeth hasta el coche y permanecer a la espera de que yo saliera del agua? Antes de descubrir el cadáver de Elizabeth, los agentes supusieron que había más de un raptor. Pero, tan pronto como se descubrió el cadáver marcado con la letra K, aquella hipótesis quedó descartada. Se especuló con la posibilidad de que lo hubiera hecho KillRoy, de haber esposado o sujetado de algún modo a Elizabeth antes de ir a por mí. No es que el rompecabezas encajara del todo pero, con un poco de esfuerzo, era posible completarlo.

Ahora existía, además, otra explicación: tenía cómplices y los había matado.

La posibilidad tres era la más sencilla: la sangre del bate no era mía. No es que el grupo B positivo sea de los más corrientes, pero tampoco es tan raro. Lo más probable era que aquellos cadáveres no tuvieran nada que ver con la muerte de Elizabeth.

Pero no me convencía.

Miré la hora en el reloj del ordenador. Se regía por algún satélite y era exacta.

6:04.42 P.M.

Faltaban diez minutos y dieciocho segundos.

¿Para qué?

Los teléfonos seguían sonando. Los desconecté y comencé a tamborilear con los dedos. Ya sólo faltaban diez minutos. De tener que producirse algún cambio en el hipervínculo, ya habría ocurrido. Puse la mano en el ratón y aspiré profundamente.

Sonó el busca.

Yo no estaba de guardia aquella noche. Aquello significaba que se trataba de un error, lo que era frecuente entre los empleados de noche de la clínica o de una llamada personal. Volvió a sonar. Debía de ser de una urgencia. Miré la pantalla.

Era una llamada del sheriff Lowell y señalaba URGENTE.

Ocho minutos.

Me quedé un momento pensativo, no mucho. Cualquier cosa, lo que fuera, antes que seguir enfrascado en mis cavilaciones. Decidí llamarlo.

También Lowell supo quién lo llamaba antes de coger el aparato.

—Siento molestarle, doc —ahora me llamaba doc, como si hubiéramos comido en el mismo plato—, sólo quería hacerle una simple pregunta.

Puse la mano sobre el ratón, moví el cursor sobre el hipervínculo y pulsé. El navegador de la red cobró vida.

—Usted dirá —dije.

Esta vez el navegador tardó un poco más. No apareció el mensaje de error.

—¿Le dice a usted algo el nombre de Sarah Goodhart?

Por poco dejo caer el teléfono.

—¿Doc?

Aparté el aparato y fijé en él los ojos como si acabara de materializarse en la mano. Iba reuniendo una pieza tras otra. Cuando recuperé la voz, volví a acercarme el aparato al oído.

—¿Por qué me lo pregunta?

En la pantalla del ordenador comenzaba a aparecer algo. Yo lo miraba de reojo. Era como uno de esos anuncios que se ponen en el cielo. O en las calles. A eso se le habría podido comparar. Desde hacía un tiempo eran frecuentes en la red. A mí me resultaban útiles a veces los de tráfico, sobre todo para saber qué retraso había por las mañanas en la circulación por el puente de Washington.

—Es una historia muy larga —dijo Lowell.

—Lo volveré a llamar, entonces —contesté. Necesitaba librarme de él.

Colgué. Sarah Goodhart. Sí, aquel nombre me decía algo. Me decía mucho.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

El navegador dejó de cargar. En la pantalla apareció la escena de una calle en blanco y negro. El resto de la página estaba vacía. No había rótulos ni títulos. Sabía que era posible bajar sólo parte del contenido. Esto era lo que ahora aparecía en pantalla.

Comprobé el reloj del ordenador.

Eran las 6:12.18 P.M.

La cámara enfocaba una esquina con mucho ajetreo, desde unos cuatro metros y medio de la acera. No sabía de qué esquina se trataba ni a qué ciudad pertenecía. Se trataba evidentemente de una ciudad importante. La mayoría de los peatones circulaban de derecha a izquierda, casi todos con la cabeza baja, los hombros caídos, cargados con las carteras, agotados después de una jornada de trabajo, camino probablemente del tren o del autobús. En el extremo de la derecha se veía el bordillo. Los viandantes aparecían a oleadas, coordinadas a buen seguro con el cambio de las luces de un semáforo.

Fruncí el entrecejo. ¿Por qué me enviaban aquella imagen?

El reloj señaló en ese momento las 6:14.21 P.M. Faltaba menos de un minuto.

Seguí con los ojos clavados en la pantalla, contando el paso del tiempo como en la víspera de Año Nuevo. Se me aceleró el pulso. Diez, nueve, ocho...

Otra oleada de seres humanos circuló de derecha a izquierda. Aparté los ojos del reloj. Cuatro, tres, dos. Esperé conteniendo la respiración. Al volver a mirar el reloj, leí:

6:15.02 P.M.

No había ocurrido nada. Pero ¿acaso podía esperar otra cosa?

La oleada de seres humanos disminuyó y, una vez más, por espacio de uno o dos segundos, apareció la pantalla desierta de gente. Volví a recostarme en el respaldo, respiraba afanosamente. A buen seguro, era una broma. Una broma pesada, por descontado. De mal gusto, incluso. Sin embargo...

Precisamente en ese momento apareció alguien debajo mismo de la cámara. Como si aquella persona hubiera estado escondida allí todo el tiempo.

Me incliné hacia delante.

Era una mujer. No podía decir otra cosa puesto que estaba de espaldas. Llevaba el cabello corto, pero era evidente que se trataba de una mujer. Desde el ángulo donde yo me encontraba no me era posible distinguir los rostros. Aquél era uno más. Pero sólo al principio.

La mujer se detuvo. Miré a la parte superior de su cabeza, casi como esperando que la levantara. Dio otro paso. Ahora estaba en el centro de la pantalla. Pasó alguien más. La mujer estaba inmóvil. De pronto dio media vuelta y levantó lentamente la barbilla hasta encararse con la cámara.

Se me paró el corazón.

Me llevé el puño a la boca y ahogué un grito. Me costaba respirar. No podía pensar. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me resbalaron por las mejillas. No las enjuagué.

La miré. Y ella me miró.

Otro grupo de peatones atravesó la pantalla. Algunos toparon con ella, pero ella no se movió. Tenía los ojos fijos en la cámara. Levantó una mano como si quisiera tocarme con ella. La cabeza me daba vueltas. Era como si alguien hubiera cortado el hilo que me unía a la realidad.

Me quedé flotando en el aire sin poder hacer nada.

Seguía con la mano levantada. Lentamente conseguí también levantar la mano. Rocé con los dedos la superficie cálida de la pantalla tratando de enlazar mi mano con la suya. Noté que mis ojos

volvían a llenarse de lágrimas. Acaricié suavemente el rostro de aquella mujer hasta sentir que mi corazón se rompía en pedazos y al mismo tiempo se enardecía.

—Elizabeth —musité.

Todavía se quedó uno o dos segundos más. Después articuló unas palabras a la cámara. Aunque no podía oírlas, las leí en sus labios.

—Lo siento —dijeron los labios de mi esposa muerta.

Y después se alejó.

4

Vic Letty miró a uno y otro lado antes de entrar renqueando en la sala de Buzones de Correo Etc del centro comercial. Recorrió con la mirada toda la sala. No lo miraba nadie. Perfecto. Vic no pudo reprimir una sonrisa. El chanchullo que había urdido no podía fallar. Habría sido imposible descubrirlo, lo que le permitiría hacerse rico de golpe.

Vic había comprendido que la clave de todo estaba en los preparativos. Los preparativos eran lo que marcaba la diferencia entre los buenos y los excelentes. Los buenos se limitaban a tapar sus huellas. Los excelentes se preparaban para todas las eventualidades.

Lo primero que hizo Vic fue hacerse con un carnet de identidad falso del desgraciado de su primo, Tony. Después, sirviéndose del carnet falso, Vic alquiló un buzón de correos bajo un nombre supuesto: UYS Enterprises. Ingenioso o no, usaba un carnet de identidad falso y un seudónimo. O sea que aun en el supuesto de que alguien hubiera pretendido sobornar al tío del mostrador, aunque alguien hubiera descubierto quién había alquilado el buzón a nombre de UYS Enterprises, lo único que habría averiguado habría sido que era un tal Roscoe Taylor, el nombre del carnet falso del que se había servido Vic.

No había posibilidad de dar con Vic.

Desde un extremo de la habitación, Vic trató de atisbar el contenido del buzón número 417 a través de la pequeñísima abertura del mismo. No acertó a ver demasiado, pero habría podido

jurar que dentro había algo. ¡Magnífico! Vic sólo aceptaba dinero contante o giros postales. Nada de cheques, eso por descontado. Nada que pudiera dejar rastro. Además, cuando iba a recoger el dinero, iba siempre disfrazado. Como en ese momento. Llevaba una gorra de béisbol y un bigote postizo. Y fingía cojera. Había leído en alguna parte que la gente reparaba en los cojos, o sea que si preguntaban a un testigo que describiese al individuo que abría el buzón número 417, simplemente habría dicho que era cojo y que llevaba bigote. Por consiguiente, en caso de sobornar al imbécil del empleado, lo que habría sacado en limpio quien se encargase de hacerlo es que un sujeto llamado Roscoe Taylor era cojo y llevaba bigote.

Pero el auténtico Vic Letty no era cojo ni llevaba bigote.

Vic tomaba también otras precauciones. Jamás abría el buzón si había alguien por los alrededores. Nunca. En cuanto veía a alguien recogiendo su correo o merodeando por las inmediaciones, hacía como que abría un buzón que no era el suyo o que estaba rellenando un formulario de correos o cualquier cosa parecida. Cuando no había moros en la costa, y sólo cuando no había moros en la costa, se iba directo al buzón número 417.

Porque Vic sabía que todas las precauciones eran pocas.

También había tomado precauciones para llegar a los buzones. Había aparcado su furgoneta de trabajo —Vic se ocupaba de hacer reparaciones e instalaciones para CableEye, la empresa de televisión por cable más importante de la costa este— a cuatro manzanas de distancia. Y para llegar al sitio, había pasado por dos callejones. Sobre el mono de uniforme llevaba una cazadora negra a fin de que nadie pudiera leer su nombre, «Vic», que llevaba cosido en el bolsillo derecho de la pechera.

Ya había empezado a hacer cábalas en torno a la importante cantidad que probablemente le esperaba en el buzón número 417, a menos de tres metros de distancia del lugar donde ahora se

encontraba. Notaba la ansiedad en los dedos. Volvió a echar una ojeada a la sala.

Vio a dos mujeres abriendo sus buzones. Una se volvió hacia él y le sonrió con aire ausente. Vic se acercó a los buzones del otro lado de la habitación y, con el manajo de llaves que colgaba de la cadena en una mano —una de esas cadenas para llaves que se sujetan al cinturón—, hizo como que buscaba la adecuada. Mantenía la cabeza baja, lejos de las mujeres.

Más precauciones.

A los dos minutos las dos mujeres ya habían recogido su correspondencia y se habían marchado. Vic estaba solo. Atravesó rápidamente la habitación y abrió el buzón.

¡Vaya!

Dentro había un paquete dirigido a UYS Enterprises. Envuelto en papel de estraza. Sin remitente. Y era lo bastante voluminoso para contener una sustanciosa cantidad de billetes verdes.

Vic sonrió y se preguntó: ¿abultarán así cincuenta de los grandes?

Con manos temblorosas cogió el paquete. Sintió en la mano su reconfortante peso. El corazón empezó a latirle con fuerza. ¡Dios bendito! Llevaba cuatro meses con aquella treta. Desde el primer día que había preparado las redes no paraba de atrapar sustanciosos pececillos. Pero ahora, ¡Jesús, había pescado una puta ballena!

Tras volver a inspeccionar los alrededores, Vic se embutió el paquete en el bolsillo de la cazadora y salió rápidamente. Esta vez, para volver a la furgoneta e ir a la empresa, tomó un camino diferente. Durante el trayecto, sus dedos buscaron el paquete en el bolsillo y lo acariciaron. Cincuenta de los grandes. Cincuenta mil dólares. La cabeza le daba vueltas al pensar en aquella cantidad.

Cuando Vic llegó a la factoría de CableEye ya era de noche. Aparcó la furgoneta en la parte trasera y atravesó a pie el puente que lo separaba de su propio coche, un desvencijado Honda Civic

de 1991. Mientras lo contemplaba, frunció el entrecejo y pensó: «Te queda poco tiempo».

La zona de aparcamiento destinada a los empleados estaba tranquila. Sentía sobre su cuerpo el peso de la oscuridad. Oía sus pasos, el ruido pesado de sus botas de trabajo pisando el asfalto. El frío penetraba en su cuerpo a través de la cazadora. Cincuenta de los grandes. Tenía cincuenta de los grandes en el bolsillo.

Vic encorvó la espalda y apretó el paso.

La verdad era que esta vez Vic estaba asustado. Quería poner punto final a aquel chanchullo. Era un buen asunto, no cabía la más mínima duda. Casi genial. Pero acababa de meterse con peces gordos. Había puesto en tela de juicio la posibilidad del golpe, sopesado los pros y los contras y decidió finalmente que los grandes —los que dan realmente un viraje a sus vidas— son los que se lo juegan todo a una carta.

Y Vic aspiraba a entrar en el grupo de los grandes.

El chanchullo era simple, precisamente lo que lo hacía más extraordinario. Todas las casas con cable tenían instalada una caja de mandos en la línea telefónica. Cada vez que alguien solicitaba un canal importante, por ejemplo HBO o Showtime, el simpático encargado del cable asignado al barrio iba a la casa y accionaba determinadas clavijas. Era la caja de mandos, el corazón que daba vida al cable. Y lo que daba vida al cable daba vida a tu yo auténtico.

Las empresas dedicadas a la televisión por cable, así como los hoteles cuyas habitaciones disponen de televisión de circuito cerrado, declaran siempre que en la factura no figurará la lista de las películas que has visto. Es posible, pero esto no quiere decir que ellos no sepan cuáles son. Haga una reclamación y verá. Entonces le detallarán los títulos de todas las películas hasta sacarle a usted los colores.

Lo que Vic aprendió enseguida —y para ello no se precisaban grandes conocimientos técnicos— fue que la selección que uno

hace por cable se cursa mediante unos códigos que sirven para conectar el pedido a través de la caja de clavijas con los ordenadores que la empresa tiene en la estación principal. Vic sólo debía encaramarse a los palos de teléfono, abrir las cajas y leer los números. Cuando volvía a la oficina, no tenía más que descifrar los códigos para estar al tanto de lo que sucedía en la calle.

Se enteraba, por ejemplo, de que el día 2 de febrero a las seis de la tarde usted y su familia vieron *El rey león* con el sistema *pay-per-view* o, para poner un ejemplo más elocuente, a las diez y media del 7 de febrero, usted pidió un programa doble que constaba de *La cacería de la señorita Octubre* y *Sobre la rubia de oro* por medio de Sizzle TV.

¿Ven el chanchullo?

Al principio Vic escogía las casas al azar. Escribía una carta al cabeza de familia. La carta tenía que ser breve y clara. En ella figuraban todas las películas porno que el interesado había visto, así como la hora y el día. Anunciaba que distribuiría copias de la lista entre todos los miembros de la familia del interesado y que las enviaría también a sus vecinos y a su jefe. Vic acababa pidiendo quinientos dólares por mantener cerrada la boca. No era una cantidad muy alta, pero Vic estimaba que era la justa: lo bastante alta para proporcionar un buen dinero a Vic, pero no tanto para que los interesados se negasen a pagarla.

Sin embargo —y esto hubo de sorprender al principio a Vic—, únicamente respondía a la carta el diez por ciento. Vic no entendía por qué. A lo mejor lo de ver películas porno no era ya un estigma como lo fuera en otros tiempos. O quizá la mujer del sujeto en cuestión sabía ya que su marido las veía. Y hasta, ¡qué demonios!, a lo mejor la mujer las veía con él. Pero el problema real era que el asunto de Vic era excesivamente incierto.

Tenía que concentrarse. Tenía que seleccionar los golpes.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de centrarse en personas de determinadas profesiones, las que tenían más que

perder si se divulgaba la información. Una vez más, los ordenadores de la televisión por cable disponían de toda la información que necesitaba. Al principio atacó a los maestros de escuela, a los empleados de centros de beneficencia, a los ginecólogos. A todos los que podían resultar más perjudicados en caso de difundir un escándalo de esas características. Los que más se asustaban eran los maestros, pero también eran los que disponían de menos dinero. Aprendió, además, a hacer más específicas las cartas que enviaba. Al referirse a la esposa, la mencionaba por su nombre. En el caso de los maestros, juraba que se chivaría a la Junta Educativa y a los padres de los alumnos y que lo denunciaría con «pruebas de su perversión», frase que se le ocurrió a Vic sin ayuda de nadie. En cuanto a los médicos, amenazaba a éstos con enviar «las pruebas» a las entidades que velan por la moral, a los periódicos locales, a los vecinos y a los pacientes.

El dinero entraba en sus bolsillos cada vez con mayor rapidez.

Hasta la fecha, Vic había conseguido recaudar cerca de cuarenta mil dólares. Y acababa de conseguir el pez gordo, tan gordo era que en un primer momento Vic consideró la posibilidad de abandonar aquel juego. Pero no, no podía. No podía tirar por la borda el negocio más provechoso de su vida.

Sí, acababa de dar en el blanco. En el mismísimo blanco: Randall Scope. Joven, guapo, rico, mujer despampanante, dos hijos y medio, aspiraciones políticas, supuesto heredero de la fortuna familiar de los Scope. Y además, resultaba que Scope no había pedido sólo una película. O dos.

En el curso de un mes, Randall Scope había pedido veintitrés películas porno.

Casi nada.

Vic dedicó dos noches a hacer un borrador de sus exigencias, pero acabó ciñéndose a lo básico y se limitó a ser breve, frío y muy específico. Pidió a Scope cincuenta de los grandes. Y le pidió, además, que se los enviase a su apartado de correos aquel día. A

menos que Vic se equivocara, aquellos cincuenta de los grandes estaban quemándole el bolsillo de la cazadora.

Vic se moría de ganas de ver los billetes. Habría querido verlos en aquel mismísimo momento. Pero si alguna cualidad tenía Vic era la disciplina. Esperaría a llegar a casa. Abriría la puerta, se sentaría en el suelo, desenvolvería el paquete y desparramaría a su alrededor todos los billetes verdes.

Vaya golpe magnífico.

Vic dejó el coche aparcado en la calle y emprendió a pie el camino de entrada hasta su casa. La visión de su vivienda —un piso sobre un asqueroso garaje— era deprimente. No viviría allí mucho más. Cogería los cincuenta grandes y los añadiría a los casi cuarenta grandes que tenía escondidos en casa, más los diez grandes que tenía ahorrados...

Al percatarse de la cantidad de dinero que había reunido, no pudo por menos de quedarse boquiabierto. Tenía cien mil dólares en dinero contante y sonante. ¿Sería posible?

Ahuecaría el ala rápidamente. Cogería el dinero y se iría directo a Arizona. Allí tenía un amigo, Sammy Viola. Él y Sammy emprenderían un negocio propio, a lo mejor abrían un restaurante o un club nocturno. Vic estaba hasta las narices de Nueva Jersey.

Había llegado el momento de emprender el vuelo. Y de empezar a partir de cero.

Vic se dirigió a la escalera que conducía a su piso. Dicho sea de paso, Vic no había cumplido nunca sus amenazas. No había enviado cartas a nadie. Si el aludido no pagaba, la cosa terminaba allí. De nada habría servido insistir en perjudicarlo. Vic era un artista del chanchullo. Vivía de su cerebro. Amenazaba, eso sí, pero no llevaba adelante sus amenazas. No sólo habría enfurecido al interesado sino que habría corrido el riesgo de ponerse en evidencia.

De hecho, nunca había hecho daño a nadie. ¿Para qué?

Llegó al rellano y se paró ante la puerta de su casa. La noche era oscura como boca de lobo. La maldita bombilla que tenía junto a la puerta se había vuelto a fundir. Suspiró y sacó la cadena de las llaves. Entrecerró los ojos intentando distinguir la llave en la oscuridad. La identificó por el tacto. Buscó a tientas la cerradura hasta que la llave dio con ella. Abrió la puerta de par en par y, en cuanto entró, notó alguna cosa extraña.

Algo se arrugó bajo sus pies.

Vic frunció el ceño. «¿Plástico?», dijo para sí. Lo que pisaba era plástico. Uno de esos plásticos que los pintores colocan en el suelo para protegerlo. Accionó el interruptor y entonces vio al hombre. Iba armado.

—Hola, Vic.

Vic soltó un bufido y retrocedió un paso. El hombre que tenía ante él debía de tener unos cuarenta años. Era alto y gordo, con una barriga prominente enzarzada en una lucha con los botones de la camisa, de la cual, por lo menos en un sitio, había salido victoriosa. Llevaba aflojada la corbata e iba peinado de la peor manera que pueda imaginarse: ocho mechones entrelazados de oreja a oreja, grasientos y pegados a la calva. Sus facciones eran blandas, la barbilla se le desmoronaba en pliegues adiposos. Descansaba los pies en el baúl que Vic utilizaba como mesilla para el café. De haber sustituido en su mano el arma por el mando a distancia del televisor, se habría tomado fácilmente al hombre por un padre de familia cansado después de una jornada de trabajo.

El otro, el que bloqueaba la puerta, era el reverso de la moneda: un muchacho de veintitantos años, asiático, achaparrado, con músculos de granito y una estructura corporal cúbica, cabello rubio teñido, uno o dos aros en la nariz y los auriculares amarillos de un «walkman» pegados a las orejas. El único sitio donde cabía imaginar juntos a aquellos dos hombres era el metro: el tipo entrado en carnes enfrascado en la lectura del periódico, cuidadosamente doblado, y el muchacho asiático mirándote y balanceando

suavemente la cabeza al compás de la atronadora música que estaba escuchando.

Vic trató de pensar. Quería descubrir cuáles eran sus intenciones, razonar con ellos. «Eres un artista del chanchullo —se recordó a sí mismo—. Un tipo listo. Saldrás de ésta». Vic irguió el cuerpo.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

El hombre corpulento peinado de manera extraña apretó el gatillo.

Vic oyó un estampido y a continuación su rodilla derecha estalló. Abrió mucho los ojos. Gritó y cayó desplomado en el suelo, las manos agarradas a la rodilla. La sangre se le iba escurriendo entre los dedos.

—Es una veintidós —dijo el hombre fornido señalando la pistola—. Un calibre pequeño. Lo que más me gusta de ella, como podrás comprobar, es que permite hacer muchos disparos y no llega a matarte.

Sin sacar los pies de encima de la mesilla, el hombretón volvió a disparar. Esta vez el tiro penetró en el hombro de Vic. Vic notó cómo se le astillaba el hueso. El brazo quedó como desarticulado, parecía la puerta de un establo con la bisagra rota. Vic se derrumbó boca arriba y su respiración se transformó en un jadeo. Estaba poseído por un espantoso cóctel de miedo y dolor. Seguía con los ojos desencajados, sin parpadear y, a través de la niebla en que ahora estaba sumido, ató cabos.

El plástico del suelo.

Había caído sobre él. Es más, sangraba sobre él. Para eso estaba el plástico donde estaba. Aquellos dos hombres lo habían puesto en el suelo para ensuciar menos.

—¿Quieres hacer el favor de decirme lo que quiero oír o prefieres que siga disparando? —preguntó el hombretón.

Vic comenzó a hablar. Lo contó todo. Les dijo dónde tenía el dinero restante. Les dijo dónde tenía las pruebas. El hombretón le

preguntó si tenía algún cómplice. Les dijo que no. El hombre corpulento disparó a Vic en la otra rodilla. Volvió a preguntarle si tenía cómplices. Vic volvió a decir que no. El hombre entonces le disparó en el tobillo derecho.

Pasada una hora, Vic le suplicó al hombretón que le disparara en la cabeza.

Dos horas más tarde, le complació.

5

Estaba con la mirada fija, sin parpadear, ante la pantalla del ordenador.

No podía moverme. Mis sentidos habían sobrepasado el límite de carga soportable. Tenía entumecidas todas las partes del cuerpo.

Era imposible. Lo sabía. Elizabeth no se había caído de un yate y se la había dado por ahogada al no descubrir el cadáver. Elizabeth no había muerto abrasada y su cuerpo había quedado irreconocible. Encontraron su cuerpo en una cuneta de la carretera 80. Magullado, tal vez, pero había sido identificado.

«Tú no lo identificaste...»

Lo admito, pero lo identificaron dos familiares próximos: su padre y su tío. En realidad, fue mi suegro, Hoyt Parker, quien me notificó la muerte de Elizabeth. Fue a verme a la habitación del hospital donde yo estaba ingresado, acompañado de su hermano Ken, poco después de que yo recuperara la conciencia. Hoyt y Ken eran hombres fornidos, tenían el cabello entrecano y una cara que parecía esculpida en piedra. Uno era policía de Nueva York; el otro, agente federal; los dos, veteranos de guerra, hombres fornidos con los músculos grandes y poco definidos. Se quitaron el sombrero y, con esa compasión algo distante de los profesionales, intentaron darme la noticia pero, como no quise darles crédito, no insistieron demasiado.

¿Qué era lo que acababa de ver?

En la pantalla seguían desfilando oleadas de viandantes. Yo los escudriñaba, deseoso de volver a verla. Pero no había manera.

¿Qué sitio era aquél, además? Una ciudad muy bulliciosa, no podía decir más. Quizá fuera Nueva York.

¡Busca indicios, idiota!

Traté de concentrarme. Vamos a ver, la ropa. Sí, había que fijarse en la indumentaria. La mayoría llevaban abrigos o chaquetas. En conclusión, seguramente era algún sitio del norte o por lo menos no particularmente caluroso. Fantástico. Por lo menos se podía descartar Miami.

¿Qué otra cosa? Observé a la gente. ¿Y los peinados? No, esto no me serviría de ayuda. Podía ver la esquina de un edificio de ladrillo. Busqué unas características que me permitieran identificarlo, algo que diferenciase aquel edificio de otros parecidos. Pero nada. Escudriñé la pantalla buscando alguna cosa que se saliera de lo habitual.

Bolsas de tiendas.

Algunas personas llevaban bolsas comerciales. Intenté leerlas, pero circulaban demasiado aprisa. Habría querido reducir la velocidad. No era posible. Seguí observando con la mirada a nivel de las rodillas. El ángulo de la cámara me era desfavorable. Acerqué tanto la cara a la pantalla que hasta notaba el calor que emitía.

Una R mayúscula.

Era la primera letra de una de las bolsas. Las restantes aparecían desdibujadas y confusas. No era posible descifrarlas. El tipo de escritura era elegante. Bien, ¿qué más? ¿Qué otras claves podía...?

El alimentador quedó en blanco.

¡Maldita sea! Pulsé la tecla para recargarlo. En la pantalla volvió a aparecer un aviso de error. Volví al mensaje electrónico original y pulsé con el ratón en el hipervínculo. Otro error.

El material había desaparecido.

Contemplé la pantalla en blanco y la verdad me golpeó de nuevo: acababa de ver a Elizabeth.

Intenté racionalizar los hechos. Pero no, no era un sueño. Algunas veces había soñado que Elizabeth estaba viva. Demasiadas veces. En la mayoría de los casos había aceptado que había vuelto de la tumba y esto hacía que me sintiera tan agradecido que no lo cuestionaba ni lo ponía en duda. Recuerdo un sueño en particular en el que estábamos juntos; no recuerdo qué hacíamos ni siquiera dónde estábamos, pero, mientras soñaba y nos reíamos juntos, tuve de pronto la aplastante certidumbre de que estaba soñando y de que no tardaría en despertarme y encontrarme solo. Recuerdo el sueño: me agarraba a ella e intentaba acercarla a mí, trataba desesperadamente de arrastrarla hacia mí.

Sabía qué era soñar. Pero lo que había visto en la pantalla del ordenador no era un sueño.

Tampoco era un fantasma. No es que crea en ellos pero, en caso de duda, mejor mantener la mente abierta. Los fantasmas no tienen edad. El de Elizabeth que había visto en la pantalla la tenía. Aunque no eran muchos, habían pasado ocho años. Los fantasmas tampoco se cortan el pelo. Pensé en la larga trenza que le caía sobre la espalda aquella noche a la luz de la luna. Pensé en la melenita corta y tan moderna que acababa de verle en el ordenador. Y pensé en sus ojos, aquellos ojos que no había dejado nunca de mirar desde mis siete años.

Era Elizabeth. Y estaba viva.

Sentí que volvían las lágrimas a mis ojos, pero esta vez las reprimí. Era extraño. A mí siempre me había costado poco llorar, pero desde que había llorado la muerte de Elizabeth era como si ya me fuera imposible volver a llorar. No era que se me hubieran secado las lágrimas ni que me sintiera impotente de llorar de nuevo. No, no se trataba de ninguna de estas tonterías. No era tampoco que, después de tanto sufrimiento, me hubiera quedado embotado, aunque tal vez había algo de esto. Creo que lo que había ocurrido en realidad era que yo, instintivamente, estaba a la defensiva. Cuando murió Elizabeth, abrí las puertas de par en par y dejé entrar

la pena. Me empapé de ella. Sufrí mucho. Fue tanto lo que sufrí que ahora consideraba primordial no volver a sufrir.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentado. Tal vez media hora. Quise respirar con más calma, procuré tranquilizarme. Quería actuar con sensatez. Necesitaba actuar con sensatez. A esa hora los padres de Elizabeth me estarían esperando en su casa, pero no soportaba la idea de enfrentarme con ellos.

Entonces recordé otra cosa.

Sarah Goodhart.

El sheriff Lowell me había preguntado si aquel nombre me decía algo. La respuesta era sí.

Elizabeth y yo, cuando niños, habíamos practicado un juego infantil. Tal vez lo conozcan ustedes. Se toma el segundo nombre y se convierte en el primero, se le añade a continuación el nombre de la calle donde uno vive y se convierte en el apellido. Por ejemplo, mi nombre completo es David Craig Beck y, como yo había vivido en Darby Road, mi nombre pasaba a ser Craig Darby. Y el de Elizabeth era...

Sarah Goodhart.

Pero ¿qué diablos estaba sucediendo?

Cogí el teléfono. Primero llamé a los padres de Elizabeth, que seguían viviendo en la casa de Goodhart Road. Contestó su madre. Le expliqué que se me había hecho tarde. La gente suele aceptar esta excusa cuando la da un médico. Una de las ventajas de la profesión.

Cuando llamé al sheriff Lowell me respondió su voz a través del contestador. Le dije que me llamara al busca cuando tuviera oportunidad. No tengo teléfono móvil. Sé que esto me sitúa entre la minoría, pero bastante me tiene atado el busca al mundo exterior.

Volví a sentarme, pero Homer Simpson me arrancó del trance con otro: «¡Tiene correo!». Me precipité sobre el ratón. La dirección del remitente no me era familiar, pero el asunto decía: Street Cam. El corazón volvió a saltar en mi pecho.

Pulsé en el pequeño icono y apareció el mensaje:

«Mañana misma hora más dos horas en Bigfoot.com. Allí te espera un mensaje.

»Tu nombre de usuario: Calle del Murciélago.

»Tu contraseña: Adolescencia».

Debajo de esto, casi al pie de la pantalla, unas palabras más:

«Vigilan. No se lo digas a nadie».

Larry Gandle, el tipo del peinado peculiar, observaba a Eric Wu que, con absoluta calma, se ocupaba de limpiar el suelo.

Wu, un coreano de veintiséis años cuyo cuerpo lucía un asombroso surtido de perforaciones y tatuajes, era el hombre más mortífero que Gandle se había tirado a la cara. Tenía la estructura de un tanque del ejército, pero eso de por sí no contaba demasiado. Gandle conocía a mucha gente con un físico como el suyo. Es habitual que los músculos muy espectaculares sean inútiles.

No era el caso de Eric Wu.

Tener músculos como rocas estaba bien, pero el verdadero secreto de la fuerza arrolladora de Wu residía en sus encallecidas manos, que eran dos bloques de cemento con unos dedos como garras de acero. Wu dedicaba horas a sus manos: golpeaba bloques de hormigón, las exponía a temperaturas extremas de calor y frío, hacía flexiones apoyándose en un solo dedo. Cuando Wu se servía de sus dedos, era inimaginable la destrucción de huesos y tejido que podía causar.

Sobre hombres como Wu, la mayoría de los cuales eran escoria, circulaban oscuros rumores, pero Larry Gandle había presenciado cómo Wu despachaba a un hombre limitándose a hundirle los dedos en las zonas blandas de la cara y del abdomen. También había visto con sus propios ojos cómo Wu agarraba a un hombre por las orejas y se las arrancaba de cuajo como quien arranca dos plumas. Lo

había visto matar de cuatro maneras muy distintas y sin usar nunca la misma arma.

Ninguna de las muertes había sido rápida.

Nadie sabía exactamente de dónde había salido Wu, pero la historia más aceptada aseguraba que su manera de ser era consecuencia de una infancia brutal en Corea del Norte. Pero Gandle no había hecho nunca preguntas. Hay caminos insondables que es mejor no atravesar; el lado oscuro de Eric Wu —también tenía su lado luminoso— era uno de ellos.

Cuando Wu terminó de envolver en el plástico protector del pavimento el protoplasma en que se había convertido Vic Letty, levantó la cabeza y miró a Gandle con aquellos ojos suyos. «Ojos muertos», pensó Larry Gandle para sus adentros. Los ojos que tienen los niños en los noticiarios de guerra.

Wu no se había molestado en quitarse los auriculares de las orejas. Su música estereofónica personal no atronaba sus oídos con hip hop, ni rap ni siquiera con rock'n'roll. Él escuchaba ininterrumpidamente discos compactos de los temas sedantes que se escuchan en Sharper Image, música con nombres como Brisa Oceánica o Agua del Arroyo que Fluye.

—¿Se lo llevo a Benny? —preguntó Wu.

Tenía una voz lenta y extrañamente cadenciosa, parecía un personaje de las historietas Peanuts.

Larry Gandle asintió. Benny era propietario de un horno crematorio. Polvo eres y en polvo te convertirás. O en ceniza. En aquel caso particular, mierda eres y en ceniza te convertirás.

—Y así nos desembarazamos de esto.

Gandle tendió la veintidós a Eric Wu. El arma era un objeto insignificante e inútil en la mano gigantesca de Wu. Éste frunció el ceño, contrariado quizá porque Gandle la había escogido antes que sus talentos y se metió el arma en el bolsillo. Cuando se operaba con una veintidós, rara vez había heridas de salida. Lo cual

significaba menos pruebas. En cuanto a la sangre, había quedado en la lámina de vinilo. Donde no hay ruido todo es silencio.

—Hasta luego —dijo Wu, llevándose el cadáver con una mano como si se tratara de una maleta.

Larry Gandle se despidió de él con un movimiento de cabeza. No le había complacido especialmente ver sufrir a Vic Letty, por eso ahora sentía un especial malestar. De hecho, se trataba de un asunto muy sencillo. Gandle debía cerciorarse de que Letty operaba solo y de que allí no quedaban pruebas. Y esto suponía apurar todas las posibilidades. No se podía hacer otra cosa.

Al final se había encontrado ante una disyuntiva: o la familia Scope o Vic Letty. Los Scope eran buena gente. Jamás habían hecho daño a Vic Letty. En cambio, Vic Letty se había apartado de su camino con el único fin de perjudicar a la familia Scope. Sólo uno de los dos podía salir indemne: la víctima inocente y bien intencionada o el parásito que estaba tratando de cebarse en la desgracia ajena. Si uno se detenía a reflexionar en el caso, veía que no había otra opción.

El móvil de Gandle vibró. Lo cogió y dijo:

—¿Sí?

—Han identificado los cadáveres del lago.

—¿Y qué?

—Que son ellos. ¡Oh, Dios, son Bob y Mel!

Gandle cerró los ojos.

—¿Y eso qué significa, Larry?

—Pues no lo sé.

—¿Qué haremos?

Larry Gandle sabía que no había opción. Tenía que hablar con Griffin Scope. Aquello removería recuerdos desagradables. Ocho años. Después de ocho años. Gandle negó con la cabeza. Tendría que volver a destrozarse el corazón del viejo.

—Yo me ocuparé de esto —dijo.

6

Kim Parker, mi suegra, es una mujer guapa. Fue siempre tan parecida a Elizabeth que su cara era para mí la referencia de la que un día tendría mi mujer. Pero la muerte de Elizabeth había ido minando lentamente aquel rostro. Ahora estaba demacrada, sus rasgos se habían crispado y sus ojos eran como canicas gastadas de tanto rodar.

Desde los años setenta la casa de los Parker había experimentado muy pocos cambios: los mismos paneles adhesivos de madera en las paredes, la misma moqueta azul celeste moteada de blanco de hebra corta, la misma chimenea de piedra artificial con relieves a lo Brady Bunch. Bandejas plegables de plástico blanco con patas de metal dorado, para comer viendo la tele, alineadas en una pared. Pinturas de payasos y bandejas con escenas de Rockwell. La única cosa visible que se había renovado era el televisor. Con los años, el robusto televisor de doce pulgadas en blanco y negro se había transformado en un monstruoso aparato de cincuenta pulgadas a todo color instalado ahora en un ángulo.

Mi suegra se sentaba en el mismo sofá donde Elizabeth y yo nos habíamos acariciado tantísimas veces. Sonreí un momento y dije para mí: «Si ese sofá hablara...». A pesar de todo, aquel horrendo asiento, con su diseño floral chillón, recordaba también otras cosas que nada tenían que ver con la lascivia. En él nos habíamos sentado Elizabeth y yo para abrir los sobres que contenían las cartas de admisión a la universidad. En él nos habíamos hecho arrumacos mientras veíamos *Alguien voló sobre el nido del cuco* o

El cazador, además de todos los viejos filmes de Hitchcock. En él habíamos hecho los deberes, yo sentado y Elizabeth tendida con la cabeza apoyada en mi regazo. En él yo le había confiado que quería ser médico, cirujano de primera... eso creía yo, y ella me había dicho que quería estudiar derecho y trabajar con niños. Elizabeth no podía soportar el sufrimiento de los niños.

Recuerdo que, durante unas vacaciones de verano del primer curso, trabajó para Covenant House y se dedicó a rescatar niños extraviados y sin familia que deambulaban por las peores calles de Nueva York. Una vez la acompañé y, con la furgoneta de Covenant House, estuvimos patrullando arriba y abajo de la calle Cuarenta y dos en los tiempos anteriores a la era Giuliani, tamizando aquellas inmundas charcas de cuasi humanidad en busca de niños necesitados de protección. Elizabeth descubrió a una prostituta de catorce años absolutamente drogada y sucia. No pude reprimir una mueca de asco. No estoy orgulloso de mi reacción. Admito que esa clase de personas son también seres humanos pero, si tengo que ser sincero, debo decir que la suciedad me repele. Colaboré, pero con una mueca.

Elizabeth no hacía nunca muecas. Era un privilegio suyo. Tomaba a los niños de la mano. Los cogía en brazos. En el caso de aquella niña, la limpió, la cuidó, se pasó toda la noche hablando con ella. La miró a los ojos. Elizabeth creía sinceramente que todo el mundo era bueno, que todos tenían su dignidad. También yo habría querido ser tan cándido.

Siempre me he preguntado si debió de morir pensando de la misma manera, con la misma ingenuidad intacta, fiel, a pesar de sus sufrimientos, en su fe en la humanidad y en todas esas maravillosas tonterías. Espero que así fuera, aunque sospecho que KillRoy hizo tambalear sus convicciones.

Kim Parker estaba sentada muy compuesta con las manos en el regazo. Yo siempre le había gustado, pese a que cuando Elizabeth y yo éramos niños a nuestros padres les preocupaba que

estuviéramos tan unidos. Habrían querido que jugásemos con otros niños. Es natural, supongo.

Hoyt Parker, el padre de Elizabeth, todavía no había llegado, por lo que Kim y yo nos dedicamos a charlar acerca de naderías o, mejor dicho, a decir las mismas cosas pero de diferente manera. Hablamos de todo salvo de Elizabeth. Yo mantenía los ojos clavados en Kim porque sabía que, como los apartase de ella, irían indefectiblemente a la repisa de la chimenea, atiborrada de fotos de Elizabeth y de aquella sonrisa suya que me partía el alma.

«Está viva...»

No podía creerlo. Después de mi paso por el departamento de psiquiatría de la facultad de Medicina, por no mencionar, además, mi historia familiar, sabía que la mente posee poderes increíblemente distorsionadores. No me creía tan loco como para invocar su imagen, pero los locos tampoco creen estarlo. Pensé en su madre y me pregunté si era consciente de su propia salud mental suponiendo que todavía fuera capaz de una verdadera introspección.

Lo que no era probable.

Kim y yo hablamos del tiempo. Hablamos de mis pacientes. Hablamos de su nuevo trabajo a tiempo parcial en Macy's. Y de pronto, Kim me dio una gran sorpresa.

—¿No tienes ninguna relación con nadie? —me preguntó.

Era la primera vez que me hacía una pregunta tan personal. Me cogió por sorpresa y me obligó a preguntarme qué quería que le contestara.

—No —le respondí.

Asintió con la cabeza y me miró como si quisiera añadir algo más. Hizo un gesto vago con la mano acercándosela al mismo tiempo a la cara.

—Pero alguna vez salgo —dije.

—Bien —respondió con un gesto muy enérgico—, haces bien.

Me miré las manos y me sorprendí al decir:

—¡Todavía la echo mucho de menos!

No quería hablar de esas cosas. Quería mantenerme tranquilo y moverme por los caminos seguros habituales. La miré a los ojos. Parecía triste pero agradecida.

—Lo sé, Beck —dijo—, pero no por eso tienes que sentir remordimientos si sales con otra persona.

—No es eso —dije—, no tiene nada que ver.

Descruzó las piernas y se inclinó hacia mí.

—¿Qué es, pues?

Me era imposible hablar. Habría querido hacerlo, sólo por ella, pero no podía. Me miró con su mirada herida que transmitía la necesidad evidente y tan viva de hablar de su hija. Pero no pude. Moví negativamente la cabeza.

Oí una llave en la cerradura. Nos volvimos los dos con gesto súbito, recomponiendo la postura, como amantes cogidos en falta. Hoyt Parker abrió la puerta empujándola con un hombro y llamó a su mujer por su nombre. Entró en la habitación y, exhalando un profundo suspiro, dejó caer una bolsa de deporte. Llevaba floja la corbata, arrugada la camisa, las mangas arremangadas hasta los codos. Hoyt tenía unos antebrazos como los de Popeye. Al vernos sentados en el sofá, soltó otro suspiro más hondo aún que el anterior que parecía traslucir un dejo de desaprobación.

—¿Qué tal estás, David?

Nos estrechamos la mano. Su apretón, como siempre, era excesivamente enérgico, áspero, brusco. Kim se excusó y salió de la habitación. Después de intercambiar algunas cortesías, el silencio se instaló entre nosotros. Hoyt Parker no se había sentido nunca a gusto conmigo. Su actitud tenía algo que ver con el complejo de Electra, yo siempre había pensado que me veía como una amenaza. Le comprendía. Su hijita siempre me había dedicado todo su tiempo. De todos modos, con los años los dos conseguimos vencer aquel resentimiento y establecer un remedo de amistad. Hasta la muerte de Elizabeth.

Sé que me cree culpable de lo ocurrido.

No me lo ha dicho nunca, por supuesto, pero lo leo en sus ojos. Hoyt Parker es un hombre musculoso y fuerte. Un americano con una honradez sólida como la roca. Siempre había procurado, por encima de todo, que Elizabeth se sintiera a salvo. Hoyt emanaba esa especie de aura protectora. Mientras Gran Hoyt estuviera junto a ella, su niña no sufriría ningún daño.

No creo haber brindado nunca esa seguridad a Elizabeth.

—¿El trabajo bien? —preguntó Hoyt.

—Muy bien —dije—. ¿Y el tuyo?

—Me falta un año para la jubilación.

Asentí con un gesto y volvimos a sumirnos en el silencio. Camino de la casa de mis suegros, me había propuesto no hacerles ningún comentario sobre lo del ordenador. Aparte de que tenía todos los visos de tratarse de una chifladura, aparte de que habría abierto nuevas heridas y les habría hecho sufrir, la verdad es que yo no tenía ninguna explicación que darles. Cuanto más tiempo pasaba, más desatinado me parecía aquel episodio. Decidí, pues, que me tomaría el mensaje al pie de la letra: «No se lo digas a nadie». Ignoraba de qué se trataba y por qué ocurría, pero las consecuencias que pudiera sacar del hecho eran de una inconsistencia total.

Aun así, procuré asegurarme de que Kim no oyese lo que me disponía a decir. Me acerqué, por tanto, a Hoyt y le dije en un hilo de voz:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

No respondió, se limitó a lanzarme una de sus miradas cargadas de indiferencia.

—Quisiera saber... —me callé—, quisiera saber cómo la encontraste.

—¿Cómo la encontré?

—Me refiero a cuando fuiste al depósito. Me gustaría saber cómo la viste.

En su rostro ocurrió algo, como si unas minúsculas explosiones hubieran acabado de socavar sus cimientos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué me haces esta pregunta?

—Lo he estado pensando —dije torpemente—, será por el aniversario y demás.

Se levantó bruscamente y se secó las palmas de las manos en las perneras de los pantalones.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, claro.

—¿Va bien un bourbon?

—Me parece magnífico.

Se acercó a un viejo carro de bebidas cerca de la chimenea y cerca, por tanto, de las fotos. Miré al suelo.

—¿Hoyt? —insistí.

Abrió una botella.

—Eres médico —dijo, señalándome con un vaso—. Has visto cadáveres.

—Sí.

—Entonces ya puedes hacerte una idea.

Me la hacía.

Me pasó el vaso. Lo cogí con exagerada avidez y tomé un sorbo. Me miró y se llevó el suyo a los labios.

—Sé que no te había preguntado nunca por los detalles —empecé—. Es más, había evitado a propósito que me los dieras. Otros «familiares de las víctimas», según se referían a ellos los medios de comunicación, se empaparon de ellos. Estuvieron presentes todos los días en el juicio de KillRoy, escucharon lo que se dijo y lloraron. Yo no. Supongo que esto les ayudó a canalizar sus sufrimientos hacia fuera. Yo opté por canalizar los míos hacia dentro.

—No querrás conocer los detalles, Beck.

—¿Tenía huellas de golpes?

Hoyt pareció estudiar el contenido del vaso.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Necesito saberlo.

Me miró por encima del vaso. Recorrió mi rostro con los ojos. Tuve la sensación de que me taladraba la piel. Sostuve su mirada.

—Tenía huellas de golpes, sí.

—¿Dónde?

—David...

—¿En la cara?

Entrecerró los ojos como si acabara de descubrir algo inesperado.

—Sí.

—¿También en el cuerpo?

—No vi el cuerpo —dijo—. Pero sé que la respuesta es sí.

—¿Por qué no viste el cuerpo?

—Fui en calidad de padre, no de policía. La finalidad era identificarla.

—¿No te costó? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Identificarla. Has dicho que tenía la cara desfigurada por los golpes.

Se puso tenso. Dejó el vaso y sentí que me invadía el temor de haber ido demasiado lejos. Habría debido ceñirme al plan establecido. Habría debido callar.

—¿De veras quieres saberlo?

«No», pensé. Pero asentí.

Hoyt Parker apartó el vaso, se cruzó de brazos y se puso de pie.

—Elizabeth tenía el ojo izquierdo hinchado, cerrado. La nariz rota y aplastada como si fuera de arcilla mojada. Tenía un navajazo en la frente, hecho probablemente con un cortaplumas. Su mandíbula estaba desencajada, con los tendones a la vista —hablaba con voz totalmente monocorde—. En la mejilla derecha tenía la letra K marcada a fuego. Todavía era perceptible el olor a carne chamuscada.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Los ojos de Hoyt se posaron en los míos.

—¿Quieres saber lo peor, Beck?

Lo miré y esperé.

—Que, pese a todo, tardé muy poco —dijo—. Supe al momento que era Elizabeth.

7

La gala de esa noche conmemoraba la causa que Griffin Scope distinguía en lo más profundo de su corazón: la obra benéfica en memoria de Brandon Scope, que llevaba el nombre del hijo de Griffin, el que había muerto asesinado. Griffin había iniciado el fondo con una contribución de cien millones de dólares. Sus amigos se apresuraron a aumentar aquel fondo. Griffin no tenía un pelo de tonto. De sobra sabía que la contribución de muchos pretendía ganarse sus favores. Pero había algo más. Durante su corta vida, Brandon Scope había sabido llegar al corazón de la gente. Había disfrutado de una suerte y un talento que parecían innatos, poseía un carisma casi sobrenatural. La gente se sentía atraída hacia él.

Su otro hijo, Randall, no era más que un buen chico camino de convertirse en un buen hombre. Pero Brandon... Brandon tenía magia.

El dolor surgió de nuevo. Ni que decir tiene que estaba presente siempre a través de los apretones de manos y las palmadas en el hombro; aquella profunda pena permanecía junto a él, tan pronto en la mano posada en la espalda como en las palabras murmuradas al oído recordándole que la amistad era de por vida.

—¡Magnífica fiesta, Griff!

Griffin daba las gracias y continuaba saludando a la gente. Las mujeres, maravillosamente peinadas y con vestidos de noche que hacían resaltar sus bellos hombros desnudos, armonizaban con las esculturas de hielo —la afición favorita de la esposa de Griffin, Allison— y que iban derritiéndose lentamente sobre los manteles de

lino importados. La sonata de Mozart se trocó por una de Chopin. Camareros con guantes blancos hacían la ronda con bandejas de plata cargadas de gambas de Malasia, solomillo de Omaha y un popurrí de entremeses rellenos indefectiblemente de tomates secos.

Se acercó a Linda Beck, la muchacha que estaba al frente de la obra benéfica de Brandon. El padre de Linda era uno de sus antiguos compañeros de Newark y ella, como tantas otras personas amigas, se había incorporado a las poderosas empresas de los Scope. Había empezado a trabajar para varias empresas Scope cuando todavía iba al instituto y tanto ella como su hermano se habían costeadado su educación gracias a becas Scope.

—Estás deslumbrante —le dijo Scope, pese a que le notó aspecto de cansancio.

Linda Beck le sonrió.

—Gracias, señor Scope.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames Griff?

—Centenares —dijo ella.

—¿Cómo está Shauna?

—Un poco pachucha.

—Dale recuerdos.

—Lo haré, gracias.

—Tendríamos que vernos la semana que viene.

—Llamaré a su secretaria.

—De acuerdo.

Griffin le pellizcó la mejilla y en aquel mismísimo momento descubrió en el vestíbulo a Larry Gandle. Larry iba despeinado y tenía cara de sueño, aunque a decir verdad era su aspecto de siempre. Aunque se hubiera puesto un traje cortado por Joseph Abboud, una hora después habría tenido la pinta de haberse peleado con alguien.

A Larry Gandle no se le esperaba en la fiesta.

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Larry hizo un gesto de asentimiento y se alejó. Griffin aguardó un momento y siguió

después a su joven amigo por el pasillo.

También el padre de Larry, Edward, había sido un viejo compañero de Griffin en los tiempos de Newark. Hacía doce años que Edward Gandle había muerto a consecuencia de un repentino ataque cardíaco. ¡Lástima! Edward era un tipo excelente. Desde entonces su hijo ocupaba su puesto como asesor de máxima confianza de los Scope.

Los dos hombres entraron en la biblioteca de Griffin. La biblioteca había sido en otro tiempo una estancia maravillosa con muebles de roble y caoba y con las paredes cubiertas de estanterías y globos terráqueos antiguos desde el suelo hasta el techo. Hacía un par de años que Allison, cediendo a un antojo posmoderno, había decidido que la sala precisaba una radical remodelación. Así pues, se habían retirado de ella las estanterías de madera y la habitación era ahora blanca, elegante y funcional, aunque sin perder el calor propio de un cubículo de trabajo. Allison se sentía tan orgullosa de su obra que Griffin no había tenido valor para confesarle lo mucho que aquella habitación le desagradaba.

—¿Ha habido algún problema esta noche? —preguntó Griffin.

—No —respondió Larry.

Griffin indicó a Larry que se sentara, pero Larry no le obedeció y comenzó a pasearse de un lado a otro.

—¿No ha ido bien? —preguntó Griffin.

—Teníamos que asegurarnos de que no quedaran cabos sueltos.

—Eso por supuesto.

Como Randall, el hijo de Griffin, había sido objeto de un ataque, Griffin se veía obligado a devolver el golpe. Aquélla era una lección que no olvidaría nunca. No es posible quedarse sentado si tú o uno de los tuyos es objeto de una agresión. No había que actuar como el gobierno, con sus «respuestas proporcionales» y otras monsergas. Si alguien te ataca, hay que dejar a un lado la misericordia y la piedad y acabar con él. Y hasta abrasar la tierra si se tercia. Y asunto concluido. Los que rechazaban esta filosofía por considerarla

excesivamente maquiavélica eran los que normalmente provocaban mayores destrucciones.

En resumidas cuentas, que si uno se apresuraba a eliminar el problema, había mucho menos derramamiento de sangre.

—¿Qué hay de malo, pues? —preguntó Griffin.

Larry seguía paseándose de aquí para allá. Se frotó la parte frontal de la calva. A Griffin no le gustó ni pizca su actitud. Larry no era de los que pierden fácilmente las riendas de la situación.

—Sabes que no te he mentado nunca, Griff —dijo.

—Lo sé.

—Pero a veces es preciso el... aislamiento.

—¿El aislamiento?

—Me refiero, por ejemplo, a la gente que contrato. A ti no te doy nunca nombres. Tampoco a ellos.

—Eso no son más que detalles.

—Sí.

—¿Qué pasa, Larry?

Éste dejó de pasear.

—Recordarás que hace ocho años contratamos a dos hombres para un determinado trabajo.

A Griffin se le fue el color de la cara. Tragó saliva.

—Y lo hicieron de maravilla.

—Sí, lo hicieron bien, diría yo.

—No te entiendo.

—Hicieron bien el trabajo. O por lo menos en parte. Aparentemente, se eliminó la amenaza.

A pesar de que cada semana se hacía un barrido de la casa para detectar micrófonos ocultos, los dos hombres se abstenían de mencionar nombres en sus conversaciones. Era una de las normas de Scope. Larry Gandle no había logrado dilucidar si la norma obedecía a medidas de precaución o a un afán de despersonalizar las acciones que a veces se veían obligados a llevar a cabo. Sospechaba que se trataba más bien de lo último.

Por fin Griffin se desplomó en una butaca casi como si acabasen de empujarlo.

—¿Se puede saber por qué ahora me sales con esto? — preguntó en voz baja.

—Sé que es doloroso para ti.

Griffin no respondió.

—Pagué bien a los dos —continuó Larry.

—Eso creía yo.

—Sí —se aclaró la garganta—. Pues bien, yo suponía que después del incidente se mantendrían un tiempo calladitos. Como medida de precaución.

—Continúa.

—Y no volvimos a saber de ellos.

—Cobraron su dinero, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué te sorprende, pues? A lo mejor se largaron con aquella riqueza caída del cielo. A lo mejor se dedicaron a viajar por el país o cambiaron de identidad.

—Eso supusimos nosotros —dijo Larry.

—¿Pero no lo hicieron?

—La semana pasada encontraron sus cadáveres. Están muertos.

—Sigo sin ver dónde está el problema. Eran hombres violentos, no es extraño que tuvieran un final violento.

—Muertos hace mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—Llevaban muertos por lo menos cinco años. Los encontraron enterrados junto al lago donde... donde ocurrió el incidente.

Griffin abrió la boca, la cerró y volvió a intentar decir algo.

—No comprendo.

—Ni yo, si quieres que te hable con franqueza.

Aquello era demasiado. Demasiado. Griffin había porfiado toda la noche para reprimir las lágrimas que sentía brotar a causa de la

conmemoración en honor de Brandon. Y de pronto volvía a aflorar a la superficie la tragedia del asesinato de su hijo. Hizo lo imposible para no derrumbarse.

Y mirando a su hombre de confianza, Griffin dijo:

—No podemos volver sobre lo mismo.

—Lo sé, Griff.

—Tenemos que descubrir qué ha pasado. Me refiero a todo lo que ha pasado.

—He hecho pesquisas sobre los hombres que hubo en la vida de ella. Y de manera especial sobre su marido. Por si acaso. He puesto todo mi empeño en el asunto.

—Muy bien —dijo Griffin—. Hay que mantener el asunto enterrado al precio que sea. Y me importa un comino si hay que enterrar con él a quien sea.

—Te entiendo.

—Una cosa, Larry.

Gandle esperó a que siguiera.

—Sé cómo se llama uno de los hombres que contrataste —se refería a Eric Wu.

Mientras se secaba los ojos y volvía junto a sus invitados, Griffin Scope añadió:

—Utilízalo.

8

Shauna y Linda vivían en un piso alquilado de tres dormitorios en Riverside Drive y la calle Ciento dieciséis, no lejos de la universidad de Columbia. Conseguí encontrar un sitio donde aparcar a una manzana de distancia, proeza normalmente equiparable a separar las aguas del mar o a bajar de una montaña cargado con unas tablas de piedra.

Shauna me llamó. Linda seguía en la fiesta. Mark se había dormido. Entré de puntillas en su habitación y le di un beso en la frente. Mark seguía colgado de la moda del Pokémon, como era muy evidente. Dormía envuelto en sábanas Pikachu y tenía acurrucada en sus brazos una muñeca Squirtle de peluche. La gente suele criticar este tipo de modas, pero a mí me recuerdan las obsesiones de mi niñez: Batman y el Capitán América. Lo contemplé unos segundos. Sé que no es original decirlo, pero las pequeñas cosas son las que más cuentan.

Shauna se quedó esperando en la puerta de la habitación. Cuando por fin entramos en la sala de estar, le dije:

—¿Me das algo de beber?

Shauna se encogió de hombros.

—Tú mismo.

Me serví dos dedos de bourbon.

—¿No me acompañas?

Negó con la cabeza.

Nos acomodamos en el sofá.

—¿A qué hora se supone que volverá Linda? —pregunté.

—Aquí me has pillado —dijo Shauna hablando con lentitud.

No me gustó cómo lo dijo.

—¡Lo que faltaba! —exclamé.

—Es temporal, Beck. Tú sabes que quiero a Linda.

—¡Lo que faltaba! —repetí.

Hacía un año que Linda y Shauna habían estado dos meses separadas, hecho que había repercutido negativamente en Mark.

—No es que me vaya ni nada que se le parezca —dijo Shauna.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Más de lo mismo. Que yo tengo una profesión sofisticada y elegante. Que estoy rodeada continuamente de gente interesante y seductora. Hasta aquí nada nuevo, ¿verdad? Es de dominio público. Lo que pasa es que Linda se figura que soy propensa a echar canas al aire.

—¿Y es verdad? —dije.

—Sí, más o menos, pero no es ninguna novedad, ¿no te parece?

No respondí.

—Pero cuando termina la jornada, vuelvo a casa con Linda.

—¿Y no haces paradas de camino?

—Si las hago, no cuentan. Tú lo sabes. No me gusta estar encerrada en una jaula, Beck. Me gustan los paisajes abiertos.

—Una buena combinación de metáforas —dije.

—Sí, quedan bien, ¿no crees?

Bebí en silencio y estuve un momento sin decir nada.

—¿Beck?

—¿Sí?

—Ahora te toca hablar a ti.

—¿Qué quieres decir?

Me lanzó una mirada y esperó.

Pensé en la advertencia con que terminaba el mensaje: «No se lo digas a nadie». En el caso de que procediera realmente de Elizabeth, y me costaba suponerlo, sabía que, de decírselo a

alguien, ese alguien sería Shauna. A Linda quizá no. Pero a Shauna... A ella se lo contaba todo. Se daba por sentado.

—Existe la posibilidad de que Elizabeth siga viva —dije.

Shauna no se inmutó.

—Se fugó con Elvis, ¿verdad?

Pero al ver mi cara, se cortó y dijo:

—Explícate.

Lo hice. Le conté lo del mensaje. Le conté lo de la escena callejera. Y le conté que había visto a Elizabeth en la pantalla del ordenador. Shauna no apartaba sus ojos de mí. No hizo gesto alguno ni me interrumpió. Cuando terminé, sacó con gran parsimonia un cigarrillo del paquete y se lo llevó a los labios. Hacía años que había dejado de fumar, pero seguía tonteando con el tabaco. Se quedó mirando fijamente el aviso de cáncer, le dio vueltas al paquete en las manos como si no lo hubiera visto nunca. Me parecía estar contemplando el funcionamiento de los engranajes de su cerebro.

—Perfecto —dijo finalmente—. O sea que parece que mañana a las ocho y cuarto de la noche recibirás el mensaje siguiente, ¿no es así?

Asentí.

—Pues esperemos a ver.

Volvió a meter el cigarrillo en el paquete.

—¿No te parece una locura?

Shauna se encogió de hombros.

—No sé qué decirte —contestó.

—¿Por qué?

—Pues porque hay varias posibilidades que pueden explicar lo que acabas de decirme.

—Que estoy loco, entre ellas.

—Sí, claro, ésta es contundente. Pero ¿de qué servirá que elaboremos hipótesis para desmentirlo? Supongamos que es verdad. Supongamos que ves lo que dices haber visto y que

Elizabeth sigue viva. Si estamos en un error, no tardaremos en saberlo. Si es verdad... —frunció el ceño, se quedó pensativa y movió negativamente la cabeza—. ¡Oh, Dios mío, ojalá sea verdad!

La miré con una sonrisa.

—Te quiero, ya lo sabes.

—Sí —dijo—, a mí todo el mundo me quiere.

Al llegar a casa me serví una última copa. Tomé un buen sorbo y dejé que el licor siguiera su camino hacia destinos que yo conocía muy bien. Sí, bebo. Pero no soy un borracho. No quiero disculparme. Sé que coqueteo con el alcoholismo. Sé también que coquetear con el alcoholismo es más o menos tan peligroso como coquetear con la hija menor de edad de un bandido. Pero hasta la fecha, el coqueteo no ha desembocado en la cópula. Sé lo suficiente para estar convencido de que esto no durará.

Chloe se me acercó sigilosamente con su expresión de costumbre, que habría podido resumirse de la siguiente manera: «Comida, paseo, comida, paseo». Los perros se rigen por una lógica admirable. La premié con una cosa sabrosa y la llevé a dar una vuelta a la manzana. El aire frío sentaba bien a mis pulmones, pero los paseos nunca me han aclarado las ideas. En realidad, pasear es aburridísimo. Pero me gustaba ver pasear a Chloe. Sé que parecerá extraño, pero compruebo que a los perros les encanta una actividad tan sencilla como ésta. El simple hecho de mirarla me llenaba de una felicidad zen.

De regreso a casa, me dirigí a la habitación procurando no hacer ruido. Chloe me siguió. Mi abuelo dormía. Y lo mismo su nueva enfermera, que roncaba emitiendo poderosas sonoridades, como en las películas de dibujos animados. Me fui directo al ordenador y me pregunté por qué no había vuelto a llamarme el sheriff Lowell. Pese a que era casi medianoche, estuve a punto de llamarle yo. «A por él», me dije, pensándolo mejor.

Cogí el teléfono y marqué el número. Lowell tenía móvil. Si ya estaba durmiendo, podía estar desconectado.

Respondió al tercer timbrazo:

—¿Qué tal, doctor Beck?

El tono de voz era tenso. Observé también que ya no me llamaba doc.

—¿Por qué no me ha vuelto a llamar? —pregunté.

—Estaba haciéndose tarde —dijo— y he pensado que hablaría con usted mañana por la mañana.

—¿Por qué me preguntó por Sarah Goodhart?

—Mañana —dijo.

—¿Cómo dice?

—Es tarde, doctor Beck. Ya no estoy de servicio. Además, esto es algo que prefiero tratar personalmente con usted.

—¿No puede por lo menos adelantarme...?

—¿Estará usted en la clínica mañana por la mañana?

—Sí.

—Pues iré a verle.

Y de manera educada, pero decidida, me deseó buenas noches y seguidamente se esfumó. Miré el teléfono y me dije que no entendía nada de todo aquello.

Quedaba descartado dormir. Dedicué gran parte de la noche a navegar por la red y visité panorámicas callejeras de diversas ciudades con la esperanza de descubrir la que buscaba. Era como buscar una aguja de alta tecnología en ese pajar que es el mundo.

En un determinado momento dejé de buscar y me deslicé bajo las mantas. La paciencia es parte integrante de la condición de médico. Me dedico continuamente a hacer pruebas a niños cuyas consecuencias son susceptibles de alterar su vida, cuando no de poner fin a la misma, y de decirles a ellos y a sus padres que esperen los resultados. No tienen opción. Tal vez cabía decir lo mismo de la situación en la que me encontraba. En aquel momento tenía delante muchas variables. Tal vez al día siguiente, cuando

entrarse en Bigfoot con el nombre de usuario Calle del Murciélago y la contraseña Adolescencia, podría enterarme de más cosas.

Me quedé un momento con los ojos fijos en el techo. Después miré a mi derecha. Allí había dormido Elizabeth. Yo siempre me dormía antes que ella. Solía quedarme así como estaba en ese momento, a su lado, mirándola mientras ella leía un libro, su rostro de perfil totalmente absorto en la lectura. Era la última imagen que veía antes de que se me cerraran los ojos y me deslizara en el sueño.

Después me di la vuelta y miré hacia el otro lado.

A las cuatro de la madrugada Larry Gandle dejó vagar la mirada por encima de los rizos rubio platino de Eric Wu. Wu era increíblemente disciplinado. Cuando no estaba enfrascado en sus proezas físicas, estaba delante de la pantalla de un ordenador. El color de su piel había cobrado un tinte enfermizo de un blanco azulado después de las miles de navegaciones por la red, pero su físico seguía siendo compacto como el hormigón.

—¿Y bien? —dijo Gandle.

Wu se quitó los auriculares de las orejas y plegó sobre el pecho aquellos brazos suyos que eran como columnas de mármol.

—Estoy hecho un lío —contestó.

—Cuéntame.

—Pues que el doctor Beck rara vez guarda sus mensajes. Sólo unos pocos que se refieren a pacientes. Nada de tipo personal. Pero en los dos últimos días ha recibido dos mensajes muy raros.

Sin apartar los ojos de la pantalla, Eric Wu tendió a Larry dos trozos de papel por encima de la enorme pelota que era su hombro. Larry Gandle echó una ojeada a los mensajes y preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Qué significan?

—No lo sé.

Gandle pasó por encima del mensaje que hablaba de pulsar algo con el ratón a «la hora del beso». No entendía de ordenadores... ni quería entender, por otra parte. Sus ojos se desplazaron a la parte superior de la hoja y leyó el asunto.

E.P.+D.B. y toda una serie de rayas.

Gandle se quedó pensando en D.B. ¿Sería David Beck? Y E.P...

De pronto, como si acabase de caerle un piano encima, vio claro el sentido. Con un gesto lento, devolvió el papel a Wu.

—¿Quién lo ha enviado? —preguntó Gandle.

—No lo sé.

—Entérate.

—Imposible —dijo Wu.

—¿Por qué?

—El remitente hizo un reenvío anónimo.

Wu hablaba con una monotonía paciente y casi de otro mundo. Empleaba el mismo tono de voz cuando hablaba de un informe meteorológico que para pegar un navajazo en la mejilla de alguien.

—No utilizaré la jerga informática, pero sí te diré que no hay manera de averiguarlo.

Gandle desvió la atención hacia el otro mensaje, el de la Calle del Murciélago y Adolescencia. No le encontraba pies ni cabeza.

—¿Y éste? ¿Éste lo puedes rastrear?

Wu movió negativamente la cabeza.

—También un reenvío anónimo.

—¿Están enviados por la misma persona?

—Sé lo mismo que tú.

—¿Y el contenido? ¿Tienes idea del sentido?

Wu pulsó algunas teclas y en la pantalla apareció el primer mensaje.

—¿Ves esas letras azules? Pues es un hipervínculo. El doctor Beck tenía que pulsar aquí e iba directamente a algún lugar, puede que a un sitio de la red.

—¿Qué sitio?

—Es un vínculo roto. No se puede retroceder.

—¿Y eso tenía que hacer Beck a «la hora del beso»?

—Eso dice aquí.

—¿No es un término informático eso de la hora del beso?

Wu esbozó una media sonrisa.

—No.

—O sea que no sabes a qué hora se refiere el mensaje, ¿verdad?

—Exactamente.

—Ni tampoco si esa hora ha pasado ya, ¿verdad?

—Ha pasado —dijo Wu.

—¿Cómo lo sabes?

—El navegador de la red está programado para dejar ver los últimos veinte sitios que él visitó. Hizo clic en el vínculo. Más de una vez.

—Pero ¿tú no puedes seguirlo hasta donde vaya?

—No. El vínculo no sirve.

—¿Qué me dices de este otro mensaje?

Wu volvió a pulsar más teclas. Cambió la pantalla y en ella apareció el otro mensaje.

—Éste es más fácil de desentrañar. Es muy básico, además.

—Te escucho.

—El remitente anónimo ha abierto una cuenta electrónica para el doctor Beck —explicó Wu—. Ha dado al doctor Beck un nombre de usuario y una contraseña y vuelve a mencionar la hora del beso.

—Déjame ver si lo entiendo —dijo Gandle—. Beck va a un sitio de la red, escribe su nombre de usuario, da la contraseña y encuentra un mensaje para él, ¿no es eso?

—En teoría es eso.

—¿Y no podemos hacer lo mismo nosotros?

—¿Servirnos de ese nombre de usuario y de esa contraseña?

—Sí. Y leer el mensaje.

—Lo intenté, pero la cuenta ya no existe.

—¿Por qué?

Eric Wu se encogió de hombros.

—El remitente anónimo podría programar la cuenta para más tarde. Para un momento más próximo a la hora del beso.

—Por tanto, ¿qué conclusión podemos sacar de todo esto?

—Para decirlo en pocas palabras —la luz de la pantalla dejó de danzar en los ojos ausentes de Wu—, hay alguien que se toma una gran cantidad de molestias para mantenerse en el anonimato.

—¿Cómo sabremos entonces quién es?

Wu tenía en la mano un pequeño artilugio parecido a los que se ven en las radios transistores.

—Hemos instalado uno de estos aparatitos en el ordenador de su casa y en el del trabajo.

—¿Y eso qué es?

—Un rastreador digital de la red. Ese rastreador envía señales digitales desde sus ordenadores al mío. Si el doctor Beck recibe algún mensaje o visita algún sitio de la red, incluso si escribe una carta, nos enteraremos de todo en tiempo real.

—Por tanto, no nos queda más que esperar y mirar —dijo Gandle.

—Sí.

Gandle se quedó reflexionando sobre lo que Wu le acababa de decir acerca de que alguien se estaba tomando muchísimas molestias para mantenerse en el anonimato, y sintió que una sospecha terrible se agitaba en la boca de su estómago.

9

Aparqué en una zona situada a dos manzanas de la clínica. Nunca era posible hacerlo a menos de una manzana.

Ante mí se materializaron el sheriff Lowell y dos hombres con un corte de pelo moderno y trajes grises. Los hombres trajeados estaban apoyados en un gran Buick marrón. Físicamente eran distintos. Uno era alto, delgado y blanco, el otro bajo, gordo y negro. Juntos eran como la bola un momento antes de derribar el último bolo. Los dos hombres me sonrieron. Lowell, no.

—¿El doctor Beck? —preguntó el bolo, o sea el alto y blanco.

Su aspecto era impecable: cabello engominado, pañuelo doblado en el bolsillo, corbata anudada con precisión sobrenatural, gafas de diseño con montura de concha como las que llevan los actores cuando quieren estar elegantes.

Miré a Lowell. No dijo nada.

—Sí.

—Soy el agente especial Nick Carlson de la Oficina Federal de Investigación —prosiguió el de aspecto impecable—. Y éste es el agente especial Tom Stone.

Los dos hicieron fulgurar sus relucientes insignias. Stone, el más bajo y arrugado de los dos, se subió bien los pantalones y me saludó con un movimiento de la cabeza. Al abrir la puerta trasera del Buick, dijo:

—¿Le importaría acompañarnos?

—Dentro de quince minutos me esperan mis pacientes —dije.

—Nos hemos ocupado de este extremo —puntualizó Carlson, indicándome la puerta con su largo brazo como quien muestra el premio al que puede aspirar el concursante en caso de acertar—. Tenga la bondad.

Me senté en la parte de atrás. Carlson se puso al volante. Stone se comprimió en el asiento frontal de pasajero. Lowell no subió al coche. No nos movimos de Manhattan, pero el trayecto duró casi cuarenta y cinco minutos. Llegamos al centro comercial de Broadway, cerca de la calle Duane. Carlson detuvo el coche delante de un edificio de oficinas en el que se leía: 26 Federal Plaza.

El interior era el típico de los edificios de oficinas. Hombres sorprendentemente bien trajeados se movían de un lado a otro con tazas de café de diseño. También había mujeres, pero en franca minoría. Entramos en una sala de juntas. Me invitaron a que me sentara, lo que hice enseguida. Me disponía a cruzar las piernas, pero no me pareció oportuno hacerlo.

—¿Pueden decirme qué pasa? —inquirí.

Carlson, el bolo blanco, tomó la palabra.

—¿Le servimos algo? —me preguntó—. Hacemos el peor café del mundo, si le interesa probarlo.

Quedaban explicadas las tazas de diseño. Me sonrió. Yo también le sonreí.

—Es tentador, pero no, gracias.

—¿Y un refresco? ¿Hay refrescos, Tom?

—¡Claro, Nick! Hay Coca, Sprite, lo que el doctor desee.

Volvieron a sonreír.

—No, estoy bien, gracias —dije.

—¿Snapple? —aventuró Stone.

Volvió a tirarse de los pantalones. Su estómago tenía una redondez que hacía difícil que no le resbalara nada que quisiera ceñir a su cintura.

—Tenemos un montón de variedades diferentes.

A punto estuve de aceptar para terminar de una vez, pero acabé por declinar educadamente el ofrecimiento. Sobre la mesa, que era una especie de conglomerado revestido de fórmica, no había más que un gran sobre de papel manila. Como no sabía qué hacer con las manos, las puse sobre la mesa. Stone avanzó a mi lado caminando como un pato y no se movió de allí. Carlson, que seguía llevando la voz cantante, se sentó en el ángulo y clavó en mí sus ojos.

—¿Qué sabe de Sarah Goodhart? —preguntó Carlson.

No sabía qué contestar, por lo que continué estudiando los diferentes aspectos de la situación sin que se me ocurriera nada.

—¿Doc?

Levanté la vista hacia él.

—¿Por qué quiere saberlo?

Carlson y Stone intercambiaron una mirada rápida.

—En una investigación que tenemos entre manos ha surgido el nombre de Sarah Goodhart —dijo Carlson.

—¿Qué investigación? —pregunté.

—Prefiero no entrar en detalles.

—No lo entiendo. Me gustaría saber qué tengo que ver yo en todo esto.

Carlson se tomó todo el tiempo del mundo para soltar un suspiro. Lanzó una mirada a su rotundo compañero y de pronto se esfumaron todas las sonrisas.

—Una cosa, Tom, ¿hago, quizá, una pregunta complicada?

—No, Nick, creo que no.

—Yo tampoco —Carlson volvió sus ojos hacia mí—. Quizá a usted no le gusta mi forma de preguntar, doc. ¿Es eso?

—Sí, siempre encuentran peros en la práctica, Nick —intervino Stone—. Ponen objeciones a la forma de preguntar.

—Así es, Tom, así es. Y después añaden: «Voy a reformular la pregunta». Esto o alguna cosa parecida.

—Sí, alguna cosa parecida.

Carlson me miró y dijo:

—Permítame que reformule la pregunta, pues: ¿Le dice a usted algo el nombre de Sarah Goodhart?

Aquello no me gustaba ni pizca. No me gustaba la actitud de los dos hombres ni el hecho de que hubieran sustituido a Lowell ni que me acribillaran de aquel modo en aquella sala de juntas. Eran ellos quienes debían averiguar qué significaba el nombre. No era tan difícil como eso. Bastaba con leer el nombre completo de Elizabeth y su domicilio. Pero opté por pisar con cuidado.

—El segundo nombre de mi mujer es Sarah —dije.

—El segundo nombre de mi mujer es Gertrude —dijo Carlson.

—¡Oh, Nick, vaya nombrecito!

—¿Cuál es el segundo nombre de tu mujer, Tom?

—McDowd. Es un apellido.

—Me gusta esa costumbre. Eso de usar un apellido como segundo nombre. Es una manera de honrar a los antepasados.

—A mí también me gusta, Nick.

Los dos hombres dirigieron sus miradas hacia mí.

—¿Cuál es su segundo nombre, doc?

—Craig —dije.

—Craig —repitió Carlson—. Perfecto, o sea que si yo le preguntase, por ejemplo... —hizo un gesto teatral con los brazos— si el nombre de Craig Dipwad le decía algo, usted me soltaría inmediatamente: «Mi segundo nombre es Craig», ¿verdad?

Carlson volvió a fulminarme con los ojos.

—Supongo que no —contesté.

—Supongo que no. Entonces vamos a intentarlo de nuevo: ¿le suena a usted el nombre Sarah Goodhart? ¿Sí o no?

—¿Se refiere a si lo he oído alguna vez?

—¡Por Dios! —exclamó Stone.

Carlson se puso rojo como un pimiento.

—¡Vaya, ahora hacemos ejercicios de semántica!, ¿verdad, doc?

En esto tenía razón. Me estaba portando como un estúpido. No hacía más que dar palos de ciego y, además, aquella última línea del mensaje electrónico —«No se lo digas a nadie»— no paraba de destellar en mi cabeza como un anuncio de neón. Me encontraba sumido en un mar de confusión. Tenían que saber forzosamente quién era Sarah Goodhart. Aquello no era más que una prueba para ver si estaba dispuesto o no a colaborar. Eso era. Tal vez era eso. Pero ¿en qué iba a colaborar?

—Mi mujer vivió en Goodhart Road —dije. Los dos hombres retrocedieron un poco como si quisieran dejarme más espacio y se quedaron con los brazos cruzados. Me habían conducido hasta un pozo de silencio en el que yo, tontamente, había caído—. Por esto he dicho antes que el segundo nombre de mi mujer era Sarah. Al oír el nombre Goodhart he pensado en ella.

—¡Claro, porque su mujer vivió en Goodhart Road! —dijo Carlson.

—Sí —volví a decir.

—Lo encuentro perfectamente lógico —dijo Carlson mirando a su compañero—. ¿No lo encuentras lógico, Tom?

—Completamente —asintió Stone, dándose unas palmadas en el estómago—. No es que quisiera eludir la respuesta ni muchísimo menos. Simplemente, la palabra Goodhart ha actuado como catalizador.

—Ni más ni menos. La palabra Goodhart le ha hecho pensar en su mujer.

Volvieron a mirarme. Pero esta vez me obligué a mantenerme callado.

—¿Utilizó su mujer alguna vez el nombre Sarah Goodhart? —preguntó Carlson.

—¿A qué se refiere cuando dice utilizar?

—A si alguna vez dijo: «¡Hola, soy Sarah Goodhart!» o si se sacó algún documento con este nombre o si se registró con él en las páginas calientes del sitio que fuese.

—No —dije.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí.

—¿No necesita otro catalizador?

Me erguí en la silla y decidí hacer una exhibición de energía.

—No me gusta su actitud, agente Carlson.

Volvió a su rostro aquella sonrisa de dentífrico, aunque como híbrido cruel de su forma anterior. Levantó la mano y dijo:

—Perdone usted, tiene razón, he cometido una falta de educación.

Miró a su alrededor como si pensara en lo que había de decir a continuación. Esperé.

—¿Pegó usted alguna vez a su mujer, doc?

La pregunta me cayó como un trallazo.

—¿Cómo?

—¿Cómo? ¿Se escandaliza acaso? ¿No le gusta pegar a las mujeres?

—¿Qué dice? ¿Está loco?

—¿Cuánto cobró de los seguros cuando murió su esposa?

Me quedé helado. Le miré a los ojos y después miré a Stone. Los dos eran totalmente opacos. Me parecía increíble lo que estaba oyendo.

—Pero bueno, ¿quieren decirme qué es esto?

—Limítese a contestar la pregunta. A menos, por supuesto, que haya algo que no quiera decirnos.

—No es ningún secreto —dije—. Era una póliza de doscientos mil dólares.

Stone soltó un silbido.

—¿Doscientos de los grandes porque se te muere la mujer? Oye, Nick, ¿dónde apuntan para eso?

—Es un seguro de vida muy alto para una mujer de veinticinco años.

—Su primo estaba empezando a trabajar en State Farm —dije, notando que mis palabras se atropellaban y se montaban una sobre otra, pero lo bueno del caso era que, aunque yo no había hecho nada censurable, o por lo menos no lo que ellos pensaban, empezaba a sentirme culpable. Era una sensación extraña. Me notaba las axilas húmedas de sudor—. Mi mujer quería ayudarlo. Por eso suscribió esa póliza tan importante.

—Todo un detalle de su parte —dijo Carlson.

—No se le puede negar —se sumó Stone—. La familia es una cosa muy importante, ¿no cree?

No dije nada. Carlson volvió a sentarse en el ángulo de la mesa. De su rostro había vuelto a desaparecer la sonrisa.

—Míreme, doc.

Lo miré. Sus ojos trepanaron los míos. Conseguí sostener la mirada, pero me costó un esfuerzo ímprobo.

—Conteste mi pregunta esta vez —dijo lentamente—. Y no se sorprenda ni se sienta insultado. ¿Pegó usted alguna vez a su mujer?

—No, nunca —dije.

—¿Ni una vez siquiera?

—Ni una vez siquiera.

—¿Ni un empujón siquiera?

—No, nunca.

—¿No la atacó nunca de alguna forma en un momento de enfado? ¿Qué quiere que le diga? Lo hemos hecho todos, doc. Un sopapo que se te escapa... No es ningún crimen. Es algo natural en cuestiones de corazón, ya sabe a qué me refiero.

—Jamás en la vida pegué a mi mujer —dije—. No le di nunca ningún empujón, no le di nunca ninguna bofetada, no la atacé de ningún modo movido por la ira. ¡Nunca!

Carlson miró a Stone.

—¿Te basta con esto, Tom?

—Por supuesto, Nick. Acaba de decir que no le pegó nunca y a mí me basta con esto.

Carlson se rascó la barbilla.

—A menos que...

—¿A menos que qué, Nick?

—A menos que pueda ofrecer al doctor Beck otro catalizador.

Los ojos de los dos volvieron a clavarse en mí. La respiración me resonaba en los oídos, trabajosa e irregular. Me sentía aturdido. Carlson aguardó un momento antes de coger el gran sobre de papel manila. Se concedió un buen rato y desató parsimoniosamente el cordel con que estaba atado con sus dedos largos y elegantes y a continuación levantó la solapa, alzó el sobre y dejó caer su contenido sobre la mesa.

—¿Qué le parece esto como catalizador, doc?

Eran fotografías. Carlson las empujó hacia mí. Al mirarlas, sentí que el agujero de mi corazón iba en aumento.

—¿Doctor Beck?

Clavé los ojos en las fotos. Extendí los dedos con gesto inseguro y las toqué.

Elizabeth.

Eran fotos de Elizabeth. La primera era una ampliación de su rostro. Estaba de perfil y con la mano derecha se apartaba el cabello de la oreja. Tenía un ojo hinchado y amoratado. En el cuello, debajo de la oreja, tenía un corte profundo y más magulladuras.

Parecía haber llorado.

En otra foto aparecía de cintura para arriba. La única prenda que llevaba era el sujetador y señalaba con la mano una gran mancha que tenía en las costillas. Sus ojos también estaban bordeados de rojo. La luz era extrañamente dura, como si el foco tratara de poner de relieve el cardenal y hacerlo más evidente a la lente.

Había tres fotos más, todas tomadas desde diversos ángulos y que presentaban diversas partes del cuerpo. En todas eran visibles

otros cortes y moretones.

—¿Doctor Beck?

Levanté bruscamente los ojos. Casi me sobresaltó verlos en la habitación. Sus expresiones eran neutras, pacientes. Miré a Carlson, después a Stone, después de nuevo a Carlson.

—¿Se figuran que esto se lo hice yo?

Carlson se encogió de hombros.

—Usted nos lo dirá.

—Por supuesto que no.

—¿Sabe usted cómo se hizo su mujer estas contusiones?

—En un accidente de automóvil.

Se miraron el uno al otro como si acabase de decirles que mi perro se me había comido los deberes.

—Se pegó un batacazo terrible —expliqué.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo recuerdo exactamente. Tres o cuatro meses antes... — las palabras se me atragantaron un momento— antes de morir.

—¿Fue al hospital?

—No, no creo.

—¿No cree?

—Yo no estaba con ella.

—¿Dónde estaba usted?

—Estaba haciendo un taller de pediatría en Chicago. Me dijo lo del accidente cuando regresé.

—¿Cuánto tiempo tardó en decírselo?

—¿Después del accidente?

—Sí, doc, después del accidente.

—Pues no sé. Al cabo de dos o tres días seguramente.

—¿Ya estaban ustedes casados?

—Hacía unos meses.

—¿Por qué no se lo dijo enseguida?

—Me lo dijo enseguida. Quiero decir que me lo dijo en cuanto llegué. Supongo que no quería preocuparme.

—Ya comprendo —dijo Carlson. Miró a Stone. No se molestaron en disfrazar su incredulidad—. O sea que fue usted quien sacó las fotos, ¿verdad, doc?

—No —dije, y en cuanto lo hice deseé no haberlo dicho.

Intercambiaron otra mirada, sedientos de sangre. Carlson inclinó la cabeza y se acercó un poco más.

—¿Había visto usted esas fotografías? —preguntó.

No dije nada. Se quedaron esperando. Pensé en la pregunta. La respuesta era no, pero... ¿de dónde las habían sacado? ¿Por qué no estaba enterado yo de su existencia? ¿Quién había sacado aquellas fotos? Miré a los dos hombres a la cara, pero su expresión no dejaba traslucir nada.

Es muy sorprendente, sobre todo cuando uno se detiene a reflexionar sobre la cuestión, que las lecciones más importantes sobre la vida nos lleguen a través de la televisión. La inmensa mayoría de conocimientos que tenemos sobre interrogatorios, derechos Miranda, autoacusaciones, conainterrogaciones, listas de testigos, sistemas de jurado, han llegado hasta nosotros a través de *Policías de Nueva York*, *Ley y Orden* y otras producciones semejantes. Ahora mismo, si yo le arrojase a usted una pistola y le ordenase disparar, usted haría lo que ha visto hacer en la televisión a otras personas en las mismas circunstancias. Y si yo le dijese que buscarse un «sabueso», sabría de qué le estoy hablando en caso de haber visto *Mannix* o *Magnum*.

Les miré e hice la pregunta clásica:

—¿Sospechan de mí?

—¿En qué aspecto?

—En cualquier aspecto —contesté—. ¿Sospechan que he cometido algún delito?

—Es una pregunta muy vaga, doc.

La respuesta también era vaga. No me gustaba nada el cariz que estaba tomando el asunto. Por eso me decidí por algo que también había aprendido en la televisión.

—Quiero llamar a mi abogado —dije.

10

No tengo un abogado penalista particular —¿lo tiene alguien?—, por lo que llamé a Shauna desde un teléfono público del pasillo y la puse al corriente de la situación. Shauna no se anduvo por las ramas.

—Tengo la persona que necesitas —dijo—. Espera y no te pongas nervioso.

Esperé, pues, en la sala de interrogatorios. Carlson y Stone tuvieron la amabilidad de esperar conmigo. Mataban el tiempo conversando en voz baja. Transcurrió media hora. Aquel silencio me ponía nervioso. Pero sabía que eso querían ellos. No podía más. Después de todo, yo era inocente. Si tomaba precauciones, no podía perjudicarme.

—A mi esposa la encontraron marcada con la letra K —les dije.
Los dos levantaron la cabeza.

—Usted perdone —dijo Carlson, estirando el cuello hacia mí—.
¿Hablaban con nosotros?

—A mi esposa la encontraron marcada con la letra K —repetí—. Yo estaba en el hospital por los golpes que sufrí en el ataque. No pensarán que... —me aventuré a decir.

—¿Qué? —dijo Carlson.

Como suele ocurrir siempre, todo es empezar.

—Que yo tengo algo que ver con la muerte de mi esposa.

Fue entonces cuando se abrió la puerta e irrumpió en la habitación una mujer que reconocí enseguida, la había visto en

televisión. Carlson, al verla, echó el cuerpo bruscamente hacia atrás. Oí que Stone murmuraba por lo bajo:

—¡Lo que faltaba!

Hester Crimstein no se entretuvo en presentaciones.

—¿Mi cliente ha solicitado asesor? —preguntó.

No hay nadie como Shauna para hacer favores. Aunque yo no había tenido ocasión de conocer personalmente a mi abogada, la reconocí por haberla visto en la tele en sus intervenciones como «experta en cuestiones jurídicas» de diversas tertulias, como había visto también su propio programa titulado *Crimstein contra el crimen*. En la pantalla, Hester Crimstein era rápida y expeditiva y solía hacer papilla a sus invitados. Vista al natural, se percibía en ella una curiosísima aura de poder, era una de esas personas que miran a los demás como si ellas fueran tigres famélicos y ellos gacelillas cojas.

—En efecto —dijo Carlson.

—Y sin embargo, aquí están ustedes, amables y tranquilos, y a la carga con las preguntas.

—Ha sido él quien ha hablado con nosotros.

—Sí, claro —Hester Crimstein abrió la cartera con un chasquido, sacó bolígrafo y papel y los arrojó sobre la mesa—. Escriban sus nombres.

—¿Cómo?

—Sus nombres, amigos. Saben escribirlos, ¿verdad?

Aunque era una pregunta retórica, Crimstein se quedó en actitud de esperar respuesta.

—Sí —dijo Carlson.

—¡Faltaba más! —añadió Stone.

—Pues bien, escríbanlos. Cuando explique por televisión cómo han pisoteado los derechos constitucionales de mi cliente, quiero asegurarme de dar los nombres correctos. Con letras mayúsculas, por favor.

Finalmente, me miró a mí.

—¡Vamos! —dijo.

—Un momento —intervino Carlson—. Nos gustaría hacer unas preguntas a su cliente.

—No.

—¿No? ¿Así de claro?

—Exactamente, así de claro. No hablarán con él. Ni él hablará con ustedes. Nunca. ¿Lo han entendido los dos?

—Sí —dijo Carlson.

Crimstein se volvió a Stone.

—Sí —dijo Stone.

—Perfecto, compañeros. ¿Van a detener al doctor Beck?

—No.

Se volvió hacia mí.

—Vamos, ¿qué espera? —me espetó—. Vámonos de aquí.

Hester Crimstein no volvió a decir palabra hasta que nos encontramos a salvo en la limusina.

—¿Dónde quiere que le deje? —preguntó.

Di al chófer la dirección de la clínica.

—Hábleme del interrogatorio —dijo Crimstein—. Con detalle.

Le di cuenta lo mejor que pude de la conversación que había sostenido con Carlson y Stone. Hester Crimstein apenas me miraba. Había sacado una agenda más gruesa que mi cintura y empezó a hojearla.

—Esas fotos de su mujer —dijo cuando terminé—, ¿las hizo usted?

—No.

—¿Se lo ha dicho a Hansel y Gretel?

Asentí.

Con unos movimientos de la cabeza, dijo:

—¡Médicos! Siempre los peores clientes —se echó hacia atrás un mechón de cabellos—. Pues ha sido una tontería por su parte,

pero no irremediable. ¿Dice que no había visto nunca esas fotografías?

—Nunca.

—Pero cuando ellos se lo han preguntado, al final se ha quedado usted con la boca cerrada.

—Sí.

—Mejor —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Es verdad esa historia que les ha contado sobre que todas esas marcas en el cuerpo eran resultado de un accidente de coche?

—¿Cómo dice?

Crimstein cerró su agenda.

—Mire... se llama Beck, ¿verdad? Shauna me ha dicho que todo el mundo le llama Beck o sea que supongo que no le importa que yo también le llame Beck.

—No, no me importa.

—Muy bien. Mire, Beck, usted es médico, ¿no es así?

—Sí.

—¿Le gusta que lo cuiden cuando está enfermo?

—Me dejo cuidar.

—Pues a mí no me va. No me va nada. A usted le gustan los mimos, que le den sopitas, que alquilen a Richard Simmons. Bien, pues nosotros vamos a saltarnos todos los «usted perdone» y todos «lo siento mucho» y toda esta basura que no sirve para nada, ¿de acuerdo? Y usted límitese a contestar mis preguntas. ¿Es verdad la historia del accidente de coche que les ha contado? ¿Sí o no?

—Sí.

—Se lo digo porque los federales comprobarán todos los detalles. Esto ya lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé.

—Perfecto, entonces hemos dejado aclarado este punto —Crimstein hizo una profunda aspiración—. A lo mejor su esposa tenía algún amigo y fue éste quien sacó las fotos —dijo a manera de tanteo—. Supongamos que lo hiciera por el seguro o por alguna otra

razón. Por si por ejemplo, se le ocurría, poner una demanda. Esto cuadraría en el caso de que necesitáramos dilucidar este detalle.

A mí no me cuadraba en absoluto, pero me guardé la opinión.

—Por fin, pregunta número uno: ¿Dónde estaban estas fotografías, Beck?

—No lo sé.

—Preguntas dos y tres: ¿Cómo las han conseguido los federales? ¿Por qué aparecen ahora?

Moví negativamente la cabeza.

—Y lo más importante de todo: ¿Qué quieren cargarle? Su mujer murió hace ocho años. Me parece un poco tarde para querer cargar las baterías conyugales. —Se recostó en el asiento y se quedó uno o dos minutos pensativa, después levantó la vista y se encogió de hombros—. No importa. Haré unas cuantas llamadas y descubriré qué pasa. Entretanto, no cometa ninguna tontería. No diga nada a nadie. ¿Me ha comprendido?

—Sí.

Volvió a recostarse hacia atrás y se quedó pensativa un momento más.

—Esto no me gusta —dijo—, no me gusta ni pizca.

11

El 12 de mayo de 1970, Jeremiah Renway y tres de sus compañeros radicales provocaron una explosión en el departamento de química de la universidad Eastern State. Del Weather Underground surgieron rumores que aseguraban que unos científicos militares utilizaban los laboratorios de la universidad para fabricar una forma de napalm mucho más potente. El grupo de cuatro estudiantes, que en un arranque de originalidad se adjudicaron el nombre de «Grito de Libertad», decidieron emprender una acción pública y al mismo tiempo espectacular.

En aquel entonces, Jeremiah Renway no sabía si el rumor era cierto. Ahora, transcurridos más de treinta años, lo ponía en duda. Pero no importaba. La explosión no provocó ningún daño en los laboratorios, pero dos agentes de seguridad de la universidad tropezaron con el paquete sospechoso y, cuando uno lo recogió, le estalló en las manos y mató a los dos hombres.

Ambos eran padres de familia.

Uno de los compañeros de Jeremiah, o sea un «luchador por la libertad», fue detenido dos días después. Aún seguía en la cárcel. El segundo murió de cáncer de colon en 1989. La tercera, Evelyn Cosmeer, fue detenida en 1996. Seguía en la cárcel cumpliendo una condena de siete años de reclusión.

Jeremiah se perdió en el bosque aquella misma noche y ya no se aventuró a abandonarlo nunca más. Rara vez topaba con seres humanos, no escuchaba la radio ni veía la televisión. Durante aquel tiempo sólo utilizó el teléfono una vez... y fue porque se trataba de

una urgencia. Su única conexión real con el mundo exterior eran los periódicos, aunque lo que publicaron con respecto al suceso ocurrido en aquel bosque hacía ocho años no tenía nada que ver con la realidad.

El padre de Jeremiah, que había nacido y se había criado al pie de las montañas del noroeste de Georgia, había enseñado a su hijo todo tipo de técnicas de supervivencia, aunque la lección fundamental que quiso inculcarle fue simplemente ésta: confía en la naturaleza, no en el hombre. Jeremiah la olvidó durante breve tiempo. Y ahora lo pagaba.

Temiendo que lo buscasen en su tierra natal, Jeremiah se refugió en los bosques de Pensilvania. Estuvo merodeando durante un tiempo y acampando en un sitio diferente cada noche o cada dos noches hasta descubrir la comodidad y seguridad relativas del lago Charmaine. En el lago estaban las viejas literas del campamento en donde se podía descansar cuando el tiempo era muy malo. El lago era muy poco frecuentado, los pocos visitantes acudían en verano y, aun entonces, sólo lo hacían los fines de semana. Cazaba ciervos y se alimentaba con su carne sin grandes problemas. En los contados días del año en que la gente acudía al lago, Jeremiah se escondía o se trasladaba más al oeste.

O se dedicaba a observar.

Para los niños que solían visitar el lago, Jeremiah Renway era el coco.

Jeremiah permaneció inmóvil vigilando a los agentes que se movían en la oscuridad vestidos con sus anoraks oscuros. Los anoraks del FBI. La visión de aquellas letras en grandes caracteres amarillos seguía helándole el corazón.

Nadie se había preocupado de inspeccionar la zona, tal vez porque era tan remota. No descubrieron a Renway cuando encontraron los cadáveres. Sí, los dos hombres estaban bien enterrados y en lugar profundo, pero Renway sabía lo que ignoraba la mayoría, es decir, que a los secretos no les gusta estar

enterrados. Su antigua compañera de delitos, Evelyn Cosmeer, que se había transformado en la perfecta mamá aburguesada de Ohio antes de que la detuviesen, también lo sabía. A Jeremiah no se le escapaba lo irónico de la situación.

Permaneció escondido entre la maleza. Sabía mucho de camuflaje. No lo descubrirían.

Recordó aquella noche de ocho años atrás, la noche en que murieron los dos hombres: los súbitos disparos, el ruido de las palas rasgando en la tierra, los gruñidos de los que excavaban. Incluso se planteó la posibilidad de informar a las autoridades de lo ocurrido... contárselo todo.

De manera anónima, por supuesto.

Al final, no se arriesgó. No era destino para nadie, eso Jeremiah lo sabía, vivir en una jaula, aunque había quien superaba la prueba. Jeremiah no podría hacerlo. Un primo suyo llamado Perry estuvo ocho años encerrado en una penitenciaría federal. Los pasó recluido en una minúscula celda veintitrés de las veinticuatro horas del día. Una mañana Perry intentó quitarse la vida precipitándose de cabeza contra la pared de cemento.

Él habría podido ser Jeremiah.

Así pues, decidió que mantendría cerrada la boca y no haría nada. Y así ocho años.

Pero pensó mucho en aquella noche. Pensó en la muchacha desnuda. Pensó en los hombres que estaban al acecho. Pensó en la escaramuza que se organizó en torno al coche. Pensó en el ruido obsesivo y húmedo de la madera al restregarse contra ella la carne desnuda. Pensó en el hombre abandonado a la muerte.

Y pensó en las mentiras. Las mentiras, sobre todo, lo tenían obsesionado.

12

Cuando volví a la clínica, la sala de espera estaba atiborrada de gente quejosa e impaciente. Un televisor presentaba un vídeo de *La sirenita* que, al llegar al final, se rebobinaba automáticamente y volvía a empezar y que, debido a tantos pases, estaba descolorido y gastado. Después de las horas pasadas con el FBI, mi estado mental estaba en sintonía con la cinta. No paraba de repetir en mi fuero interno las palabras de Carlson, que evidentemente era el chico de la película, y de tratar de imaginar qué perseguía realmente sin conseguir otra cosa que hacer el cuadro más confuso e irreal. Me provocaba, además, un dolor de cabeza galopante.

—Hola, doc.

Tyrese Barton salió a mi encuentro. Llevaba unos pantalones con bolsas en el trasero y lo que parecía una chaqueta universitaria de talla superior a la suya, un conjunto que debía de ser obra de algún diseñador que, si de momento era desconocido, no tardaría en dejar de serlo.

—Hola, Tyrese —dije.

Tyrese me dio un complicado apretón de manos que parecía más bien un paso rutinario de danza dirigido por él, que yo seguía. Él y Latisha tenían un hijo de seis años a quien llamaban TJ. Era hemofílico. Y además, ciego. Lo conocí al poco tiempo de haber irrumpido en el mundo y cuando a Tyrese le faltaban segundos para que lo detuvieran. Tyrese aseguraba que yo aquel día había salvado la vida de su hijo. Pero era una hipérbole.

A lo mejor a quien salvé fue a Tyrese.

Él estaba convencido de que aquello nos había convertido en amigos, como si él fuera el león que tenía una espina clavada en la pata y yo el ratón que se la había arrancado. Se equivocaba.

Tyrese y Latisha no llegaron a casarse nunca, pero él era uno de los pocos padres que yo había visto en la consulta. Acabó dándome un apretón de manos y dos Ben Franklins, como si yo fuera un artista de Le Cirque.

Y mirándome a los ojos me dijo:

—Ocúpese de mi hijo.

—De acuerdo.

—No hay nadie como usted, doc —me dijo tendiéndome su tarjeta de visita, en la que no figuraba nombre, dirección ni profesión alguna. Sólo el número de su teléfono móvil—. Si necesita algo, no tiene más que llamar.

—Lo tendré presente —contesté.

Sin dejar de mirarme, insistió:

—Lo que sea, doc.

—De acuerdo.

Me metí los billetes en el bolsillo. Hacía seis años que seguíamos la misma rutina. Desde que trabajaba allí, sabía mucho de traficantes de droga, pero de ninguno que hubiera estado más de seis años en el negocio.

Ni que decir tiene que no me quedé con el dinero. Se lo di a Linda para sus obras de caridad. Sé que es algo discutible desde el punto de vista legal, pero me dije que mejor que el dinero fuera a parar a obras de caridad que a manos de un traficante de drogas. No tenía ni idea del dinero que podía haber acumulado Tyrese. Cambiaba constantemente de coche, con una decidida preferencia por los BMW de cristales oscuros, y el guardarropa de su hijo estaba muy por encima de la ropa de mi armario. Sin embargo, como la madre del niño estaba acogida a la asistencia sanitaria pública, las visitas eran gratuitas.

Sé que es un desatino.

El móvil de Tyrese soltó una musiquilla de hip hop.

—Tengo que atender la llamada, doc. Negocios.

—De acuerdo —dije de nuevo.

A veces me sulfuro. ¿Quién no? Pero a pesar de toda esta niebla, aquí hay niños de verdad. Hacen sufrir. No quiero decir que todos los niños sean maravillosos. No lo son. Algunos de los que trato —lo sé muy bien— no valen nada. Pero los niños son, por lo menos, seres desvalidos. Débiles e indefensos. Créanme si les digo que he visto casos capaces de modificar la definición que uno se hace de los seres humanos.

Por eso me centro en los niños.

Estaba previsto que yo terminara mi trabajo a las doce del mediodía pero, para compensar el tiempo que me habían hecho perder los del FBI, me quedé viendo pacientes hasta las tres de la tarde. No podía sacarme de la cabeza el interrogatorio al que me habían sometido. Las fotos de Elizabeth, magullada y hecha una piltrafa, seguían atormentando mi cerebro como la más grotesca de las luces estroboscópicas.

¿Quién conocía aquellas fotografías?

La respuesta, cuando me tomé el tiempo necesario para reflexionar, me pareció obvia. Me incliné sobre el teléfono y marqué un número al que no llamaba desde hacía años pero que, pese a todo, no había olvidado.

—Schayes Photography —respondió una mujer.

—Hola, Rebecca.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Cómo estás, Beck?

—Bien. ¿Y tú?

—No muy mal. Trabajando como una condenada.

—Trabajas demasiado.

—Ahora menos. Me casé el año pasado.

—Lo sé, siento no haber llegado a tiempo para impedirlo.

—¡Bah, pamplinas!

—Bien. De todos modos, felicidades.

—¿Ocurre algo?

—Quiero hacerte una pregunta —dije.

—¡Huy, huy, huy!

—Es sobre el accidente de coche.

Oí un ruido metálico. Después, silencio.

—¿Te acuerdas del accidente de coche? ¿El que tuvo Elizabeth antes de que la mataran?

Rebecca Schayes, la mejor amiga de mi mujer, no respondió.

Carraspeé.

—¿Quién conducía el coche?

—¿Cómo? —dijo hablando a alguien fuera del teléfono—. Está bien, que espere —y después, volviendo a hablar conmigo—. Mira, Beck, acaba de surgir un contratiempo. ¿Puedo llamarte dentro de un momento?

—Rebecca...

Pero ya había colgado.

La verdad que encierra la tragedia es ésta: es buena para el alma.

El hecho es que yo soy mejor persona a causa de las muertes. Si todas las nubes están orladas de plata, hay que reconocer que en esta nube la orla es muy fina. Pero hay plata. Lo cual no significa que valga la pena ni que sea un asunto regular ni nada parecido, pero sé que ahora soy mejor que antes. Sé valorar lo importante. Tengo una comprensión más profunda del dolor humano.

Hubo un tiempo —ahora esto parece risible— en que me preocupaba por los clubes a los que pertenecía, por los coches que conducía, por los títulos universitarios que colgaría en la pared de mi casa. Todas esas monsergas relacionadas con la posición social. Quería ser cirujano porque es una profesión que fascina a la gente.

Quería impresionar a mis supuestos amigos. Quería ser un gran hombre.

Como he dicho antes, risible.

Alguien diría que si ahora soy mejor, es porque he madurado. En parte tendría razón. Y gran parte del cambio obedece a que ahora estoy solo. Elizabeth y yo formábamos una pareja, una única entidad. Era tan estupenda que yo podía permitirme el lujo de valer menos que ella, como si su excelencia nos elevara a los dos, como si fuera una especie de nivelador cósmico.

Sigo diciendo que la muerte es una gran maestra. La muerte es implacable.

Me gustaría poder decir que, gracias a la tragedia, he conseguido penetrar verdades absolutas que hasta ahora no había descubierto, verdades capaces de alterar mi vida y que ahora podría transmitir. Pero no, no lo digo. Los tópicos al uso, tales como «lo importante son las personas, la vida es preciosa, el materialismo está sobrevalorado, lo que cuenta son las pequeñas cosas, hay que vivir el momento...» podría repetírseles indefinidamente. Y usted podría escuchar, pero sin asimilar lo que yo le dijese. La tragedia llama a la puerta. La tragedia se queda grabada en el alma. Uno podrá ser menos feliz, pero es mejor.

Lo más irónico de todo es que he pensado muchas veces que ojalá Elizabeth pudiera verme ahora. Pero por mucho que lo haya deseado, no creo que los muertos puedan observarnos ni creo en ninguna de las fantasías que nos forjamos para consolarnos. Creo que los muertos se van para siempre. No obstante, esto no me impide pensar: «Quizá ahora yo sea digno de ella».

Un hombre más religioso que yo podría preguntarse si es por eso por lo que ella ha vuelto.

Rebecca Schayes era una fotógrafa muy buena que trabajaba por su cuenta. Publicaban sus fotografías las revistas más prestigiosas si bien, por extraño que parezca, estaba especializada en hombres. Hombres, por ejemplo, como los atletas profesionales

que aceptaban aparecer en la cubierta de GQ, solían pedir que fuera ella quien hiciera la foto. Rebecca acostumbraba a decir en tono de broma que su especial habilidad para retratar cuerpos masculinos obedecía a que había dedicado toda su vida a estudiarlos a fondo.

Encontré su estudio en la calle Treinta y dos Oeste, no lejos de Penn Station. El edificio era una especie de almacén espantoso que apestaba a los coches de caballos de Central Park que estaban alojados en la planta baja del edificio. Prescindí del montacargas y subí a pie la escalera.

Rebecca atravesaba a toda prisa el pasillo. La seguía un ayudante flaco, vestido de negro, con brazos como cañas y un vello en la cara que parecía pintado a lápiz carbón. Arrastraba dos maletas de aluminio. Rebecca seguía teniendo los mismos pelos rebeldes como pinchos de cactus que yo le recordaba, una cabellera bravía que se retorció furiosamente y que crecía a su aire. Tenía unos ojos verdes muy separados. Si había cambiado en el curso de los últimos ocho años, yo no pude verlo.

Apenas redujo la marcha al verme.

—Llegas en mal momento, Beck.

—¡Mala suerte! —dije.

—Tengo sesión. ¿No podemos dejarlo para más tarde?

—No.

Se paró, murmuró algo al ceñudo ayudante vestido de negro y dijo:

—De acuerdo. Ven.

Su estudio tenía el techo alto y las paredes de cemento pintadas de blanco. Había muchos paraguas-pantalla, filtros negros y cables serpenteando por todas partes. Rebecca se puso a manipular un rollo de película y a hacer como que estaba muy ocupada.

—Háblame del accidente de coche —dije.

—No lo entiendo, Beck —abrió un bote, lo dejó, volvió a taparlo, volvió a abrirlo—. Hace ocho años que no nos vemos, ¿verdad? Y

ahora, de pronto, me sales con esta obsesión por un accidente de coche que ocurrió hace un montón de tiempo.

Me crucé de brazos en actitud de espera.

—¿Por qué, Beck? Después de tanto tiempo. ¿A qué vienen esas ganas de saber?

—Contéstame.

Rebecca seguía rehuyendo la mirada. La cabellera indómita le tapaba la mitad de la cara, pero no se molestaba en apartarla.

—La echo de menos, Beck —dijo—. Y a ti también.

No le respondí.

—Te llamé.

—Lo sé.

—Traté de establecer contacto contigo. Quería estar a tu lado.

—Lo siento —dije.

Y era verdad. Rebecca había sido la mejor amiga de Elizabeth. Habían compartido un piso cerca de Washington Square Park antes de que yo me casara con Elizabeth. Habría debido contestar a sus llamadas, invitarla, hacer algo. Pero no hice nada.

El dolor puede ser muy egoísta.

—Elizabeth me dijo que habíais tenido un accidente de coche sin importancia —proseguí—. Por culpa de ella, según me dijo. Apartó los ojos de la carretera. ¿Es verdad?

—¿Qué puede eso arreglar?

—Alguna cosa.

—¿Cómo?

—¿De qué tienes miedo, Rebecca?

Ahora le tocó a ella el turno de callarse.

—¿Hubo accidente o no?

Se le vencieron los hombros como si acabaran de segarle alguna cosa por dentro. Hizo unas cuantas inspiraciones profundas y mantuvo baja la cabeza.

—No lo sé.

—¿Por qué dices que no lo sabes?

—También a mí me dijo que había sido un accidente de coche.

—¿No ibas con ella?

—No, tú estabas fuera de la ciudad, Beck. Una noche, al llegar a casa, encontré a Elizabeth. Tenía todo el cuerpo magullado. Al preguntarle qué le había pasado, me dijo que había tenido un accidente de coche y que, en caso de que alguien me hiciera alguna pregunta, dijese que el accidente había sido con mi coche.

—¿Si alguien te hacía alguna pregunta?

Rebecca levantó por fin los ojos.

—Creo que se refería a ti, Beck.

Hice un esfuerzo para asimilar las palabras.

—¿Qué ocurrió, en realidad?

—No me lo dijo.

—¿La llevaste a un médico?

—No me dejó —Rebecca me dirigió una mirada extraña—. Sigo sin saber nada. ¿Por qué me haces estas preguntas ahora?

«No se lo digas a nadie».

—Sólo porque quiero tener detalles más precisos.

Asintió, pero vi que no se tragaba mis palabras. Ninguno de los dos era particularmente mentiroso.

—¿Sacaste fotos?

—¿Fotos?

—De las heridas que había sufrido en el accidente.

—¡Dios, no! ¿Por qué iba a sacar fotos?

Una pregunta realmente lógica. Me quedé sentado reflexionando sobre todo aquello. No sé cuánto rato.

—¿Beck?

—Sí.

—Tienes muy mal aspecto.

—Tú no —dije.

—Estoy enamorada.

—Te sienta bien.

—Gracias.

—¿Es buen chico?

—No podría ser mejor.

—Entonces, quizá te merece.

—Quizá —echó hacia delante el cuerpo para besarme en la mejilla. Me agradó, me sentí reconfortado—. Ha ocurrido algo, ¿verdad?

Esta vez opté por la verdad.

—No lo sé —contesté.

13

Shauna y Hester Crimstein estaban sentadas en el despacho del elegante gabinete jurídico que Hester tenía en el centro de la ciudad. Hester finalizó una conversación telefónica y dejó el aparato en su sitio.

—No quieren hablar —dijo Hester.

—Pero ¿lo han detenido?

—No, todavía no.

—¿Qué pasa, entonces? —preguntó Shauna.

—Si quieres saber mi opinión, se figuran que Beck mató a su mujer.

—Están como chotas —dijo Shauna—. Si él estaba en el hospital por haber gritado. Y el chalado de KillRoy está ahora en el corredor de la muerte.

—Pero no por haberla matado a ella —replicó la abogada.

—¿Cómo?

—Se sospecha que Kellerton mató como mínimo a dieciocho mujeres. Él confesó catorce asesinatos, pero únicamente encontraron pruebas concluyentes para juzgarlo y condenarlo por doce. Más que suficientes. ¿Cuántas condenas de muerte necesita un hombre?

—Todo el mundo sabe que él mató a Elizabeth.

—Permíteme que te corrija: todo el mundo sabía.

—No lo capto, pero ¿cómo pueden imaginar que Beck tiene algo que ver con esto?

—No tengo ni idea —contestó Hester, que puso los pies sobre el escritorio y apoyó la nuca en las manos—. Por lo menos de momento, pero tendremos que estar en guardia.

—¿Y eso por qué?

—De momento debemos asumir que los federales vigilan todos sus pasos: tendrá el teléfono pinchado, lo seguirán... cosas así.

—¿Y qué?

—¿Qué quieres decir con «y qué»?

—Es inocente, Hester. Déjalos que vigilen.

Hester levantó los ojos y sacudió la cabeza.

—¡No seas ingenua!

—¿Se puede saber qué diablos quieres decir con eso?

—Pues quiero decir que si lo graban desayunando huevos, a lo mejor eso quiere decir algo. Tiene que andarse con mucho cuidado. Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Los federales van a ir a por Beck.

—¿Por qué?

—Créeme, lo harán. El solo hecho de pensar en tu amigo, hace que se les ponga dura. Y eso que han pasado ocho años desde el asunto. Esto quiere decir que están frenéticos. Y cuando los federales se desesperan se vuelven peligrosos y les entran ganas de pisotear los derechos constitucionales de la gente.

Shauna se recostó hacia atrás y pensó en los extraños mensajes que Beck había recibido de «Elizabeth».

—¿Pasa algo? —dijo Hester.

—Nada.

—No me ocultes cosas, Shauna.

—Yo no soy tu clienta.

—¿Quieres decir que quien se calla cosas es Beck?

De pronto a Shauna la asaltó una idea que rozaba el horror. Reflexionó un momento, puso la idea a prueba dejándola discurrir por determinados caminos, la dejó rebotar unos momentos.

Todo cuadraba, pese a lo cual Shauna abrigaba la esperanza — rezaba por dentro para que así fuera— de haberse equivocado. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme.

—¿Qué pasa?

—Pregunta a tu cliente.

Los agentes especiales Nick Carlson y Tom Stone ocupaban el mismo sofá donde hacía muy poco Beck se había entregado a la nostalgia. Kim Parker, la madre de Elizabeth, estaba sentada frente a los dos hombres con las manos decorosamente entrelazadas sobre el regazo. Su expresión era hierática, una máscara de cera. Hoyt Parker iba de un lado a otro de la habitación.

—¿Qué es eso tan importante que no pueden decirnos por teléfono? —preguntó Hoyt.

—Queremos hacerle algunas preguntas —dijo Carlson.

—¿Sobre qué?

—Sobre su hija.

Los dos se quedaron helados.

—Y para decirlo más concretamente, nos gustaría saber cómo era la relación de su hija con su marido, el doctor David Beck.

Hoyt y Kim intercambiaron una mirada.

—¿Por qué? —preguntó Hoyt.

—Porque el asunto tiene que ver con una investigación que estamos realizando en estos momentos.

—¿Qué clase de investigación? Mi hija murió hace ocho años. Su asesino está ahora en el corredor de la muerte.

—Por favor, detective Parker. Aquí estamos todos en el mismo bando.

La habitación se quedó silenciosa y fría. A Kim Parker se le afinaron los labios y le temblaron un poco. Hoyt miró a su mujer y después hizo una indicación con la cabeza a los dos hombres.

Carlson seguía con la vista fija en Kim.

—Señora Parker, ¿cómo describiría la relación entre su hija y su marido?

—Estaban muy unidos, muy enamorados.

—¿No había problemas?

—No —dijo ella—. Ninguno.

—¿Tiene usted al doctor Beck por un hombre violento?

Lo miró sobresaltada.

—No, en absoluto.

Miraron a Hoyt y éste asintió con el gesto.

—¿Sabe usted si el doctor Beck pegó alguna vez a su hija?

—¿Cómo?

Carlson intentó una sonrisa amable.

—¿Tiene usted la bondad de contestar a mi pregunta?

—Nunca —dijo Hoyt—. No pegó nunca a mi hija.

—¿Está seguro?

Su respuesta fue decidida.

—Totalmente.

Carlson miró a Kim.

—¿Señora Parker?

—La quería mucho.

—Lo comprendo, señora. Pero hay muchos maridos que pegan a sus mujeres y declaran que las quieren mucho.

—No le pegó nunca.

Hoyt dejó de pasear.

—¿Quieren decirme qué pasa?

Carlson miró un momento a Stone.

—Quisiera mostrarles unas fotografías, si ustedes me permiten. Son bastante impresionantes, pero las considero importantes.

Stone tendió el sobre de papel oscuro a Carlson. Carlson lo abrió. Fue colocando una por una, en la mesilla baja, todas las fotos que mostraban a Elizabeth con el cuerpo marcado por las contusiones. Observó la reacción que causaban. Como era de

esperar, Kim Parker profirió un grito. El rostro de Hoyt Parker pareció librar una lucha consigo mismo hasta que acabó por serenarse en una actitud indiferente y distante.

—¿De dónde las ha sacado? —preguntó Hoyt sin levantar demasiado la voz.

—¿Las había visto antes?

—Nunca —dijo mirando a su mujer, quien movió negativamente la cabeza.

—Pero yo me acuerdo de estas contusiones —se aventuró a decir Kim Parker.

—¿Cuándo las vio?

—No lo recuerdo exactamente. Fue poco antes de su muerte. Pero cuando yo vi esas señales eran menos... —buscó la palabra exacta—... menos pronunciadas.

—¿Le dijo su hija cómo se las había hecho?

—Dijo que había tenido un accidente de coche.

—Señora Parker, hemos hecho comprobaciones en la compañía de seguros de su hija. No informó nunca de que hubiera sufrido ningún accidente. Hemos revisado los archivos de la policía. No hubo nadie que presentase ninguna denuncia. Ningún policía rellenó ningún informe.

—En resumen, ¿qué quiere decir con esto? —terció Hoyt.

—Quiero decir lo que digo: que si estas señales que aparecen en el cuerpo de su hija no son resultado de un accidente de coche, ¿de qué son resultado?

—Usted se figura que son resultado de una paliza que le dio su marido, ¿no es eso?

—Es una teoría que estamos comprobando.

—¿En qué se basan?

Los dos hombres vacilaron. Era una vacilación que revelaba dos posibilidades: que no querían hablar delante de una señora o que no querían hablar delante de un civil. Hoyt captó la situación.

—Kim, ¿te importaría que hablase unos momentos a solas con los agentes?

—En absoluto —se levantó con piernas inseguras y se dirigió a la escalera—. Estoy en nuestro cuarto.

Cuando hubo desaparecido de la vista de todos, Hoyt dijo:

—Muy bien, les escucho.

—Mire usted, no es que creamos que el doctor Beck diera una paliza a su hija —dijo Carlson—. Lo que creemos es que la asesinó.

Hoyt apartó la vista de Carlson y miró a Stone, después volvió a mirar a Carlson como quien espera el final del chiste. Pero al ver que no añadían nada más, se trasladó a la silla.

—Será mejor que se expliquen.

14

¿Qué más me habría ocultado Elizabeth?

Mientras caminaba por la Décima Avenida en dirección a Quick-n-Park, traté de hacerme a la idea de que las fotografías no eran otra cosa que un testimonio del accidente de coche que Elizabeth había sufrido. Rememoré su actitud despreocupada con respecto al asunto. Una simple abolladura del coche. No tenía la más mínima importancia. Cuando traté de saber más detalles, admitió cualquier explicación.

Ahora sabía, sin embargo, que me había mentido.

Hasta entonces habría podido asegurar que Elizabeth no me había mentado nunca pero, a la vista de aquel reciente descubrimiento, ese argumento carecía totalmente de base. A pesar de todo, aquélla era la primera mentira que le descubría. Lo más probable era que tanto ella como yo tuviéramos nuestros secretos particulares.

Al llegar al Quick-n-Park, descubrí algo extraño... o quizá debiera precisar que descubrí a alguien que me pareció extraño. Vi en la esquina a un hombre con un abrigo de color marrón.

Y me estaba mirando.

Era curioso, pero aquel hombre me resultaba familiar. Sin ser una persona conocida, me pareció que lo había visto antes. Un *déjà vu*. Sí, yo había visto a aquel hombre. Aquella misma mañana, incluso. ¿Dónde? Repasé todo lo que había hecho por la mañana y el ojo de mi cerebro colocó al hombre en su sitio.

Había visto al hombre del abrigo marrón aquel mismo día, a las ocho de la mañana, al aparcar un momento para tomar un café. En el aparcamiento de Starbucks.

¿Seguro?

No, por supuesto que no era seguro. Dejé de mirarlo y me dirigí a la cabina del empleado del aparcamiento. Éste llevaba prendida una tarjeta de identificación en la que se leía su nombre, Carlo, y estaba viendo la televisión y comiendo un bocadillo. Mantuvo medio minuto los ojos clavados en la pantalla antes de dirigirme la mirada. A continuación se tomó todo el tiempo del mundo para sacudirse las migas que le habían quedado en las manos, cogió el tique que yo le tendía y lo selló. Pagué el importe y me entregó la llave.

El hombre del abrigo marrón seguía en el mismo sitio.

Hice esfuerzos para no mirar en su dirección mientras caminaba hacia el coche. Entré en él, lo puse en marcha y, ya en la Décima Avenida, eché un vistazo por el retrovisor.

El hombre del abrigo marrón no me miraba. Continué mirándolo hasta que enfilé West Side Highway. En ningún momento desvió la mirada hacia mí. Paranoico. Estaba transformándome en un pirado paranoico.

¿Por qué me habría mentido Elizabeth?

Por mucho que lo pensase, no llegaba a conclusión alguna.

Todavía faltaban tres horas para que entrara mi mensaje de la Calle del Murciélago. Tres horas. ¡Vaya, necesitaba distraerme! Sólo pensar en lo que podía haber al otro extremo de aquella conexión cibernética, me destrozó el estómago.

Sabía qué debía hacer. Lo que ocurría es que trataba de retrasar lo inevitable.

Cuando entré en casa, encontré a mi abuelo solo, sentado en su silla de costumbre. El televisor estaba apagado. La enfermera estaba de cháchara por teléfono hablando en ruso. Se suponía que

no debía abandonar su trabajo. Me dije que llamaría a la agencia y pediría que la sustituyesen.

Mi abuelo tenía pequeñas partículas de huevo pegadas en las comisuras de los labios. Me saqué el pañuelo del bolsillo y se las limpié suavemente. Nuestras miradas se cruzaron, pero la suya estaba fija en algo que se encontraba mucho más lejos de mí. Me vi con él y con todos en el lago. Mi abuelo haciendo su número favorito: el antes y después de la dieta para perder peso. Se ponía de perfil, soltaba el cuerpo, relajaba su elástica barriga y gritaba: «¡Antes!». A continuación escondía la barriga hacia dentro, doblaba el cuerpo y soltaba a voz en grito un: «¡Después!». El efecto era formidable. Mi padre se partía de risa. Mi padre tenía una risa contagiosa. Era como una liberación total del cuerpo. También yo me reía del mismo modo. Pero aquella manera de reírse murió con él. Ya no podría volver a reír nunca así. En cierta forma, era una risa obscena.

La enfermera se apresuró a colgar el teléfono, y entró precipitadamente en la habitación con una gran sonrisa. No se la devolví.

Eché una mirada a la puerta del sótano. Seguía dando largas a lo inevitable.

Pero no, basta de demoras.

—No lo deje solo —le dije.

La enfermera me respondió con una inclinación de cabeza y se sentó.

Hacía mucho tiempo que el sótano estaba abandonado a su suerte y se notaba. La deteriorada moqueta, en otro tiempo de color marrón, estaba ahora acribillada de agujeros y combada por el contacto con el agua. Pegadas a las paredes de asfalto había unas láminas de un material sintético extraño que simulaban una pared de ladrillo blanco. Algunas se habían descolado y colgaban hasta el suelo; otras, se habían quedado a medio camino, como las columnas de la Acrópolis.

En el centro de la habitación, el tapete verde de la mesa de ping-pong estaba descolorido y el verde era ahora un moderno color menta. La red estaba medio rota, recordaba las barricadas tras el ataque de los ejércitos franceses. Los remos tenían la madera astillada.

Sobre la mesa de ping-pong había varias cajas de cartón, muchas cubiertas de moho. Había otras apiladas en un rincón. Dentro de los armarios, arrimados a la pared, había ropa vieja. Pero no de Elizabeth. Shauna y Linda me habían hecho el favor de llevarse sus cosas. Supongo que fueron a parar a beneficencia. Pero en otros armarios había un sinnúmero de viejos cachivaches. Cachivaches de Elizabeth. No me había sentido con ánimo de tirarlos, pero también me resistía a darlos a nadie. No sé muy bien por qué. Empaquetamos algunas cosas y las dejamos en el fondo del armario, con la esperanza de no volver a verlas en la vida..., pero sin decidirnos a desprendernos de ellas. Igual que ocurre con los sueños, supongo.

No sabía muy bien dónde la había metido, pero sabía que estaba allí. Me puse a mirar fotos viejas, tratando una vez más de rehuirlas con la mirada. Tenía mucha práctica en esto, aunque debo decir que, a medida que pasaba el tiempo, las fotografías cada vez me hacían menos daño. Ahora, cuando veía una imagen mía junto a Elizabeth en alguna Polaroid de tinte verdoso, me parecía contemplar la de unos desconocidos.

No soportaba hacer aquello.

Hurgué en las profundidades de la caja. Las yemas de los dedos encontraron algo cuyo tacto me recordó el fieltro. Lo saqué y encontré el título del campeonato de tenis del instituto. Con sonrisa triste, me acordé de sus piernas morenas y de cómo le saltaban los pechos cuando corría hacia la red. En la pista se destacaba su rostro por la concentración. Aquí era donde Elizabeth era imbatible. Sus golpes eran bastante aceptables, su servicio era francamente

bueno, pero lo que situaba su listón muy por encima del de sus compañeras era su capacidad de concentración.

Aparté el título con cuidado y seguí hurgando en el fondo. Y fue en el fondo donde encontré lo que buscaba.

Su agenda.

Después del secuestro, la policía quiso verla. En fin, eso me dijeron. Rebecca los acompañó al piso y ayudó a los agentes a localizarla. Supongo que querrían encontrar alguna pista, lo mismo que yo ahora pero cuando apareció el cadáver con la letra K marcada, dejaron de buscar.

Me detuve a reflexionar sobre el asunto —sobre cómo se lo habían colgado todo bonitamente a KillRoy— y de pronto se coló una idea en mis reflexiones. Subí corriendo la escalera, me planté delante del ordenador y lo conecté. Busqué la página en el Departamento de Penitenciarías de la ciudad de Nueva York. Encontré toneladas de material y, entre el mismo, el nombre y número de teléfono que buscaba.

Cerré y llamé a la penitenciaría Briggs.

Era la prisión bajo cuya custodia estaba KillRoy.

Cuando me respondió la cinta, pulsé la extensión adecuada y establecí el oportuno contacto. Después de tres timbrazos, oí la voz de un hombre:

—El director adjunto Brown al habla.

Le dije que quería visitar a Elroy Kellerton.

—¿Usted quién es? —me preguntó.

—El doctor David Beck. Mi esposa, Elizabeth Beck, fue una de sus víctimas.

—Ya comprendo —Brown titubeó—. ¿Puedo preguntarle cuál es el objeto de su visita?

—No.

Hubo otro silencio.

—Tengo derecho a visitarlo si él quiere verme —dije.

—Sí, claro, pero se trata de una petición que no es usual.

—Pese a todo la hago.

—El procedimiento normal es que su abogado se ocupe del asunto...

—No es necesario —le interrumpí. Me había enterado a través de la página web correspondiente de los derechos de las víctimas y sabía, por tanto, que podía formular la petición directamente. Bastaba con que Kellerton quisiera verme—. Quiero hablar con Kellerton y nada más. Tienen unas horas de visitas, ¿verdad?

—Sí, las tenemos.

—Entonces, si Kellerton acepta, mañana estaré ahí. ¿Hay algún problema?

—No, en absoluto. Si él acepta, no hay ningún problema.

Le di las gracias y colgué. Había empezado a actuar y aquello me producía una sensación sumamente agradable.

Tenía la agenda de Elizabeth en el escritorio, a mi lado y volvía a evitarlo, porque si una fotografía o una grabación pueden remover recuerdos dolorosos, mucho más aún los remueve la caligrafía de una persona, algo mucho más personal. Las ampulosas mayúsculas de Elizabeth, las enérgicas tildes de las letras «t», los excesivos bucles para conectar las letras, aquella tendencia de la escritura a ladearse hacia la derecha...

Pasé una hora con ella. Elizabeth era minuciosa. No hacía muchas abreviaturas. Lo que más me sorprendió fue comprobar lo bien que conocía a mi mujer. Todo estaba muy claro y no había sorpresas. En realidad, únicamente encontré una cita que no comprendí.

Tres semanas antes de su muerte, había una anotación con sólo dos letras: PF.

Y un número de teléfono sin el código de la zona.

Dados los detalles que acompañaban al resto de sus anotaciones, aquélla me resultaba sumamente inquietante. No tenía ni idea de cuál podía ser el código de la zona. Era una llamada que

data de ocho años atrás. Los códigos de zona se habían dividido y modificado de diferentes maneras durante aquellos años.

Probé con el 201 y se desconectó automáticamente. Probé con el 973 y me respondió la voz de una anciana. Le dije que había ganado una suscripción al k., *New York Post*. Me dio su nombre y comprobé que ninguna de sus iniciales coincidía con las que yo buscaba. Probé con el 212, que correspondía al centro de la ciudad. Y canté bingo.

—Peter Flannery, abogado —me respondió una voz soñolienta.

—¿Puedo hablar con el señor Flannery?

—Está en el Palacio de Justicia.

La voz habría podido sonar más aburrida pero no sin que la interesada hubiera tomado somníferos. Había mucho ruido de fondo.

—Quisiera pedir hora para entrevistarme con el señor Flannery.

—¿Es por el anuncio de la valla?

—¿El anuncio de la valla?

—¿Algún accidente?

—Sí —dije—, pero no he visto ningún anuncio. Llamo por recomendación de un amigo. Se trata de una negligencia médica. Entré con el brazo roto y ahora no lo puedo mover. He perdido mi trabajo. Y tengo dolores constantes.

Me dio hora para el día siguiente por la tarde.

Volví a dejar el teléfono y fruncí el ceño. ¿Por qué se habría puesto Elizabeth en contacto con un perseguidor de ambulancias como el tal Flannery?

Me sobresaltó el sonido del teléfono. Lo descolgué a la mitad del timbrado.

—¿Diga? —pregunté.

Era Shauna.

—¿Dónde estás? —me preguntó a su vez.

—En casa.

—Necesito que vengas inmediatamente —me dijo.

15

El agente Carlson miró a Hoyt Parker directamente a los ojos.

—Como usted sabrá, últimamente encontramos dos cadáveres en las proximidades del lago Charmaine.

Hoyt asintió.

Se oyó el canturreo de un móvil. Stone se levantó, no sin trabajo y, tras excusarse, se metió con paso torpe en la cocina. Hoyt se volvió a Carlson y esperó.

—Estamos al corriente de la versión oficial de la muerte de su hija —dijo Carlson—. Ella y su marido, David Beck, visitaron el lago en cumplimiento de un rito que celebraban anualmente. Nadaron en la oscuridad. KillRoy estaba al acecho. Atacó al doctor Beck y secuestró a su hija. Final de la historia.

—¿Y usted cree que no es verdad?

—Exactamente, Hoyt... Puedo llamarle Hoyt, ¿verdad?

Hoyt asintió.

—No, Hoyt, no creemos que sea verdad.

—Entonces, ¿cuál es su versión?

—Yo creo que David Beck asesinó a su hija y colgó el delito a un asesino en serie.

Hoyt, veterano del Departamento de Policía de Nueva York, donde llevaba veintiocho años, sabía lo que era mantener un rostro inexpresivo, pese a lo cual se echó hacia atrás como si las palabras hubieran sido navajazos asestados a la barbilla.

—Usted dirá.

—Bien, empecemos desde el principio. Beck lleva a su hija a un lago recóndito, ¿es verdad o no?

—Es verdad.

—¿Ha estado usted alguna vez en el lago?

—Muchas veces.

—¿Ah, sí?

—Todos éramos amigos. Kim y yo teníamos muy buena relación con los padres de David. Nos visitábamos a menudo.

—Entonces ya sabrá que el lago está en un lugar recóndito.

—Sí.

—Una carretera de tierra, un cartel que sólo se ve cuando se busca. No puede haber lugar más escondido que ése. Ni rastro de vida.

—No veo adónde quiere ir a parar.

—¿Qué probabilidades hay de que KillRoy enfilara aquella carretera?

Hoyt levantó las palmas de las manos al cielo.

—¿Qué probabilidades hay de que uno se tropiece con un asesino en serie?

—Ciertamente, tiene usted razón, pero en los demás casos había una lógica. Kellerton había secuestrado a una persona en plena calle, en su propio coche, incluso en su propia casa. Pero piense un poco. El hombre ve esa carretera de tierra y se le ocurre buscar ahí a su víctima. No digo que sea imposible, pero sí muy improbable.

—Continúe —dijo Hoyt.

—Tiene que admitir que en la lógica del guión oficial hay muchas lagunas.

—Hay lagunas en la lógica de todos los casos.

—De acuerdo, tiene usted razón, pero déjeme exponerle una teoría alternativa. Supongamos que el doctor Beck hubiera querido asesinar a su hija.

—¿Por qué?

—Para empezar, supongamos que hubiera querido asesinarla para cobrar una póliza de seguros de doscientos mil dólares.

—No necesita dinero.

—Todo el mundo necesita dinero, Hoyt. Y usted lo sabe.

—No me convence.

—Mire usted, nosotros seguimos haciendo averiguaciones en este sentido. Todavía no conocemos todas las motivaciones. Pero permítame que siga elaborando mi guión, ¿de acuerdo?

Hoyt se encogió de hombros como queriendo darle a entender que hiciera lo que le viniera en gana.

—De momento tenemos pruebas de que el doctor Beck pegó a su hija.

—¿A qué pruebas se refiere? ¿A las fotografías? Ella misma dijo a mi mujer que había sufrido aquellas contusiones en un accidente de coche.

—¡Venga, Hoyt! —dijo Carlson tendiendo la mano hacia las fotos—. Observe la expresión del rostro de su hija. ¿Pone esa cara una mujer que ha sufrido un accidente de coche?

«No —pensó Hoyt—, no pone esa cara».

—¿De dónde ha sacado esas fotos?

—Se lo diré enseguida, pero entretanto volvamos a mi guión, ¿le parece? Admitamos por un momento que el doctor Beck pegaba a su hija y que esperaba acceder al succulento bocado del capital.

—Es mucho admitir.

—Tiene usted razón, pero aténgase a lo que le digo. Piense en la versión oficial y en todas las lagunas de lógica que presenta. Y compárela con esta otra versión: el doctor Beck lleva a su hija a un lugar recóndito donde sabe que no habrá testigos. Contrata a dos matones para que se encarguen de secuestrarla. Ha oído hablar de KillRoy. Está en todos los periódicos. Además, su hermano trabajó en el caso. ¿Habló alguna vez del asunto con usted o con el doctor Beck?

Hoyt permaneció inmóvil un momento.

—Siga.

—Los dos matones secuestran y matan a su hija. Naturalmente, en un caso como éste el primer sospechoso habría sido el marido, ¿verdad? Por eso los dos matones marcan la mejilla de la muchacha con la letra K. Y lo que sabemos a continuación es que echan la culpa de todo a KillRoy.

—Pero Beck fue objeto de un ataque. La herida de la cabeza era real.

—Seguro, pero los dos sabemos que esto no impide que fuera él quien moviera todos los hilos. ¿Qué explicación habría dado si hubiera salido incólume del secuestro? «Miren ustedes, resulta que han secuestrado a mi mujer y yo sigo aquí vivo y coleando». No, esto no habría colado. Que él recibiera un batacazo en la cabeza daba credibilidad a la historia.

—Salió muy mal parado.

—Recuerde que trataba con matones, Hoyt. Seguramente erraron los cálculos. En cuanto a sus lesiones, cuenta una extraña historia según la cual salió arrastrándose milagrosamente fuera del agua y marcó el 911. He hecho examinar el historial médico del doctor Beck por varios médicos y todos dicen que la explicación que dio desafía la lógica científica. Dadas sus heridas, lo que contó es absolutamente imposible.

Hoyt se quedó pensativo. En diversas ocasiones había reflexionado sobre la cuestión. ¿Cómo había conseguido sobrevivir Beck con las heridas sufridas y cómo había conseguido pedir ayuda?

—¿Qué más? —preguntó Hoyt.

—Son muchas las pruebas que demuestran que fueron los dos matones y no KillRoy quienes asaltaron a Beck.

—¿Qué pruebas?

—Encontramos un bate de béisbol manchado de sangre enterrado con los dos cadáveres. Las pruebas del ADN tardarán un

tiempo, pero los resultados preliminares apuntan de forma convincente que la sangre es de Beck.

El agente Stone entró en la habitación caminando como un oso y se dejó caer en el asiento. Hoyt repitió una vez más la palabra:

—Siga.

—Lo que resta cae por su propio peso. Los dos matones rematan la faena. Asesinan a su hija y cuelgan el crimen a KillRoy. Después vuelven para cobrar el resto de la paga... o tal vez deciden sacar más dinero al doctor Beck. No lo sé muy bien. En cualquier caso, Beck tiene que deshacerse de ellos. Conciertan un encuentro en los solitarios bosques que rodean el lago Charmaine. Seguramente los dos matones suponían que trataban con un médico debilucho o quizá los cogiera por sorpresa. Sea lo que sea, los mata de un tiro y entierra los cuerpos junto con el bate de béisbol y cuantas pruebas pudieran servir más tarde para inculparlo. Hasta aquí, el crimen perfecto. No hay nada que pueda relacionarlo con el asesinato. Vamos a afrontar los hechos. De no haber sido por una inesperada y enorme suerte, jamás se habrían descubierto los cuerpos.

—¡Menuda teoría! —dijo Hoyt negando con la cabeza.

—Todavía hay más.

—¿Qué hay?

Carlson miró a Stone y éste indicó con un gesto su teléfono móvil.

—Acabo de recibir una curiosa llamada de una persona de la penitenciaría Briggs —dijo Stone—. Parece que su yerno ha llamado hoy a la penitenciaría y ha solicitado una entrevista con KillRoy.

Hoyt lo miró evidentemente estupefacto.

—¿Para qué demonios querrá verlo?

—Díganoslo usted —respondió Stone—, pero tenga presente que Beck sabe que vamos a por él. De pronto le ha acometido el irrefrenable deseo de visitar al hombre a quien hizo culpable de la muerte de su hija.

—¡Qué coincidencia! —añadió Carlson.

—¿Cree que quiere borrar rastros?

—¿Tiene usted otra explicación?

Hoyt se recostó en el respaldo como si dejara sedimentar la historia.

—Se olvida de algo.

—¿De qué?

Indicó las fotos que habían quedado sobre la mesa.

—¿Quién se las ha dado?

—En cierto modo, su hija —dijo Carlson.

Hoyt se quedó lívido.

—Y para ser más exacto, su *alter ego*. Una tal Sarah Goodhart. Es el segundo nombre de su hija y el nombre de esta calle.

—No entiendo nada.

—Vayamos al escenario del crimen —dijo Carlson—. Uno de los dos matones, Melvin Bartola, guardaba una llavecita en el zapato —Carlson le mostró la llave. Hoyt la cogió y la miró fijamente como si encerrara alguna respuesta mística—. Vea la sigla UCB en la otra cara de la llave.

Hoyt asintió con la cabeza.

—Las letras significan United Central Bank. Conseguimos localizar la sucursal correspondiente en el 1772 de Broadway, en la City. Esta llave abre la caja 174, registrada a nombre de Sarah Goodhart. Sacamos una autorización para poder inspeccionar su contenido.

Hoyt levantó la vista.

—¿Las fotos estaban dentro?

Carlson y Stone se miraron. Habían tomado la decisión de no poner al corriente a Hoyt de todo lo relativo a aquella caja, o por lo menos mientras no dispusieran de todos los resultados y estuvieran plenamente seguros de todo, pese a lo cual los dos hombres asintieron a la pregunta.

—Piense un momento, Hoyt. Su hija guardaba estas fotos en una caja de seguridad del banco. Sus razones son más que evidentes. ¿Quiere saber más? Pues interrogamos al doctor Beck. Reconoció que no sabía nada con respecto a las fotos. No las había visto en su vida. ¿Por qué se las había ocultado su hija?

—¿Han hablado con Beck?

—Sí.

—¿Qué más dijo?

—No dijo gran cosa porque quería un abogado —Carlson se quedó aguardando a que dijera algo. Incluyó el cuerpo hacia delante y añadió—: Y no un abogado cualquiera sino que llamó a Hester Crimstein. ¿Le parece que una persona inocente obraría de ese modo?

Hoyt se agarró a los brazos del sillón como tratando de recuperar el equilibrio.

—No puede probar nada de lo que me ha dicho.

—No, de momento no. Pero sabemos cosas y esto a veces ya es media victoria.

—¿Qué van a hacer, entonces?

—Sólo podemos hacer una cosa —contestó Carlson sonriéndole—. Hacer presión hasta conseguir que algo reviente.

Larry Gandle pasó revista a todo lo que había ocurrido durante el día y murmuró por lo bajo:

—Esto no pinta bien.

Uno: el FBI localiza a Beck y lo interroga.

Dos: Beck llama a una fotógrafa que se llama Rebecca Schayes. Le habla de un accidente de coche que sufrió su mujer. Después la va a ver a su estudio.

Nada menos que a una fotógrafa.

Tres: Beck llama a la penitenciaría Briggs y dice que quiere hablar con Elroy Kellerton.

Cuatro: Beck llama al despacho de Peter Flannery.

Todo estaba muy liado. Pero no pintaba nada bien.

Eric Wu colgó y dijo:

—Voy a decirte algo que no te gustará.

—¿Qué es?

—Nuestro contacto del FBI dice que sospechan que Beck mató a su mujer.

Faltó poco para que Gandle se derrumbara del susto.

—Explícate.

—Nuestro contacto no sabe más. Parece que relacionan con Beck los dos cadáveres que encontraron cerca del lago.

Sí, todo muy liado.

—Déjame que vea otra vez los mensajes esos —dijo Gandle.

Eric Wu se los tendió. Mientras Gandle estaba pensando en quién podía haberlos enviado, aquella sensación que le hormigueaba en la boca del estómago comenzó a trepar por sus paredes y a hacerse más intensa. Estaba tratando de juntar las piezas. Siempre se había preguntado cómo era posible que Beck sobreviviera a lo que hubo de soportar aquella noche. Ahora se preguntó otra cosa.

¿Habría algún superviviente más?

—¿Que hora es? —preguntó Gandle.

—Las seis y media.

—¿Beck no ha consultado todavía la dirección aquella del Murciélago lo que sea?

—Calle del Murciélago. No, no la ha consultado.

—¿Hay algo más sobre Rebecca Schayes?

—Lo único que hay es lo que sabemos. Que era amiga íntima de Elizabeth Parker. Que compartieron un piso antes de que Parker se casara con Beck. He revisado antiguas grabaciones telefónicas. Hace años que Beck no la llama.

—¿Por qué la habrá llamado ahora, entonces?

Wu se encogió de hombros.

—Esa tal Schayes debe de saber algo.

Griffin Scope se lo había dicho muy claro. «Entérate de todo lo que puedas y después entiérralo».

«Y sírvete de Wu».

—Tendremos que ir a charlar con ella —dijo Gandle.

16

Me encontré con Shauna en la planta baja de un rascacielos de Manhattan, en el número 462 de Park Avenue.

—Ven —me espetó sin más preámbulos—, vamos arriba y te enseñe una cosa.

Miré el reloj. Faltaban poco menos de dos horas para que entrara el mensaje de la Calle del Murciélago. Nos metimos en el ascensor. Shauna pulsó el botón del piso veintitrés. Las luces empezaron a trepar y el contador para ciegos sonaba.

—Hester me ha hecho pensar —dijo Shauna.

—¿En qué?

—Dice que los federales deben de estar desesperados y que harán lo que sea para pescarte.

—¿Y?

El ascensor dejó oír la última señal.

—Espera y verás.

La puerta del ascensor se abrió a una gran planta dividida en cubículos. Eran las normas que ahora regían en la City. De haber retirado el techo y contemplado la planta desde arriba, habría costado mucho decir qué diferencia había entre la misma y la laberíntica madriguera de una rata. Y pensándolo bien, le habría ocurrido lo mismo a quien mirara desde abajo.

Shauna avanzó entre innumerables tabiques divisorios tapizados de tela. Yo seguía sus pasos. A medio camino, dobló a la izquierda, después a la derecha y finalmente de nuevo a la izquierda.

—Quizá habría debido tirar migas de pan —dije.

Respondió con voz inexpresiva:

—Muy buena.

—Gracias, ¡a mandar!

Pero Shauna no me rió la gracia.

—¿Y este sitio qué es, dicho sea de paso? —pregunté.

—Una empresa llamada DigiCom. Mi agencia ha trabajado con ellos alguna vez.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

Dimos por fin una última vuelta y fuimos a parar a un recóndito cubículo ocupado por un hombre joven de cabeza alargada y dedos finos de pianista.

—Mira, te presento a Farrell Lynch. Farrell, éste es David Beck.

Estreché la mano delgada que me tendió.

—¡Hola! —dijo Farrell.

Lo saludé con una inclinación de cabeza.

—Muy bien —dijo Shauna—, ya puedes teclear.

Farrell Lynch hizo girar la silla y se situó frente al ordenador. Shauna y yo veíamos la pantalla por encima de sus hombros. Comenzó a teclear con sus finos dedos.

—Manos a la obra —dijo.

—Continúa.

Lynch pulsó el retroceso. La pantalla quedó negra y de pronto apareció Humphrey Bogart. Llevaba sombrero de fieltro y gabardina. Inmediatamente identifiqué la escena. La niebla, el avión al fondo. El final de *Casablanca*.

Miré a Shauna.

—Espera —dijo.

La cámara enfocaba a Bogie. En aquel momento decía a Ingrid Bergman que se fuera en avión con Laszlo y que los problemas que pudieran tener tres personas no importaban un rábano al mundo. Y entonces la cámara se trasladaba a Ingrid Bergman... que no era Ingrid Bergman.

Parpadeé. Bajo el célebre sombrero, con los ojos clavados en Bogie y bañado en un resplandor grisáceo, estaba el rostro de Shauna.

—No puedo irme contigo, Rick —dijo la Shauna del ordenador con acento dramático— porque estoy locamente enamorada de Ava Gardner.

Me volví a Shauna. Formulé la pregunta con los ojos y ella asintió con la cabeza. Pese a todo, hice la pregunta.

—¿Crees...? —balbuceé—. ¿Crees que las fotografías eran un camelo?

Farrell se adelantó a responder:

—Es fotografía digital —me corrigió—, facilísima de manipular. Las imágenes de ordenador no son película, en realidad son píxeles guardados en archivos. No se diferencian en nada de los documentos procesados con el tratamiento de texto. Usted sabe que es facilísimo cambiar una palabra de un texto procesado por ordenador, ¿verdad? Y quien dice una palabra, también el contenido, la tipografía o el espaciado.

Asentí.

—Bien, pues para una persona con unos conocimientos rudimentarios de la imagen digital, es facilísimo manipular las imágenes obtenidas a través de ordenador. No son fotografías ni películas ni cintas. Las imágenes de los vídeos no son más que un montón de píxeles susceptibles de todo tipo de manipulación. Lo único que hay que hacer es activar un programa de mezclas y después cortar y pegar.

Miré a Shauna.

—Me he fijado que en el vídeo parecía mayor —insistí—. No sé, diferente.

—¿Farrell? —inquirió Shauna.

El hombre pulsó otro botón. Volvió a aparecer Bogie. Esta vez, cuando pasaron a Ingrid Bergman, Shauna se había convertido en una mujer de setenta años.

—No hay más que aplicar un programa que registra el paso del tiempo —intervino Farrell—. Muy útil en el caso de niños desaparecidos para determinar cuál puede ser su aspecto con el tiempo, aunque ahora ya se puede adquirir una versión doméstica en los comercios del ramo. También puedo cambiar una parte de la imagen de Shauna, cosas como su peinado, el color de sus ojos, las dimensiones de la nariz. Puedo hacer que sus labios sean más gruesos o más finos, ponerle un tatuaje, en fin, lo que sea.

—Gracias, Farrell —dijo Shauna.

Y le dirigió una mirada disuasoria que hasta un ciego habría sabido interpretar.

—Perdón —se excusó Farrell borrándose del mapa.

Me sentía incapaz de pensar.

Cuando Farrell ya no podía oírnos, Shauna dijo:

—Recuerdo una foto que me hicieron el mes pasado. Era estupenda, al cliente le encantó, pero resultaba que se me había caído el pendiente. Trajimos aquí la imagen, Farrell hizo lo de cortar y pegar y *voilà!*, el pendiente volvió a la oreja.

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Piensa un poco, Beck. Los federales se figuran que mataste a Elizabeth pese a que no tienen forma de probarlo. Hester me dijo que estaban que trinaban. Esto me hizo pensar y al final me dije que quizá habían urdido alguna patraña. ¿Quieres mejor patraña que los mensajes que te enviaron?

—Pero lo de la hora del beso...

—¿Qué pasa con la hora del beso?

—¿Cómo iban a saber lo de la hora del beso?

—Lo sé yo, lo sabe Linda. Te apuesto lo que quieras a que lo sabe Rebecca y seguramente también los padres de Elizabeth. Se habrán enterado.

Sentí que las lágrimas acudían a mis ojos. Quise hablar con voz normal, pero me salió una especie de graznido.

—¿Crees que es una patraña?

—No lo sé, Beck. De veras que no lo sé. Pero procura poner los pies sobre la tierra. Si Elizabeth estuviera viva, ¿dónde habría pasado los últimos ocho años? ¿Por qué iba a elegir este momento para salir de la tumba... nada menos que cuando el FBI empieza a sospechar que tú la mataste? Venga, dímelo francamente. ¿De veras crees que está viva? Se que piensas que ojalá fuera verdad. ¡Qué diablos, también yo! Pero miremos las cosas con ojos sensatos. Si examinas el caso de una manera realista, ¿qué versión te parece más lógica?

Retrocedí torpemente y me dejé caer en un sillón. Tenía el corazón hecho añicos. Y sentí que la esperanza empezaba a desmoronarse.

Una patraña. ¿Sería todo una patraña?

17

Cuando llegaron al estudio de Rebecca Schayes, Larry Gandle llamó a su mujer desde el móvil.

—Llegaré tarde —le dijo.

—No te olvides del comprimido —le recomendó Patty.

Gandle sufría una forma leve de diabetes que mantenía a raya con un régimen y una píldora. No se inyectaba insulina.

—De acuerdo.

Eric Wu, absorto en su «walkman», dejó cuidadosamente una hoja de vinilo junto a la puerta.

Gandle desconectó el teléfono y se enfundó unos guantes de látex. El registro sería concienzudo y laborioso. Como la mayoría de fotógrafos, Rebecca Schayes tenía archivadas toneladas de negativos. Cuatro armarios metálicos atiborrados de negativos. Sabían qué estaba haciendo en aquellos momentos Rebecca Schayes: terminando una sesión. Tardaría aproximadamente una hora en llegar y entonces se encerraría en el cuarto oscuro. No había mucho tiempo.

—¿Sabes qué sería útil? —dijo Wu.

—¿Qué?

—Saber más o menos qué demonios buscamos.

—Beck ha recibido unos mensajes crípticos —explicó Gandle—. ¿Y qué hace? Pues, después de ocho años, va corriendo a ver a la amiga íntima de su mujer. Hemos de saber por qué.

Una vez más, Wu lo traspasó con su mirada.

—¿Por qué no esperamos y se lo preguntamos?

—Se lo preguntaremos, Eric.

Wu asintió lentamente con la cabeza y dio media vuelta.

Gandle descubrió una larga mesa metálica en el fondo del cuarto oscuro. La probó. Era sólida. Y el tamaño era también el adecuado. Cabría en ella una persona tendida, y cuyos miembros podían sujetarse con cinta adhesiva.

—¿Cuánta cinta hemos traído?

—Suficiente —respondió Wu.

—Hazme un favor, entonces —dijo Gandle—. Pon la sábana de vinilo debajo de la mesa.

Faltaba media hora para que llegara el mensaje de la Calle del Murciélago.

La explicación de Shauna me había cogido tan de sorpresa como un gancho de izquierda. Me había dejado descolocado y ya había empezado la cuenta. Pero ocurrió algo curioso. Aunque me había quedado el culo fuera de la lona, me levanté, me sacudí las telarañas de la cabeza y comencé a dar vueltas en redondo.

Estábamos en el coche. Shauna había insistido en acompañarme a casa. Dentro de unas horas iría a buscarla una limusina. Sabía que quería darme ánimos, pero también era evidente que no quería volver todavía a su casa.

—Hay algo que no entiendo —dije.

Shauna se volvió hacia mí.

—Los federales creen que yo maté a Elizabeth, ¿no es eso?

—Sí, eso es.

—Entonces, ¿por qué me mandan mensajes fingiendo que está viva?

Shauna no tenía una respuesta rápida a mi pregunta.

—Piensa un momento —dije—. Según tú, se trata de un plan perfectamente elaborado cuya finalidad es demostrar que soy

culpable. Pero, si yo hubiera matado a Elizabeth, sabría al momento que esto era un montaje.

—Es una estratagema —dijo Shauna.

—Pero no tiene sentido. Quieren tenderme una trampa y me envían mensajes por ordenador como si quien me los manda fuera... ¡qué sé yo!... un testigo del asesinato, por ejemplo, ¿es eso?

Shauna se quedó pensativa.

—Me parece que lo que buscan es desorientarte, Beck.

—Sí, pero sigo sin verlo claro.

—Bien, ¿cuánto rato falta para que llegue el mensaje?

Miré el reloj.

—Veinte minutos.

Shauna se recostó en el respaldo.

—Pues esperaremos a ver qué dice.

Eric Wu dejó el portátil en el suelo de un rincón del estudio de Rebecca Schayes.

Probó primero con el ordenador del despacho de Beck. Seguía inactivo. El reloj señalaba poco más de las ocho. Hacía rato que la clínica estaba cerrada. Se trasladó al ordenador del domicilio de Beck. Estuvo unos segundos sin recibir ninguna señal. Pero de pronto dijo:

—Beck acaba de entrar.

Larry Gandle se le acercó al momento.

—¿No podríamos entrar primero y ver el mensaje antes que él?

—No es buena idea.

—¿Por qué no?

—Si nosotros entramos primero, cuando entre él verá que hay otra persona que está usando el nombre.

—¿O sea que sabría que lo vigilamos?

—Sí, pero esto no importa. Lo veremos simultáneamente. Cuando lea el mensaje, nosotros también lo veremos.

—De acuerdo, pero avísame.

Wu entrecerró los ojos que tenía fijos en la pantalla.

—Acaba de bajar la página Bigfoot. Es cosa de segundos.

Teclé la dirección bigfoot.com y pulsé la tecla del intro.

Se me disparó el tic de la pierna derecha, algo que me ocurre siempre que estoy nervioso. Shauna me puso la mano en la rodilla, que se fue sosegando hasta quedarse quieta. Shauna retiró la mano. La rodilla permaneció inmóvil un minuto y se disparó de nuevo. Shauna volvió a poner la mano encima y el ciclo se repitió.

Shauna fingía tranquilidad, pero yo sabía que me echaba miraditas de reojo. Por algo era mi mejor amiga. Podía contar con ella hasta el final. Sólo un idiota no se habría preguntado al llegar a este punto si mi ascensor paraba en todos los pisos. Dicen que la locura, como las enfermedades cardíacas o la inteligencia, es hereditaria. Era una idea que no dejaba de rondarme la cabeza desde el día que vi a Elizabeth en la pantalla del ordenador deambulando por aquella calle. Una idea que me tenía desazonado.

Mi padre murió víctima de un accidente de automóvil cuando yo tenía veinte años. Su coche se despeñó desde lo alto de un terraplén. Según un testigo presencial, un camionero de Wyoming, el Buick de mi padre se precipitó directamente al vacío. La noche era muy fría. La carretera, aunque bien pavimentada, estaba resbaladiza.

Muchos insinuaron, en voz baja, por supuesto, que se había suicidado. Yo no lo creo. Debo admitir, sin embargo, que en los últimos meses que precedieron al accidente estuvo más retraído y callado que de costumbre y, como no podía ser de otro modo, a menudo me he preguntado si esta actitud podía hacerlo más propenso a un accidente. Pero de ahí a suicidarse... ¡No, ni hablar!

A mi madre, que siempre fue un ser frágil y propenso a las neurosis, se le extravió la razón. Para decirlo literalmente, se retiró en sí misma. Linda intentó cuidarla por espacio de tres años hasta que incluso ella se dio cuenta de que nuestra madre necesitaba otro tipo de atención. Linda continúa visitándola. Yo no.

Pasados unos momentos apareció la página de Bigfoot. Busqué la casilla del nombre de usuario y tecleé las palabras: Calle del Murciélago.

Pulsé el tabulador y en la casilla de la contraseña tecleé la palabra Adolescencia. Pulsé intro.

No ocurrió nada.

—No has pulsado en el icono de registro —dijo Shauna.

La miré y se encogió de hombros. Hice clic en el icono.

La pantalla se quedó en blanco. A continuación apareció un anuncio de un comercio de discos compactos. La barra de abajo aparecía y desaparecía obedeciendo a un lento oleaje. El porcentaje iba aumentando despacio. Al llegar aproximadamente al dieciocho por ciento, se desvaneció y a los pocos segundos apareció un aviso:

ERROR - El nombre y la contraseña del usuario no figuran en nuestra base de datos.

—Prueba otra vez —dijo Shauna.

Lo hice. Apareció el mismo mensaje de error. Lo que me decía el ordenador era que no existía ni siquiera la cuenta.

¿Qué significaba aquello?

No tenía ni la más mínima idea. Quise averiguar por qué me decía el ordenador que no existía aquella cuenta.

Comprobé la hora. Eran las ocho, trece minutos y treinta cuatro segundos de la tarde.

«La hora del beso».

¿Sería que la cuenta, como el vínculo del día anterior, ya no existía? Reflexioné una vez más sobre el asunto. Era posible, por supuesto, pero no probable.

Shauna, como si leyera mis pensamientos, dijo:

—Quizá habría que esperar hasta las ocho quince minutos.

Así pues, probé de nuevo a las ocho quince minutos. Y a las ocho y dieciocho. Y a las ocho y veinte.

Nada, salvo el mismo aviso de error.

—Eso es que los federales tiran del hilo —dijo Shauna.

Negué con la cabeza, sin decidirme todavía a renunciar.

Volvía a temblarme la pierna. Shauna la frenó con la mano mientras utilizaba la otra para contestar al móvil. Se puso a vociferar a alguien que estaba al otro extremo del hilo. Miré el reloj. Probé otra vez. Nada. Dos veces más. Nada.

Ya eran las ocho y media pasadas.

—Se habrá... retrasado —dijo Shauna.

Fruncí el ceño.

—Cuando la viste ayer —aventuró Shauna— no pudiste averiguar dónde se encontraba, ¿verdad?

—No.

—Por tanto, a lo mejor está en una zona horaria diferente —dijo Shauna—. Tal vez se haya retrasado por eso.

—¿Una zona horaria diferente? —volví a fruncir el ceño.

Shauna se encogió de hombros.

Aguardamos una hora más. Shauna no pronunció ni una vez siquiera el consabido «ya te lo dije», lo cual hablaba en su favor. Pasado un momento, poniéndome la mano en la espalda, dijo:

—Oye, se me ocurre una idea.

Me volví hacia ella.

—Voy a esperar en la habitación de al lado —dijo—. Puede ser una ayuda.

—¿Por qué lo dices?

—Mira, si esto fuera una película, éste sería el momento en que yo, harta de tus tonterías, salgo como una tromba de la habitación justo cuando ¡bingo! aparece el mensaje, ¿sabes? O sea que tú eres el único que lo ves y todo el mundo se figura que estás como una chota. Es como lo de Scooby-Doo cuando sólo él y Shaggy ven el fantasma y nadie cree lo que dicen.

Me quedé pensativo un momento.

—Vale la pena probar —dije.

—Bien, entonces me voy un rato a la cocina y espero. Tómate el tiempo que quieras. Y cuando aparezca el mensaje, pegas un grito.

Se levantó.

—Me sigues la corriente, ¿verdad? —le dije.

Shauna se quedó un momento meditando sobre mis palabras.

—Tal vez.

Y después salió de la habitación. Me volví hacia la pantalla. Y esperé.

18

—Nada —dijo Eric Wu—, Beck sigue probando pero lo único que recibe es un mensaje de error.

Larry Gandle ya iba a hacerle otra pregunta cuando oyó el arranque del ascensor. Miró el reloj.

Rebecca Schayes llegaba a la hora prevista.

Eric Wu se apartó del portátil y miró a Larry Gandle con ojos capaces de hacer retroceder a cualquiera. Gandle sacó el arma, esta vez una nueve milímetros. Por si acaso. Wu frunció el ceño. Desplazó su humanidad hasta la puerta y apagó la luz.

Esperaron en la oscuridad.

Veinte segundos después, el ascensor se detenía en la planta.

Rebecca Schayes raras veces pensaba en Elizabeth y en Beck. Después de todo, habían transcurrido ocho años. Sin embargo, las cosas que habían ocurrido aquella mañana habían removido sensaciones que tenía adormecidas en su interior desde hacía mucho tiempo. Sensaciones inquietantes.

Sensaciones relacionadas con «el accidente de automóvil».

Después de todos aquellos años, Beck había acabado por preguntar.

Ocho años atrás, Rebecca estaba preparada para contárselo todo. Pero Beck, entonces, no había respondido a sus llamadas. A medida que transcurría el tiempo y después de aquella detención, Rebecca había considerado que lo mejor era no desenterrar el

pasado. Sólo habría conseguido angustiar más a Beck. Y después de la detención de KillRoy, le parecía inoportuno.

Pero la sensación inquietante, la sensación de que las contusiones que había sufrido Elizabeth en «el accidente de automóvil» eran precursoras en cierto modo de su asesinato, seguía planeando en sus pensamientos pese a no contar con ninguna pista. Es más, aquella sensación inquietante le producía la angustia de pensar que si ella, Rebecca, hubiera insistido, insistido de verdad, en descubrir qué había detrás de aquel «accidente de coche», tal vez —no podía aventurarse a decir otra cosa— habría salvado a su amiga.

A pesar de todo, aquella angustia se fue sosegando con el paso del tiempo. Al fin y al cabo, aunque Elizabeth había sido su amiga, sabía que acabaría por superar su muerte. Hacía tres años que Gary Lamont había entrado en su vida y la había cambiado por completo. Sí, Rebecca Schayes, la fotógrafa bohemia de Greenwich Village, se había enamorado de un agente de bolsa de Wall Street que nadaba en dinero, se había casado con él y se habían instalado en un lujoso piso de un rascacielos del Upper West Side.

Es curioso ver las vueltas que da la vida.

Rebecca entró en el montacargas y cerró la verja corredera. La luz estaba apagada, cosa muy insólita en aquel edificio. El ascensor inició la ascensión hacia la planta del estudio con un matraqueo que retumbaba en la piedra del edificio. Por la noche, a veces oía relinchar a los caballos, pero en aquel momento estaban en silencio. En el aire se mezclaba el olor a heno con otro olor fétido.

Le gustaba estar sola en el estudio por la noche, aquella manera que tenía la soledad de fundirse con los ruidos nocturnos de la ciudad que la hacía sentirse más artista.

Sus pensamientos retrocedieron a la conversación que había sostenido la noche anterior con Gary. Éste le había dicho que tenía deseos de dejar Nueva York y que así podrían irse a vivir a una casa más espaciosa en Sands Point, Long Island, donde él se había

criado. La idea de mudarse a «las afueras» la horrorizaba. No era sólo por amor a la ciudad sino porque sentía que, si la abandonaba, traicionaría sus raíces bohemias. Tenía la sensación de que se convertiría en lo que había jurado no ser nunca: una mujer como su madre y como la madre de su madre.

El ascensor se detuvo. Se abrió la puerta y salió al pasillo. Todas las luces estaban apagadas. Se echó el cabello hacia atrás y se lo recogió en una cola de caballo. Miró el reloj. Eran casi las nueve. El edificio estaba vacío. Por lo menos de seres humanos.

Los taconazos de sus pisadas resonaron en el frío cemento. Era un hecho —aunque a Rebecca le costaba admitirlo porque se sentía bohemia— que, cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que deseaba tener hijos y de que la ciudad era el peor sitio para criarlos. Los niños necesitan jardín, columpios, aire puro y...

Justo en el momento en que introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de su estudio, Rebecca Schayes tomó una decisión, una decisión que, sin duda alguna, habría encantado a Gary, el agente de bolsa que tenía por marido. Entró y accionó el interruptor de la luz.

Y entonces descubrió la insólita figura del asiático.

Por un instante, el hombre se limitó a mirarla fijamente. Una mirada que le heló la sangre. Luego el asiático se hizo a un lado, se situó detrás de ella y le descargó un puñetazo en la base de la columna vertebral.

Fue como si acabasen de golpearle los riñones con un mazo.

Rebecca cayó desplomada de rodillas. El hombre le sujetó el cuello con dos dedos y le presionó un punto. Los ojos le hicieron chiribitas. Con la mano que tenía libre, el hombre le hundió, debajo de la caja torácica, unos dedos que eran como picos para romper hielo. Los dedos se pararon al llegar al hígado y Rebecca tuvo la sensación de que los ojos le saltaban de las cuencas. Jamás habría

podido imaginar dolor más intenso. Quiso gritar, pero de su garganta sólo se escapó un gruñido ahogado.

Desde el otro extremo de la habitación llegó hasta ella, a través de la niebla que tenía ante sus ojos, la voz de otro hombre.

—¿Dónde está Elizabeth? —le preguntó.

Fue la primera vez que se lo preguntó.

Pero no la última.

19

Plantado delante del maldito ordenador, comencé a beber como un loco. Intenté, a través de una docena de procedimientos diferentes, entrar en la página. Usé el Explorer y después el Netscape. Vacíé la memoria caché y volví a cargar las páginas, me desconecté del servidor y volví a conectarme otra vez.

Pero no. Seguía recibiendo el mensaje de error.

A las diez, Shauna volvió a entrar en mi cubil. La bebida le había encendido las mejillas. Yo debía de tenerlas igual de encendidas, imagino.

—¿No ha habido suerte?

—Vete a casa —dije.

Asintió con un gesto.

—Sí, creo que será lo mejor.

A los cinco minutos llegó la limusina. Shauna caminó tambaleándose hasta el bordillo. El bourbon y el rolling rock le salían por las orejas. Como a mí.

Shauna abrió la puerta y se volvió.

—Oye una cosa, ¿no tuviste nunca la tentación de engañarla? Me refiero a cuando estabas casado.

—No —respondí.

Shauna, contrariada, hizo unos movimientos con la cabeza.

—Pues no sabes qué es arruinarse la vida.

Le di las buenas noches con un beso y me metí dentro. Seguí con los ojos clavados en la pantalla como si en ella se encerrara algo sagrado. Pero no se produjo ningún cambio.

Unos minutos más tarde Chloe se me acercó lentamente y restregó en mi mano su hocico húmedo. A través de la selva que era su pelo nuestros ojos se encontraron y habría podido jurar que la perra comprendió lo que yo sentía. No soy de los que atribuyen rasgos humanos a los perros, en parte porque sería rebajarlos, pero estoy convencido de que tienen un entendimiento básico de lo que sienten sus homólogos desde el punto de vista antropológico. Dicen que los perros huelen el miedo. ¿Por qué cuesta tanto creer que huelen también la alegría, la ira o la tristeza?

Sonreí a Chloe y le acaricié la cabeza. Me puso la pata en el brazo en un gesto reconfortante.

—¿Quieres ir a dar un paseo, cariño? —le pregunté.

La respuesta de Chloe fue ponerse a saltar como una artista del circo pero de forma mucho más acelerada. Como ya he dicho, son las pequeñas cosas las que cuentan.

El aire de la noche me cosquilleó los pulmones. Traté de concentrarme en Chloe, en su andar retozón, en el nerviosismo del rabo, pero me sentía alicaído. No es que emplee a menudo la palabra alicaído, pero ahora me parecía la adecuada.

No me había tragado del todo la hipótesis demasiado fácil de los trucos de la fotografía digital que había querido venderme Shauna. Sabía que se puede manipular una fotografía e incorporarla a un vídeo. Sabía que había otras personas que podían estar enteradas de lo que significaba la hora del beso. Sabía que se podía conseguir incluso que unos labios se movieran para pronunciar la frase: «Lo siento», Como sabía también que mi misma ansiedad podía contribuir a prestar realismo a aquella ilusión y a hacerme más receptivo a aquella añagaza.

Y lo que era todavía más cierto: la hipótesis de Shauna era infinitamente más racional que la mía, que presuponía nada menos que Elizabeth había regresado de la tumba.

A pesar de todo, había dos cosas que echaban por los suelos buena parte de aquellas verdades. En primer lugar, yo no soy de los

que dejan volar la fantasía. Soy un tipo terriblemente aburrido con los pies sobre la tierra. En segundo lugar, la ansiedad podía enturbiar mis razonamientos y la fotografía digital hacer todo lo demás.

Todo sí, pero no aquellos ojos...

Sus ojos. Los ojos de Elizabeth. Me dije que no era posible modificar un vídeo digital introduciéndole datos de viejas fotografías. Aquellos ojos eran los de mi mujer. ¿Mi mente racional podía tener aquella certeza? No, era evidente. No estoy loco. Pero después de lo que había visto y de todas las preguntas que me planteaba, casi había descartado la demostración del vídeo que me había hecho Shauna. Volví a entrar en casa todavía convencido de que recibiría un mensaje de Elizabeth.

No sabía qué pensar. Seguramente el alcohol que había ingerido contribuía lo suyo en mi actitud.

Chloe se paró para dedicarse a un prolongado olisqueo. Esperé junto a un farol mientras contemplaba mi sombra alargada.

«La hora del beso».

Chloe ladró a un movimiento que acababa de producirse en la maleza. De pronto irrumpió una ardilla en plena calle. Chloe gruñó y fingió que se lanzaba en su persecución. La ardilla se detuvo y se volvió hacia nosotros. Chloe lanzó un ladrido cuyo significado era: «¡Si no estuviera sujeta con la correa, verías tú!». Pero era una baladronada. Chloe era más inofensiva que un perro de felpa.

«La hora del beso».

Incliné la cabeza como hace Chloe cuando oye un ruido desconocido. Pensé de nuevo en las imágenes de la pantalla del ordenador... y pensé también en todas las molestias que se había tomado quien fuese para mantener secreto el asunto. Pensé en el mensaje electrónico sin firmar donde se me pedía que pulsara el ratón en el hipervínculo a «la hora del beso». Y pensé en el segundo mensaje electrónico donde se abría una nueva cuenta a mi nombre.

«Vigilan...»

Había quien se molestaba y mucho en mantener secretas aquellas comunicaciones.

«La hora del beso...»

Si alguien... en fin, si Elizabeth hubiera querido enviarme un mensaje, ¿por qué no me telefoneaba o, simplemente, por qué no me enviaba directamente un mensaje electrónico? ¿Por qué tenía que hacerme saltar tantos obstáculos?

La respuesta era evidente: el secreto. Alguien, no quiero volver a nombrar a Elizabeth, quería guardar el secreto.

Y si uno tiene un secreto, de este hecho se desprende que quiere que lo sea para alguien. Y que ese alguien vigila o investiga o trata de encontrarte. O esto o que uno es un paranoico rematado. En otras circunstancias me habría alineado con los paranoicos, pero...

«Vigilan...»

¿Qué significaban exactamente aquellas palabras? ¿Quién vigilaba? ¿Los federales? Y si detrás de aquellos mensajes electrónicos estaban los federales, ¿por qué me hacían aquella advertencia? Lo que querían los federales era que yo actuase.

«La hora del beso...»

De pronto me quedé helado. Chloe volvió bruscamente la cabeza hacia mí.

¡Dios mío, qué estúpido había sido!

No se molestaron en usar la cinta adhesiva.

Tenían a Rebecca Schayes tendida en la mesa, gemía como un perro moribundo tirado en la cuneta, pero de cuando en cuando farfullaba palabras, dos o tres palabras seguidas sin ilación coherente. Estaba ya tan lejos que ni llorar podía. Habían cesado los ruegos. Todavía tenía los ojos abiertos pero la mirada era de incomprensión. Sus ojos ya no veían. En cuanto a su mente, hacía

un cuarto de hora que había quedado hecha añicos sin remisión posible.

Era sorprendente que Wu no hubiera dejado señales. Ninguna señal, pero ahora Rebecca era veinte años más vieja.

Rebecca Schayes no sabía nada. El doctor Beck la había ido a ver porque estaba interesado en conocer detalles acerca de un antiguo accidente de automóvil que no era en realidad un accidente de automóvil. Había también fotografías. Beck había supuesto que las había hecho ella, pero no era así.

La sensación que le subía por las paredes del estómago, la que empezó como un simple cosquilleo cuando Larry Gandle se enteró de que habían descubierto los dos cadáveres del lago, seguía su ascensión. Pero aquella noche algo había ido mal. Esto era seguro, pese a que ahora Larry Gandle se temía que quizá todo había ido mal.

Había llegado el momento de que la verdad aflorase a la superficie.

Había consultado con su «segurata». Sí, Beck había salido a dar un paseo con el perro. Solo. Frente a las pruebas que urdiría Wu, ésa era una contundente coartada. Los federales se reirían en sus narices.

Larry Gandle se aproximó a la mesa. Rebecca Schayes miró hacia arriba y profirió un sonido que no era terrenal, una mezcla de quejido agudísimo y de risa frustrada.

Larry Gandle oprimió el arma contra la frente de Rebecca. Ésta profirió otro sonido igual que el anterior. Larry disparó dos veces y todo el mundo quedó en silencio.

Me dirigía a casa cuando recordé la advertencia.

«Vigilan».

¿Para qué correr riesgos? A tres manzanas de distancia había un Kinko. Abierto las veinticuatro horas. Al llegar a la puerta,

comprendí por qué. Pese a que ya era medianoche, el local estaba atestado. Todo un tropel de ejecutivos agotados, cargados de papeles, pantallas para diapositivas y carteles.

Me puse al final de una laberíntica cola orientada por cordones de terciopelo y aguardé turno. Aquella cola me recordó las visitas a los bancos en los tiempos anteriores a los cajeros automáticos. La mujer que iba delante de mí iba vestida con traje chaqueta pese a ser medianoche y tenía unas ojeras tan marcadas como los botones de hotel. Detrás de mí había un hombre de cabello ensortijado y chándal oscuro que sacó rápidamente un móvil y empezó a pulsar las teclas.

—¿Señor?

Alguien con uniforme Kinko me indicó con el dedo a Chloe.

—No puede entrar con el perro.

Estuve a punto de decirle que ya estaba dentro, pero lo pensé mejor y me callé. La mujer del traje chaqueta permaneció impávida. El hombre de cabello ensortijado y chándal oscuro me miró y se encogió de hombros, como diciéndome: «¡Qué le vamos a hacer!». Me precipité al exterior, até a Chloe al palo de un parquímetro y volví a entrar. El hombre de cabello ensortijado me dejó ocupar mi sitio en la cola. Todavía hay buenas maneras.

A los diez minutos me encontraba en el primer lugar de la cola. El empleado de Kinko era joven y exuberante. Me indicó un terminal de ordenador y con enorme lentitud me puso al corriente del precio por minuto.

Seguí su pequeño discurso con leves movimientos de asentimiento y me introduje en la web.

«La hora del beso».

De pronto había visto claro que la clave era ésta. En el primer mensaje decía «la hora del beso», no «las seis y cuarto de la tarde». ¿Por qué? La respuesta era lógica. Era un código cifrado, por si el mensaje caía bajo miradas ajenas. Quienquiera que lo hubiera enviado, había tenido en cuenta la posibilidad de que el mensaje

fuera interceptado. Quienquiera que lo hubiera enviado sabía que sólo yo sabía qué hora era la hora del beso.

Fue entonces cuando lo vi claro.

En primer lugar estaba el nombre de la cuenta. Calle del Murciélago. Cuando Elizabeth y yo éramos adolescentes, solíamos recorrer la cuesta de Morewood Street camino del campo de Little League. Allí estaba la casa de color amarillo sucio donde vivía aquella vieja repulsiva. Vivía sola y solía gritar cuando pasaban niños corriendo delante de la puerta de su casa. No hay pueblo que no tenga una de esas viejas brujas. Se les suele poner un apodo. En nuestro caso el apodo era «señora Murciélago».

Volví a Bigfoot. En la casilla reservada para el nombre del usuario tecleé la palabra Morewood.

Entretanto, junto a mí, el joven y exuberante empleado de Kinko repetía la perorata acerca del uso de la web al hombre de cabello ensortijado y chándal oscuro. Pulsé la tecla del tabulador y me trasladé a la casilla del texto para escribir la contraseña.

La otra palabra clave, «Adolescencia», era más fácil. En el primer año de bachillerato, un viernes por la noche fuimos a casa de Jordan Goldman. Éramos unos diez chicos. Jordan había descubierto un vídeo porno que su padre tenía escondido. Era la primera vez que veíamos uno de esos vídeos. Lo vimos todos y no paramos de reírnos todo el rato, nerviosos, y haciendo las acostumbradas observaciones maliciosas de rigor y sintiéndonos deliciosamente transgresores. Más adelante, cuando hubo que elegir un nombre para nuestro equipo de softball de la escuela, Jordan sugirió que utilizásemos la primera palabra del estúpido título de aquella película:

«*Teenage Sex Poodles*».^[1]

Puse las palabras «Sex Poodles» en la contraseña. Tragué saliva y pulsé con el ratón en el icono de la entrada.

Eché una mirada al hombre de cabello ensortijado. Estaba absorto en una búsqueda de Yahoo. Volví a mirar el escritorio que

tenía enfrente. La mujer del traje sastre observaba ceñuda a otro empleado de Kinko que tenía el aire feliz de la medianoche.

Me quedé a la espera de que apareciera el mensaje de error. Pero esta vez no se materializó, sino que ante mi vista se desplegó una pantalla dándome la bienvenida. En la parte superior se leía:

«¡Hola, Morewood!»

Más abajo decía:

«Tiene un mensaje en el buzón».

Mi corazón parecía un pájaro que pugnase por salir volando de la jaula de mis costillas.

Pulsé con el ratón en el icono de Mensaje Nuevo y mi pierna inició el acostumbrado bailoteo. Esta vez no había ninguna Shauna para frenarlo. A través del cristal del establecimiento veía a Chloe atada al parquímetro. Al descubrirme, comenzó a ladrar. Me llevé un dedo a los labios para ordenarle que se callara.

Entonces apareció el mensaje:

«Washington Square Park. Búscame en la esquina sureste. Mañana a las cinco.

»Te seguirán».

Y ya al final:

«Pase lo que pase, te quiero».

La esperanza, aquel pájaro enjaulado que se negaba a morir, voló libre. Me recosté en el respaldo de la silla. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas pero, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sonreí plenamente satisfecho.

Elizabeth... seguía siendo la persona más inteligente que conocía.

20

A las dos de la madrugada repté a la cama y me quedé boca arriba. El techo comenzó a dar vueltas inducidas por el excesivo número de copas que había tomado. Me agarré a los lados de la cama y aguanté.

Shauna me había preguntado si alguna vez, después de casado, había sentido la tentación de engañar a Elizabeth. Había añadido aquel inciso, después de casado, porque estaba enterada del otro incidente.

Desde el punto de vista técnico, yo había engañado una vez a Elizabeth, si bien engañar tal vez no sea la palabra adecuada. Engañar presupone hacer daño a la otra persona y yo a Elizabeth no le había hecho daño alguno, de eso estoy plenamente seguro. Debo decir, con todo, que durante mi primer año de universidad tomé parte en un lamentable rito iniciático conocido con el nombre de «la noche del universitario». Por mera curiosidad, supongo. Algo puramente experimental y estrictamente físico. No me gustó mucho. Voy a ahorrarles la manida frasecita y no les diré que la sexualidad sin amor carece de sentido. No lo diré porque no es verdad. Pero aun cuando pienso que es sumamente fácil tener relaciones sexuales con una persona más o menos desconocida, sé también que sería difícil pasar la noche con ella. Puede decirse que en ese caso la atracción es puramente hormonal. Una vez liberada la tensión, lo que uno quiere es largarse con viento fresco. La sexualidad es para todos, lo que viene después es sólo para los que se quieren.

Una manera de razonar muy cómoda, se dirán ustedes.

Si ello importa, sospecho que Elizabeth hizo algo parecido. Habíamos acordado que procuraríamos «conocer» a otras personas cuando fuésemos a la universidad, englobando en el término «conocer» una intención vaga que abarcaba un campo muy general. De ese modo podía disculparse cualquier desliz, cargándolo en la cuenta del compromiso. Siempre que salía a relucir el tema, Elizabeth negaba que hubiera habido alguien más. Pero debo decir que yo hacía lo mismo.

La cama seguía girando y yo continuaba haciéndome preguntas. ¿Qué podía hacer ahora?

Para empezar, tenía que esperar a que fueran las cinco de la tarde siguiente. Hasta entonces no podía quedarme sentado esperando. Bastante había esperado ya. Gracias, pero no pensaba hacerlo. A decir verdad —una verdad que no me gustaba admitir ni siquiera a mí mismo—, yo, en el lago, estuve indeciso. Y fue así porque tuve miedo. Salí del agua y esperé. Esto hizo que el otro, quien fuese, me atacase. Además, tampoco me revolví ante la primera embestida. No me lancé contra el agresor. No me enfrenté a él ni le di un puñetazo siquiera. Lo que hice fue retirarme, cubrirme, rendirme y dejar que el otro, más fuerte que yo, huyera con mi mujer.

Ahora no lo haría.

Había sopesado la posibilidad de confiarme en mi suegro. No se me había escapado que, en mi última visita, Hoyt se había mostrado muy poco comunicativo. Aunque, ¿qué habría sacado con decírselo? A lo mejor Hoyt mentía... ¿quién sabe? De todos modos, el mensaje había sido claro. «No se lo digas a nadie». Tal vez la única manera de conseguir que él me dijera algo habría sido contarle lo que había visto en el ordenador. Pero todavía no estaba preparado para aquella confesión.

Salté de la cama y me fui directo al ordenador. Me puse a navegar de nuevo. Tenía una especie de plan para la mañana

siguiente.

Cary Lamont, el marido de Rebecca Schayes, no temió nada en un primer momento. Su esposa solía quedarse trabajando hasta tarde, muy tarde a veces, e incluso en alguna ocasión se había pasado la noche entera en el estudio durmiendo en un camastro que tenía en un rincón. Por eso, cuando a las cuatro de la madrugada se dio la vuelta en la cama y advirtió que Rebecca todavía no había llegado, se preocupó un poco pero sin dejarse invadir por el pánico.

Eso fue por lo menos lo que se dijo.

Gary llamó al estudio, pero le respondió el contestador. Tampoco eso era raro porque, cuando Rebecca estaba trabajando, detestaba que la interrumpieran. Ni siquiera se había instalado un supletorio en el cuarto oscuro. Dejó, pues, un mensaje y volvió a la cama.

Durmió a rachas. Consideró la posibilidad de levantarse y hacer algo, pero sabía que no conseguiría otra cosa que sulfurar a Rebecca cuando llegase. Rebecca era un espíritu libre y, de existir alguna tensión en la relación que mantenían, por otra parte plenamente satisfactoria, siempre tenía que ver con el estilo de vida de Gary, relativamente «tradicional» pero que cortaba las alas creadoras de Rebecca. Aquí tenía que pactar con ella.

Por eso le concedía espacio, para no cortarle las alas o para lo que fuese.

A las siete de la mañana, la preocupación ya había cedido el paso a algo que estaba muy cerca del puro miedo. La llamada telefónica de Gary despertó a Arturo Ramírez, el ayudante de Rebecca, aquel muchacho flaco vestido de negro.

—Acabo de llegar —se lamentó Arturo medio grogui.

Gary le contó lo que pasaba. Arturo, que se había quedado dormido con la ropa de calle puesta, no se molestó en cambiarse y salió de casa corriendo. Gary quedó en encontrarse con él en el estudio. Saltó al tren que lo llevaría al centro de la ciudad.

Arturo llegó el primero y encontró la puerta del estudio entornada. La abrió de un empujón.

—¿Rebecca? —gritó.

No hubo respuesta. Arturo volvió a llamarla por su nombre. Tampoco hubo respuesta. Entró y exploró el estudio. No la encontró. Abrió la puerta del cuarto oscuro. El olor dominante era el habitual, aquel olor acre de los ácidos empleados para el revelado, aunque por debajo de aquel olor había otro, un olor levísimo pero que fue capaz de ponerle los pelos de punta.

Un olor claramente humano.

Gary dobló la esquina a tiempo para oír el grito de Arturo.

21

Por la mañana comí un bollo y durante cuarenta y cinco minutos seguí la dirección oeste a través de la carretera 80. La carretera 80 de Nueva Jersey es una anodina franja de asfalto. Pasado Saddle Brook más o menos, desaparecen las casas y uno discurre entre dos hileras idénticas de árboles a uno y otro lado de la carretera. Una monotonía que sólo rompen las señales que indican la frontera interestatal. Al desviarme en la salida 163, en una población de nombre Gardenville, aminoré la marcha y contemplé la hierba alta. Sentí que el corazón me palpitaba con fuerza. Jamás había estado en aquel sitio. En los últimos ocho años había eludido a propósito ese tramo de la interestatal porque sabía que allí, a menos de cien metros de donde ahora me encontraba, se había descubierto el cadáver de Elizabeth.

Comprobé las indicaciones que había impreso la noche anterior. La oficina del forense del condado de Sussex estaba en Mapquest.com, o sea que sabía perfectamente cómo trasladarme hasta allí. La fachada del edificio tenía las aberturas protegidas con persianas y en ella no se veía letrero ni indicación alguna. Era simplemente un rectángulo desnudo de ladrillo sin ninguna floritura. ¿Cómo se va a adornar con florituras un depósito de cadáveres? Llegué pocos minutos antes de las ocho y media y di una vuelta alrededor del edificio con el coche. El despacho todavía estaba cerrado. Bien.

De pronto apareció un Cadillac Seville de color amarillo canario que aparcó en un lugar reservado a Timothy Harper, inspector

médico del condado. El hombre que lo conducía aplastó en el suelo, al salir, la colilla de un cigarrillo. Jamás dejará de sorprenderme la cantidad de inspectores médicos que fuman. Harper era un hombre de mi misma talla, más o menos un metro ochenta, y tenía la piel olivácea y el cabello gris, rapado. Al verme esperando en la puerta, recompuso la expresión de su rostro. La gente no va a los depósitos de cadáveres a primera hora de la mañana para que le den buenas noticias.

Se me acercó sin prisa.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—¿El doctor Harper?

—Sí, yo mismo.

—Soy el doctor David Beck —yo también era médico, por tanto éramos colegas—. Me gustaría que me concediera un minuto.

No exteriorizó ninguna reacción al oír mi nombre. Sacó una llave y abrió la puerta.

—¿Por qué no pasa a mi despacho?

—Gracias.

Lo seguí a lo largo de un pasillo. Harper iba accionando conmutadores de luz a su paso. Los fluorescentes del techo cobraban vida rezongando uno tras otro. El suelo estaba recubierto de linóleo lleno de arañazos. El sitio tenía menos de establecimiento fúnebre que de despacho impersonal de un médico, pero tal vez ésta era la intención. Nuestros pasos levantaban ecos que se confundían con el zumbido de las luces como marcando el ritmo. Harper recogió un montón de cartas, que fue clasificando mientras caminábamos.

El despacho privado de Harper se caracterizaba por la misma austeridad. Su mesa era metálica, parecida a la de los maestros de las escuelas primarias. Las sillas eran de madera barnizada, rigurosamente funcionales. En la pared había colgados varios diplomas. Había estudiado, como yo, en la facultad de Medicina de Columbia, pero veinte años antes. No se veían fotos de familia, ni

trofeos de golf, ni impresos plastificados, ni nada personal. No estaba previsto que los visitantes de aquel despacho se entretuvieran en agradable cháchara. Lo último que esperaban ver en un sitio como aquél eran los sonrientes rostros de los nietos del médico.

Entrelazando los dedos sobre la mesa, Harper dijo:

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor Beck?

—Hace ocho años que trajeron aquí a mi esposa —comencé a decir—. Fue víctima de un asesino en serie conocido con el nombre de KillRoy.

No me tengo por particularmente sagaz en lo que a leer rostros se refiere. Las miradas a los ojos no han sido nunca mi fuerte. Para mí cuenta muy poco el lenguaje corporal. Pero, mientras observaba a Harper, no pudo por menos de sorprenderme que un inspector médico avezado, un hombre familiarizado con la muerte, palideciera de aquel modo.

—Lo recuerdo —dijo en voz baja.

—¿Fue usted quien hizo la autopsia?

—Sí. Bueno, en parte.

—¿En parte?

—Sí. También participaron las autoridades federales. Trabajamos juntos en el caso, aunque como el FBI no tiene forenses fuimos nosotros los que dirigimos las investigaciones.

—Concédame un minuto y dígame qué vio cuando le trajeron el cadáver —pregunté.

Harper se agitó en el asiento.

—¿Puedo preguntarle por qué quiere saberlo?

—Soy el marido de la víctima.

—Fue algo que ocurrió hace ocho años.

—Cada víctima lleva las cosas a su manera, doctor.

—Sí, de eso estoy seguro, pero...

—Pero ¿qué?

—Que me gustaría saber qué es lo que quiere usted.

Opté por tomar la vía directa.

—¿Sacan ustedes fotos de todos los cadáveres que pasan por aquí?

Vaciló. Me di perfecta cuenta. Y como él se dio cuenta de que yo me daba cuenta, carraspeó.

—Sí. En la actualidad nos servimos de la tecnología digital. Dicho en otras palabras, de una cámara digital. Esto nos permite almacenar en un ordenador las fotos y las diferentes imágenes. Es útil tanto para el diagnóstico como para la catalogación.

Asentí sin dar importancia a lo que me decía. Hablaba por hablar. Cuando calló, intervine:

—¿Tomó fotografías de la autopsia de mi mujer?

—Sí, por supuesto. Pero... ¿cuánto tiempo hace que, según usted, ocurrió?

—Ocho años.

—Entonces debimos sacar Polaroids.

—¿Dónde están ahora esas Polaroids, doctor?

—En los archivos.

Eché una ojeada a un imponente archivador colocado en un rincón. Parecía un centinela.

—Aquí no —se apresuró a añadir—. El caso de su esposa está cerrado. Atraparon al asesino y lo condenaron. Por otra parte, el hecho ocurrió hace más de cinco años.

—¿Dónde se supone que están los archivos, pues?

—Almacenados en un depósito especial. En Layton.

—Me gustaría ver las fotografías, si es posible.

Garrapateó una nota e indicó con un gesto de la cabeza el trozo de papel.

—Haré lo posible.

—¿Doctor?

Levantó la vista.

—Ha dicho que recuerda a mi mujer.

—Pues sí, me refiero a que la recuerdo más o menos. Aquí no hay muchos asesinatos y menos tan especiales como aquél.

—¿Recuerda el estado de su cuerpo?

—En realidad, no. Me refiero a que no recuerdo detalles.

—¿Recuerda a la persona que la identificó?

—¿No fue usted?

—No.

Harper se rascó la sien.

—Fue su padre, ¿no?

—¿Recuerda cuánto rato tardó en identificarla?

—¿Cuánto rato?

—Sí. ¿Fue inmediatamente? ¿Tardó unos minutos? ¿Cinco minutos, diez?

—Realmente, no sabría decirle.

—Según acaba usted de decir, fue un caso muy especial.

—Sí.

—¿El más especial de todos los casos en que usted ha intervenido, quizá?

—Hace unos años tuvimos aquel caso tan sonado del asesinato del repartidor de pizzas —dijo—. Pero sí, yo diría que este caso fue uno de los más extraordinarios.

—Pero usted no recuerda si su padre tuvo problemas para identificar el cadáver.

Aquello no le gustó.

—Doctor Beck, con el debido respeto quisiera decirle que no veo a adónde quiere ir a parar.

—Soy el marido agraviado y estoy haciéndole unas preguntas de lo más elementales.

—Me refiero al tono con que las hace —dijo—. Me parece hostil.

—¿No le parece el adecuado?

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—¿Cómo supo que mi mujer había sido víctima de KillRoy?

—No sé.

—¿Por qué intervinieron los federales?

—Había unas señales que permitían la identificación...

—¿Se refiere a que la habían marcado con la letra K?

—Sí.

De pronto todo venía rodado y me sentía muy a gusto.

—Así pues, la policía la trasladó aquí, usted la examinó y descubrió la letra K...

—No, la policía estaba aquí. Me refiero a las autoridades federales.

—¿Antes de que trajeran el cadáver?

Dirigió los ojos hacia arriba como quien trata de recordar o de inventar.

—O inmediatamente después. No lo recuerdo.

—¿Cómo se enteraron tan rápidamente de que traían aquí el cadáver?

—No lo sé.

—¿No tiene ni idea?

Harper cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es de presumir que alguno de los agentes que estaban presentes descubrió la marca y avisó al FBI. Pero esto no es más que una conjetura.

Sentí la vibración del busca en la cadera. Le eché una ojeada. Era una urgencia de la clínica.

—Lamento la desgracia —dijo en tono expeditivo—. Comprendo su sufrimiento, pero hoy tengo una agenda muy apretada. Quizá podríamos vernos en otra ocasión...

—¿Cuánto tiempo tardará en disponer del historial de mi mujer?
—pregunté.

—Ni siquiera sé si estoy autorizado a hacer el trámite. Me refiero a que primero tengo que averiguar...

—Ley de Libertad de Información.

—¿Cómo dice?

—Me he enterado esta mañana. El caso de mi mujer actualmente está cerrado. Tengo pleno derecho a inspeccionar su expediente.

Harper se vio obligado a reconocerlo —al fin y al cabo, yo no era el primero que solicitaba que le enseñaran el historial de una autopsia— y asintió con la cabeza de forma exagerada.

—Pese a todo, hay unos canales por los que estoy obligado a pasar, unos formularios que hay que cumplimentar.

—¿Son maniobras dilatorias? —pregunté.

—Perdone pero...

—Mi esposa fue víctima de un crimen espantoso.

—Lo sé.

—Y yo tengo derecho a ver el expediente de mi esposa. Si usted me pone palos en las ruedas, tengo que preguntarme por qué lo hace. Nunca me he puesto en contacto con los medios de comunicación para hablar de mi esposa ni de su asesino. Ahora tendré la satisfacción de hacerlo. Y entonces nos preguntaremos todos por qué el inspector médico local puso tantos peros a una petición tan simple como la mía.

—Esto me suena a amenaza, doctor Beck.

Me levanté.

—Volveré mañana por la mañana —dije—. Le ruego que tenga preparado el expediente de mi mujer.

Había empezado a actuar. Y me sentía francamente a gusto.

22

Los detectives Roland Dimonte y Kevin Krinsky del Departamento de Policía de Nueva York, división de homicidios, llegaron al escenario del crimen antes que sus uniformes. Llevaba la voz cantante Dimonte, un hombre de cabello grasiento calzado con unas repugnantes botas de piel de reptil y con un palillo medio masticado entre los dientes. Ladraba órdenes. Clausuraron inmediatamente la zona. Unos minutos después se colaban en el interior los técnicos del laboratorio pertenecientes a la unidad que se dedicaba a investigar los escenarios del delito, y se entregaban a su trabajo.

—Dejen aislados a los testigos —ordenó Dimonte.

No eran más que dos: el marido y el curioso bicho raro vestido de negro. Dimonte comprobó que el marido estaba destrozado, pero se dijo que a lo mejor hacía comedia. De todos modos, había que proceder a lo primero.

Dimonte, que seguía mordisqueando el palillo, llevó aparte al curioso bicho raro cuyo nombre, al parecer, era Arturo. El chico estaba lívido. En circunstancias normales, Dimonte habría atribuido el hecho a las drogas, pero el chico había echado hasta la última papilla al ver el cadáver.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Dimonte, como si le importara algo.

Arturo asintió con un gesto.

Dimonte le preguntó si últimamente había ocurrido alguna cosa fuera de lo normal en relación con la víctima. Sí, replicó Arturo. ¿Qué era? Ayer Rebecca había recibido una llamada telefónica que

la había dejado muy preocupada. ¿Quién era la persona que había llamado? Arturo no estaba seguro, pero una hora más tarde, tal vez menos, de eso Arturo no estaba muy seguro, había ido un hombre a ver a Rebecca. Cuando se fue, Rebecca estaba deshecha.

¿Recordaba el nombre de aquel hombre?

—Beck —respondió Arturo—. Ella le llamó Beck.

Shauna puso las sábanas de Mark en la secadora. Linda asomó detrás de ella.

—Vuelve a mojar las sábanas —dijo Linda.

—¡Dios mío, qué lista eres!

—No seas mala —rogó Linda alejándose.

Shauna abrió la boca para disculparse, pero no salió palabra alguna.

La primera vez que Shauna se fue de casa, la única, Mark reaccionó muy mal y comenzó a mojar la cama. Cuando ella y Linda volvieron a reunirse, dejó de mojar la cama. Y así hasta ese día.

—Se da cuenta de lo que pasa —dijo Linda—. Nota la tensión.

—¿Y qué quieres que le haga, Linda?

—Haremos lo que haya que hacer.

—No volveré a marcharme. Te lo prometo.

—Es evidente que no basta con eso.

Shauna echó suavizante en la máquina. Su rostro reflejaba agotamiento. No se merecía aquello. Ella era una modelo de altos vuelos. No podía llegar al trabajo con ojeras ni con el cabello apagado. No tenía por qué soportar todas esas mierdas.

Estaba harta de todo. Harta de una vida doméstica que no le iba. Harta de las presiones de cabrones bien intencionados. Era fácil olvidarse de la intolerancia, pero la presión ejercida en una pareja lesbiana con niño, por aquellos que supuestamente estaban cargados de buenas intenciones, era capaz de acabar con cualquiera. Si la relación fracasaba, fracasaba todo el lesbianismo,

como si las parejas heterosexuales no fracasaran nunca. Shauna no era una heroína. Lo sabía. Egoísta o no, no sacrificaría su felicidad en el altar de «un bien superior».

Se quedó pensando si Linda opinaría lo mismo.

—Te quiero —dijo Linda.

—Yo también te quiero.

Se miraron. Mark volvía a mojar la cama. Shauna no estaba dispuesta a sacrificarse por un bien superior. Pero se sacrificaría por Mark.

—¿Que haremos, pues? —preguntó Linda.

—Salir de esto.

—¿Te parece que podremos?

—¿Tú me quieres?

—Sabes que sí —contestó Linda.

—¿Sigues pensando que soy la criatura más maravillosa y más seductora que ha puesto Dios sobre esta verde tierra?

—¡Por supuesto! —dijo Linda.

—Pues yo pienso lo mismo —añadió Shauna con una sonrisa—. Soy una narcisista de mucho cuidado.

—¡Y que lo digas!

—Pero soy tu narcisista de mucho cuidado.

—Es la pura verdad.

Shauna se le acercó un poco más.

—No estoy predestinada a las relaciones fáciles. Por naturaleza tengo la cabeza llena de pájaros.

—Cuanto más cabeza de pájaros, más seductora —dijo Linda.

—¿Y cuando no soy cabeza de pájaros?

—Anda, cállate y bésame.

Sonó el zumbador de la planta baja. Linda miró a Shauna y ésta se encogió de hombros. Linda pulsó el botón del interfono y dijo:

—¿Sí?

—¿Linda Beck?

—¿Quién es?

—Soy el agente especial Kimberly Green de la Oficina Federal de Investigación. Me acompaña el agente especial Rick Peck. Nos gustaría subir y hacerles unas preguntas.

Shauna se inclinó sobre Linda antes de que ésta tuviera tiempo de responder.

—Nuestra abogada es Hester Crimstein —gritó a través del interfono—. Hablen con ella.

—Ustedes no son sospechosas de ningún delito. Sólo queremos hacerles unas preguntas...

—Hester Crimstein —le cortó Shauna—, seguro que tiene su número de teléfono. Que usted lo pase muy bien.

Shauna soltó el botón y Linda la miró.

—¿Qué demonios significa esto?

—Tu hermano está en apuros.

—¿Cómo?

—Siéntate —dijo Shauna—. Tenemos que hablar.

Raisa Markov, la enfermera que cuidaba del abuelo del doctor Beck, respondió a los enérgicos golpes de la puerta. Los agentes especiales Carlson y Stone, que habían pasado a trabajar en colaboración con los detectives del Departamento de Policía de Nueva York Dimonte y Krinsky, le tendieron un papel.

—Orden federal —le anunció Carlson.

Raisa se hizo a un lado sin manifestar reacción alguna. Se había criado en la Unión Soviética y la agresión policial no la afectaba en lo más mínimo.

Ocho de los hombres de Carlson irrumpieron en la casa de Beck y se desplegaron a través de ella.

—Quiero un vídeo de todo —gritó Carlson—. ¡No admito errores!

Se movían deprisa con la esperanza de adelantarse, por poco que fuese, a Hester Crimstein. Carlson sabía que Crimstein, como hacía más de un sagaz abogado defensor en aquella era post-OJ,

se agarraba a la incompetencia policial y/o a su falta de ética como a un clavo ardiendo.^[2] Carlson, experto agente de la ley por derecho propio, no iba a permitir que allí ocurriera tal cosa. Cada paso, cada movimiento, cada suspiro serían documentados y corroborados.

La primera vez que Carlson y Stone irrumpieron en el estudio de Rebecca Schayes, a Dimonte no le gustó ni pizca encontrárselos. Se habían producido las actitudes chulescas habituales entre policías locales y federales. Son pocas las cosas capaces de unir el FBI con las autoridades locales y menos aún en una ciudad grande como Nueva York.

Pero Hester Crimstein era una de esas cosas.

Los dos bandos sabían que Crimstein era maestra en el arte de confundirlo todo y que perseguía la publicidad. Todo el mundo estaría expectante. Nadie tenía ganas de meter la pata. En aquel caso esto era la fuerza motora. Así que forjaron una alianza con la misma confianza mutua que anima un apretón de manos palestino-israelí porque, en definitiva, los dos bandos sabían que era preciso actuar con rapidez para reunir pruebas suficientes y esgrimirlas..., antes de que Crimstein tuviera tiempo de enturbiar las aguas.

Los federales habían conseguido la orden de registro. Para ellos, era tan simple como cruzar Federal Plaza hasta el Tribunal Federal del distrito sur. En cuanto a Dimonte y a los agentes del Departamento de policía de Nueva York, deberían acudir al tribunal del condado de Nueva Jersey, lo que no dejaba de ser mucho tiempo con Hester Crimstein pisándoles los talones.

—¡Agente Carlson!

El grito venía de la esquina de la calle. Carlson salió inmediatamente con Stone caminando como un pato detrás de él. Junto al bordillo había un joven agente federal al lado de un contenedor de basuras abierto.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlson.

—Quizá no tiene importancia, pero... —el joven agente le indicó con el dedo lo que parecían ser un par de guantes de goma.

—Recójalos y métalos en una bolsa —dijo Carlson—. Quiero un examen de residuos inmediatamente —Carlson echó una mirada a Dimonte. Había llegado el momento de cooperar... aunque esta vez fuera por la vía de la competencia—. ¿Cuánto tardará el laboratorio en hacer el análisis?

—Un día —respondió Dimonte. Llevaba un palillo en la boca que masticaba con especial ahínco—. Tal vez, dos.

—Malo, pues. Tendremos que enviar las muestras por avión a nuestro laboratorio de Quantico.

—Y rápido, además —le espetó Dimonte.

—Acordamos que lo haríamos por la vía más rápida posible.

—Lo más rápido es no moverse de aquí —dijo Dimonte—. Yo me ocupo de esto.

Carlson asintió. Había surtido el efecto deseado. Si uno quería que los policías locales dedicaran la prioridad máxima al caso, lo mejor que se podía hacer era amenazarlos con quitárselo de las manos. Despertar el ansia de competir. Lo bueno era competir.

Media hora más tarde oyeron otra exclamación. Esta vez venía del garaje. Acudieron al momento.

Stone soltó un silbido y Dimonte se quedó estupefacto. Carlson se agachó para examinar la cosa más de cerca.

Debajo de unos periódicos, metida en un cubo para el reciclaje, había una pistola de nueve milímetros. Les bastó con olisquearla ligeramente para saber que hacía muy poco que alguien la había utilizado.

Stone se volvió a Carlson. Procuró que no se le notase mucho la sonrisa.

—Cógela —dijo Stone en voz baja.

Carlson no replicó nada. Observó cómo el técnico guardaba el arma en una bolsa. Y después, tras reflexionar un momento sobre todo lo ocurrido, empezó a fruncir el entrecejo.

23

La llamada de urgencia de mi busca se refería a TJ. Se había lastimado el brazo con la jamba de una puerta. Para la mayoría de niños, el accidente sólo significaba una rociada de Bactine, un fármaco que escocía de lo lindo; para TJ, una noche en el hospital. Cuando llegué ya lo tenían conectado a una vía intravenosa. Los hemofílicos requieren un tratamiento con fármacos específicos para la sangre, como crioprecipitado o plasma congelado. Encargué a una enfermera que le dedicara sus cuidados de forma inmediata.

Como ya he dicho anteriormente, conocí a Tyrese hace seis años. Estaba esposado y profería obscenidades a grito pelado. Una hora antes, había irrumpido en la sala de urgencias con su hijo de nueve meses, TJ. Aunque yo estaba en el departamento, no me correspondía atender los casos graves. El facultativo de guardia se hizo cargo de TJ.

TJ se encontraba en estado letárgico, no respondía a los estímulos, su respiración era superficial. Tyrese, cuyo comportamiento era «irregular» (¿cómo se supone que debe comportarse un padre que entra corriendo en urgencias con un bebé en brazos?), informó al médico de guardia que el estado del bebé había ido empeorando durante el día. El médico dirigió a la enfermera una mirada de connivencia. La enfermera la captó y, tras asentir con un gesto, se fue directa al teléfono. Por si acaso.

El examen de fondo de ojos reveló que el niño tenía múltiples hemorragias retinianas bilaterales, es decir, que se le habían roto los vasos sanguíneos de la zona posterior de ambos ojos. Así que el

médico juntó todas las piezas del rompecabezas —hemorragia retiniana, letargia profunda y..., bueno, aquel padre—, y emitió el diagnóstico.

Síndrome del bebé zarandeado.

Apareció de inmediato un gran contingente de guardas de seguridad armados que esposaron a Tyrese. Fue entonces cuando le oí proferir las obscenidades. Llegué hasta la esquina para ver qué pasaba. Aparecieron dos agentes uniformados del Departamento de Policía de Nueva York y una mujer de la Oficina de Atención al Menor con aspecto cansado. Tyrese intentaba explicar su caso. La gente movía la cabeza con el típico gesto de «¡cómo está el mundo!».

En el hospital había tenido ocasión de ser testigo de más de una docena de escenas como aquélla. De hecho, las había visto peores. Incluso había atendido a niñas de tres años con enfermedades venéreas. Una vez me encargué de un caso de violación de un niño de cuatro años afectado de hemorragia interna. En ambas circunstancias, como en todos los casos de abusos similares en los que había tenido ocasión de intervenir, el culpable era un miembro de la familia o el último amiguito de la madre.

El Hombre del Saco no acecha en los parques, niños. Vive en vuestra propia casa.

Sabía igualmente, una estadística que nunca dejaba de impresionarme, que más del noventa y cinco por ciento de las lesiones intracraneales graves son consecuencia de los malos tratos. Eran circunstancias que hacían bastante aceptable, o inaceptable, según el punto de vista, la probabilidad de que Tyrese hubiera maltratado a su hijo.

En aquella sala de urgencias se habían escuchado todo tipo de excusas. El pequeño se había caído de la cama. La puerta del horno había dado en la cabeza del bebé. Su hermano mayor le había arrojado un juguete y le había dado en la cabeza. No era preciso trabajar mucho tiempo allí para que uno se volviera tan cínico como

el policía más encallecido. Está comprobado que los niños sanos toleran bien ese tipo de reveses accidentales. Es muy raro que una caída de la cama, por citar un ejemplo, pueda causar por sí sola una hemorragia retiniana.

El diagnóstico de maltrato infantil no me extrañó. En todo caso, no de entrada.

Sin embargo, había algo en la manera en que Tyrese se defendía que me pareció raro. No que yo me figurara que era inocente. También caigo en el error de juzgar rápidamente a la gente por su apariencia o, para decirlo con un término muy usado en política, por su perfil racial. Es algo que hacemos todos. Si uno cruza la calle para evitar a una pandilla de chicos negros, es porque ha tenido en cuenta su perfil racial. Si no la cruza porque teme parecer un racista, está también considerando el perfil racial. Si ve a la pandilla y no piensa nada en absoluto es que viene de aquel planeta desconocido.

Lo que en aquel caso me indujo a pararme a pensar fue la pura dicotomía. En el periodo de rotación que había hecho recientemente en un barrio de gente acomodada de Short Hills, en Nueva Jersey, había sido testigo de un caso muy parecido. Un padre y una madre blancos, los dos impecablemente vestidos y conduciendo un Range Rover con todos sus aditamentos, entraron corriendo en urgencias con su hija de seis meses. La niña, tercera hija del matrimonio, presentaba los mismos síntomas que TJ.

Allí nadie esposó al padre.

Por consiguiente, me acerqué a Tyrese y él me lanzó la mirada del gueto. En la calle me habría desconcertado; allí dentro, era como el gran lobo malo acechando la casa de ladrillo.

—¿Su hijo nació en este hospital? —le pregunté.

Tyrese no respondió.

—¿Su hijo nació aquí? ¿Sí o no?

Se fue calmando y al final pudo decir:

—Sí.

—¿Está circuncidado?

Tyrese me dirigió la misma mirada de antes.

—¿Qué es usted? ¿Algún tipo de marica?

—¿Quiere decir que hay más de una clase? —le repliqué—. ¿Lo circuncidaron aquí? ¿Sí o no?

Tyrese respondió con un gruñido:

—Sí.

Me informé del número de Seguridad Social de TJ y lo introduje en el ordenador. Apareció su historial. Busqué en circuncisión. Normal. ¡Vaya! Pero vi otra entrada. Aquélla no era la primera visita de TJ al hospital. Su padre lo había llevado cuando tenía dos semanas de vida porque sufría una hemorragia de ombligo. Le sangraba el cordón umbilical.

Era curioso.

Le hicimos varios análisis de sangre, pero la policía insistió en mantener a Tyrese bajo custodia. Tyrese no protestó. Lo único que quería era que hicieran los análisis. Traté de acelerarlos, pero no tengo ningún poder sobre la burocracia. Pocos lo tienen. Aun así, el laboratorio pudo determinar a través de las muestras de sangre que el tiempo de tromboplastina parcial era prolongado, aunque tanto el tiempo de protrombina como el recuento de plaquetas eran normales. Sí, sí, pero aténganse a lo que digo.

Se confirmó lo mejor... y lo peor. El padre, aquel desecho del gueto, no había maltratado al niño. La causante de las hemorragias de la retina era la hemofilia; la cual, además, dejó ciego al niño. Los guardas de seguridad suspiraron y quitaron las esposas a Tyrese. Se fueron sin decir una palabra. Tyrese se frotó las muñecas. Nadie pidió disculpas o le dedicó una frase amable a aquel hombre al que acababan de acusar falsamente de maltratar a su hijo, ahora ciego.

Imaginen eso en una zona residencial.

TJ pasó a ser paciente mío desde entonces.

Ahora, en su habitación del hospital, le acaricié la cabeza y miré aquellos ojos suyos que no veían. Los niños suelen mirarme con

sincero espanto, una extraña mezcla de miedo y veneración. Mis compañeros de profesión opinan que los niños comprenden mejor que los adultos lo que les ocurre. Yo creo que la respuesta es más sencilla. Los niños ven a sus padres como seres intrépidos y omnipotentes. Sin embargo, ahí estaban los padres, mirándome a mí, el médico, con un deseo vehemente, lleno de miedo que la gente suele reservar para el fervor religioso.

¿Podía haber algo más aterrador para un niño?

Unos minutos más tarde TJ cerró los ojos y se deslizó en el sueño.

—Se pegó contra un lado de la puerta —dijo Tyrese—. Nada más. Está ciego. Tenía que ocurrir, ¿no es así?

—Tendremos que vigilarlo toda la noche —dije—, pero todo irá bien.

—Pero ¿qué dice? —dijo Tyrese mirándome—. ¿Cómo puede ir bien si no para de sangrar?

No tuve respuesta que darle.

—Tengo que sacarlo de aquí.

Pero no se estaba refiriendo al hospital.

Tyrese rebuscó en el bolsillo y comenzó a sacar billetes. Pero yo no estaba de humor. Levanté la mano y dije:

—Después nos vemos.

—Gracias por haber venido, doc. Le estoy muy agradecido.

Estuve a punto de recordarle que había ido a ver a su hijo, no a él, pero opté por callar.

«Mucho cuidado» —pensó Carlson mientras sentía que el pulso se le aceleraba—. Había que andarse con tiento.

Se sentaron los cuatro —Carlson, Stone, Krinsky y Dimonte— a la mesa de conferencias junto con Lance Fein, el ayudante del fiscal del distrito. Fein era una rata codiciosa, con unas cejas sometidas a constantes ondulaciones y una cara tan amarillenta que parecía que

fuera a derretírsele como la cera si hacía mucho calor; estuvo a la altura de su cargo.

Dimonte dijo:

—Le daremos por culo.

—Una vez más —añadió Lance Fein—, dejádmelo a mí. Yo haré que incluso Alan Dershowitz quiera encerrarlo.

Dimonte hizo un gesto de asentimiento en dirección a su compañero.

—Adelante, Krinsky. Empápame del asunto.

Krinsky sacó el bloc y empezó a leer.

—Rebecca Schayes murió de dos tiros en la cabeza disparados casi a quemarropa con una pistola automática de nueve milímetros. Proistos de una orden judicial expedida por las autoridades federales, practicamos un registro en el garaje del doctor David Beck y encontramos un arma de nueve milímetros.

—¿Tenía huellas? —preguntó Fein.

—Ninguna. Pero las pruebas balísticas confirmaron que el arma de nueve milímetros, encontrada en el garaje del doctor Beck, es la del crimen.

Dimonte sonrió y enarcó las cejas.

—¿A alguien más se le han puesto los pelos de punta?

Las cejas de Fein hicieron un movimiento de ascenso y descenso.

—Continúa, por favor —dijo.

—La misma orden de registro permitió localizar un par de guantes de goma en un contenedor de basura de la residencia del doctor David Beck. En el guante derecho había restos de pólvora. El doctor Beck es diestro.

Dimonte estiró hacia arriba las botas de piel de reptil y trasladó el palillo de una a otra comisura.

—¡Venga, dale! Así me gusta. Pégale duro.

Fein frunció el entrecejo. Krinsky, sin apartar los ojos del bloc, se pasó la lengua por el dedo y pasó la página.

—En ese mismo guante de goma de la mano derecha el laboratorio descubrió un cabello cuyo color concuerda perfectamente con el de Rebecca Schayes.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —Dimonte empezó a chillar fingiendo un orgasmo. O quizá no fingía.

—Una prueba concluyente del ADN exigirá más tiempo — prosiguió Krinsky—. Por otra parte, en la escena del crimen se encontraron más huellas pertenecientes al doctor David Beck, aunque no en el cuarto oscuro donde se descubrió el cuerpo de la mujer.

Krinsky cerró el bloc de notas. Todos los ojos se volvieron hacia Lance Fein.

Éste estaba de pie rascándose la barbilla. Dejando aparte el comportamiento de Dimonte, todos los presentes reprimían cierto vértigo. En la habitación crepitaban las chispas que preceden a la detención, esa emoción, altamente adictiva, que acompaña a los casos tristemente famosos. Se presentían conferencias de prensa, llamadas de políticos y fotografías en los periódicos.

El único que mostraba inquietud era Nick Carlson. Seguía sentado manoseando un clip de papel, retorciéndolo y enderezándolo continuamente. Era un gesto irreprimible. Algo se había colado en sus adentros que asomaba apenas, invisible todavía pero presente y terriblemente irritante. Por un lado estaban las escuchas instaladas en casa del doctor Beck. Alguien lo vigilaba. Habían pinchado también su teléfono. Pero parecía que aquello era algo que nadie parecía saber, o no le daban importancia.

—¿Lance? —inquirió Dimonte.

Lance Fein carraspeó.

—¿Sabes dónde está ahora el doctor Beck? —preguntó.

—En la clínica —respondió Dimonte—. Tengo a dos agentes vigilándolo.

Fein asintió.

—¡Venga, Lance, sé buen chico y déjalo en mis manos! —dijo Dimonte.

—Vamos a llamar primero a la señora Crimstein —respondió Fein—. Por pura cortesía.

Shauna se lo contó casi todo a Linda. Se guardó lo de que Beck había «visto» a Elizabeth en el ordenador. Pero no lo hizo porque le concediera el más mínimo crédito, sabía de sobra que no era otra cosa que una patraña digital. Pero Beck había sido tajante con respecto a este punto: no se lo digas a nadie. No le gustaba tener secretos para Linda, pero siempre era preferible esto que traicionar la confianza de Beck.

Linda no dejó de mirar a los ojos a Shauna ni un momento. No hacía ningún gesto, no hablaba, no se movía siquiera. Cuando Shauna terminó de hablar, Linda preguntó:

—¿Has visto las fotos?

—No.

—¿De dónde las sacó la policía?

—No lo sé.

Linda se puso de pie.

—David jamás habría hecho daño a Elizabeth.

—Lo sé.

Linda se abrazó el cuerpo y lanzó profundos suspiros. Se había puesto muy pálida.

—¿Estás bien? —le preguntó Shauna.

—¿Qué me ocultas?

—¿Qué te hace pensar que te oculto algo?

Linda se limitó a mirarla.

—Pregunta a tu hermano —respondió Shauna.

—¿Por qué?

—No soy quién para decírtelo.

Volvió a zumbear el timbre de la puerta. Esta vez lo atendió Shauna.

—¿Sí?

—Soy Hester Crimstein —contestó una voz.

Shauna pulsó el botón y dejó abierta la puerta. A los dos minutos Hester entraba en la habitación.

—¿Alguna de vosotras conoce a una fotógrafa que se llama Rebecca Schayes?

—¡Claro que la conozco! —dijo Shauna—. Lo que pasa es que hace mucho tiempo que no la veo. ¿Y tú, Linda?

—Años —corroboró Linda—. Había compartido un apartamento con Elizabeth en el centro de la ciudad. ¿Por qué?

—La asesinaron anoche —soltó Hester—. Creen que el culpable es Beck.

Fue como una bofetada para las dos. La primera en reaccionar fue Shauna.

—Anoche estuve con Beck —dijo—. En su casa.

—¿Hasta qué hora?

—¿Qué hora quieres?

Hester frunció el ceño.

—No me vengas con bromas, Shauna. ¿A qué hora saliste de su casa?

—Serían las diez o las diez y media. ¿A qué hora la asesinaron?

—Todavía no lo sé. Pero tengo quien me dé información. Y me ha dicho que hay pruebas fehacientes contra él.

—¡Eso es un disparate!

Sonó un móvil. Hester Crimstein cogió inmediatamente el suyo y se lo pegó al oído.

—¿Sí?

La persona que la llamaba habló durante lo que pareció ser una eternidad. Hester escuchaba en silencio. Los rasgos de su cara fueron distendiéndose hasta adquirir la expresión de la derrota. Un

minuto o dos después, sin despedirse, desconectó el teléfono con gesto agresivo.

—Una llamada de cortesía —murmuró.

—¿Cómo?

—Van a detener a tu hermano. Tenemos una hora para entregarlo a las autoridades.

24

No podía pensar en otra cosa más que en Washington Square Park. Todavía faltaban cuatro horas pero, si no se presentaba ninguna urgencia, era mi día libre. Era libre como un pájaro, como cantaba Lynnyrd Skynyrd, un pájaro que no deseaba otra cosa que volar a Washington Square Park.

Iba camino de la clínica cuando el busca emitió, una vez más, su desagradable tonadilla. Con un suspiro, miré el número. Era el del móvil de Hester Crimstein y estaba codificado como urgente.

No podían ser buenas noticias.

Pasé un momento debatiéndome en la duda de si devolver la llamada o seguir volando... pero ¿para qué? Volví a la sala de reconocimiento. La puerta estaba cerrada y la palanca roja en su sitio, lo que significaba que dentro había otro médico.

Seguí pasillo adelante, doblé a la izquierda y encontré una habitación vacía en el departamento de obstetricia y ginecología de la clínica. Me sentía como un espía en campo enemigo. La sala brillaba por exceso de metal. Rodeado de estribos y otros artilugios de aire temiblemente medieval, marqué el número de teléfono.

Hester Crimstein no se molestó en saludarme.

—Beck, tenemos un gran problema. ¿Dónde está?

—En la clínica. ¿Qué pasa?

—Conteste una pregunta —dijo Hester Crimstein—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Rebecca Schayes?

Sentí el lento y profundo latido de mi corazón.

—Ayer, ¿por qué?

—¿Y la vez anterior?

—Hace ocho años.

Crimstein soltó un taco por lo bajo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Anoche asesinaron a Rebecca Schayes en su estudio. Le dispararon dos tiros en la cabeza.

Sentí la desazón de la caída libre, esa sensación que se tiene pocos momentos antes de caer dormido. Me flaquearon las piernas. Y caí sentado en un taburete.

—¡Oh, Dios mío!...

—Beck, escúcheme. Ponga mucha atención.

Me acordaba de Rebecca, de su aspecto de ayer.

—¿Dónde estuvo anoche?

Aparté el teléfono e hice una profunda aspiración. Muerta, Rebecca estaba muerta. Era extraño, seguía recordando el brillo de su hermosa cabellera. Pensé en su marido. Pensé en las noches que le esperaban, solo en la cama, recordando aquellos cabellos desparramados sobre la almohada.

—¿Beck?

—En casa —dije—. Estuve en casa con Shauna.

—¿Y después?

—Salí a dar un paseo.

—¿Por dónde?

—Por ahí.

—¿Dónde es por ahí?

No respondí.

—Escúcheme bien, Beck, ¿me escucha? Han encontrado el arma del crimen en su casa.

Oí las palabras pero su significado tardó en abrirse camino hasta mi cerebro. La habitación se transformó de pronto en un espacio agobiante. No había ventanas. Me costaba respirar.

—¿Me oye?

—Sí —dije y, entendiendo a medias lo que acababa de oír, seguí repitiendo las mismas palabras—. No es posible.

—Mire, no hay tiempo para hablar de eso. Van a detenerle. He hablado con el fiscal del distrito. Es un cabrón de cuidado y ha decidido entregarlo.

—¿Me detendrán?

—Atienda lo que le digo, Beck.

—Yo no he hecho nada.

—Eso ahora no tiene importancia. Van a detenerlo. Van a llevarlo ante un tribunal. Conseguiremos una fianza. Estoy camino de la clínica. Voy a recogerlo. No se mueva de ahí. No diga nada a nadie. ¿Me oye? No hable con la policía, ni con los federales, ni con el compañero con quien lo encierren. ¿Me ha comprendido?

La mirada se me extravió hasta el reloj situado sobre la mesa de reconocimiento. Pasaban unos minutos de las dos. Washington Square. Pensé en Washington Square.

—No pueden detenerme, Hester.

—Todo se arreglará.

—¿En cuánto tiempo? —pregunté.

—¿En cuánto tiempo qué?

—¿Cuánto tiempo tardaré en obtener la fianza?

—No lo sé con seguridad. No creo que la fianza en sí sea un problema. Usted no tiene antecedentes. Es una persona íntegra, con raíces y vínculos en la comunidad. Es probable que tenga que entregar su pasaporte.

—¿Pero cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo para qué, Beck? No le entiendo.

—Para quedar en libertad.

—Mire lo que le digo. Trataré de presionarlos, ¿de acuerdo? Pero incluso si son diligentes... no digo que vayan a serlo, tendrán que enviar sus huellas a Albany. Es la norma. Y si tenemos suerte, estoy hablando de mucha suerte, podemos conseguir que lo hagan comparecer ante el juez a medianoche.

¿Medianoche?

Un terrible pavor me atenazó el pecho como una cinta de acero. La cárcel equivalía a no poder acudir a la cita de Washington Square Park. El hilo que me unía a Elizabeth era tan frágil como el cristal veneciano. Si no podía estar a las cinco en Washington Square...

—Es imposible.

—¿Cómo?

—Tiene que pararles los pies, Hester. Conseguir que me detengan mañana.

—¿Está usted bromeando? Mire lo que le digo, es probable que ya estén ahí, que lo tengan vigilado.

Me asomé por la puerta y recorrí el pasillo con la mirada. Desde donde me encontraba sólo podía ver parte del mostrador de recepción, el extremo de la derecha, pero fue suficiente.

Había dos polis, posiblemente más.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, volviendo a la habitación.

—¿Beck?

—No puedo ir a la cárcel —volví a decir—. Hoy, no.

—Oiga, Beck, no me fastidie, ¿quiere? Quédese ahí. No se mueva, no hable, no haga nada de nada. Quédese sentadito en su despacho y espere. Voy enseguida.

Y colgó.

Rebecca muerta. Y se figuraban que yo la había matado. Ridículo, por supuesto, pero era indudable que ahí tenía que estar la conexión. Yo la había visto el día antes por primera vez desde hacía ocho años y la mataron esa misma noche.

¿Qué demonios estaba pasando?

Abrí la puerta y saqué la cabeza. Los polis no miraban hacia donde yo estaba. Salí al pasillo y avancé. Había una salida de emergencia en la parte posterior del edificio. Podía colarme por ella. Eso me permitiría ir hasta Washington Square Park.

¿Estaba ocurriendo todo aquello de veras? ¿Estaba huyendo de la policía?

No lo sabía. Cuando ya estaba en la puerta, me aventuré a volverme y mirar. Uno de los policías me descubrió. Me señaló con el dedo y echó a correr hacia mí.

Abrí la puerta de par en par y me lancé a la carrera.

Era increíble: yo huyendo de la policía.

La puerta de salida se cerró con estruendo y me dejó en un callejón oscuro detrás de la clínica. No conocía la calle. Aunque pueda parecer extraño, no conocía el barrio. Iba a la clínica, trabajaba y me marchaba. Trabajaba encerrado en un espacio sin ventanas, agobiado por la falta de sol, como un adusto mochuelo. Bastaba que me alejara una manzana en paralelo de mi lugar de trabajo para encontrarme en territorio totalmente desconocido.

Doblé a la derecha sin que ninguna razón particular me impulsara a hacerlo. Oí, detrás de mí, que la puerta se abría.

—¡Alto! ¡Policía!

Me llegaron las palabras. Pero no les hice caso. ¿Dispararían, quizá? Lo dudaba. No lo harían, en todo caso, por las repercusiones que podía tener disparar a un fugitivo desarmado. No era imposible, sobre todo en aquel vecindario, pero sí improbable.

No me topé con mucha gente en aquella manzana, pero los pocos que encontré me miraron con un interés que era poco más que pasajero y superficial, el mismo interés que pones cuando haces «zapping». Seguí corriendo. El mundo desfilaba ante mí como una nebulosa. Pasé como un bólido junto a un hombre de aspecto peligroso acompañado de un avieso rottweiler. Había unos viejos sentados en la esquina lamentándose de los tiempos que corrían. Mujeres cargadas con demasiadas bolsas. Chavales, a cuál más cínico, que habrían debido estar en la escuela, apoyados contra todas las cosas imaginables.

Y yo, entretanto, huyendo de la policía a todo correr.

Mi cabeza empezaba a tener dificultades para percatarse de la situación. Sentía que las piernas me flaqueaban, pero la imagen de Elizabeth mirando a la cámara me hacía seguir adelante, me daba arrestos.

Respiraba demasiado rápido.

Se habla mucho de la adrenalina, de que infunde energía y te da una fuerza asombrosa, pero tiene también su lado malo. La sensación embriaga, estás fuera de control. Potencia tus sentidos hasta la parálisis. Si no tienes las riendas del poder, te aplasta.

Me metí en un callejón, esa imagen tan habitual en la televisión, pero no tenía salida y terminaba en una hilera de contenedores de basura que eran, con toda seguridad, los más inmundos del planeta. Un hedor que tumbaba de espaldas. Hubo un tiempo, tal vez cuando LaGuardia era alcalde, en que los contenedores de basura eran verdes. Lo que quedaba de aquel verde no era más que óxido, una herrumbre que en muchos sitios había corroído y perforado el metal facilitando el paso a las ratas, que se movían a través de los agujeros como Pedro por su casa.

Busqué una vía de escape, una puerta o cualquier otra abertura, pero no vi nada. No había escapatoria. Me pasó por la cabeza la idea de romper una ventana para buscar una salida, pero las más bajas tenían barrotes.

No me quedaba otra posibilidad que volver sobre mis pasos, volver al lugar donde, sin duda alguna, la policía me estaría esperando.

Estaba atrapado.

Miré a la izquierda, a la derecha y después, aunque pueda parecer extraño, miré hacia arriba.

Las salidas de incendios.

Había varias sobre mi cabeza. Sacando fuerzas de mi gota a gota interno de adrenalina, di un salto con todo el ímpetu que me quedaba y extendí todo lo que pude los brazos... y caí de culo en el

suelo. Volví a probar. No me acerqué mucho más. Las escaleras estaban muy altas.

¿Qué podía hacer?

Tal vez arrastrar un contenedor de basura, subirme a él y dar otro salto. Pero las tapaderas estaban rotas. Y aun poniéndome de pie sobre el montón de basura, no habría alcanzado la suficiente altura.

Aspiré profundamente e intenté pensar. Pero aquel hedor ya se estaba apoderando de mí, me trepaba por la nariz y hacía nido en mi interior. Retrocedí hacia la entrada del callejón.

Oí ruido de interferencias radiofónicas. Parecido a lo que emite una radio policial.

Me puse de espaldas contra el muro y presté atención.

Esconderme. Tenía que esconderme.

El ruido de las radios iba aumentando en potencia. Oí voces. Los polis se acercaban. Me sentía totalmente indefenso. Me aplasté aún más contra el muro como si la argucia pudiera servirme de algo. Como si ellos, cuando volvieran la esquina, pudieran confundirme con un cartel.

Las sirenas hicieron añicos la tranquilidad del aire.

Sonaban por mí.

Pisadas. Era evidente que se acercaban. No había más que un sitio donde esconderse.

Decidí rápidamente qué contenedor apestaría menos, cerré los ojos y me zambullí en su interior.

Leche agria. Leche muy agria. Fue el primer olor que me golpeó. Pero no el único. Había otro muy parecido al del vómito y aún peor. Y yo estaba sentado sobre aquello. Una cosa mojada y pútrida. Algo que se pegaba a mi cuerpo. La garganta optó por el reflejo de la náusea. Empecé a tener arcadas.

Oí a alguien que corría por la boca del callejón. Me aplasté hacia el fondo.

Una rata hacía sus escaramuzas por mi pierna.

Estuve a punto de gritar, pero alguna parte de mi subconsciente me impidió que me saliera la voz. ¡Oh, Dios mío, todo era tan surrealista! Contuve la respiración. Aquello ya estaba durando demasiado. Intenté respirar por la boca, pero volví a sentir náuseas. Me tapé con fuerza la nariz y la boca con la camisa. Ayudó algo, pero no mucho.

Los parásitos de radio se habían esfumado. También los pasos. ¿Había conseguido engañarles? De ser así, no duraría mucho rato. Enseguida oí nuevas sirenas de la policía que armonizaban con las anteriores, una auténtica rapsodia en azul. Los polis debían de haber recibido refuerzos. No tardaría en acercarse alguien. Escudriñarían el callejón. Y entonces, ¿qué?

Me agarré al borde del contenedor con la intención de levantarme. Me hice un corte en la palma de la mano con el metal oxidado. Me llevé la mano a la boca. Era sangre. El pediatra que llevaba dentro levantó inmediatamente la bandera de peligro del tétanos, pero el resto de mi persona sabía que el tétanos era la última de mis preocupaciones.

Escuché.

No oí ruido de pasos. No oí ruido de radios. Sólo se oía el lamento de las sirenas, pero ¿qué otra cosa podía esperar? Más refuerzos. En nuestra bella ciudad había un asesino suelto. Enseguida llegaría un gran contingente de buenos. Acordonarían la zona y lanzarían un operativo policial de captura.

¿Hasta dónde había llegado con mi carrera?

No habría sabido decirlo, pero por lo menos sabía una cosa: que no podía parar. Que debía poner distancia entre la clínica y mi persona.

Esto comportaba abandonar aquel callejón.

Me arrastré hacia la boca del callejón. Seguía sin oír pasos ni interferencias de radio. Era buena señal. Traté de pensar un momento. Huir era de por sí acertado, pero mejor habría sido saber adónde iba. Seguiría en dirección este, decidí, aunque ello

supusiera introducirme en ambientes menos seguros. Recordé haber visto unos raíles.

El metro.

El metro me sacaría de allí. No tenía más que montar en un vagón, hacer varios cambios inesperados para conseguir desaparecer. Pero ¿dónde estaría la entrada más próxima?

Estaba tratando de conjurar el plano del metro que tenía en la cabeza cuando entró un policía en el callejón.

Era tan joven, iba tan acicalado, tan bien afeitado, tenía una cara tan sonrosada... Llevaba arremangadas las mangas azules de la camisa, dos torniquetes alrededor de sus bíceps hinchados. Tuvo un sobresalto, se sorprendió tanto al verme como yo de verlo a él.

Nos quedamos helados los dos, pero a él le duró a aquel estado una fracción de segundo más que a mí.

De haberme acercado a él como un boxeador o un experto en kung-fu, lo más seguro es que me hubiera saltado los dientes o dejado el cráneo hecho astillas. Pero no lo hice. Me entró pánico y actué movido por el miedo.

Me lancé directamente contra él.

Apretando con fuerza la barbilla contra el pecho, bajé la cabeza y apunté directo como un cohete hacia su centro. Elizabeth era jugadora de tenis. Una vez me dijo que, cuando tenías al contrincante junto a la red, lo mejor que podías hacer era lanzarle la pelota contra la barriga porque entonces no sabía hacia qué lado moverse. Se reducía su tiempo de reacción.

Eso es lo que ocurrió allí.

Arremetí con mi cuerpo contra el suyo y lo agarré por los hombros como se agarra un mono a una valla. Rodamos por el suelo. Levanté trabajosamente las rodillas y se las hundí en el pecho. Mantenía la barbilla baja y la parte superior de la cabeza debajo de la mandíbula del joven poli.

Aterrizamos con un golpe sordo.

Oí un crujido. Sentí un dolor punzante que bajó rebotando desde el punto donde mi cráneo tocaba con su mandíbula. El joven agente soltó un ruido como si se desinflase. Era aire que se escapaba de sus pulmones. Creo que su mandíbula se había roto. El pánico de la huida se adueñó totalmente de la situación. Me aparté de él como de un arma de descarga eléctrica.

Acababa de atacar a un agente de policía.

No había tiempo para las reflexiones. Lo único que quería era apartarme de él. Conseguí ponerme de pie y, ya estaba a punto de darme la vuelta y echar a correr, cuando sentí su mano en el tobillo. Al bajar los ojos, nuestras miradas se encontraron.

Aquel hombre estaba sufriendo y yo era el causante de su sufrimiento.

Logré restablecer el equilibrio y le solté un puntapié. Le había dado en las costillas. Esta vez el quejido que profirió era húmedo. De la boca le salía un hilo de sangre. Me parecía increíble todo lo que estaba haciendo. Le di otro puntapié. Lo bastante fuerte para que me soltara. Me había liberado.

Y entonces, eché a correr.

25

Hester y Shauna tomaron un taxi para ir a la clínica. Linda había ido en el primer tren al domicilio de su gestor financiero en el World Financial Center para liquidar unos valores y reunir dinero para pagar la fianza.

Delante de la clínica de Beck encontraron una docena de coches policiales, todos apuntando hacia diferentes direcciones, como beodos que disparasen dardos. Las luces giratorias pasaban del rojo al azul en señal de máxima alerta. Las sirenas aullaban. Se acercaban más coches de la policía.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó Shauna.

Hester descubrió al ayudante del fiscal del distrito, Lance Fein, pero no antes de que él la hubiera descubierto a ella. Fue directo hacia las mujeres. Estaba rojo como un pimiento y la vena de la frente le palpitaba.

—El hijo de puta se ha escapado —le escupió Fein sin más preámbulos.

Hester recogió el lanzamiento y contraatacó:

—Será que sus hombres le han pegado un susto.

Llegaron dos coches policiales más. También la furgoneta del Canal 7, el de las noticias. Fein lanzó un taco por lo bajo.

—¡Vaya! ¡La prensa! ¡Maldita sea! ¿Sabe cómo me van a poner, Hester?

—¿Cómo, Lance?

—Pues como un jodido lameculos que trata a los ricos de manera diferente que a los demás. Así me pondrán. ¿Cómo ha

podido hacerme esto, Hester? ¿Sabe qué hará conmigo el alcalde? Me va a hacer papilla. Y Tucker... (Tucker era el fiscal del distrito de Manhattan)... Dios mío, ¿tiene idea de lo qué hará Tucker?

—¡Señor Fein!

Quien lo llamaba era un oficial de policía. Fein dirigió una última mirada a las dos mujeres antes de apartarse bruscamente de ellas.

—¿Qué le pasa a Beck? ¿Se ha vuelto loco?

—Tiene miedo —dijo Shauna.

—Huye de la policía —gritó Hester—. ¿Es que no te das cuenta? ¿No captas la situación? —señaló con el dedo la furgoneta de la prensa—. Dios Santo, ¡si hasta los medios de comunicación están aquí! Dirán que el asesino se ha dado a la fuga. Y es peligroso. Le hace parecer culpable. Influye en el jurado.

—¡Cálmate, por favor! —dijo Shauna.

—¿Que me calme? ¿No comprendes qué ha hecho?

—Ha huido. Eso es todo. Igual que OJ,^[3] ¿o no? En el caso de OJ, esto no influyó en el jurado.

—Aquí no se trata de OJ, Shauna. Estamos hablando de un médico rico y blanco.

—Beck no es rico.

—¡Y qué coño importa eso! Todos querrán crucificarlo. Olvídate de la fianza y olvídate de un juicio justo —tomó aire y se cruzó de brazos—. Y además, no será solamente la reputación de Fein la que resulte comprometida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que también me compromete a mí —gritó Hester—. De un solo golpe, Beck ha echado por los suelos mi credibilidad ante los ojos del fiscal del distrito. Si prometo que voy a entregar a un tipo, tengo que hacerlo.

—¿Hester?

—¿Qué?

—En este momento me importa un rábano tu reputación.

De pronto las sobresaltó un alboroto repentino. Al volverse, vieron que una ambulancia se acercaba. Alguien gritó. Después se oyó otro grito. Empezaron a rebotar polis como cuando lanzas a la vez muchas bolas en una máquina del millón.

La ambulancia se detuvo tras dar un patinazo. De la cabina saltaron dos sanitarios, un hombre y una mujer. Muy aprisa. Demasiado aprisa. Desatrancaron la puerta trasera y sacaron una litera del interior.

—¡Por aquí! —gritó alguien—. ¡Está aquí!

Shauna notó que su corazón acababa de saltarse un latido. Se acercó corriendo a Lance Fein. Hester la siguió.

—¿Qué pasa? —preguntó Hester—. ¿Ha ocurrido algo?

Fein no le hizo caso.

—¿Lance?

Éste, por fin, las miró. Los músculos de la cara le temblaban de rabia.

—Su cliente.

—¿Qué le pasa a mi cliente? ¿Está herido?

—Acaba de atacar a un agente de policía.

Era un desatino.

Al atacar al policía, crucé una frontera... No podía retroceder. Por eso eché a correr. Me lancé a una loca carrera.

—¡Ha caído un agente!

Se lo oí gritar a alguien. Y después oí más gritos. Más interferencias de radio. Más sirenas. Todo girando a mi alrededor. Tenía el corazón en un puño. Pero yo continuaba dando caña a mis piernas, que ya estaban poniéndose pesadas y tiasas como si los músculos y ligamentos se estuvieran petrificando. Estaba extenuado. Me resbalaban los mocos por la nariz. Y los mocos se juntaban con el polvo que se me había acumulado en el labio superior y serpenteaba hasta la boca.

Seguí pasando de una manzana a otra, como si así pudiera burlar a la policía. No me volví para ver si me seguían. Sabía que me seguían. Me lo decían las sirenas y el ruido de las radios.

No tenía escapatoria.

Atravesé como un meteoro barrios en los que ni siquiera en coche me habría aventurado a circular. Tras saltar una cerca, eché a correr a través de un espacio de hierba alta que cubría lo que en otro tiempo pudo haber sido un parque infantil. Se hablaba mucho de la subida que había experimentado el precio del suelo en Manhattan. Pero allí, no lejos de Harlem River Drive, había muchos solares cubiertos literalmente de cristales rotos y restos oxidados de lo que quizá un día fueron columpios o estructuras para hacer gimnasia o más probablemente coches.

Frente a un grupo de edificios altos de renta baja había unos adolescentes negros con aires de gánsteres, y ropa conjuntada ad hoc, que me miraron como quien mira los restos de un apetitoso banquete. Estaban a punto de hacer algo, no sabía qué, cuando advirtieron que la policía me estaba persiguiendo.

Entonces empezaron a darme ánimos.

—¡Vamos, blanco!

Les dirigí un gesto vago con la cabeza al pasar junto a ellos como una flecha, igual que hacen los atletas aclamados por la multitud. Uno me gritó:

—¡Diallo!

Seguí corriendo. Naturalmente, yo sabía quién era Amadou Diallo. Todos los neoyorquinos lo sabían. Diallo había sido cuarenta y una veces objeto de los disparos de la policía... siempre desarmado. Por un momento pensé que de ese modo querían advertirme de que la policía podía disparar contra mí.

El abogado que actuó de defensor en el juicio de Diallo alegó que cuando éste se disponía a sacar la cartera del bolsillo, los agentes creyeron que era un arma. A partir de entonces la gente solía manifestar su protesta metiéndose la mano en el bolsillo en un

gesto rápido y sacando al mismo tiempo la cartera mientras gritaba: «¡Diallo!». Los agentes que patrullaban por las calles solían decir que cuando veían que alguien se metía la mano en el bolsillo y hacía este gesto sentían la tenaza del miedo.

Fue lo que ocurrió entonces. Mis nuevos aliados —aliados porque seguramente creían que yo era un asesino— se sacaron las carteras del bolsillo en un gesto rápido. Los dos polis que me perseguían vacilaron un momento. Bastó aquello para aumentar mi prestigio.

Pero ¿me sirvió de algo?

La garganta me quemaba. Tragaba demasiado aire. Los zapatos me pesaban como botas de plomo. Sentía una gran flojera. Arrastraba los pies, se me liaban el uno con el otro. Hasta que perdí el equilibrio, resbalé y caí de bruces en el suelo. Me arañé las palmas de las manos, la cara y las rodillas.

Me las arreglé como pude para levantarme, pero me temblaban las piernas.

Era el final.

El sudor me pegaba la camisa al cuerpo. Oía en mi cabeza una especie de rugido que me salía por las orejas. Siempre he detestado correr. Los adictos a la carrera hablan de la embriaguez que produce, dicen que alcanzan un nirvana conocido con el nombre de «colocón del corredor». Bien, de acuerdo. Pero yo siempre he creído firmemente que, igual que en el caso de la asfixia provocada, ese estado de bienestar obedece más a la falla de oxígeno en el cerebro que a una verdadera descarga de endorfina.

Pero mi estado, puedo asegurarlo, no era de bienestar.

Exhausto. Demasiado exhausto. No podría seguir corriendo siempre. Miré detrás de mí. Ningún poli. La calle estaba desierta. Intenté abrir una puerta. Imposible. Probé con otra. Volví a oír el crepitar de la radio. Corrí de nuevo. Hacia el final de la calle descubrí la trampilla de un conducto subterráneo ligeramente

entreabierta. También estaba oxidada. Todo estaba oxidado en aquel lugar.

Me agaché y tiré de la manija metálica. La trampa cedió con un chirrido ingrato. Atisbé la oscuridad.

Un poli gritó:

—¡Córtale el otro lado!

No me molesté en volverme a mirar. Me colé rápidamente por el agujero. Tanteé el primer peldaño. Estaba inseguro. Busqué con el otro pie el segundo. No existía.

Me quedé un instante suspendido en busca del segundo peldaño, como el Coyote al rebasar corriendo el borde de un desfiladero, antes de precipitarme sin remedio en el oscuro pozo.

Probablemente la altura desde la que caí no excedía los tres metros, pero el camino que recorrí antes de tocar tierra se me antojó muy largo. Agité los brazos. No me sirvió de nada. Aterricé con el cuerpo en el cemento y el golpe hizo que me sonaran los dientes.

Me encontraba boca arriba con los ojos dirigidos hacia lo alto. La puerta se había cerrado ruidosamente detrás de mí. «Mejor», pensé, aunque la oscuridad era absoluta. Hice un somero examen de mi estado y el médico que había en mí se encargó del examen interno. Me dolía todo.

Volví a oír a los polis. Las sirenas continuaban sin darse tregua o quizá el ruido que producían persistía en mis oídos. Muchas voces. Muchos parásitos radiofónicos.

El cerco a mi alrededor comenzaba a estrecharse.

Me puse de lado. Me apoyé en la mano derecha y noté el escozor de los cortes que tenía en la palma al tratar de levantarme. La cabeza siguió al cuerpo, pero protestó con un grito al ponerme de pie. Estuve a punto de volver a derrumbarme.

¿Y ahora, qué?

¿Tenía que quedarme escondido allí dentro? No, no habría servido de nada. Seguramente ya estaban buscándome casa por casa. Al final me atraparían. Y aunque eso no ocurriese no había

huido para quedarme escondido en la humedad de aquel conducto. Si había corrido tanto era porque no quería perderme la cita que tenía con Elizabeth en Washington Square.

Había que moverse.

Pero ¿hacia dónde?

Mis ojos ya se iban adaptando a la oscuridad o cuando menos lo suficiente para entrever formas entre la sombra. Vi cajas amontonadas desordenadamente. Montones de esteras, algunos taburetes, un espejo roto. Me vi reflejado en él y la imagen casi me tumbó de espaldas. Me vi una herida en la frente. Tenía los pantalones rotos a la altura de las rodillas. La camisa estaba hecha jirones, parecía la del Increíble Hulk. Llevaba tanta suciedad encima que tenía más pinta de deshollinador que de otra cosa.

¿Qué haría?

Una escalera. Allí, en algún sitio, tenía que haber una escalera. Me abrí camino a tientas moviéndome en una especie de danza espástica y sirviéndome de la pierna izquierda como de un bastón blanco. Oí el crujido de cristales rotos bajo el zapato. Pero seguí adelante.

De pronto oí lo que se me antojó una voz que farfullaba y en aquel momento se atravesó en mi camino un gigantesco rollo de alfombra. Lo que tal vez fuera una mano avanzó hacia mí como salida de un sepulcro. Refrené un alarido.

—¡A Himmler le gustan los filetes de atún! —me dijo a voz en grito.

El hombre, entonces pude ver claramente que se trataba de un hombre, intentaba tenerse en pie. Era alto y negro, y su barba era tan blanca y gris y algodonosa que parecía que se hubiera zampado un cordero.

—¿Me has oído? —gritó—. ¿Has oído lo que acabo de decirte? Avanzó hacia mí y yo me encogí.

—¡Himmler! ¡Le gustan los filetes de atún!

Era evidente que el hombre de la barba estaba enfurecido por algo. Cerró el puño y lo dirigió contra mí. Sin pensarlo dos veces, me hice a un lado. Su puño viajó a través del aire con ímpetu suficiente, o quizá con suficiente alcohol, para derrumbarlo. Cayó desplomado de bruces en el suelo. No me molesté en esperar a ver qué pasaba. Busqué la escalera y subí corriendo.

La puerta estaba atrancada.

—¡Himmler!

Gritaba mucho, demasiado. Apreté la puerta. Pero no hubo manera de abrirla.

—¿Me has oído? ¿Has oído lo que te he dicho?

Oí un crujido. Al mirar hacia atrás vi algo que me llenó el corazón de espanto.

La luz del sol.

Alguien acababa de abrir la misma trampilla a través de la cual yo había entrado a aquel acueducto.

—¿Quién hay ahí abajo?

La voz de la autoridad. En el suelo bailaba el haz de luz de una linterna. Se posó en el hombre de la barba.

—¡A Himmler le gustan los filetes de atún!

—¿Era usted el que gritaba, buen hombre?

—¿Me has oído?

Apoyé el hombro contra la puerta y concentré contra ella todo cuanto tenía. La jamba comenzó a crujir. Se me apareció la imagen de Elizabeth, la misma que había visto en el ordenador, con el brazo levantado, los ojos invitándome a seguirla. Empujé con más fuerza.

La puerta cedió.

Caí desplomado en el suelo a muy poca distancia de la puerta principal del edificio.

¿Y ahora, qué?

Había polis merodeando por los alrededores, pues seguía oyendo la radio, y vi que uno estaba entrevistando al biógrafo de Himmler. No podía perder tiempo. Necesitaba ayuda.

Pero ¿dónde conseguirla?

No podía llamar a Shauna. La policía se le habría echado encima. Lo mismo habría ocurrido con Linda. Y en cuanto a Hester, habría insistido en que debía entregarme.

Alguien abrió la puerta principal de la casa.

Eché a correr por un pasillo. El pavimento estaba cubierto de linóleo y de mugre. Todas las puertas eran metálicas y todas estaban cerradas. Había muchos desconchones en la pintura. Abrí de un golpe una puerta de incendios y me dirigí a una escalera. Al llegar al tercer piso, salí.

Vi a una vieja en el corredor.

Me sorprendió que fuera blanca. Supuse que probablemente había oído todo aquel alboroto y se había asomado a ver qué pasaba. Paré en seco. Estaba lo bastante separada de la puerta abierta de su casa para que yo pudiera pasar entre ella y la puerta...

¿Lo haría? ¿Recorrería aquel tramo para escapar?

La miré. Me miró. Y sacó un arma.

Oh, Dios...

—¿Qué busca? —preguntó.

Y me encontré respondiendo:

—¿Podría hacerme el favor de dejarme telefonar?

Pero aquella mujer no perdía comba.

—Veinte pavos.

Busqué el billetero y extraje de él los billetes. La vieja asintió con un gesto y me dejó entrar en su casa. El piso era minúsculo, y bien cuidado. Había tapetes de encaje sobre la tapicería y las mesas de madera oscura.

—Es aquí —me indicó.

El teléfono era de disco giratorio. Introduje un dedo en los diminutos agujeros. Pero me ocurrió algo muy curioso. Jamás había marcado aquel número, no había tenido necesidad de hacerlo, pero lo sabía de memoria. Seguramente los psiquiatras encontrarían aquí un campo de estudio. Al terminar de marcar, esperé.

Después de dos timbres, me respondió una voz:

—¿Sí?

—¿Tyrese? Soy el doctor Beck. Necesito que me ayudes.

26

Shauna sacudió la cabeza.

—¿Que Beck ha atacado a alguien? ¡Imposible!

La vena de la frente de Fein, ayudante del fiscal del distrito, comenzó a latir de nuevo. Avanzó un paso hacia Shauna hasta que sus caras quedaron frente a frente.

—Ha atacado a un agente de policía en un callejón. Es probable que le haya roto la mandíbula y un par de costillas —dijo Fein acercándose más y salpicando de saliva las mejillas de Shauna—. ¿Ha oído lo que le he dicho?

—Le he oído —respondió Shauna—, y ahora haga el favor de echarse hacia atrás, señor Aliento, o le subo las bolas al cuello de un rodillazo.

Fein estuvo un segundo sin moverse antes de apartarse rebotante de ansias asesinas. Hester Crimstein hizo lo mismo y se encaminó hacia Broadway. Shauna fue detrás de ella.

—¿Dónde vas?

—Me retiro —dijo Hester.

—¿Qué?

—Búscale otro abogado, Shauna.

—No lo dirás en serio.

—Lo digo en serio.

—No puedes dejarlo tirado.

—Pues ya lo ves.

—Sería perjudicial.

—Les di mi palabra de que se entregaría —dijo.

—Que se joda tu palabra. Quien cuenta aquí es Beck, no tú.

—Eso será para ti.

—¿O sea que te colocas tú antes que tu cliente?

—No quiero trabajar con un hombre que hace esas cosas.

—¿Bromeas? Pero si has defendido a violadores en serie.

Hester agitó una mano.

—Abandono.

—Lo que tú eres es una asquerosa hipócrita que sólo quiere estar bien con los medios de comunicación.

—¿Qué dices, Shauna?

—Hablaré con ellos.

—¿Qué?

—Que hablaré con los periodistas.

Hester se paró.

—¿Qué les dirás? ¿Que he dejado en la cuneta a un asesino embustero? Pues adelante. Voy a cubrir a Beck de tanta mierda que Jeffrey Dahmer^[4] a su lado será el novio ideal.

—No tienes nada de qué acusarlo —replicó Shauna.

Hester se encogió de hombros.

—A mí nunca me ha parado nadie los pies.

Las dos mujeres se taladraron con los ojos. Y ninguna apartó la vista.

—Quizá te parezca que mi reputación no cuenta para nada —dijo Hester, bajando de pronto la voz—. Pero te equivocas. Como la Oficina del fiscal del distrito deje de confiar en mi palabra, adiós a mis clientes. Igual que adiós a Beck. Así de sencillo. No voy a dejar que mi carrera ni mis clientes se vayan por el desagüe sólo porque tu amiguito decide portarse como un idiota.

Shauna movió la cabeza.

—Apártate de mi vista.

—Y otra cosa más.

—¿Qué?

—Los que son inocentes no huyen corriendo, Shauna. ¿Te digo una cosa de tu amiguito Beck? Pues que apuesto cien contra uno a que mató a Rebecca Schayes.

—Es cosa tuya —dijo Shauna—. Y ahora déjame que te diga una cosa a ti, Hester. Como digas una palabra más contra Beck van a tener que recoger tus restos con cucharilla para poder enterrarte. ¿Está claro?

Hester no replicó. No se había apartado un paso de Shauna cuando el estampido de unos tiros rasgó el aire.

Estaba casi en cuclillas reptando por una escalera de incendios oxidada cuando el ruido de los disparos por poco me hizo perder pie. Me aplasté contra la superficie rasposa y aguardé.

Más disparos.

Oí gritos. Debía de haberlo esperado, pero todavía tenía reservada otra sorpresa. Tyrese me dijo que saliera de allí dentro y le esperara. Me había preguntado cómo pensaba sacarme de allí, pero ya estaba empezando a tener una ligera idea.

Era una maniobra dilatoria.

Oí que alguien, a distancia, gritaba:

—¡Chico blanco disparando!

Y otra voz:

—¡Chico blanco armado! ¡Chico blanco armado!

Más disparos. Pero, por mucho que agucé el oído, ya no oí más radios. Seguí agachado procurando no pensar demasiado. Tuve la impresión de que se me había producido un cortocircuito en el cerebro. No hacía más de tres días yo era un médico diligente que avanzaba sonámbulo por la vida, pero desde entonces había visto un fantasma, había recibido mensajes electrónicos de personas difuntas, me había convertido en sospechoso no de un asesinato sino de dos, había pasado a ser fugitivo de la ley, había atacado a

un agente de policía y, finalmente, había recabado ayuda de un conocido traficante de droga.

Todo en el término de setenta y dos horas.

Estuve a punto de echarme a reír.

—Soy yo, doc.

Miré hacia abajo y vi a Tyrese. Junto a él había otro negro de poco más de veinte años, ligeramente más bajo que el edificio. El gigante me escudriñó a través de unas vistosas y desafiantes gafas de sol que cuadraban a la perfección con la lividez de su rostro.

—¡Vamos, doc, al tajo!

Bajé corriendo la escalera de incendios. Tyrese no paraba de mirar a derecha e izquierda. El tipo alto estaba más quieto que un poste, los brazos cruzados sobre el pecho en una postura arrogante que en otros tiempos se habría llamado del búfalo. Vacilé antes de llegar al último peldaño tratando de imaginar cómo saltaría desde él al suelo.

—¡Eh, doc, la palanca de la izquierda!

La localicé, tiré de ella y la escalera se deslizó hacia abajo. Al llegar al suelo, Tyrese, haciendo una mueca, agitó la mano delante de la nariz y dijo:

—¡Vaya, doc, huele a tigre!

—Lo siento, pero no he podido ducharme.

—Por aquí.

Tyrese hizo un rápido rodeo a través del solar trasero. Lo seguí, aunque seguirlo me obligó a correr detrás de él. El gigante se deslizaba en silencio detrás de nosotros. En ningún momento volvió la cabeza a derecha ni a izquierda, pese a lo cual seguí teniendo la impresión de que se le escapaba muy poco de cuanto ocurría.

Llegó de pronto a toda velocidad un BMW negro con cristales oscuros en las ventanas, una antena complicadísima y marco de cadena en la matrícula trasera. Todas las puertas estaban cerradas, pero hasta mis oídos llegaba la música rap. Los bajos me vibraban en el pecho como si fuera un diapasón.

—El coche —dije frunciendo el ceño—. ¿No es un poco llamativo?

—Si usted fuera uno de la pasma y buscara a un médico blanco como un lirio, ¿qué sitio sería el último donde miraría?

Un punto a su favor.

El gigante abrió la puerta de atrás. La música al volumen de un concierto de Black Sabbath me estalló en la cara. Tyrese extendió el brazo al estilo de los lacayos. Me metí dentro. Él se deslizó detrás de mí. El tipo alto se sentó en el asiento del conductor.

Apenas comprendí una palabra de lo que decía el cantante de rap del CD, pero era evidente que estaba hasta las narices de alguien, «el tío». De repente lo comprendí todo.

—Ése se llama Brutus —dijo Tyrese.

Se refería al gigante que estaba al volante. Intenté verle los ojos a través del retrovisor, pero sus gafas de sol me lo impedían.

—Mucho gusto —dije.

Brutus no respondió.

Me volví a Tyrese.

—¿Cómo conseguiste traerlo hasta aquí?

—Un par de colegas han preparado una ensalada de tiros en la calle Ciento cuarenta y siete.

—¿No los descubrirán?

Tyrese soltó un bufido:

—¡Sí, hombre!

—¿Tan fácil es?

—Para ellos sí. Tenemos un agujero en el Edificio Cinco de Hobart Houses. Pago diez pavos al mes a los vecinos para que dejen la basura delante de las puertas de atrás. Así las bloqueo, ¿me capta? Y la pasma no puede entrar. Buen sitio para trabajar. Por eso mis chicos han soltado unos tiritos desde las ventanas, no sé si me capta. Y cuando hayan llegado los polis, adiós muy buenas, si te he visto no me acuerdo.

—¿Quién ha gritado que había un hombre blanco con un arma?

—Pues otro par de colegas. Nada, se han puesto a correr por la calle diciendo que había un loco blanco suelto.

—En teoría, yo —dije.

—En teoría —repitió Tyrese con una sonrisa—. ¡Qué bonitas palabras dice usted, doc!

Apoyé la cabeza. Sentí la fatiga instalada en los huesos. Brutus dobló en dirección este. Cruzamos el puente azul que hay junto al Yankee Stadium, cuyo nombre siempre he ignorado, lo que significaba que estábamos en el Bronx. Ya iba a deslizar el cuerpo hacia abajo por si a alguien se le ocurría atisbar dentro del coche, pero recordé que tenía los cristales teñidos. Miré fuera.

Aquella zona era peor que el infierno, se parecía a esos escenarios de las películas apocalípticas donde se ve cómo quedará todo después de la bomba. Quedaban restos en diferentes fases de descomposición de lo que habían sido edificios. Se habían desmoronado las estructuras, pero desde dentro, como si se hubiera carcomido lo que las sustentaba.

Seguimos adelante. Yo trataba de adquirir conciencia de lo que pasaba, pero el cerebro seguía interponiendo obstáculos. Una parte de mí reconocía que me encontraba en un estado próximo a la conmoción, pero el resto de mi persona no me permitía considerar siquiera esta posibilidad. Estaba concentrado en lo que me rodeaba. A medida que seguíamos avanzando, a medida que nos íbamos hundiendo en la ruina, iban escaseando los edificios habitables. Aunque era probable que nos encontrásemos a menos de tres kilómetros de la clínica, no tenía idea de dónde estábamos. Suponía que seguíamos en el Bronx, seguramente el sur del Bronx.

Tirados en la calzada, como heridos de guerra, había neumáticos viejos y colchones destripados. Entre la hierba asomaban grandes mazacotes de cemento. También coches despanzurrados y, aunque no se veían hogueras, tal vez las había habido.

—¿Viene usted a menudo por aquí, doc? —me preguntó Tyrese con sonrisa burlona.

No me molesté en contestar.

Brutus acercó el coche a una parada delante de otro edificio condenado. Era un edificio triste rodeado por una alambrada. Las ventanas estaban tapadas con una lámina de contrachapado. Vi un papel pegado a la puerta, seguramente el aviso de la inminente demolición. La puerta también era de contrachapado. Alguien la abrió. Del interior salió un hombre medio tropezando y con los brazos levantados para protegerse los ojos del sol, tambaleándose como Drácula ante una embestida violenta.

Mi mundo seguía en su remolino.

—Bajando —dijo Tyrese.

El primero en bajar fue Brutus. Me abrió la puerta y le di las gracias. Brutus seguía con su aire estoico. Tenía una cara como la de esos indios que venden tabaco y en cuyo rostro no es imaginable, ni deseable, la sonrisa.

A la derecha habían cortado y vuelto a colocar en su sitio la alambrada. Nos agachamos para pasar a través de ella. El hombre tambaleante se acercó a Tyrese. Brutus envaró el cuerpo, pero Tyrese lo saludó con un gesto. El individuo y Tyrese se saludaron cordialmente y se entregaron a un complicado apretón de manos. A continuación siguieron por caminos diferentes.

—Entre —me dijo Tyrese.

Ya dentro, me agaché, todavía obnubilado. Lo primero que vino a mi encuentro fue el hedor, el olor ácido de la orina y la inequívoca hediondez de las materias fecales. Algo, creí saber qué, se estaba quemando, y las paredes emanaban el olor húmedo y amarillo del sudor de que estaban impregnadas. Pero había algo más. Ese olor que no es el de la muerte sino de la «premuerte», como la gangrena, algo que, aunque se está muriendo y ya ha empezado a descomponerse, aún continúa respirando.

El calor asfixiante era el de los altos hornos. Los seres humanos, cincuenta, o tal vez cien, cubrían el suelo como boletos desechados en un establecimiento de apuestas. El interior estaba oscuro. Al

parecer, no había electricidad ni agua corriente ni muebles de ningún tipo. Unas tablas de madera impedían la entrada del sol, la única luz visible era la que se filtraba a través de las grietas y tenía la forma de la guadaña de un segador. Se vislumbraban sombras y formas, poco más.

Admito que he presenciado pocas escenas relacionadas con las drogas. En urgencias he tenido ocasión de comprobar sus resultados en múltiples ocasiones. Pero las drogas no me han interesado nunca en el aspecto personal. Supongo que ha sido porque mi veneno preferido es el alcohol. Pese a todo, los estímulos eran suficientes para deducir que nos encontrábamos en un fumadero de crack.

—Por aquí —dijo Tyrese.

Comenzamos a abrirnos camino a través de los enfermos. Brutus abría la marcha. Los que estaban reclinados se apartaban para dejarle paso como si fuera Moisés. Yo iba detrás de Tyrese. Se iluminaban los extremos de las pipas, lucecillas que perforaban la oscuridad. Me acordé de cuando, de niño, iba al circo Barnum and Bailey y hacía girar bengalas en la oscuridad. Eso parecía. La oscuridad. Las sombras. Los destellos.

No se oía música. Apenas hablaba nadie. Pero se percibía un zumbido en el aire. También la aspiración húmeda de los que fumaban. De vez en cuando un grito traspasaba el aire, un sonido no totalmente humano.

También se oían quejidos. Algunos se entregaban a los actos sexuales más lascivos sin ningún recato, sin buscar intimidad alguna.

Hubo una imagen en particular, prefiero ahorrarme los detalles, que me obligó a apartarme horrorizado. Tyrese observó mi expresión con aire casi divertido.

—Se quedan sin dinero y hacen trueque —explicó Tyrese.

Noté sabor de bilis en la boca. Me volví hacia él y Tyrese se encogió de hombros.

—Es comercio, doc. El comercio hace girar el mundo.

Tyrese y Brutus seguían adelante. Sentí que me flaqueaban las piernas. Las paredes estaban desconchadas, había terrones de argamasa en el suelo. Se veía gente por todas partes, viejos, jóvenes, blancos, negros, hombres, mujeres; no parecían tener huesos, eran blandos como los relojes de Dalí.

—¿Fumas crack, Tyrese? —le pregunté.

—Fumaba. Me enganché a los dieciséis años.

—¿Cómo conseguiste salir?

Tyrese sonrió.

—¿Ha visto a mi compañero? ¿A Brutus?

—Sería difícil no reparar en él.

—Pues le dije que le daría mil dólares por cada semana que estuviera limpio. Desde entonces Brutus no me deja a sol ni a sombra.

Asentí. El procedimiento me parecía mucho más efectivo que una semana con Betty Ford.

Brutus abrió una puerta. La habitación, sin estar exactamente bien amueblada, por lo menos tenía mesas y sillas y hasta luces y nevera. Observé que en un rincón había un generador portátil.

Tyrese y yo entramos. Brutus cerró la puerta y se quedó en el pasillo. Estábamos solos.

—Bienvenido a mi despacho —dijo Tyrese.

—¿Sigue Brutus ayudándote a mantenerte alejado de la mierda?

Movió negativamente la cabeza.

—No, quien me ayuda ahora es TJ. No sé si capta lo que le digo.

Lo capté.

—¿Y lo que haces aquí no te crea ningún problema?

—Los problemas me sobran, doc —Tyrese se sentó y me invitó también a sentarme. Le vi un centelleo en los ojos al mirarme y lo que leí en ellos no me gustó—. No soy uno de los buenos, doc.

Como no sabía qué decirle, preferí cambiar de tema.

—Tengo que estar en Washington Square Park a las cinco en punto.

Se recostó en la silla.

—Dígame de qué se trata.

—Es una larga historia.

Tyrese sacó una navaja roma y se puso a limpiarse las uñas.

—Cuando mi hijo se pone enfermo, voy al que entiende del asunto, ¿o no?

Asentí con un gesto.

—Pues si tiene problemas con la ley, debería hacer lo mismo.

—Es y no es lo mismo.

—A usted le ocurre algo malo, doc —dijo abriendo los brazos—. Pues lo malo es lo mío. No podía encontrar guía mejor que yo.

Así pues, se lo conté todo. Casi todo. Estuvo asintiendo con la cabeza todo el rato, pero dudo que me creyera cuando le dije que yo no tenía nada que ver con los asesinatos. Dudo, además, que le importara.

—Muy bien —dijo cuando terminé—, prepárese. Después hablaremos de otra cosa.

—¿De qué?

Tyrese no respondió. Se acercó a lo que parecía un armario metálico blindado que tenía en un rincón. Lo abrió con una llave, se inclinó hacia el interior y sacó un arma.

—La Glock, jefe, la Glock —dijo tendiéndome el arma. Me quedé rígido, en mi cabeza destelló de pronto una imagen huidiza de negrura y sangre que se desvaneció rápidamente; no fui tras ella. Había transcurrido mucho tiempo. Me acerqué a Tyrese y cogí la pistola con dos dedos, como si quemara—. El arma de los campeones —añadió.

Iba a rechazarla, pero habría sido una estupidez. Ya me habían hecho sospechoso de dos asesinatos, de atacar a un policía, de resistirme a que me detuvieran y probablemente de un montón de

cosas más por el hecho de haber huido de la ley. ¿Que importaba ya si ahora me acusaban de llevar un arma escondida?

—Está cargada —dijo.

—¿Tiene puesto el seguro o lo que sea?

—Ya no.

—¡Oh! —exclamé haciéndola girar lentamente entre las manos y recordando la última vez que había tenido un arma en la mano.

Era agradable la sensación de volver a tocar un arma. Algo que tenía que ver con el peso, supongo. Pero también me gustaba su textura, la frialdad del acero, el hecho de que encajara tan bien en la palma de la mano, su entidad. No me gustó que me gustase.

—Tome esto también —dijo tendiéndome lo que parecía un móvil.

—¿Qué es? —pregunté.

Tyrese frunció el ceño.

—¿Qué le parece? Un móvil, ¿no? Pero tiene un número falso. No lo pueden localizar, ¿me capta?

Asentí, sintiéndome de pronto fuera de mi elemento.

—Detrás de la puerta hay un cuarto de baño —dijo Tyrese indicándomelo con un gesto de la mano—. No hay ducha, pero sí bañera. Para que se lave su apestoso culo. Le buscaré ropa limpia. Y después lo llevo con Brutus hasta Washington Square.

—Antes me has dicho que tenías algo que decirme.

—Vístase primero —contestó Tyrese—. Hablamos después.

27

Eric Wu estaba mirando fijamente el árbol de ufano ramaje. Su rostro era sereno, ladeaba ligeramente la barbilla.

—¿Eric? —la voz pertenecía a Larry Gandle.

Wu no se volvió.

—¿Sabes cómo se llama este árbol? —le preguntó.

—No.

—El Olmo del Verdugo.

—Un nombre encantador.

Wu sonrió.

—Algunos historiadores creen que, en el siglo dieciocho, se hacían ejecuciones públicas en este parque.

—Fantástico, Eric.

—Sí.

Dos hombres sin camisa se deslizaron con sus patines ante ellos. De algún artefacto salía, estruendosa, la música de Jefferson Airplane. Washington Square Park —que, por extraño que parezca, no toma su nombre de George Washington— era uno de esos sitios que intentan seguir aferrados a los años sesenta pese a que se les escapa constantemente el asidero de las manos. Aunque solían frecuentarlo manifestantes de todo tipo, en realidad éstos tenían más pinta de actores de una reposición nostálgica que de auténticos revolucionarios. Artistas callejeros que se movían por el escenario con excesiva delicadeza. Los indigentes sin techo eran la nota de color, elementos artificiales del cuadro.

—¿Seguro que tenemos la zona cubierta? —preguntó Gandle.

Wu asintió sin apartar los ojos del árbol.

—Seis hombres. Más los dos de la furgoneta.

Gandle se volvió a mirar. La furgoneta era blanca y llevaba un rótulo magnético en el que se leía B&T PINTURAS, un número de teléfono y un logo muy vistoso con un hombrecito muy parecido al del Monopoly con una escalera y una brocha. En caso de tener que describir la furgoneta, lo único que recordarían los testigos, de recordar algo, sería el nombre de la empresa y tal vez el número de teléfono.

Y tanto la una como el otro eran falsos.

La furgoneta estaba estacionada en doble fila. En Manhattan, despierta más sospechas un vehículo de trabajo aparcado donde corresponde que uno aparcado en doble fila. Pese a todo, estaban alerta. De aparecer un policía, habrían desalojado el lugar al instante. En ese caso habrían trasladado la furgoneta a un solar de la calle Lafayette y allí habrían cambiado la matrícula y el letrero magnético. Y después se habrían vuelto a estacionar en el mismo sitio.

—Tendrías que volver a la furgoneta —dijo Wu.

—¿Crees que vendrá Beck?

—Lo dudo —respondió Wu.

—Yo suponía que, si lo detenían, ella desaparecería del mapa —dijo Gandle—. No creía que él llegara a arreglar el encuentro.

Uno de sus hombres, el de pelo rizado con pantalones de chándal que estaba en Kinko's la noche anterior, había recogido el mensaje en el ordenador de Kinko. Pero en el momento de transmitir el mensaje, Wu ya había colocado las pruebas en casa de Beck.

No importaba. La cosa funcionaría.

—Hay que pescarlos a los dos, pero ella tiene prioridad —añadió Gandle—. Como las cosas se pongan mal, los liquidamos. Pero mejor vivos. Así podemos enterarnos de lo que saben.

Wu no respondió. Seguía mirando fijamente el árbol.

—¿Eric?

—A mi madre la colgaron de un árbol como ése —dijo Wu.

Como Gandle no sabía qué responder, se limitó a decir:

—Lo siento.

—Se figuraban que era una espía. La cogieron seis hombres, la desnudaron y la molieron a latigazos. Estuvieron dándole varias horas seguidas. En todo el cuerpo. Hasta la carne del rostro le arrancaron. No perdió el conocimiento. No dejó de gritar. Le costó mucho morir.

—¡Santo Dios! —murmuró Gandle en voz baja.

—Cuando se cansaron de azotarla, la colgaron de un árbol enorme —señaló el Olmo del Verdugo—. Un árbol como éste. Se supone que lo hacían para dar una lección, por supuesto. Así ya nadie más espiaría. Algunos pájaros y otros animales se acercaron al cuerpo de mi madre. A los dos días en aquel árbol no había más que huesos.

Wu volvió a ponerse los auriculares del «walkman» en los oídos. Se apartó del árbol.

—Mejor que no te dejes ver —dijo a Gandle.

A Larry le costaba apartar los ojos del árbol gigantesco, pero al final asintió con un gesto y se alejó.

28

Me puse unos vaqueros negros cuya cintura medía aproximadamente como la circunferencia del neumático de un camión. Doblé el pantalón por arriba y me los ceñí con el cinturón. La camisa negra uniforme de White Sox me caía como una guayabera. La gorra negra de béisbol que me adjudicaron, con un logo que no pude identificar, tenía la visera rota. Tyrese me facilitó también unas gafas de sol como las que gozaban de las preferencias de Brutus.

Tyrese estuvo a punto de soltar una carcajada cuando me vio salir del cuarto de baño de aquella guisa.

—Le queda muy bien, doc.

—La palabra apropiada sería «chachi».

Se rió entre dientes y movió la cabeza.

—Esos blancos...

Pero de pronto se puso serio. Me tendió unas hojas de papel sujetas con grapas. Las cogí. En la de encima se leía «Últimas Voluntades y Testamento». Le miré con aire interrogativo.

—De eso quería hablarle —dijo Tyrese.

—¿De tu testamento?

—Me quedan dos años para acabar mi plan.

—¿Qué plan?

—Sigo con esto otros dos años. Entonces tendré bastante dinero para sacar a TJ de aquí. Tengo una probabilidad de sesenta contra cuarenta de conseguirlo.

—¿De conseguir qué?

Los ojos de Tyrese se pararon en los míos.

—Usted ya me entiende.

Lo entendía. Estaba hablando de sobrevivir.

—¿Adónde piensas ir?

Me dio una postal. Un escenario con sol, mar azul y palmeras. La postal estaba ajada de tanto manoseo.

—Florida —dijo con un deje dulzón en la voz—. Conozco el sitio. Un lugar tranquilo. Piscinas, buenas escuelas. Sin nadie que me pregunte de dónde he sacado el dinero, no sé si me capta.

Le devolví la foto.

—Lo que no capto es qué pinto yo en todo esto.

—Esto si gana el sesenta por ciento —me mostró la foto—. Y esto —me indicó el testamento—, si gana el cuarenta por ciento.

Le dije que seguía sin entender nada.

—Hará unos seis meses que un día me fui al centro, usted ya me entiende. Busqué un abogado pero de los buenos. Una visita de un par de horas me costó dos de los grandes. Se llama Joel Marcus. Si muero, tendrá que ir a verlo porque usted es mi albacea. Tengo unos papeles bajo llave. Allí dice dónde tengo el dinero.

—¿Y por qué me has elegido a mí?

—Cuidó a mi hijo.

—¿Y Latisha?

—Latisha es una mujer, doc —dijo en tono despreciativo—. En cuanto palme, se busca otro macho al momento, ¿me capta? Lo más seguro es que le hagan otro bombo. A lo mejor vuelve a engancharse —se sentó y se cruzó de brazos—. No se puede confiar en las mujeres, doc. A esta altura ya debería saberlo.

—Es la madre de TJ.

—Es verdad.

—Le quiere.

—Sí, lo sé. Pero no es más que una mujer, no sé si me capta. Si le dejo esta pasta va y se la cepilla en un día. Por eso me guardo unos valores y unas cuantas mierdas más. Y usted es mi albacea.

Que ella quiere dinero para TJ, pues usted dice sí o usted dice no. Usted y ese tal Joel Marcus.

Habría querido decirle que era un machista, un neandertaloide, pero no era el momento. Me revolví en la silla y lo miré. Tyrese tendría unos veinticinco años. Había visto a tantos como él que los metía siempre en el mismo saco, tenía sus rostros difuminados en la oscura nebulosa de la maldad.

—¿Tyrese?

Me miró.

—Vete ahora.

Frunció el ceño.

—Con el dinero que tienes. Búscate un trabajo en Florida. Yo te prestaré dinero si te hace falta. Vete ahora y llévate a tu familia.

Negó con la cabeza.

—¿Tyrese?

Se levantó.

—Venga, doc. Es mejor que nos vayamos.

—Todavía lo estamos buscando.

Lance Fein echaba chispas, su cara cerosa estaba empapada de sudor. Dimonte mascaba. Krinsky tomaba notas. Stone se estiró los pantalones hacia arriba.

Carlson estaba abstraído en un fax que acababan de enviarle al coche.

—¿Qué hay de los disparos? —le espetó Lance Fein.

El agente uniformado, Carlson no se había molestado en aprender su nombre, se encogió de hombros.

—Nadie sabe nada. Supongo que no tienen nada que ver con el asunto.

—¿Que no tienen nada que ver? —Le gritó Fein—. ¿Qué clase de idiota incompetente eres, Benny? Corrían por la calle y gritaban no sé qué de un blanco.

—Bien, pues ahora nadie sabe nada.

—Fíate de ellos —dijo Fein—. Fíate totalmente de ellos. Quiero decir que por algo gritaban. ¿Cómo diablos han dejado escapar al individuo? ¿Me lo quieres decir?

—Lo atraparemos.

Stone dio unos golpecitos en la espalda a Carlson.

—¿Qué hay, Nick?

Carlson miraba el papel impreso con el ceño fruncido. Era un hombre meticoloso, ordenado hasta un extremo obsesivo-compulsivo. Se lavaba las manos demasiadas veces. Cuando salía de casa, cerraba y abría con llave una docena de veces la puerta. Si seguía con la mirada fija en el papel era porque allí veía algo que no cuadraba.

—¿Nick?

Carlson se volvió hacia él.

—Encontramos la treinta y ocho en la caja de seguridad de Sarah Goodhart.

—¿La caja que se abría con la llave que encontramos en el cadáver?

—Sí.

—¿Qué más? —preguntó Stone.

Carlson seguía con el ceño fruncido.

—Aquí hay muchas lagunas.

—¿Lagunas?

—En primer lugar, damos por sentado que la caja de seguridad de Sarah Goodhart es de Elizabeth Beck, ¿no es así?

—Así es.

—Y sin embargo, alguien ha pagado cada año durante ocho años el alquiler de la caja —dijo Carlson—. Elizabeth Beck está muerta. Los muertos no pagan recibos.

—A lo mejor ha sido su padre. Me parece que sabe más de lo que aparenta.

A Carlson aquello no le gustó.

—¿Y qué me dices de las escuchas que encontramos en casa de Beck? ¿Qué hay de eso?

—No sé —replicó Stone encogiéndose de hombros—. Quizá alguien más del departamento también sospechaba de él.

—A estas alturas ya lo sabríamos. Y está el informe sobre la treinta y ocho que encontramos en la caja —lo señaló—. ¿Sabes con qué han salido los de ATF? [5]

—No.

—Pues dicen que las pruebas balísticas no han dado resultado, aunque no es de extrañar, porque los datos no se remontan a ocho años atrás —las pruebas balísticas eran el módulo de análisis de bala usado por el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas para relacionar los datos de delitos anteriores con armas de fuego recientemente descubiertas—. Pero los del Centro de Rastreo Nacional se han apuntado un tanto. ¿Sabes quién era el último propietario registrado?

Tendió a Stone el documento. Stone le echó una ojeada y lo descubrió al momento.

—¿Stephen Beck?

—El padre de David Beck.

—Está muerto, ¿no?

—Exactamente.

Stone le devolvió el papel.

—Esto significa que probablemente el hijo heredó el arma de su padre —dijo—. El arma era de Beck.

—Pero entonces, ¿por qué su mujer la tenía guardada en una caja de seguridad junto con las fotos?

Stone reflexionó un momento.

—Quizá temía que Beck utilizase el arma contra ella.

Carlson frunció todavía más el ceño.

—Aquí falta algo.

—Mira, Nick, no hagamos las cosas más complicadas de lo que son. Hemos colgado a Beck el asesinato de Rebecca Schayes. No

está nada mal. Vamos a olvidarnos de Elizabeth Beck, ¿no te parece?

—¿Olvidarnos de ella? —Carlson lo miró fijamente.

Stone carraspeó y abrió los brazos.

—Afrontemos las cosas como son. Colgar a Beck lo de la Schayes es un buen bocado. Pero su mujer... ¡por Dios, si lleva ocho años muerta! Tenemos cabos sueltos, es verdad, pero no hagamos responsable de todo a Beck. Un poco tarde para eso. Tal vez... —y se encogió de hombros de manera teatral—... tal vez sea mejor no remover en aguas tranquilas.

—Pero ¿qué diablos estás diciendo?

Stone se acercó más e indicó a Carlson con una seña que se acercase.

—Algunas personas del departamento preferirían que no hurgásemos en esto.

—¿Quién?

—Eso tiene poca importancia, Nick. Estamos todos en el mismo barco, ¿no? Si descubrimos que KillRoy no mató a Elizabeth Beck, el asunto despedirá muy mal olor, ¿comprendes? Y entonces su abogado exigirá que se celebre otro juicio...

—Nunca lo juzgaron por lo de Elizabeth Beck.

—Fue un caso que adjudicamos a KillRoy. Sembraríamos la duda. La cosa así queda más arreglada.

—Pero yo no quiero que quede más arreglada —dijo Carlson—, lo que quiero es la verdad.

—La verdad la queremos todos, Nick. Pero lo que queremos por encima de todo es que se haga justicia, ¿no te parece? A Beck lo condenarán a cadena perpetua por la muerte de la Schayes. KillRoy seguirá en la cárcel. Es como debe ser.

—Quedan lagunas, Tom.

—No paras de decirlo, yo no veo esas lagunas. Tú fuiste el primero en decir que Beck podía ser el asesino de su mujer.

—Exactamente —dijo Carlson—, el asesino de su mujer, no de Rebecca Schayes.

—No veo adónde quieres ir a parar.

—El asesinato de la Schayes no encaja en el cuadro.

—¿Me tomas el pelo? Ese asesinato lo deja todo atado. Schayes sabía algo. Nosotros empezamos a estrechar el cerco. Beck tuvo que hacerla callar.

Carlson volvió a fruncir el ceño.

—¿Cómo? —prosiguió Stone—. ¿Crees que la visita que le hizo ayer Beck en su estudio, poco después de que empezáramos a presionarlo, fue una pura coincidencia?

—No —dijo Carlson.

—¿Entonces, qué fue, Nick? Pero ¿es que no lo ves? El asesinato de la Schayes encaja perfectamente.

—Demasiado bien —replicó Carlson.

—¡Bah, no empieces con la misma canción!

—Deja que te pregunte una cosa, Tom. ¿Te parece que Beck planeó y ejecutó bien el asesinato de su mujer?

—¡Muy bien!

—Estás en lo cierto. Mató a todos los testigos. Se desembarazó de los cadáveres. De no haber sido por la lluvia y el oso, no se habría sabido nada. Admitámoslo, ni siquiera con esto contamos con pruebas suficientes para procesarlo, ya no digamos condenarlo.

—¿Qué más?

—¿Por qué Beck habría de volverse imbécil de pronto? Sabe que le estamos pisando los talones. Sabe que el ayudante de la Schayes declarará que visitó a Rebecca Schayes el día del asesinato. ¿Por qué iba a ser tan estúpido como para guardar el arma en su propio garaje? ¿Por qué iba a ser tan estúpido como para tirar los guantes de goma en su propio contenedor de basura?

—Pues muy fácil —dijo Stone—. Esta vez el tiempo apremiaba. Cuando lo de su mujer, tuvo tiempo de sobra para planearlo todo.

—¿Has visto esto?

Pasó a Stone el informe de vigilancia.

—Beck ha ido a ver al forense esta mañana —dijo Carlson—.

¿Por qué?

—No sé. Quizá quería saber si en el expediente de la autopsia había algo comprometedor.

Carlson frunció nuevamente el ceño, le picaban las manos, le estaban pidiendo que se las lavara.

—Aquí falla algo, Tom.

—No veo qué, pero de todos modos lo tendremos bajo custodia. Siempre habrá tiempo de rectificar, ¿no te parece?

Stone se acercó a Fein. Carlson dejó que se acallaran las dudas. Volvió a pensar en la visita de Beck al forense. Se sacó el móvil, lo restregó con el pañuelo y marcó los dígitos. Al oír una voz, dijo:

—Póngame con el forense del condado de Sussex.

29

En otros tiempos, hacía por lo menos diez años, ella tenía amigos que vivían en el Chelsea Hotel de la calle Veintitrés Oeste. El hotel, medio turístico, medio residencial, era en cualquier caso, excéntrico. Artistas, escritores, adictos a la metadona de todo pelaje y confesión. Uñas pintadas de negro, caras maquilladas de blanco, carmín rojo sangre en los labios, cabellos sin un solo rizo... Cosas que ocurrían antes de que las cosas se encauzaran.

Poco había cambiado en aquel hotel. Era un buen sitio para guardar el anonimato.

Después de proveerse de un trozo de pizza en la acera de enfrente, echó un vistazo pero no se aventuró a salir de la habitación. Nueva York. En otro tiempo había sido su ciudad, pero aquélla era sólo la segunda visita que le hacía en los últimos ocho años.

La echaba de menos.

Con mano experta se introdujo el cabello bajo la peluca. Hoy llevaba la rubia con raíces negras. Se puso unas gafas de montura metálica y se fijó los implantes en los dientes. Daban otra forma a su cara.

Le temblaban las manos.

Sobre la mesa de cocina de la habitación tenía dos pasajes de avión. Por la noche embarcarían en el vuelo 174 de British Airways en el aeropuerto JFK con destino al aeropuerto de Heathrow de Londres, donde les aguardaba su contacto, que les proveería de nuevas identidades. Allí tomarían el tren hacia Gatwick y por la tarde

volarían a Nairobi, Kenia. Un jeep los trasladaría al pie de las colinas del monte Meru, en Tanzania, donde les esperaba una marcha de tres días.

Cuando llegasen allí, a uno de los pocos lugares del planeta sin radio, televisión ni electricidad, serían libres.

Los nombres que figuraban en los pasajes eran Lisa Sherman. Y David Beck.

Se dio un retoque a la peluca y miró atentamente su imagen en el espejo. Se le nublaron los ojos y por un momento volvió a encontrarse en el lago. En su pecho se encendió la esperanza y por una vez no hizo nada para apagarla. Se las arregló para sonreír y dio media vuelta.

Entró en el ascensor, que la llevó al vestíbulo, y salió directamente a la calle Veintitrés.

Desde allí le esperaba un hermoso paseo hasta Washington Square Park.

Tyrese y Brutus me dejaron en la esquina de las calles Cuatro Oeste y Lafayette, a unas cuatro manzanas al este del parque. Conocía la zona bastante bien. Elizabeth y Rebecca habían compartido un apartamento en Washington Square y se habían sentido deliciosamente vanguardistas en sus apartamentos del West Village, una fotógrafa y una abogada dedicada a la obra social, se esforzaban por ser bohemias y se mezclaban con aspirantes a revolucionarios, jóvenes de la periferia de la ciudad que contaban con recursos económicos. A decir verdad, yo no me lo tragué nunca, pero no estuvo mal.

Yo entonces estudiaba en la facultad de Medicina de Columbia y, técnicamente, vivía en la zona residencial de la ciudad, en la avenida Haven, cerca del hospital conocido hoy como New York-Presbyterian. Como es natural, pasaba allí mucho tiempo.

Aquéllos fueron años buenos.

Faltaba media hora para el encuentro.

Me dirigí hacia la calle Cuatro Oeste, más allá de Tower Records, y me adentré en una zona de la ciudad prácticamente ocupada por la universidad de Nueva York. La universidad reivindicaba su derecho al territorio exhibiendo multitud de llamativas banderas moradas con la enseña universitaria. Ondeaba el morado chillón, más feo que el demonio, en marcado contraste con el color apagado de los ladrillos de Greenwich Village. Una actitud excesivamente posesiva y territorial, pensé, en un enclave liberal como aquél. Pero así estaban las cosas.

El corazón aporreaba mi pecho como si quisiera emprender un vuelo de libertad.

¿Habría llegado ya?

No quise correr. Procuré mantenerme sereno y no pensar en lo que pudiera depararme la hora siguiente. Las huellas de mi reciente calvario me causaban entre escozor y quemazón. Los cristales de un edificio me devolvieron mi imagen reflejada en ellos, lo que me hizo considerar que estaba francamente ridículo con aquella ropa. Aprendiz de delincuente. Ni más ni menos.

Como me resbalaban los pantalones, procuraba sujetármelos con una mano sin perder el ritmo de la marcha.

Ya se avistaba la plaza. Sólo me faltaba una manzana para llegar al extremo sureste. Había susurros en el aire, tal vez anuncio de una tormenta, pero probablemente sólo eran efecto de mi imaginación desbocada. Mantenía baja la cabeza. ¿Habría salido mi fotografía en la televisión? ¿Habrían echado el ancla y difundido la voz de alarma? Lo dudaba. Pero seguí con los ojos clavados en el suelo.

Apreté el paso. Washington Square, en los meses de verano, siempre había tenido a mis ojos una intensidad superior a mi capacidad de resistencia. Demasiada tensión, ocurrían demasiadas cosas y ocurrían de una forma demasiado exagerada. Estaba al límite. En mi rincón favorito había unas mesas de cemento alrededor

de las cuales se apiñaba la gente para jugar. A veces yo jugaba al ajedrez. Era bastante buen jugador, en este parque el ajedrez era el gran igualador. Ricos, pobres, blancos, negros, los que no tenían casa, los que vivían en rascacielos, los de los pisos de alquiler, los de las cooperativas de pisos... todos armonizaban sobre las antiguas figuritas blancas y negras. El mejor jugador que conocí en la zona era un negro que pasaba la mayor parte de sus tardes en la época pre-Giuliani acosando a los conductores para que le dejaran limpiar el parabrisas a cambio de unas monedas.

Elizabeth todavía no había llegado.

Me senté en un banco.

Faltaban quince minutos.

Sentí la tensión en el pecho multiplicarse por cuatro. En mi vida había tenido tanto miedo. Me acordé de la demostración tecnológica que me había hecho Shauna. ¿Sería una patraña? No dejaba de darle vueltas. Si fuera un engaño... Si Elizabeth estaba muerta... ¿Qué haría yo entonces?

Me dije al fin que todo aquello eran especulaciones inútiles. Un despilfarro de energía.

Tenía que estar viva. No había otra posibilidad. Me recosté en el banco y seguí esperando.

—Ya está aquí —dijo Eric Wu a través del móvil.

Larry Gandle atisbó a través del cristal oscuro de la furgoneta. David Beck estaba, efectivamente, donde se suponía que debía estar, vestido como un vagabundo. Tenía la cara cubierta de arañazos y moretones.

Gandle negó con la cabeza.

—No entiendo cómo ha podido escapar.

—Se lo preguntaremos —dijo Eric Wu con su voz cadenciosa.

—Necesitamos que la máquina funcione con suavidad, Eric.

—Sí, claro.

—¿Todo el mundo está en su sitio?

—Naturalmente.

—Ya no puede tardar —dijo Gandle consultando el reloj.

Situado entre las calles Sullivan y Thompson, el edificio más relevante de Washington Square era una torre alta de ladrillo de un tono marrón desleído que se levantaba en la zona sur del parque. Casi todo el mundo se figuraba que la torre seguía formando parte de Judson Memorial Church. Pero no era así. Durante los últimos veinte años había en la torre dormitorios estudiantiles para universitarios además de oficinas. Se podía acceder fácilmente a lo alto de la torre siempre que la persona que subiera lo hiciera con aire de saber adónde iba.

Desde arriba pudo contemplar todo el parque. Y entonces se echó a llorar.

Beck había acudido a la cita. Iba disfrazado de forma extravagante, pero el mensaje electrónico le había advertido que tal vez lo seguirían. Lo observó sentado en aquel banco, solo, esperando, la pierna derecha moviéndose arriba y abajo. El mismo movimiento de siempre con la pierna cuando estaba nervioso.

—¡Oh, Beck!...

Hasta ella misma percibió el amargo sufrimiento, el dolor que dejó traslucir su propia voz. Siguió sin apartar de él los ojos.

Pensó en lo que había hecho.

¡Qué estúpida había sido!

Se forzó a darse la vuelta para irse. Se le doblaron las piernas y dejó resbalar la espalda contra la pared hasta caer sentada en el suelo. Beck había ido a su encuentro.

Pero ellos también.

Estaba segura. Había detectado como mínimo a tres. Probablemente había más. También había descubierto la furgoneta de B&T PINTURAS. Marcó el número de teléfono del anuncio, pero

no funcionaba. Quiso hacer la comprobación oportuna a través del servicio de informaciones. La empresa B&T PINTURAS no existía.

Los habían descubierto. Pese a todas las precauciones que había tomado, estaban allí.

Cerró los ojos. Estúpida. Había sido una estúpida. Se había figurado que podría salir de todo aquello. ¿Cómo había podido caer en semejante error? La ansiedad le había enturbiado las ideas. Ahora se daba cuenta. En cierto modo se había engañado hasta el punto de creer que podía transformar una espantosa catástrofe, los dos cadáveres descubiertos junto al lago, en una maravillosa oportunidad.

¡Qué estúpida había sido!

Se levantó del suelo y se arriesgó a volver a mirar a Beck. El corazón se le cayó a los pies como una piedra en un pozo. Lo vio tan solo allí abajo, tan pequeño, frágil e indefenso. ¿Se habría acostumbrado a la idea de que ella había muerto? Probablemente. ¿Habría logrado vencer las dificultades, habría sabido salir adelante? Probablemente también. ¿Se había recuperado del golpe sólo para que aquél otro se abatiera sobre su cabeza, por culpa de su estupidez?

Así era.

Las lágrimas volvieron a sus ojos.

Sacó los dos pasajes de avión. Había que estar preparada. Una medida que había sido siempre la clave de su supervivencia. Debía estar preparada para cualquier eventualidad. Por eso había planeado el encuentro en aquel parque público que conocía tan bien. Por lo menos tendría esa ventaja. Aunque no había querido admitirlo, sabía por lo menos que aquella posibilidad, mejor dicho, aquella probabilidad, existía.

Pero no, aquello era el final.

El pequeño resquicio que se había abierto, suponiendo que se hubiera abierto realmente, se había cerrado de golpe.

Tendría que irse. Sola. Y esta vez sería para siempre.

Se preguntó cómo reaccionaría Beck al ver que ella no aparecía. ¿Seguiría buscando en el ordenador mensajes que no llegarían nunca? ¿Seguiría escudriñando el rostro de mujeres desconocidas e imaginando que veía el suyo? ¿O simplemente se olvidaría de todo y seguiría adelante? Y cuando ella sondeara sus propios sentimientos, ¿no desearía acaso que así fuera?

En fin, no importaba. Lo primero era la supervivencia. La de él en todo caso. Ella no tenía alternativa, tenía que desaparecer.

Con un gran esfuerzo, desvió la mirada y se apresuró a bajar la escalera. Había una salida trasera que daba a la calle Tercera Oeste; gracias a ella no tendría que entrar en el parque. Empujó la pesada puerta metálica y salió a la calle. Enfiló la calle Sullivan y encontró un taxi en la esquina de la calle con Bleecker.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—¿Dónde vamos? —preguntó el taxista.

—Al aeropuerto JFK —respondió ella.

30

Pasó mucho tiempo.

Me quedé sentado en el banco esperando. Podía ver a lo lejos el famoso arco de mármol. Parece que fue «diseñado» por Stanford White, el famoso arquitecto de principios del siglo pasado, asesinado por un hombre en un acceso de celos por causa de una muchachita de quince años. Era algo que no acababa de entender. ¿Cómo se puede diseñar una obra que, en realidad, es una réplica de la que ha hecho otra persona? No era un secreto para nadie que Washington Arch era una copia descarada del Arco de Triunfo de París. A los neoyorquinos les entusiasmaba lo que era, en realidad, un facsímil. No podía comprender sus razones.

Ahora ya nadie podía tocar el arco. Estaba rodeado por una cadena de hierro muy parecida a las que había visto en el South Bronx y cuya finalidad era disuadir de sus intenciones a los artistas de graffiti. En el parque abundaban las cercas. Prácticamente todos los espacios de hierba estaban cercados, la mayoría incluso con una doble cerca.

Pero ¿dónde estaba Elizabeth?

Las palomas se contoneaban con ese aire de arrogancia que suele asociarse a los políticos. Algunas revoloteaban hacia mí. Me picoteaban las zapatillas y después levantaban la cabeza como disgustadas al descubrir que no eran comestibles.

—Ty suele sentarse aquí.

Era la voz de un indigente, un muchacho con un gorro de molinete y orejas tipo Spock. Estaba sentado delante de mí.

—¡Oh! —exclamé.

—Ty les da de comer. A las palomas les gusta Ty.

—¡Oh! —exclamé de nuevo.

—Por eso las tiene a su alrededor. No es que usted les guste. Piensan que a lo mejor usted es Ty. O un amigo de Ty.

—¡Ah!

Miré el reloj. Llevaba casi dos horas allí sentado. No vendría. Algo había fallado. Volví a preguntarme si todo sería una broma, pero descarté rápidamente la idea. Mejor continuar dando por sentado que los mensajes eran de Elizabeth. Si todo era una broma, acabaría por enterarme.

«Pase lo que pase, te quiero...».

Eso decía el mensaje. No sabía a qué podía referirse. Era como si algo pudiera salir mal. Como si pudiera ocurrir algo. Como si yo pudiera olvidarlo y seguir adelante.

Al diablo con todo.

Experimentaba una sensación extraña. Sí, estaba exhausto. La policía andaba tras de mí. Estaba agotado, hecho papilla, al borde de la locura. Pese a todo, me sentía con más fuerzas que desde hacía años. No sabía por qué. Lo que sí sabía era que no quería que aquello se me escapara de las manos. Elizabeth era la única que sabía aquellas cosas: la hora del beso, «la señora Murciélagos», los «Caniches Sexuales de la Adolescencia». Por tanto, la persona que había enviado los mensajes no podía ser otra que Elizabeth. U otra persona a las órdenes de Elizabeth. En cualquiera de los dos casos, Elizabeth estaba viva. Tenía que seguir tras de aquella pista. No había más remedio.

Pero ¿qué podía hacer?

Saqué mi nuevo móvil. Después de restregarme un rato la barbilla, se me ocurrió una idea. Pulsé los dígitos. Un hombre sentado a una cierta distancia —llevaba mucho rato leyendo el periódico— me dirigió una mirada. No me gustó. Mejor prevenir que lamentar. Me levanté y me situé donde no pudieran oírme.

Shauna respondió al teléfono.

—¿Diga?

—El teléfono del viejo Teddy —dije.

—¿Eres Beck? ¿Dónde demonios...?

—Tres minutos.

Colgué. Supuse que los teléfonos de Shauna y Linda estarían pinchados. O sea que la policía podía estar escuchando la conversación. En el piso de abajo vivía un viudo llamado Theodore Malone. Shauna y Linda le echaban una mano de vez en cuando. Tenían la llave de su piso. Pensaba llamarlas allí. Los federales, la policía o quienquiera que me vigilase no atinaría a tener pinchado aquel teléfono. Por lo menos de momento.

Pulsé el número.

Shauna estaba sin resuello.

—¿Diga?

—Tienes que ayudarme.

—¿Tienes idea de la que has armado?

—Supongo que se ha organizado una cacería para atraparme — me sentía extrañamente tranquilo..., por lo menos aparentemente.

—Beck, tienes que entregarte.

—No he matado a nadie.

—Lo sé, pero como continúes huyendo...

—¿Quieres ayudarme o no? —la interrumpí.

—¿De qué se trata? —dijo.

—¿Han determinado ya la hora en que se cometió el asesinato?

—Alrededor de medianoche. La hora está muy ajustada, pero suponen que saliste en cuanto me fui yo.

—Bien —dije—, tienes que hacerme un favor.

—¿Cuál?

—En primer lugar, sacar a Chloe.

—¿A tu perra?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues porque, entre otras cosas, necesita un paseo.

Eric Wu hablaba por su móvil.

—Está hablando por teléfono, pero mi hombre no puede acercarse lo suficiente a él.

—¿Ha descubierto a tu hombre?

—Es posible.

—Entonces quizá anule la cita.

Wu no respondió. Vio que el doctor Beck se metía el móvil en el bolsillo y se disponía a atravesar el parque.

—Tenemos un problema —dijo Wu.

—¿Qué problema?

—Parece que sale del parque.

El otro extremo de la línea quedó en silencio. Wu esperó.

—La otra vez lo perdimos —dijo Gandle.

Wu no respondió.

—No podemos arriesgarnos, Eric. Atrápalo. Cógelo ahora, averigua qué sabe y acaba con este asunto.

Eric asintió con un gesto mirando hacia la furgoneta. Y dirigió sus pasos hacia Beck.

—Eso está hecho.

Seguí a través del parque y dejé atrás la estatua de Garibaldi desenvainando la espada. Resultaba curioso que mis pasos tuvieran un destino. De momento descartaba la visita a KillRoy. No la haría. En cuanto a las iniciales PF del diario de Elizabeth, que correspondían a Peter Flannery, picapleitos sin escrúpulos, ya era otro cantar. Podía ir a verle y charlar un rato con él. Aunque no tenía ni idea de qué descubriría. Pero estaba seguro de que algo conseguiría. Por lo menos sería un comienzo.

A mi derecha había un parque infantil donde unos niños, menos de una docena, estaban jugando. A mi izquierda estaba el George's Dog Park, una magnífica extensión de terreno poblada de perros cubiertos con pañuelos de colores. En el escenario del parque dos hombres hacían juegos malabares. Pasé junto a un grupo de estudiantes enfundados en ponchos y sentados en semicírculo. Un asiático teñido de rubio cuya constitución lo asemejaba a *La Cosa de Los Cuatro Fantásticos* se deslizó a mi derecha. Me volví a mirar. El hombre que momentos antes leía el periódico había desaparecido.

Me hice algunas preguntas al respecto.

No se había movido de su sitio en casi todo el tiempo que estuve esperando. Ahora de pronto, después de varias horas, había decidido marcharse a la misma hora que yo. ¿Era una coincidencia? Podía ser.

«Te seguirán...»

Eso decía el mensaje electrónico. No decía que quizá me siguiesen. Juzgado retrospectivamente, me parecía que demostraba una curiosa seguridad. Seguí andando y reflexionando sobre el particular. Nada. Ni el mejor escolta de este mundo habría podido seguirme a lo largo de todo lo que hoy había tenido que soportar.

El tipo del periódico, por ejemplo, no me habría podido seguir. Por lo menos no me había dado esa impresión.

¿Habrían interceptado el mensaje?

Pero no veía cómo. Lo había borrado. Ni siquiera había pasado por mi ordenador.

Atravesé la zona oeste de Washington Square. Al llegar al bordillo noté una mano en el hombro. Primero fue un contacto suave. Como la mano de un viejo amigo que me sorprendiera por detrás. Tuve el tiempo justo, al volverme, de ver que se trataba del asiático con el pelo teñido de rubio.

Su mano entonces estrujó mi hombro.

31

Como puntas de lanza, sus dedos se hundieron en la hendidura de la articulación.

Dolor, un dolor lacerante, descendió por mi costado izquierdo. Perdí la fuerza de las piernas. Intenté gritar o debatirme, pero no podía moverme. Junto a nosotros se arrimó una furgoneta blanca. La puerta lateral se deslizó hacia un lado. El asiático me puso la mano en el cuello. Me presionó unos puntos a cada lado y sentí que los ojos se me volcaban para atrás. Con la otra mano me fue recorriendo la columna vertebral, lo que me obligó a doblarme hacia delante. Sentí que todo el cuerpo se desmoronaba.

Me empujó hacia la furgoneta. Del interior de la misma salieron unas manos que tiraron de mí. Caí en el suelo metálico del vehículo. En el interior no había asientos. La puerta se cerró. La furgoneta se perdió entre el tráfico.

El episodio completo —desde el momento en que la mano se posó en mi hombro hasta que arrancó la furgoneta— pudo durar unos cinco segundos.

La Glock, pensé.

Traté de incorporarme, pero alguien me saltó sobre la espalda. Tenía las manos inmovilizadas en el suelo. Oí un chasquido y sentí que tenía la muñeca sujeta con esposas en el suelo. Los tirones casi me descoyuntaron el hombro. Eran dos hombres. Ahora podía verlos: dos hombres, los dos blancos, debían tener unos treinta años. Podía verlos claramente. Demasiado claramente. Y hasta podía identificarlos. Habrían debido saberlo.

No era un buen augurio.

Me esposaron la otra mano y quedé espatarrado en el suelo. Se me sentaron en las piernas. Me encontraba sujeto con esposas y totalmente a su merced.

—¿Qué queréis de mí? —les pregunté.

No me respondió nadie. La furgoneta paró bruscamente en la esquina. Se coló en el interior el musculoso asiático y volvió a arrancar. Agachándose sobre mí, el asiático me miró con lo que se me antojó una leve curiosidad.

—¿Qué hacías en el parque? —me preguntó.

Su voz me causó sorpresa. Esperaba que fuera ronca y amenazadora, pero el tono era suave, agudo, ronroneante como la de un niño.

—¿Quién eres? —le pregunté.

Por toda respuesta me dio un puñetazo en la barriga. Me golpeó con tal fuerza que estaba seguro de que había tocado con los nudillos el suelo de la furgoneta. Intenté doblar el cuerpo o hacerme una bola, pero las sujeciones y los dos hombres sentados en mis piernas me lo impidieron. Aire. No deseaba otra cosa más que aire. Sentí que iba a vomitar.

«Te seguirán...»

De pronto cobraban sentido todas las precauciones: los mensajes electrónicos sin firmar, las palabras codificadas, las advertencias. Elizabeth estaba asustada. Todavía no tenía todas las respuestas, apenas tenía ninguna, pero yo había comprendido por lo menos que las comunicaciones crípticas que me había enviado eran consecuencia del miedo. Miedo de que la descubrieran.

De que la descubrieran esos hombres.

Me ahogaba. Todas las células de mi cuerpo reclamaban oxígeno a gritos. Por fin el asiático hizo una seña a los dos hombres. Se levantaron de mis piernas. Enseguida me llevé las rodillas sobre el pecho. Traté de aspirar aire, agitándome como un epiléptico. Al cabo de un momento volvía a respirar normalmente. Poco a poco, el

asiático, se acercó de rodillas a mí. Yo seguía con los ojos clavados en los suyos. O por lo menos eso intentaba. Pero no eran los ojos de un ser humano ni siquiera los de un animal. Aquéllos eran los ojos de un objeto inanimado. Si un archivador hubiera podido tener ojos, habrían sido como los de aquel hombre.

Pero no parpadeé.

Mi carcelero también era joven. No más de veinte, como mucho veinticinco años. Me puso la mano en la zona interior del brazo un poco más arriba del codo.

—¿Qué hacías en el parque? —volvió a preguntar con su voz cadenciosa.

—Me gusta el parque —dije.

Me oprimió con fuerza. Sólo con dos dedos. Di un grito ahogado. Fue como si aquellos dedos se transformasen en cuchillos y me traspasaran la carne hasta alcanzar un manojo de nervios. Sentí que los ojos se salían de las órbitas. Jamás había experimentado un dolor como aquél. Un dolor que lo abarcaba todo. Me agitaba como un pez moribundo en el extremo del anzuelo. Intenté patear, pero las piernas cayeron, como tiras de goma. No podía respirar.

El asiático no me soltó.

Yo seguía esperando que dejase de atenazarme de aquel modo, o que aflojase un poco. No lo hizo. Proferí una especie de lloriqueo. Pero él persistió con expresión de aburrimiento.

La furgoneta seguía su marcha. Intenté vencer el dolor, fragmentarlo, reducirlo a intervalos. Pero no dio resultado. Necesitaba alivio. Aunque sólo fuera un segundo. Tenía que conseguir que parase de una vez. Pero el asiático parecía de piedra. Seguía mirándome con aquellos ojos huecos. La presión en la cabeza aumentó. No podía articular palabra. Aunque estaba dispuesto a decirle lo que deseaba saber, se me había cerrado la garganta. Y él lo sabía.

Tenía que escapar a aquel dolor. No podía pensar en otra cosa. ¿Cómo escapar al dolor? Era como si todo mi ser se concentrase y

convergiere en aquel haz de nervios del brazo. Me ardía todo el cuerpo, aumentaba la presión intracraneal.

Cuando sólo faltaban unos segundos para que me estallase la cabeza, aflojó de pronto la presión. Volví a jadear, pero esta vez de alivio. Sin embargo, duró poco. Igual que una serpiente, hizo bajar la mano reptando hacia mi bajo vientre y se detuvo.

—¿Qué hacías en el parque?

Quise pensar, traté de imaginar una mentira plausible. Pero no me dio tiempo. Apretó con fuerza y volvió el dolor, peor aún que antes. Uno de sus dedos me traspasaba el hígado como una bayoneta. Comencé a rebelarme contra las sujeciones. Abrí la boca en un grito silencioso.

Sacudí con fuerza la cabeza hacia delante y hacia atrás, como un látigo. Y, mientras me entregaba a aquel movimiento, vi de pronto la nuca del conductor. La furgoneta se había parado, probablemente por un semáforo. El conductor miraba al frente, con la mirada fija en la calzada, supuse. Todo ocurrió muy aprisa.

Vi que el conductor volvía la cabeza hacia la puerta como si acabase de oír un ruido. Pero ya era tarde. Algo le había alcanzado la parte lateral del cráneo. Se derrumbó como un patito de tiro al blanco. Se abrieron las puertas delanteras de la furgoneta.

—¡Manos arriba!

Aparecieron las armas. Eran dos. Apuntaban a la parte trasera del vehículo. El asiático me soltó. Yo estaba boca arriba desplomado, era incapaz de moverme.

Detrás de las armas vi dos rostros familiares y casi grité de alegría.

Tyrese y Brutus.

Uno de los tipos blancos inició un movimiento. Tyrese le descerrajó un tiro con la más absoluta naturalidad. Le estalló en el pecho. Se derrumbó con los ojos abiertos. Muerto. De eso no cabía duda. En la parte delantera, el conductor emitió un gruñido. Estaba

volviendo en sí. Brutus le propinó un codazo en la cara. El conductor volvió a quedar sumido en el silencio.

El otro blanco tenía las manos levantadas. Mi torturador asiático seguía imperturbable. Lo miraba todo como a distancia, sin levantar ni bajar las manos. Brutus ocupó el asiento del conductor y puso la furgoneta en marcha. Tyrese seguía apuntando al asiático con el arma.

—Suéltalo —le ordenó Tyrese.

El blanco miró al asiático y éste asintió con la cabeza. El blanco me quitó las sujeciones. Intenté sentarme. Tenía la sensación de que dentro de mí se había roto algo y que las esquirlas se me estaban clavando en el tejido.

—¿Está bien? —me preguntó Tyrese.

Asentí con mucho trabajo.

—¿Quiere que me los cargue?

Me volví al tipo blanco, que todavía respiraba.

—¿Quién te ha contratado?

El muchacho desvió los ojos hacia el asiático. Yo hice lo mismo.

—¿Quién te ha contratado? —repetí.

El asiático sonrió finalmente, aunque su mirada permaneció inalterable. Y entonces, una vez más, todo ocurrió muy aprisa.

No llegué a ver el movimiento de su mano, pero de pronto noté que el asiático me tenía agarrado por el cogote. Y sin hacer el más mínimo esfuerzo, me lanzó contra Tyrese. Realmente me sentí volar y, ya en el aire, agité las piernas como queriendo frenarme. Aunque Tyrese me vio llegar, no consiguió esquivarme. Caí sobre él. Quise ponerme rápidamente de pie pero, cuando conseguimos reaccionar, el asiático ya había tenido tiempo de huir por la puerta lateral de la furgoneta.

Había desaparecido.

—¡Jodido Bruce Lee anabolizado! —exclamó Tyrese.

Asentí con la cabeza.

El conductor volvía a moverse. Cuando Brutus ya estaba preparando el puño, Tyrese lo detuvo con un gesto.

—Ese par no sabe nada —me dijo.

—Lo sé.

—¿Qué hacemos? ¿Los liquidamos o los soltamos?

Lo dijo sin darle importancia, como si lo decidiese a cara o cruz.

—Que se vayan —contesté.

Brutus buscó una calle tranquila, seguramente en el Bronx, no estoy seguro. El tipo que todavía respiraba se fue por su propio pie. Brutus tiró del vehículo al muerto y al conductor como quien saca la basura del día anterior. Volvimos a ponernos en marcha. Durante unos minutos nadie dijo nada.

Tyrese entrelazó las manos bajo la nuca y se recostó.

—Menos mal que no estábamos lejos, ¿eh, doc?

Asentí con un gesto a lo que pensé era el eufemismo del milenio.

32

Los archivos de las autopsias antiguas se guardaban en un almacén de Layton, en Nueva Jersey, no lejos de la frontera con Pensilvania. El agente especial Nick Carlson llegó solo. Le gustaban muy poco aquel tipo de almacenes. Le ponían los pelos de punta. Abiertos las veinticuatro horas del día, y sin vigilancia, sólo tenían una simbólica cámara de seguridad en la entrada. Sólo Dios sabía qué guardaban aquellas enormes cajas de cemento cerradas con candado. Carlson sabía que muchas contenían drogas, dinero y contrabando de todo tipo. Pero aquello no le preocupaba demasiado. Recordaba, sin embargo, el caso de un ejecutivo del petróleo al que secuestraron unos años atrás; lo habían embalado y almacenado en una de aquellas cajas. El ejecutivo en cuestión había muerto asfixiado. Carlson estaba presente cuando lo encontraron. Desde entonces siempre imaginaba que allí dentro podía haber personas vivas, esas que desaparecen sin explicación, a pocos metros del lugar donde se encontraban, encadenadas en la oscuridad, luchando por librarse de la mordaza.

La gente suele comentar que este mundo está enfermo. Pero no tienen ni idea.

Timothy Harper, el médico forense del condado, salió de una especie de garaje con un gran sobre de papel manila en la mano atado con un cordel. Tendió a Carlson el informe de la autopsia de Elizabeth Beck.

—Tendrá que firmar el recibo —dijo Harper.

Carlson firmó el documento.

—¿No le dijo Beck por qué quería ver el informe? —preguntó Carlson.

—Habló de que era un marido apesadumbrado, dijo algo sobre que tenía poco tiempo, pero aparte de eso...

Harper se encogió de hombros.

—¿Le preguntó algo más sobre el caso?

—Nada especial.

—¿Y qué hay de lo que no es especial?

Harper reflexionó un momento.

—Me preguntó si recordaba quién había identificado el cadáver.

—¿Lo recordaba?

—Al principio, no.

—¿Quién lo identificó?

—Su padre. También me preguntó cuánto rato tardó.

—¿Cuánto rato tardó qué?

—En hacer la identificación.

—No comprendo.

—Tampoco yo lo entendí, francamente. Al parecer, quería saber si el padre de la chica había hecho la identificación de inmediato o si había tardado unos minutos.

—¿Por qué querría saber eso?

—No tengo ni idea.

Carlson intentó buscarle algún sentido a aquello, pero no lo encontró.

—¿Y usted qué le respondió?

—Le respondí la verdad. De hecho, no lo recuerdo. Supongo que haría la identificación en el tiempo habitual, de otro modo lo habría recordado.

—¿Algo más?

—No, en realidad, no —dijo—. Mire usted, si ya hemos terminado, me están esperando un par de chicos que han empotrado un Civic contra un poste de teléfonos.

Carlson cogió el sobre con el informe.

—Sí —dijo—. Hemos terminado. ¿Si necesito volver a hablar con usted?

—Me encontrará en mi despacho.

Peter Flannery, abogado, rezaba el estarcido en oro viejo del vidrio granulado de la puerta. En dicho vidrio había un agujero del tamaño de un puño. Alguien lo había querido disimular con cinta adhesiva gris. La cinta estaba sucia.

Manténía la visera de la gorra baja. Después de mi terrible experiencia con el asiático, las tripas me dolían. Habíamos oído mi nombre a través de la emisora de radio que promete el mundo a cambio de veintidós minutos. Oficialmente, la policía me buscaba.

Costaba acomodar mi antiguo cerebro a la situación. Tenía serias dificultades y, sin embargo, todo me parecía extrañamente lejano, como si no me ocurriera a mí sino a alguien con quien estaba de alguna manera emparentado. Yo, la persona que estaba ahí, en realidad tenía poca importancia. Porque yo no tenía más que un solo objetivo: encontrar a Elizabeth. Lo demás eran pamplinas.

Tyrese estaba junto a mí. En la sala de espera había media docena de personas. Dos llevaban complicados aparatos ortopédicos en el cuello. Otro hombre llevaba un pájaro enjaulado. No entendí por qué. Nadie se molestó en mirarnos, como si tras sopesar el esfuerzo de desviar los ojos hacia nosotros hubieran decidido que no valía la pena.

La recepcionista, que lucía una espantosa peluca nos miró como si acabásemos de salir de la nada.

Pregunté por Peter Flannery.

—Está con un cliente —la frase no fue como un portazo en las narices, pero poco le faltó.

Tyrese tomó las riendas. Con la ligereza de manos de un prestidigitador, hizo aparecer un fajo de billetes del grosor de mi muñeca.

—Dígale que le daremos un buen anticipo —y con una sonrisa astuta, añadió—: Y lo mismo le digo a usted. Tenemos que verlo enseguida.

Dos minutos después nos hacían pasar al sanctasanctórum del señor Flannery. El despacho olía a humo de puro y a Lemon Pledge. Habían teñido de oscuro los muebles, como esos que venden en Kmart o Bradlees; eran de imitación roble y caoba y daban el pego como un tupé en Las Vegas. De las paredes no colgaban títulos universitarios como los que suelen exhibir algunos farsantes cretinos para epatar a la gente fácilmente. Había uno que atestiguaba que Flannery pertenecía a la Asociación Internacional de Catadores de Vino y otro muy historiado que certificaba que en 1996 había asistido a un Congreso Jurídico en Long Island. ¡Vaya trofeos! Unas fotos descoloridas por el sol mostraban a un Flannery más joven con una gente que supuse eran celebridades o políticos locales, pero nadie que yo reconociese. Detrás de la mesa, adornaba un lugar privilegiado una foto con marco de imitación madera de un doble de golf.

—Por favor —dijo Flannery haciendo un gesto amplio con la mano—, tomen asiento, caballeros.

Me senté. Tyrese siguió de pie con los brazos cruzados, apoyado en la pared del fondo.

—Ustedes dirán —dijo Flannery, alargando las palabras como si fueran goma de mascar—, ¿en qué puedo servirles?

Peter Flannery tenía aspecto de atleta envejecido. Sus rizos, en otro tiempo dorados, se habían vuelto más escasos. Sus rasgos eran maleables. Llevaba un traje a rayas de tres piezas, de los que hacía tiempo que no veía, y el chaleco tenía incluso bolsillo para el reloj, que llevaba sujeto con una cadena de oro falso.

—He venido a hacerle unas preguntas sobre un caso antiguo —dije.

Me apuntó con unos ojos que todavía conservaban el azul frío de la juventud. Descubrí en la mesa una foto de Flannery con una

mujer regordeta y una niña de unos catorce años sumida en una torpe adolescencia. Todos sonreían, pero percibí en ellos también esa crispación del que espera un golpe.

—¿Un caso antiguo? —repitió.

—Hace ocho años mi esposa le hizo una visita. Quisiera saber qué quería.

Los ojos de Flannery saltaron a Tyrese. Éste seguía con los brazos cruzados y de él se veía poco más que las gafas de sol.

—No comprendo. ¿Se trata de un divorcio?

—No —dije.

—Entonces... —levantó las manos y se encogió de hombros en un gesto como de me-gustaría-ayudar-pero...—. Existe la confidencialidad abogado-cliente. No veo en qué podría serle útil.

—No creo que ella fuera una cliente.

—Usted me confunde, señor... —se quedó a la espera de que yo colmase la laguna.

—Beck —dije yo—, y llámeme doctor en lugar de señor.

Se le aflojó la papada al oír mi nombre. Me pregunté si habría oído las noticias, aunque no pensé que fuera por eso.

—El nombre de mi mujer es Elizabeth.

Flannery no dijo nada.

—La recuerda ¿verdad?

Volvió a mirar a Tyrese.

—¿Era una clienta, señor Flannery?

Carraspeó.

—No —dijo—, no era una clienta.

—Pero recuerda haberla visto.

Flannery se removió en su asiento.

—Sí.

—¿De qué hablaron?

—Ha pasado mucho tiempo, doctor Beck.

—¿Va a decirme que no lo recuerda?

No respondió directamente a la pregunta.

—Su esposa fue asesinada, ¿verdad? —preguntó—. Recuerdo que dijeron algo al respecto en las noticias.

Traté de que no se apartara del tema.

—¿A qué vino aquí mi esposa, señor Flannery?

—Soy abogado —contestó y fue casi como si la palabra le reventara el pecho.

—Pero no el de ella.

—Aun así —dijo como tratando de conseguir una ventaja—, necesito que remuneren mi dedicación —tosió tapándose la boca—. Usted habló antes de un anticipo.

Miré por encima del hombro, pero Tyrese ya se había puesto en movimiento. Había sacado el fajo de billetes y estaba contando. Puso tres Ben Franklins sobre la mesa, fulminó a Flannery con la mirada a través de las gafas de sol y retrocedió a su sitio.

Flannery miró el dinero, pero no lo tocó. Juntó las yemas de los dedos y, después, las palmas de las manos.

—Suponga que me niego a darle información.

—No veo por qué —dije—. Su trato con ella no fue confidencial, ¿verdad?

—No me refería a eso —respondió Flannery, fijando en mí sus ojos y titubeando—. ¿Quería usted a su esposa, doctor Beck?

—Muchísimo.

—¿Se ha vuelto a casar?

—No —dije—. Pero ¿qué tiene esto que ver con el asunto?

Se recostó en la silla.

—Váyase, por favor —dijo—. Coja su dinero y váyase.

—Es importante, señor Flannery.

—No entiendo por qué. Hace ocho años que está muerta. Su asesino está en el corredor de la muerte.

—¿Qué es lo que no se atreve a decirme? —pregunté.

Flannery no respondió enseguida. Tyrese volvió a despegarse de la pared y se acercó a la mesa. Flannery lo miró y me sorprendió con un suspiro de cansancio:

—Oiga —le dijo a Tyrese—, déjese de posturitas, ¿quiere? He representado a psicópatas y usted a su lado parece Mary Poppins.

Por un momento creí que Tyrese iba a responderle, pero eso no habría ayudado. Pronuncié su nombre, me miró y negué con la cabeza. Tyrese se hizo atrás. Flannery se estaba pellizcando el labio inferior. Le dejé hacer. Yo podía esperar.

—No querrá saber la verdad —me dijo un momento después.

—Sí, quiero saber la verdad.

—Esto no le devolverá a su mujer.

—Tal vez sí —dije.

Aquello despertó su atención. Frunció el ceño, pero algo se había suavizado.

—Por favor —insistí.

Hizo girar el sillón hacia un lado y lo inclinó hacia atrás al tiempo que fijaba la mirada en las persianas de la ventana, amarillentas y costrosas desde los tiempos de las escuchas del Watergate. Enlazó las manos y las dejó descansar sobre la barriga. Observé cómo subían y bajaban las manos al compás de la respiración.

—Yo era abogado de oficio en aquel entonces —empezó—. ¿Sabe de qué le hablo?

—Sí, defendía a los indigentes —dije.

—Más o menos. Los derechos Miranda. Dicen que uno tiene derecho a dejarse aconsejar por un abogado siempre que pueda pagarlo. Yo soy el tipo que acude cuando no puedes hacerlo.

Asentí, pero él seguía mirando las persianas.

—En cualquier caso, me asignaron uno de los juicios por asesinato más importantes del estado.

Sentí que en mi estómago hormigueaba una cosa muy fría.

—¿Cuál? —pregunté.

—El de Brandon Scope, el hijo del multimillonario. ¿Recuerda el caso?

Me quedé helado. Casi no podía respirar. Por algo me había resultado familiar el nombre de Flannery. Brandon Scope. A punto

estuve de negar con el gesto, no porque no recordase el caso sino porque habría preferido oír cualquier nombre menos aquél.

Para dejar claras las cosas, déjenme contarles lo que dijeron los periódicos. Brandon Scope, de treinta y tres años de edad, había sido objeto de robo y asesinato hacía ocho años. Sí, ocho años. Unos dos meses antes de que fuera asesinada Elizabeth. Le dispararon dos tiros y arrojaron su cadáver en unos edificios en construcción del barrio de Harlem. Le robaron el dinero que llevaba encima. Los medios de comunicación se explayaron a fondo. Se habló mucho del trabajo benéfico de Brandon Scope, de lo mucho que ayudaba a los niños de la calle, de cómo eligió trabajar con los pobres en lugar de ocuparse de la multinacional de papá. En fin, ese tipo de música. Fue uno de aquellos asesinatos que «estremecen a una nación» y condujo a multitud de insinuaciones y a mesarse mucho los cabellos. Se había instituido una fundación benéfica con el nombre del joven Scope. Mi hermana, Linda, se encarga de su dirección. Es increíble la cantidad de obras buenas que lleva a cabo.

—Lo recuerdo —dije en voz baja.

—¿Recuerda que hubo una detención?

—Un niño de la calle —dije—. Uno de los niños a los que ayudaba, ¿verdad?

—Sí. Detuvieron a Helio González, que entonces tenía veintidós años. Estaba alojado en Barker House, en Harlem. Su historial le habría permitido entrar en el Salón de los Personajes Ilustres: robo a mano armada, incendio provocado, asalto, un angelito el tal señor González.

Noté la boca seca.

—Pero hubo que retirar las acusaciones, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. En realidad, no eran muchas. Había huellas dactilares tuyas en el escenario del crimen, pero también las de muchas personas más. También encontraron cabellos de Scope e incluso una mancha de sangre compatible con la de Scope donde vivía González. Pero Scope había estado en el sitio con anterioridad.

Habríamos podido alegar fácilmente que aquello explicaba las huellas. A pesar de todo, esto ya justificaba de por sí la detención y los polis estaban seguros de que todavía saldría algo más.

—¿Qué ocurrió, pues? —pregunté.

Flannery seguía sin mirarme. Aquello no me gustaba ni pizca. Flannery era uno de esos tipos que viven inmersos en el mundo de Willy Loman, un mundo donde abundan los zapatos brillantes y el contacto visual. Conocía al tipo. No quería saber nada de esa clase de gente, pero la conocía.

—La policía estableció la hora de la muerte de manera fiable —prosiguió—. El forense pudo hacer la lectura de la temperatura del hígado. Scope había sido asesinado a las once. La hora podía variar media hora arriba o abajo pero era bastante aproximada.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué tiene que ver todo esto con mi mujer?

Volvió a juntar las yemas de los dedos.

—Tengo entendido que su esposa también se ocupaba de los pobres —dijo—. Compartía el despacho con la víctima, para ser más exactos.

No sabía dónde quería ir a parar con todo aquello, lo que sí sabía era que no me iba a gustar. Durante unos segundos llegué a pensar si Flannery tendría razón, si sería verdad que yo no quería oír lo que iba a decirme, si no habría sido mejor que me levantara y me olvidara totalmente del asunto. Pero lo que dije fue:

—¿Y bien?

—Es una causa noble —dijo con un leve gesto de la cabeza—. Me refiero a proteger a los desvalidos.

—Me alegra que lo crea así.

—Por eso me metí en Derecho. Para ayudar a los pobres.

Tragué bilis y me erguí ligeramente.

—¿Le importaría decirme qué tiene que ver mi mujer con todo lo que me está contando?

—Pudo conseguir la libertad gracias a ella.

—¿Quién?

—Mi cliente. Helio González. Su esposa consiguió su libertad.

—¿Cómo? —dije, frunciendo el ceño.

—Le proporcionó una coartada.

Se me paralizó el corazón. Se me paralizaron los pulmones. A punto estuve de golpearme el pecho para que toda la maquinaria de mi interior volviera a ponerse en marcha.

—¿Cómo? —repetí.

—¿Se refiere a qué tipo de coartada?

Asentí con un gesto vago, pero él no me miraba. Conseguí articular un sí.

—Muy sencillo —dijo—. Ella y Helio estaban juntos a aquella hora.

Sentí que mi mente se perdía a la deriva, sin salvavidas a la vista.

—Nunca leí nada de eso en los periódicos —dije.

—Se silenció.

—¿Por qué?

—En primer lugar, a petición de su esposa. Y por otra parte, la oficina del fiscal del distrito no quería dar más publicidad a la detención errónea que había practicado. Debido a esto, todo se hizo procurando armar el menor ruido posible. Aparte de que... había problemas con el testimonio de su esposa.

—¿Qué clase de problemas?

—En un primer momento había mentido.

Más desazón. Me hundí hasta un lugar muy hondo. Pero volví a la superficie. Seguía debatiéndome.

—¿De qué está hablando?

—Su esposa había declarado que, en el momento en que se cometió el asesinato, ella estaba asesorando a González en el despacho de la institución benéfica. Pero eso no se lo tragó nadie.

—¿Por qué?

Levantó una ceja en gesto de escepticismo.

—¿Asesoramiento a las once de la noche?

Asentí atontado.

—Por lo tanto, como abogado del señor González, recordé a su esposa que la policía comprobaría su coartada. Y que, entre otras cosas, en las oficinas de la institución benéfica donde trabajaba había cámaras de seguridad y que habría cintas que habían filmado todas las idas y venidas. Entonces fue cuando habló con claridad.

Se calló.

—Continúe —dije.

—Es bastante evidente, ¿no le parece?

—Aun así, continúe.

Flannery se encogió de hombros.

—Supongo que quería ahorrarse... y ahorrarle a usted, la vergüenza. Por eso insistió en que se llevara el asunto con absoluto secreto. Ella estaba en casa de González, doctor Beck. Hacía dos meses que se acostaban juntos.

No reaccioné. Nadie dijo nada. Oí un pájaro que graznaba a lo lejos. Seguramente el de la sala de espera. Me levanté. Tyrese retrocedió un paso.

—Gracias por el tiempo que me ha dedicado —dije con la voz más tranquila de este mundo.

Flannery asintió, mirando las persianas.

—No es verdad —le dije.

No respondió. Pero esta vez yo tampoco había esperado que lo hiciera.

33

Carlson estaba sentado en el coche. Su corbata seguía impecablemente anudada. Su chaqueta colgaba de una percha de madera en el asiento de atrás. El aire acondicionado soplaba con fuerza y denuedo. Carlson leyó el sobre de la autopsia: Elizabeth Beck, expediente 94-87002. Desató el cordel con los dedos. Abrió el sobre. Sacó su contenido y lo extendió en el asiento de al lado.

¿Qué habría querido averiguar el doctor Beck?

Stone ya le había dado la respuesta: Beck quería saber si había algo que podía incriminarlo. Esto encajaba con sus primeras teorías, al fin y al cabo el propio Carlson había sido el primero en poner en duda la versión aceptada del asesinato de Elizabeth Beck. Él había sido el primero en creer que aquel asesinato no era lo que parecía y que quien lo había planeado, en realidad, había sido el doctor David Beck, el marido.

Pero ¿por qué ya no aceptaba aquella versión?

Había analizado con máxima atención las lagunas que se perfilaban en aquella teoría, pero Stone las había rellenado de forma convincente. En todos los casos había lagunas. Carlson lo sabía. En todos los casos había incongruencias. Y si no aparecían era porque se había pasado algo por alto.

¿Por qué, pues, ahora tenía dudas con respecto a la culpabilidad de Beck?

Tal vez tenía que ver con que ahora el caso se convirtiese en algo demasiado perfecto, que de pronto todas las pruebas se pusieran en fila para corroborar su teoría. O quizá porque sus dudas

se basaban en algo tan poco fiable como la «intuición», pese a que Carlson nunca había sido partidario de ese aspecto particular de la labor investigadora. La intuición solía suavizar los ángulos, una técnica excelente para sustituir pruebas y hechos evidentes por algo mucho más escurridizo y caprichoso. Carlson sabía que los peores detectives eran los que confiaban en la llamada intuición.

Cogió la primera hoja. Información general. Elizabeth Parker Beck. Su dirección, su fecha de nacimiento (tenía veinticinco años al morir), mujer caucásica, altura ciento sesenta y nueve centímetros, peso cuarenta y cuatro kilos y medio. Complexión delgada. El examen externo reveló que el *rigor mortis* se había atenuado. Las ampollas de la piel rezumaban líquido a través de los orificios. Esto situaba a más de tres días el momento de la muerte. La causa de la muerte era una herida de arma blanca en el pecho. La razón de la muerte era pérdida de sangre y hemorragia masiva de la aorta derecha. También tenía cortes en manos y dedos, en teoría porque había querido defenderse de un ataque con arma blanca.

Carlson sacó un bloc y su pluma Mont Blanc. Escribió: «¿¿¿Heridas de arma blanca en las manos?!?!». Y subrayó repetidas veces las palabras. Heridas defensivas. No era el estilo de KillRoy. KillRoy torturaba a sus víctimas. Las ataba con una cuerda, hacía con ellas lo que quería y, cuando había llegado tan lejos que ya no valía la pena seguir, las mataba.

¿Por qué, pues, heridas en las manos?

Carlson siguió leyendo. Pasó por encima el color del cabello y de los ojos y, cuando ya iba por la mitad de la segunda página, encontró otro dato horripilante.

Elizabeth Beck había sido marcada *post mórtem*.

Carlson leyó de nuevo. Sacó el libro de notas y garrapateó la palabra *post mórtem*. No era lo normal. KillRoy siempre había marcado a sus víctimas mientras todavía estaban con vida. Se había hablado mucho en el juicio de que disfrutaba con el olor a

carne quemada, de que le encantaban los alaridos de sus víctimas en el momento de socarrarles la piel.

En primer lugar, las heridas en las manos. Y ahora esto. Había algo que no encajaba.

Carlson se quitó las gafas y cerró los ojos. Confusión, se dijo para sí. La confusión lo desorientaba. Cabía esperar algunas lagunas en la lógica del caso, pero esto eran auténticos lagos. Por otra parte, la autopsia venía a corroborar su hipótesis inicial: el asesinato de Elizabeth Beck se había presentado de manera que pareciese obra de KillRoy. Sin embargo, de ser verdad, la teoría comenzaba a desmontarse.

Trató de revisarla paso a paso. En primer lugar, ¿por qué Beck tenía tanto interés en ver aquel informe? Considerando las cosas de una manera superficial, la respuesta parecía obvia. Cualquiera que viese los resultados advertiría al momento que era muy probable que KillRoy no hubiera asesinado a Elizabeth Beck. A pesar de todo, tampoco podía darse por sentado que fuera así. Pese a las cosas que se leen, los asesinos en serie no suelen tener unos hábitos establecidos. Podía ser que KillRoy hubiera modificado su *modus operandi* o querido diversificarlo. Pese a todo, lo que leyó Carlson bastaba para hacerle reflexionar.

Todo esto, sin embargo, suscitaba la gran pregunta: ¿por qué nadie había reparado en su momento en aquellas evidentes incongruencias?

Carlson quiso barajar todas las posibilidades. A KillRoy no se le había juzgado nunca por el asesinato de Elizabeth Beck. Las razones de que hubiera sido así estaban ahora muy claras. Tal vez los detectives habían sospechado la verdad. Tal vez habían advertido que Elizabeth Beck no encajaba en el cuadro general pero que, divulgar este hecho, no haría más que contribuir a la defensa de KillRoy. El problema que plantea el juicio de un asesino en serie es que hay que echar unas redes tan grandes que es fácil que se cuele por ellas algún pececillo. Todo lo que tiene que hacer la

defensa es apartar un caso, buscar las discrepancias que puede haber con un asesinato y ¡patapam! todos los demás casos quedan inmediatamente tocados por la asociación. Por consiguiente, si no media una confesión, rara vez se juzga enseguida al asesino por todos los asesinatos que ha podido cometer. Se procede paso a paso. Es probable que los detectives, al seguir el procedimiento, quisiesen pasar por alto el asesinato de Elizabeth Beck.

Sin embargo, aquella versión también tenía sus problemas.

El padre y el tío de Elizabeth Beck, dos hombres comprometidos con el deber del cumplimiento de la ley, habían visto el cadáver. Era probable, además, que también hubieran visto el informe de la autopsia. ¿No se habrían planteado ninguna duda ante las incongruencias que presentaba? ¿Habrían dejado que el asesino quedara impune con tal de que KillRoy fuera condenado? Carlson lo dudaba.

Así pues, ¿en qué situación quedaba él?

Continuó revisando el expediente y tropezó con otra sorpresa. El aire acondicionado del coche lo había dejado helado, el frío había calado hasta sus huesos. Carlson bajó el cristal de una ventana y sacó la llave del contacto. En la parte superior de la hoja decía: Informe de Toxicología. Según las pruebas, en la sangre de Elizabeth Beck se había encontrado cocaína y heroína. También se habían encontrado restos de estas sustancias en el cabello y ropa de la víctima, lo que indicaba que su uso no era algo esporádico.

¿Encajaba esto en el cuadro general?

Lo estaba sopesando cuando sonó el móvil. Contestó.

—Carlson —dijo.

—Hay novedades —dijo Stone.

Carlson dejó el informe.

—¿Qué?

—Beck. Ha encargado un pasaje a Londres desde el JFK. Sale dentro de dos horas.

—Voy para allá.

Tyrese, al salir, me puso una mano en el hombro.

—Putas —dijo por enésima vez—. No son de fiar.

No me molesté en contestarle.

En un primer momento me sorprendió que Tyrese hubiese podido localizar tan rápidamente a Helio González, pero la red callejera estaba tan desarrollada como cualquier otra. Si uno pide a un ejecutivo de Morgan Stanley que busque un homólogo suyo en Goldman Sachs seguro que lo encuentra en pocos minutos. Pídanme que envíe un paciente a cualquier otro médico del Estado y la gestión se reducirá a una llamada telefónica. ¿Por qué ha de ocurrir de otro modo con los delincuentes que andan sueltos por la calle?

Helio acababa de quedar en libertad después de un periodo de cuatro años en el norte del Estado por robo a mano armada. Su aspecto lo proclamaba a los cuatro vientos. Gafas de sol, un trapo atado a la cabeza, camiseta blanca debajo de una camisa de franela que sólo tenía abrochado el botón de arriba a la manera de una capa o de las alas de un murciélago. Llevaba arremangadas las mangas de la camisa, que dejaban al descubierto los tatuajes del antebrazo y resaltaban los músculos que había debajo, esos músculos que revelan de manera inequívoca la estancia en la cárcel, esa calidad lisa y marmórea tan diferente de la de los gimnasios.

Nos sentamos en la entrada de un edificio de Queens. No podría decir exactamente dónde. Se oía un fondo rítmico latino cuyo golpeteo me resonaba en el pecho. Deambulaban por la calle mujeres de oscura cabellera con tops de tirantes finos demasiado ceñidos. Tyrese me hizo un ademán. Me volví hacia Helio. Me miraba con sonrisa afectada. Tragué saliva y mi cerebro me dictó una única palabra: escoria. Escoria inalcanzable y cruel. Bastaba mirarlo para saber que aún le quedaba mucha destrucción por

sembrar a su paso. Lo único que restaba por precisar era en qué cantidad. Sabía que mi actitud no era caritativa y que, de tener que juzgar por las apariencias, lo mismo podía decirse de Tyrese. En fin, no importaba. Seguramente Elizabeth creía en la redención de seres endurecidos por la vida en la calle o con la moral anestesiada. Yo no lo tenía tan claro.

—Hace algunos años que te detuvieron por el asesinato de Brandon Scope —comencé—. Sé que quedaste en libertad y no quiero causarte problemas. Pero me gustaría que me dijeras la verdad.

Helio se sacó las gafas de sol. Lanzó una mirada a Tyrese.

—¿Me has traído a un poli?

—Yo no soy un poli —dije—. Soy el marido de Elizabeth Beck. Esperaba una reacción. No la hubo.

—La mujer que te proporcionó la coartada.

—Sé quién es.

—¿Estaba contigo aquella noche?

Helio se tomó un tiempo antes de contestar.

—Sí —dijo con una sonrisa lenta que dejó al descubierto sus dientes amarillentos—. Estuvo conmigo toda la noche.

—Mientes —dije.

Helio volvió a mirar a Tyrese.

—Oye tío, ¿qué le pasa a éste?

—Sé que no estuviste con ella.

Se quedó sorprendido.

—Pero ¿se puede saber qué pasa aquí?

—Necesito que me confirmes una cosa.

Helio se quedó a la espera.

—¿Estabas con mi mujer aquella noche? ¿Sí o no?

—¿Qué quieres que diga, tío?

—La verdad.

—¿Y si la verdad fuera que ella estuvo conmigo toda la noche?

—No es verdad —contesté.

—¿Por qué estás tan seguro?

Tyrese intervino:

—Anda, dile lo que quiere saber.

Helio volvió a concederse un momento de espera.

—La verdad es lo que ella dijo. Me la tiré, ¿está claro? Lo siento, tío, pero es así. Estuvimos toda la noche dale que te pego.

Miré a Tyrese.

—Déjanos un momento, ¿quieres?

Tyrese asintió. Se levantó y se fue al coche. Se quedó apoyado en la puerta lateral con los brazos cruzados. Brutus estaba a su lado. Miré a Helio.

—¿Dónde conociste a mi mujer?

—En el centro.

—Ella quería ayudarte, ¿verdad?

Se encogió de hombros, pero sin mirarme.

—¿Conocías a Brandon Scope?

Una sombra de algo que podía ser miedo cruzó su cara.

—Oye, yo me voy —dijo.

—Aquí no estamos más que tú y yo, Helio. Estoy en tus manos.

—¿Lo que usted busca es que niegue mi coartada?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque hay alguien que mata a todo aquel que está relacionado con lo que le ocurrió a Brandon Scope. Anoche mataron a la amiga de mi mujer en su estudio. Hoy me han cogido a mí y si estoy aquí es gracias a Tyrese. También quieren matar a mi mujer.

—Creía que había muerto.

—Es largo de contar, Helio. Pero eso es lo que hay. Como no me entere de lo que ocurrió realmente, nos matarán a todos.

No sabía muy bien si era realidad o hipérbole. En cualquier caso, me tenía sin cuidado.

—¿Dónde estabas tú aquella noche? —insistí.

—Con ella.

—Puedo demostrar que no es verdad —dije.

—¿Cómo?

—Mi mujer estaba en Atlantic City. Tengo los informes de las acusaciones. Puedo demostrarlo. Si quiero, pulverizo tu coartada, Helio. Y lo haré. Sé que tú no mataste a Brandon Scope. O sea que tienes que ayudarme. Dejaré que te liquiden si no me dices la verdad.

Era un farol. No era más que un mayúsculo farol. Vi, sin embargo, que le había hecho mella.

—Dime la verdad y seguirás libre —dije.

—Yo no maté a ese tipo, te lo juro, tío.

—Lo sé —repetí.

Se quedó meditando.

—No sé por qué ella hizo lo que hizo, ¿comprende?

Asentí procurando que siguiera charlando.

—Aquella noche robé en una casa de Fort Lee. O sea que no tenía coartada. Me habrían hundido. Menos mal que ella me salvó.

—¿Le preguntaste por qué lo había hecho?

Negó con un gesto de cabeza.

—Pero la dejé hacer. Mi abogado me contó lo que ella había dicho. Y yo lo confirmé. Y me soltaron al momento.

—¿Viste a mi mujer otra vez?

—No —dijo levantando los ojos—. Oye, ¿por qué estás tan seguro de que tu mujer no te timaba?

—La conozco.

Sonrió.

—¿Y crees que nunca te ha mentado?

No respondí.

Helio se levantó.

—Di a Tyrese que me debe una.

Sonrió, dio media vuelta y se alejó.

34

No llevaba equipaje. Había sacado un tique para registrarse a través de una máquina y no de una persona. Esperó en una terminal próxima con los ojos fijos en la pantalla de salidas para ver cuanto antes el anuncio del vuelo y acudir enseguida a la puerta de embarque.

Sentada en una silla de plástico moldeado, dejó vagar la mirada por las pistas. Un televisor emitía los destellos de un programa de la CNN: «A continuación, deportes». Tenía la mente en blanco. Cinco años antes había pasado una temporada en la India en un pueblecito de las afueras de Goa. Aunque era un lugar perdido, en el pueblo reinaba gran actividad porque en él vivía un yogui que tenía cien años. Había pasado muchos ratos en su compañía y él había procurado enseñarle diversas técnicas, entre ellas la meditación, la respiración pranayama, la purificación mental. Sin embargo, no había asimilado ninguna y tenía momentos en que se sumía en la negrura. En cualquier caso, cada vez con mayor frecuencia, allí donde iba cuando se hundía, estaba Beck.

Luego pensó en ella. De hecho, no tenía opción. Obraba por instinto de conservación. Y conservación significaba huir. Se había metido en un lío y ahora volvía a huir dejando que otros lavaran los platos sucios. A pesar de todo, ¿qué otra cosa podía hacer? Andaban tras ella. Aunque había tomado precauciones, seguían vigilándola. Ocho años después.

Un niño se dirigió torpemente al cristal de la ventana y lo golpeó con aire feliz. Su padre acudió presuroso a su lado y lo cogió en

brazos riendo. Al mirarlos, dejó vagar sus pensamientos y no pudo por menos de pensar en lo que podía haber sido su vida. A su lado tenía una pareja de edad avanzada que charlaba cordialmente sin hablar de nada en particular. Cuando ella y Beck eran adolescentes, solían observar al señor y la señora Steinberg, que todas las noches, sin faltar una, paseaban por Downing Place cogidos del brazo, mucho después de que sus hijos se hubieran hecho mayores y hubieran volado del nido. Sus vidas también serían así, le había prometido Beck. La señora Steinberg murió a los ochenta y dos años. El señor Steinberg, que había tenido siempre una salud de hierro, la siguió cuatro meses después. Dicen que suele ocurrir con los viejos porque, parafraseando a Springsteen, sus dos corazones se convierten en uno solo. Cuando muere uno, le sigue el otro. ¿Fue eso lo que pudo haberles ocurrido a ella y a David? Ellos no habían estado sesenta y un años juntos como los Steinberg pero, considerando las circunstancias en términos relativos, si se dice que apenas se conservan recuerdos de la propia vida anteriores a los cinco años y teniendo en cuenta que ella y Beck habían sido inseparables desde los siete y que ninguno de los dos podía desenterrar ningún recuerdo sin encontrar al otro en él, y considerando todo el tiempo que habían pasado juntos no ya en años sino en promedios de vida, podía decirse que su relación era incluso más estrecha que la de los Steinberg.

Se volvió a mirar la pantalla. Junto al anuncio del vuelo 174 de British Airways comenzó a parpadear la palabra «embarque».

Estaban anunciando su vuelo.

Carlson y Stone, acompañados de sus colegas locales Dimonte y Krinsky, estaban ante el mostrador de reservas de British Airways.

—No ha aparecido —les dijo la encargada de las reservas, uniformada de blanco y azul con un pañuelito en el cuello, un bellissimo acento y una tarjetita con su nombre, Emily.

Dimonte soltó un taco. Krinsky se encogió de hombros. No cabía esperar otra cosa. Beck había conseguido burlar la cacería todo aquel día. Era una posibilidad remota que cometiese la tontería de embarcarse en un vuelo con su verdadero nombre.

—Estamos en un callejón sin salida —dijo Dimonte.

Carlson, que aún llevaba apretado contra la cadera el informe de la autopsia, preguntó a Emily:

—¿Quién es el empleado más competente en materia de ordenadores?

—Creo que soy yo —respondió la chica con sonrisa segura.

—Déjeme ver las reservas —dijo Carlson.

Emily hizo lo que le pedía.

—¿Puede decirme cuándo encargó el pasaje?

—Hace tres días.

Dimonte no pudo por menos de intervenir.

—Planeaba escaparse. ¡Será hijo de puta!

—No —negó Carlson con un gesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos aceptado que mató a Rebecca Schayes para que ésta no hablara —explicó Carlson—. Si hubiera pensado dejar el país, ¿por qué había de preocuparse por esto? ¿Por qué correr el riesgo de esperar tres días y cargar con otro asesinato?

—Estás dándole demasiadas vueltas, Nick —dijo Stone negando con la cabeza.

—Nos falta una pieza —insistió Carlson—. ¿Por qué decidió huir así de pronto?

—Porque estábamos persiguiéndole.

—Hace tres días no lo estábamos persiguiendo.

—Quizá sabía que era una cuestión de tiempo.

Carlson frunció un poco más el ceño.

Dimonte se volvió a Krinsky.

—Estamos perdiendo el tiempo. Andando que es gerundio —miró a Carlson—. Dejaremos un par de agentes aquí por si acaso.

Carlson asintió, aunque escuchaba a medias. Antes de marcharse, preguntó a Emily:

—¿Viajaba con alguien?

Emily pulsó unas teclas.

—Su reserva era para una sola persona.

—¿Cómo hizo la reserva? ¿Personalmente? ¿Por teléfono? ¿A través de una agencia de viajes?

Volvió a pulsar más teclas.

—No fue a través de una agencia de viajes. Eso seguro, porque si fuera así habría una señal indicativa de que había que pagar comisión. La reserva se hizo directamente a British Airways.

Ninguna ayuda por ese lado.

—¿Cómo pagó?

—Con tarjeta de crédito.

—¿Puede darme el número, por favor?

Se lo dio y él se lo pasó a Stone. Éste negó con la cabeza.

—No es de ninguna de sus tarjetas o por lo menos ninguna de la que tengamos noticia.

—Compruébalo —dijo Carlson.

Stone ya tenía el móvil en la mano. Asintió con un gesto y pulsó la tecla de la almohadilla.

Carlson se restregó la barbilla.

—Usted dice que encargó el pasaje hace tres días.

—Exacto.

—¿Sabe la hora?

—De hecho, sí. El ordenador la registra. Las seis y catorce minutos de la tarde.

Carlson asintió.

—Perfecto. ¿Podría decirme si alguien más hizo una reserva más o menos a la misma hora?

Emily se quedó un momento pensativa.

—No he hecho nunca ese tipo de consulta —dijo—. Espere un momento y déjeme ver una cosa —tecleó y esperó, volvió a teclear

y volvió a esperar—. El ordenador no clasifica por fechas de reserva.

—¿Pero tiene la información?

—Sí, espere un momento —volvió a teclear—. Puedo pegar la información en una hoja de cálculo. Podemos sacar cincuenta reservas por pantalla. Así irá más aprisa.

En el primer grupo de cincuenta había un matrimonio que hizo la reserva el mismo día pero unas horas antes. Nada. En el segundo grupo no había nadie. Pero en el tercer grupo cantaron bingo.

—Lisa Sherman —dijo Emily—. El vuelo era para el mismo día y se hizo ocho minutos más tarde.

No era un dato significativo en sí, pero Carlson notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—¡Oh, qué cosa tan interesante! —exclamó Emily.

—¿Qué?

—El asiento.

—¿Qué pasa con el asiento?

—Estaba previsto que se sentaría junto a David Beck. Fila dieciséis, asientos E y F.

Carlson se sobresaltó de pronto.

—¿Ella ha embarcado?

Más tecleo. Se desvaneció la pantalla y apareció otra.

—En realidad, sí. Es probable que esté embarcando en este mismo momento.

Se ajustó la correa del bolso y echó a andar. Caminaba a paso ligero, con la cabeza muy alta. Todavía llevaba las gafas, la peluca y los implantes. También la foto de Lisa Sherman en su pasaporte.

Se encontraba a cuatro puertas de distancia de la suya cuando oyó unas frases de un reportaje de la CNN. Se paró en seco. Un hombre con un equipaje de mano de tamaño industrial chocó con ella. Le hizo un grosero gesto con la mano como si le hubiera

cortado el paso en una autopista. No le hizo ningún caso y siguió con los ojos en la pantalla.

En el ángulo situado a la derecha de la imagen de la presentadora aparecía en la pantalla una fotografía de su vieja amiga Rebecca Schayes junto a una imagen de... de Beck.

Se acercó corriendo a la pantalla. Debajo de las imágenes y en letras rojo sangre se leían las palabras siguientes: *Muerte en el cuarto oscuro*.

«... David Beck, sospechoso del asesinato. Pero ¿es éste el único crimen que, según se cree, ha cometido? Jack Turner, de la CNN, tiene algo que decir al respecto».

Desapareció la imagen de la presentadora y apareció la de dos hombres vestidos con la chaqueta de la policía neoyorquina cargando en una litera la bolsa negra que contenía el cadáver. Reconoció inmediatamente el edificio y profirió un grito ahogado. Ocho años. Habían transcurrido ocho años y Rebecca seguía teniendo el estudio en el mismo sitio.

La voz de un hombre, presumiblemente la de Jack Turner, inició el informe: «La historia del asesinato de una de las fotógrafas más conocidas de Nueva York es complicada. Rebecca Schayes apareció muerta en el cuarto oscuro de su estudio. Tenía dos tiros en la cabeza, disparados desde muy poca distancia». Pasaron una rápida fotografía de Rebecca con rostro sonriente. «El sospechoso es su amigo de toda la vida, el doctor David Beck, pediatra de la zona alta de la ciudad». Una imagen de Beck con expresión muy seria llenó la pantalla. Al verla, estuvo a punto de caer desmayada.

«El doctor Beck ha escapado de manos de la policía después de haber agredido a un agente. Sigue desaparecido, es peligroso y se supone que va armado. Si alguien tiene alguna información sobre su paradero...» En la pantalla apareció un número de teléfono en caracteres amarillos que Jack Turner leyó en voz alta antes de continuar con la información.

«Pero lo que presta un sesgo particular a la historia son las filtraciones que nos llegan de la Oficina Federal de Manhattan. Parece que el doctor Beck está relacionado con el asesinato de dos hombres cuyos cuerpos fueron desenterrados recientemente en Pensilvania, no lejos del lugar donde la familia del doctor Beck tiene una residencia de verano. Y lo más sorprendente del caso es que el doctor David Beck se ha convertido también en sospechoso del asesinato de su esposa Elizabeth, cometido hace ocho años».

Apareció de pronto la fotografía de una mujer que apenas reconoció. De pronto se sintió desnuda, acorralada. La imagen cedió el sitio a la de la presentadora, quien dijo: «Jack, ¿no se había dicho que Elizabeth Beck había sido víctima del asesino en serie Elroy "KillRoy" Kellerton?».

«En efecto, Terese. Las autoridades no han hecho muchos comentarios de momento y en cuanto a los funcionarios, niegan los rumores. Pero hasta nosotros han llegado filtraciones de fuentes muy fiables».

«¿Ha descubierto la policía algún posible móvil, Jack?»

«Todavía no hemos tenido noticias. Se han hecho algunas especulaciones con respecto a la existencia de un triángulo amoroso. La señora Schayes estaba casada con Gary Lamont, que continúa incomunicado. Pero, dadas las circunstancias, esto son poco más que conjeturas».

Sintió asomar las lágrimas a los ojos, todavía clavados en la pantalla del televisor.

«¿Sigue desconociéndose el paradero del doctor Beck?»

«Sí, Terese. La policía ha solicitado la cooperación ciudadana, aunque insiste en que nadie se acerque a él por propia iniciativa».

Siguió la conversación, una conversación totalmente absurda.

Abandonó el lugar. Rebecca. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué Rebecca? Y además, estaba casada. Probablemente llevaba aquellos vestidos, usaba aquellas porcelanas con dibujos y hacía todas aquellas cosas de las que tanto se habían burlado cuando eran

jóvenes. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que Rebecca se hubiera visto mezclada en todo aquello? Pero si Rebecca no sabía nada...

¿Por qué la habían matado?

Y volvió a decirse lo que ya se había dicho: «¿Qué he hecho?».

Había vuelto. Y enseguida se habían lanzado tras ella. ¿Y qué habían hecho? Pues muy sencillo, habían puesto cerco a las personas más próximas a ella. ¡Qué estupidez! Su regreso había puesto en peligro a toda la gente que le importaba. Lo había liado todo. Y su amiga estaba muerta.

«Vuelo 174 de British Airways con destino a Londres. Los pasajeros pueden embarcar».

No era el momento de inculparse. Había que pensar. ¿Qué podía hacer? Las personas que amaba corrían peligro. Beck —de pronto recordó su absurdo disfraz— se había convertido en un fugitivo. Beck estaba contra los poderosos. Como lo juzgasen por asesinato —y dadas las circunstancias era algo que parecía obvio—, no tendría escapatoria.

No, no podía irse así, sin más. Todavía no. No podía hacerlo por lo menos hasta que Beck estuviera a salvo.

Dio media vuelta y buscó una salida.

Cuando Peter Flannery vio las noticias y se enteró de que buscaban a David Beck, cogió el teléfono y marcó el número de un amigo suyo que trabajaba en la oficina del fiscal del distrito.

—¿Quién lleva el caso Beck? —preguntó Flannery.

—Fein.

«Un verdadero asno», pensó Flannery.

—Hoy he visto al chico.

—¿A David Beck?

—Sí —dijo Flannery—. Una visita pagada.

—¿Qué quería?

Flannery pegó una patada al butacón donde estaba sentado.
—Quizá podrías ponerme en contacto con Fein.

35

Cuando se hizo de noche Tyrese me procuró una habitación en el apartamento de un primo de Latisha. Suponíamos que la policía no descubriría mi relación con Tyrese, pero valía la pena no arriesgarse.

Tyrese tenía un ordenador portátil. Lo abrí. Revisé mi correo electrónico a la espera de encontrar un mensaje de mi remitente misterioso. No había nada en mi cuenta profesional. Nada en mi cuenta particular. Probé con la nueva de bigfoot.com. Tampoco había nada.

Tyrese me observaba con aire intrigado desde que abandonamos el despacho de Flannery.

—¿Puedo preguntarle una cosa, doc?

—Adelante —dije.

—Cuando aquel picapleitos le ha hablado del tipo ese que había sido asesinado...

—Brandon Scope —añadí.

—Sí, ése. Usted se ha quedado de piedra.

Se había dado cuenta.

—¿Y te preguntas por qué?

Tyrese se encogió de hombros.

—Yo conocía a Brandon Scope. Él y mi mujer compartían un mismo despacho de una fundación benéfica de la ciudad. Y mi padre creció con su padre y trabajó para él. Es más, mi padre se encargó de informar a Brandon sobre los bienes de la familia.

—Ajá —dijo Tyrese—. ¿Qué más?

—¿No basta con esto?

Tyrese se quedó callado y volvió la cara hacia mí. Clavó en los míos sus ojos y por un momento tuve la impresión de que podía ver los rincones más oscuros de mi alma. Menos mal que fue un momento fugaz.

—Bien, ¿qué quiere hacer ahora? —me preguntó.

—Unas cuantas llamadas —dije—. ¿Estás seguro de que no te pueden localizar?

—No veo cómo. Pero vamos a hacer una cosa. Llamaremos por teleconferencia a otro móvil. Pone las cosas mucho más difíciles.

Asentí. Tyrese se ocupó de todo. Yo tenía que marcar otro número y decir a alguien que no sabía qué números marcar. Tyrese se dirigió a la puerta.

—Voy a ver cómo está TJ. Volveré dentro de una hora.

—¿Tyrese?

Se volvió y me miró. Habría querido darle las gracias, pero por alguna razón no me parecía propio. Tyrese me comprendió.

—Necesito que usted esté vivo, doc. Por mi hijo, ¿comprende?

Asentí y salió. Miré la hora antes de llamar al móvil de Shauna. Respondió a la primera llamada.

—¿Sí?

—¿Cómo está Chloe? —pregunté.

—Magnífica.

—¿Cuántos kilómetros caminasteis?

—Tres por lo menos. Pero a lo mejor cuatro o cinco. —Sentí que me invadía una sensación de alivio—. O sea que cuál es nuestro próximo...

Sonreí y desconecté el teléfono. Marqué el número de mi enlace y le di otro número. Farfulló no sé qué acerca de que él no era un jodido telefonista, pero hizo lo que le pedía.

Contestó Hester Crimstein como quien le pega una dentellada al teléfono.

—¿Qué?

—Soy Beck —dije apresuradamente—. ¿Me escucha alguien o gozamos de algún tipo de protección abogado-cliente?

Hubo un curioso momento de vacilación.

—No hay peligro —dijo.

—Tenía motivos para huir —comencé.

—¿La culpa, por ejemplo?

—¿Qué?

Otro titubeo.

—Lo siento, Beck, pero he tirado la toalla. Cuando huyó de aquella manera, me retiré del asunto. Primero dije una sarta de estupideces a Shauna y después abandoné su caso.

—Pues ella no me ha dicho nada —dije—. La necesito, Hester.

—No puedo ayudarle a escapar.

—Ya no quiero escapar. Lo que quiero es entregarme. Pero con unas condiciones.

—No está en situación de poner condiciones. Olvídense de fianzas. Van a encerrarlo bien encerrado.

—Suponga que presento pruebas que demuestran que no maté a Rebecca Schayes.

Un titubeo más.

—¿Puede hacerlo?

—Sí.

—¿Qué clase de pruebas?

—Una coartada sólida.

—¿Quién se la proporciona?

—Bueno —dije—, aquí está el detalle.

El agente especial Carlson cogió el móvil.

—¿Sí?

—Hay algo —dijo su compañero Stone.

—¿Qué?

—Hace unas horas que Beck ha visitado a un abogado de tres al cuarto de nombre Flannery. Iba acompañado de un negro, un tipo de la calle.

Carlson frunció el ceño.

—Creía que su abogado era Hester Crimstein.

—No buscaba un representante legal. Quería informarse de algunos datos sobre un caso antiguo.

—¿Qué caso?

—Hace ocho años detuvieron a un golfo llamado González al que se acusaba de haber matado a Brandon Scope. Elizabeth Beck ofreció una coartada al chico. Beck estaba interesado en conocer detalles.

Carlson sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo demonios...?

—¿Algo más?

—Eso es todo —dijo Stone—. Oye, ¿dónde estás?

—Después hablamos, Tom. —Carlson colgó y marcó otro número.

Respondió una voz:

—National Tracing Center.

—Trabajas demasiado, Donna.

—Estoy intentando salir cuanto antes, Nick. ¿Qué quieres?

—Un favor realmente muy grande.

—¡No! —dijo ella, pero después añadió con un suspiro—. ¿Qué?

—¿Todavía tienes aquella treinta y ocho que encontramos en la caja de seguridad?

—¿Qué pasa con ella?

Le explicó lo que quería y, cuando terminó, ella dijo:

—Estás de guasa, ¿no?

—Ya me conoces, Donna. No tengo sentido del humor.

—Lo sé —dijo con un suspiro—. Haré la petición, pero dudo que la satisfagan esta noche.

—Gracias, Donna. Eres la mejor.

Cuando Shauna entró en el vestíbulo del edificio, oyó una voz que la llamaba.

—Disculpe, ¿señorita Shauna?

Miró al hombre de cabellos engominados y traje carísimo y dijo:

—¿Y usted es...?

—Soy el agente especial Nick Carlson.

—Pues que tenga muy buenas noches, señor agente especial.

—Sabemos que él le ha llamado.

Shauna se tapó la boca con la mano y fingió que bostezaba.

—Debe de estar orgulloso.

—¿Ha oído alguna vez los términos instrumentación, instigación y encubrimiento?

—Mire, no me asuste —dijo Shauna en tono exageradamente monocorde— o me hago pipí ahora mismo sobre la mierda de alfombra que tengo debajo.

—Usted se figura que se trata de un farol, ¿verdad?

Avanzó las manos juntando las muñecas.

—Ande, deténgame, guapo —y añadió mirando detrás de él—. ¿Sus chicos no suelen trabajar por parejas?

—He venido solo.

—Ya lo veo. ¿Puedo marcharme ya?

Carlson se caló las gafas.

—Yo creo que el doctor Beck no ha matado a nadie.

Aquella frase la dejó muda.

—No interprete mal mis palabras. Hay multitud de pruebas que demuestran de sobra que él es el autor y mis compañeros están convencidos de que es culpable. Continúa un gran despliegue de caza.

—Ajá —dijo Shauna con un marcado matiz de desconfianza en la voz—. Pero en cierto modo, usted va más allá.

—Creo que aquí hay algo más que lo que se ve.

—¿Como qué?

—Yo esperaba que usted me lo aclararía.

—¿Y si yo sospecho que todo eso es una artimaña?

—Sobre eso poco puedo hacer —dijo Carlson encogiéndose de hombros.

Shauna se quedó pensativa.

—No tiene importancia —dijo—, porque en realidad yo no sé nada.

—Sabe dónde se esconde.

—No.

—Y si lo supiera, ¿qué?

—Pues no se lo diría. Pero eso ya lo sabe usted de sobra.

—Lo sé —dijo Carlson— y por eso sé también que no me va a decir nada sobre la conversación acerca del paseo del perro.

Shauna negó con un gesto.

—De todos modos, usted no tardará en descubrirlo todo.

—Usted sabe que esto lo dejará tocado. Su amigo atacó a un policía. Esto hace que se abra la veda para darle caza.

Shauna lo miró sin parpadear.

—En eso podré ayudarle muy poco.

—Lo supongo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dispare —dijo Carlson.

—¿Qué le hace pensar que no es culpable?

—No estoy seguro. Una multitud de cosas, supongo —Carlson inclinó la cabeza a un lado—. ¿Sabía que Beck había reservado un pasaje para Londres?

Shauna dejó pasear sus ojos por el vestíbulo tratando de ganar uno o dos segundos. Entró un hombre que le dedicó una sonrisa de admiración. Pero ella no le hizo el más mínimo caso.

—Macho —se limitó a comentar.

—Vengo del aeropuerto —prosiguió Carlson—. La reserva se hizo hace tres días. Pero él no apareció, como es natural. Lo

realmente extraño del caso es que la tarjeta de crédito utilizada para pagar el pasaje estaba a nombre de una tal Laura Mills. ¿Significa algo para usted este nombre?

—¿Debería?

—No, probablemente no. Seguimos investigando, pero parece que es un seudónimo.

—¿De quién?

Carlson se encogió de hombros.

—¿Conoce usted a Lisa Sherman?

—No, ¿qué pinta en todo esto?

—Había hecho una reserva para el mismo vuelo a Londres. De hecho, iba a sentarse al lado de nuestro amigo.

—¿Tampoco apareció?

—No exactamente. Se registró y, cuando anunciaron el vuelo, no embarcó. Muy extraño, ¿no le parece?

—No sé qué pensar —dijo Shauna.

—Por desgracia no ha habido nadie que pudiera darnos ningún dato sobre la identidad de Lisa Sherman. No registró equipaje y utilizó una máquina electrónica para el pasaje. Esto nos dio pie para iniciar una investigación sobre sus antecedentes. ¿Sabe qué descubrimos?

Shauna movió negativamente la cabeza.

—Nada —replicó Carlson—. Parece que se trata de otro seudónimo. ¿Le suena el nombre de Brandon Scope?

Shauna se puso tensa.

—¿Quién demonios es?

—El doctor Beck, acompañado de un negro, ha visitado hoy a un abogado llamado Peter Flannery. Éste había defendido a un sospechoso del asesinato de Brandon Scope. El doctor Beck le ha hecho algunas preguntas en relación con este particular y con el papel de Elizabeth en la concesión de la libertad a dicha persona. ¿Sabe algo acerca de sus motivos?

Shauna comenzó a hurgar en el bolso.

—¿Busca algo?

—Un cigarrillo —dijo—. ¿Tiene usted?

—Lo siento, pero no.

—¡Pues vaya! —dejó de buscar y lo miró a los ojos—. ¿Por qué me pregunta todo esto?

—Porque tengo cuatro cadáveres y quiero saber qué pasa.

—¿Cuatro?

—Rebecca Schayes, Melvin Bartola, Robert Wolf, los dos hombres que encontramos en el lago, y Elizabeth Beck.

—A Elizabeth la mató KillRoy.

Carlson negó con un ademán de cabeza.

—¿Por qué está tan seguro?

Levantó el sobre de papel manila.

—En primer lugar, por esto.

—¿Qué es?

—El informe de su autopsia.

Shauna tragó saliva. Sintió una oleada de miedo que le recorría el cuerpo, le temblaron las manos. Era la prueba final, en cualquier caso. Hizo un esfuerzo para hablar sin que le temblara la voz.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—¿Por qué?

Shauna no contestó.

—Y lo que es más importante, ¿por qué Beck tenía tanta curiosidad por el informe?

—No sé a qué se refiere —dijo ella, aunque las palabras sonaron falsas a sus oídos y estaba segura de que también a los de él.

—¿Sabe si Elizabeth Beck consumía drogas? —preguntó Carlson.

La pregunta la cogió por sorpresa.

—¿Elizabeth? No, nunca.

—¿Está segura?

—Completamente segura. Trabajaba con drogadictos. Estaba preparada para hacer ese trabajo.

—Sé de muchos polis que se ocupan de perseguir el vicio y que, sin embargo, frecuentan la compañía de prostitutas.

—No, Elizabeth no era de ésas. No era una santa, pero de ahí a tomar drogas... Ni hablar.

Volvió a agitar el sobre de papel manila.

—El informe de toxicología declara que había cocaína y heroína en su organismo.

—Entonces eso quiere decir que Kellerton la obligó.

—No —dijo Carlson.

—¿Por qué está tan seguro?

—Se hacen otras pruebas, Shauna. Le analizaron el tejido, el cabello. Y los análisis demuestran que existía un uso y que se remontaba por lo menos a varios meses.

Shauna sintió que le flaqueaban las piernas. Se apoyó en la pared.

—Mire, Carlson, déjese de tretas conmigo. ¿Me deja que vea el informe?

Carlson pareció considerarlo.

—¿Qué me dice de esto? —dijo—. Voy a dejar que vea todas y cada una de las hojas que hay aquí dentro. Todos los informes. ¿Qué me dice?

—¿Qué quiere decir, Carlson?

—Buenas noches, Shauna.

—Oiga, oiga, un momentito por favor.

Se pasó la lengua por los labios. Pensó en los extraños mensajes electrónicos. Pensó en Beck huyendo de los polis. Pensó en el asesinato de Rebecca Schayes y en aquel informe de toxicología que no podía ser verdad. Y de pronto, aquel convencimiento que tenía de que existía una manipulación digital de la imagen ya no le pareció tan convincente.

—Una fotografía —dijo—. Déjeme ver una fotografía de la víctima.

Carlson sonrió.

—Una cosa muy curiosa.

—¿Qué?

—Que aquí no hay ninguna.

—Pero yo me figuraba...

—Yo tampoco lo entiendo —la interrumpió Carlson—. He visto al doctor Harper, que fue el médico forense en este caso. Quiero ver si puede encontrar quién más firmó el informe. Está comprobándolo en estos momentos.

—¿Quiere decir que alguien robó las fotografías?

Carlson se encogió de hombros.

—Venga, Shauna. Dígame qué sabe.

Estuvo a punto de decírselo. A punto de contarle todo lo de los mensajes electrónicos y el vínculo de la imagen de una calle. Pero Beck había sido tajante. Aquel hombre, pese a su talante amable, podía ser el enemigo.

—¿Puedo ver el resto del informe?

El hombre se acercó lentamente a Shauna. «Al cuerno las vacilaciones», pensó Shauna. Dio un paso adelante y cogió el sobre. Lo abrió y echó una ojeada a la primera hoja. A medida que sus ojos recorrían la página, tuvo la sensación de que en el estómago se le endurecía una masa de hielo. Tras informarse del peso y talla del cadáver, ahogó un grito.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Carlson.

No respondió.

Sonó un móvil. Carlson lo buscó en el bolsillo del pantalón.

—Carlson.

—Soy Tim Harper.

—¿Ha encontrado los papeles?

—Sí.

—¿Sabe si alguien más firmó la autopsia de Elizabeth Beck?

—Hace tres años —dijo Harper—. Inmediatamente después de poner el cadáver en el frigorífico. Una persona puso su firma.

—¿Quién?

—El padre de la difunta. También es policía. Se llama Hoyt Parker.

36

Larry Gandle estaba sentado delante de Griffin Scope. Se encontraban en el porche del jardín situado en la parte trasera de la mansión de Scope. La noche había caído sobre el cuadro y envolvía el cuidado escenario. Los grillos canturreaban una melodía casi hermosa, como si los que viven en la opulencia fuesen capaces de manipular incluso cosas como aquéllas. Se escuchaba la tintineante música de un piano instalado al otro lado de las vidrieras. Las luces del interior de la casa derramaban una luz tenue que proyectaba sombras de color rojo oscuro y amarillo.

Los dos hombres llevaban pantalones de color caqui. Larry lucía un polo azul. Griffin, una camisa de seda con botoncitos en las puntas del cuello confeccionada por su sastre de Hong Kong. Larry esperaba, la mano enfriada por la cerveza que sostenía. Contemplaba al viejo, que estaba sentado, y cuya silueta era exactamente la grabada en los peniques de cobre, la mirada perdida en el extenso terreno de su propiedad, la nariz ligeramente levantada y las piernas cruzadas. La mano derecha se apoyaba en el brazo del sillón y en la copa de coñac que sostenía se arremolinaba un licor ambarino.

—¿No tienes idea de dónde puede estar? —preguntó Griffin.

—Ni la más mínima.

—¿Y los dos negros que lo rescataron?

—No sé qué papel tienen en todo esto, pero Wu se ocupa del particular.

Griffin bebió un sorbo de la copa. El tiempo avanzaba lentamente, cálido y pegajoso.

—¿Crees de veras que ella sigue viva?

Larry estaba a punto de lanzarse a una larga disquisición en torno a las pruebas en pro y en contra y a sopesar opciones y posibilidades. Pero abrió la boca y se limitó a decir:

—Sí.

Griffin cerró los ojos.

—¿Recuerdas el día del nacimiento de tu primer hijo?

—Sí.

—¿Asististe al nacimiento?

—Sí.

—En mi tiempo no se estilaba —dijo Griffin—. Los padres nos quedábamos en la sala de espera paseando de aquí para allá y hojeando números atrasados de revistas. Recuerdo que se me acercó la enfermera, me llevó a través del vestíbulo, doblé una esquina y de repente vi a Allison con Brandon en los brazos. Fue una sensación rarísima, Larry. Sentí que algo me iba subiendo por dentro y hasta llegué a pensar que podía estallar. La sensación era casi demasiado intensa, demasiado abrumadora. Imposible eludirla pero imposible también soportarla. Creo que todos los padres experimentan una sensación similar.

Se calló. Larry miró hacia otro lado. Por las mejillas del viejo resbalaban unas lágrimas que brillaban a la escasa luz reinante. Larry permaneció inmóvil.

—Tal vez los sentimientos más destacados de aquel día fueran la alegría y el temor... temor en el sentido de que era responsable de aquella personita a partir de aquel momento. Pero había algo más. Algo que me sería imposible definir. Por lo menos, lo habría sido entonces. No supe qué era hasta el primer día que Brandon fue a la escuela.

El viejo tenía un nudo en la garganta. Tosió un poco y Larry vio más lágrimas en sus ojos. Fue como si la música hubiera bajado de

volumen. Hasta los grillos se habían parado a escuchar.

—Esperamos el autobús escolar. Yo le tenía cogida la mano. Brandon tenía cinco años. Levantó los ojos y me miró de aquella manera que miran los niños a esa edad. Llevaba unos pantalones de color marrón ya manchados de hierba en la rodilla. Recuerdo que el autobús amarillo se arrimó a nosotros y que la puerta chirrió al abrirse. Entonces Brandon se me soltó de la mano y subió al autobús. Me entraron ganas de cogerlo y llevármelo a casa, pero quedé petrificado en el sitio. Subió al autobús y volví a oír el chirrido de la puerta al cerrarse. Brandon se sentó junto a una ventana. Le veía la cara. Agitó la mano. Yo la agité a mi vez y, mientras el autobús se alejaba, dije para mí: «Ahí va todo mi mundo». Aquel autocar amarillo, con sus endeble flancos metálicos y un conductor que yo no tenía idea de quién podía ser, se llevaba lo que era todo para mí. Y en aquel momento comprendí lo que había sentido el día de su nacimiento. Terror. No simplemente temor, sino un terror frío e implacable. Se puede sentir miedo a la enfermedad o a la vejez o a la muerte, pero ese miedo no es nada comparado con el terror que sentí entonces, una piedra en el vientre, en el momento en que vi alejarse el autobús. ¿Entiendes lo que te digo?

Larry asintió con un ademán.

—Sí, creo que lo entiendo —dijo.

—En aquel momento supe que, por mucho que yo vigilara, podía ocurrirle algo malo. Y que yo no siempre estaría a su lado para recibir el golpe. No podía apartar aquella idea de mis pensamientos. Supongo que todos hacemos lo mismo. Pero cuando ocurrió... —se calló y miró a Larry Gandle—. Sigo intentando hacerlo volver. Sigo cambalacheando con Dios, ofreciéndole esto y aquello, ofreciéndoselo todo si me devuelve vivo a Brandon. Sé que no ocurrirá, por supuesto. Lo entiendo de sobra. Pero resulta que ahora vienes tú y me dices que, mientras mi hijo, todo mi mundo, está pudriéndose en la tierra... ella sigue viva —comenzó a mover la

cabeza de un lado a otro—. No lo puedo aceptar, Larry, ¿puedes entenderlo?

—Sí, lo entiendo —dijo Larry.

—No supe protegerlo una vez, pero no quiero fallarle ahora.

Griffin Scope volvió la mirada hacia su jardín. Tomó otro sorbo de licor. Larry Gandle lo entendía. Por eso se levantó, echó a andar y se perdió de nuevo en la noche.

Eran las diez cuando Carlson se acercó a la puerta principal del número 28 de Goodhart Road. No le preocupaba que fuera tan tarde. Había visto luces en la planta baja y el parpadeo de un televisor pero, aunque no hubiera sido así, Carlson tenía preocupaciones más importantes que el sueño reparador de quien fuese.

Ya iba a pulsar el timbre cuando se abrió la puerta. Apareció Hoyt Parker. Por un momento se quedaron los dos frente a frente, dos boxeadores en el centro del cuadrilátero mirándose fijamente mientras el árbitro repite sus absurdas instrucciones sobre golpes bajos y golpes en la espalda.

Carlson no aguardó a que sonara la campana.

—¿Su hija consumía drogas?

La expresión de Hoyt Parker apenas se alteró.

—¿Por qué le interesa saberlo?

—¿Puedo entrar?

—Mi esposa está durmiendo —dijo Hoyt saliendo al exterior y cerrando la puerta tras él—. ¿Le importa que hablemos ahí fuera?

—Lo que usted diga.

Hoyt se cruzó de brazos y dio lo que parecían unos saltitos sobre las puntas de los pies. Tenía pinta de hombre fuerte con sus vaqueros azules y su camiseta, ahora más ceñidos como cuando pesaba cinco kilos menos. Carlson sabía que Hoyt era un policía veterano. Con él no valían argucias ni sutilezas.

—¿Va a contestar mi pregunta? —preguntó Carlson.

—¿Y usted me dirá por qué quiere saberlo? —replicó Hoyt.

Carlson decidió cambiar de táctica.

—¿Por qué se llevó las fotos que acompañaban la autopsia del expediente de su hija?

—¿Qué le hace pensar que me las llevase yo? —ni actitud ofendida, ni negativas estentóreas.

—Hoy he examinado el informe de la autopsia —dijo Carlson.

—¿Por qué?

—Perdone, pero...

—Hace ocho años que mi hija está muerta. Su asesino está en la cárcel. Pese a todo, usted hoy ha decidido examinar el informe de la autopsia. Me gustaría saber por qué.

La conversación no iba a ningún sitio y estaba yendo demasiado rápido. Carlson decidió reducirla, bajar la guardia, dejar que el otro vadeara un tramo, ver qué pasaba.

—Ayer su yerno visitó al forense del condado. Quería ver el expediente de su esposa. Me gustaría saber por qué.

—¿Se lo dejaron ver?

—No —dijo Carlson—. ¿Sabe usted por qué tenía tanto interés en verlo?

—No tengo ni idea.

—Pero parece que le preocupa que pueda verlo.

—Yo, como usted, encuentro sospechoso su proceder.

—Pero aquí hay algo más —dijo Carlson—. Lo que usted quería saber era si había puesto realmente las manos en el informe. ¿Por qué?

Hoyt se encogió de hombros.

—¿Querrá decirme qué hizo usted de las fotografías de la autopsia?

—No sé de qué me habla —replicó, impertérrito.

—Nadie más que usted firmó el informe.

—¿Demuestra algo, quizá?

—Cuando usted vio el informe, ¿estaban en él las fotografías?
Aunque le brillaron levemente los ojos, Hoyt no demoró la respuesta.

—Sí —dijo—, estaban allí.

Carlson no pudo reprimir una sonrisa.

—Una buena respuesta —la pregunta era una trampa en la que Hoyt no había caído—. Si hubiera dicho no, yo habría debido preguntarle por qué no había informado inmediatamente del hecho, ¿verdad?

—Usted es desconfiado por naturaleza, agente Carlson.

—Ajá. ¿Sabe usted dónde han ido a parar esas fotografías?

—Se habrán traspapelado.

—Seguramente. Pero a usted eso no parece preocuparle demasiado.

—Mi hija está muerta. Su caso está cerrado. ¿Para qué andarse con más preocupaciones?

Todo aquello era una pérdida de tiempo. O tal vez no. Carlson no conseguía mucha información, pero la reacción de Hoyt era muy elocuente.

—¿O sea que usted sigue pensando que KillRoy mató a su hija?

—Es un hecho indiscutible.

Carlson mostró el informe de la autopsia.

—¿Incluso después de leer esto?

—Sí.

—¿No le intriga que muchas de las heridas fueran *post mórtem*?

—Al revés, me consuela —dijo—. Eso me dice que mi hija sufrió menos.

—No hablo de eso. Yo hablo de pruebas contra Kellerton.

—En el informe no veo nada que desmienta la conclusión.

—Pero no corresponde con los demás asesinatos de este hombre.

—En eso no estoy de acuerdo —dijo Hoyt—. Con lo que no corresponde es con la fuerza de mi hija.

—No sé a qué se refiere.

—Sé que Kellerton disfrutaba torturando a sus víctimas —explicó Hoyt— y sé que generalmente las marcaba cuando todavía estaban vivas. Pero nosotros supusimos que Elizabeth había tratado de escapar o, en cualquier caso, que se había resistido. Consideramos que él se había visto obligado a dominarla y que, al final, la había tenido que matar. Esto explica las heridas de navaja que mi hija tenía en las manos. Y esto explica por qué la marca era *post mórtem*.

—Ya comprendo —dijo Carlson, sorprendido.

Procuró, sin embargo, no perder pie. Pero la respuesta era buena, endiabladamente buena. Tenía sentido. Hasta las víctimas más débiles pueden causar problemas. Aquella explicación hacía consecuentes las posibles inconsecuencias del caso. A pesar de todo, subsistían algunos enigmas.

—¿Qué me dice del informe de toxicología?

—Absurdo —dijo Hoyt—. Es como preguntar por su historial sexual a la víctima de una violación. Aquí no tiene importancia alguna que mi hija fuera abstemia o adicta al crack.

—¿Cuál de las dos cosas era su hija?

—No tiene ninguna importancia —repitió.

—Cuando se investiga un asesinato importa todo. Y usted lo sabe.

Hoyt dio un paso adelante.

—Váyase con cuidado —dijo.

—¿Me está amenazando?

—Ni por asomo. Lo que quiero es advertirle que no corra tanto, que no se ensañe por segunda vez con mi hija.

Se quedaron donde estaban. Había sonado la campana final. Ahora había que esperar una decisión que no iba a ser satisfactoria para nadie cualquiera que fuera el lado hacia el cual se inclinaran los jueces.

—¿Nada más? —preguntó Hoyt.

Carlson asintió y dio un paso atrás. Parker tendió la mano hacia la puerta.

—¿Hoyt?

Hoyt se dio la vuelta en redondo.

—Así pues, aquí no hay malentendidos —dijo Carlson—. No creo una palabra de todo lo que acaba de decir. ¿Está claro?

—Como el cristal —respondió Hoyt.

37

Cuando entró en su apartamento, Shauna se desplomó en su rincón favorito del sofá. Tenía a Linda a su lado, que le indicó su regazo con un gesto. Shauna reclinó la cabeza sobre sus muslos. Permaneció con los ojos cerrados mientras Linda le acariciaba los cabellos.

—¿Está bien Mark? —preguntó Shauna.

—Sí —contestó Linda—. ¿No me dirás dónde has estado?

—Es muy largo.

—Estaba aquí sentada por si oía algo sobre mi hermano.

—Me ha llamado —dijo Shauna.

—¿Qué?

—Está bien.

—¡Gracias a Dios!

—Él no ha matado a Rebecca.

—Lo sé.

Shauna levantó la cabeza para mirarla. Linda parpadeó.

—Todo irá bien —dijo Shauna.

Linda asintió y desvió los ojos hacia otro lado.

—¿Qué pasa?

—Fui yo quien sacó las fotos —dijo Linda.

Shauna se levantó.

—Elizabeth vino a mi despacho. Estaba cubierta de contusiones. Quise llevarla al hospital. No quiso. Lo único que quería era tener un testimonio de su estado.

—¿No fue un accidente de coche?

Linda negó con la cabeza.

—¿Quién le había dado la paliza?

—Me hizo prometer que no se lo diría a nadie.

—¡Hace ocho años! —dijo Shauna—. Dímelo.

—No es tan fácil.

—Nada es fácil —dijo Shauna, indecisa—. Pero ¿por qué quiso contártelo a ti? ¿Y cómo pensabas protegerla...? —se le apagó la voz y miró fijamente a Linda. Ésta no vaciló, pero Shauna se quedó un momento pensando en lo que Carlson le había dicho.

—Brandon Scope —dijo Shauna bajando la voz.

Linda no respondió.

—Sí, fue él. ¡Oh, Dios mío, no me extraña que acudiese a ti! Quería guardar el secreto. Tanto Rebecca como yo la habríamos obligado a ir a la policía. Tú, no.

—Me lo hizo prometer —dijo Linda.

—¿Y tú estuviste de acuerdo?

—¿Qué podía hacer?

—Pues llevarla a una comisaría aunque fuera a rastras.

—No todo el mundo es tan valiente ni tan fuerte como tú, Shauna.

—No me vengas con gilipolleces.

—No quería ir a la comisaría —insistió Linda—. Dijo que necesitaba tiempo, que todavía no tenía pruebas suficientes.

—¿Qué pruebas?

—Que demostraran que él la había atacado, supongo. Yo qué sé. No quiso escucharme. No podía obligarla.

—Bien, de acuerdo, eso está muy claro.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Pues que estabais las dos involucradas en una obra benéfica financiada por su familia, que la dirigía —dijo Shauna—. ¿Qué habría pasado de saberse que el tío había pegado una paliza a una mujer?

—Elizabeth me lo hizo prometer.

—Y tú encantada de mantener cerrada la boca, ¿verdad? Querías proteger esa maldita obra benéfica.

—No está bien...

—Pusiste la empresa por encima del bienestar de Elizabeth.

—¿Estás al corriente de todo el bien que hacemos? —gritó Linda —. ¿Sabes a cuántas personas ayudamos?

—Sí, a costa de la sangre de Elizabeth Beck —dijo Shauna.

Linda dio un bofetón a Shauna. Un bofetón que le dolió. Se miraron fijamente, jadeantes las dos.

—Aunque hubiera querido decirlo —se explicó Linda—, ella no me habría dejado. Tal vez fui débil, no lo sé. Aun así, no te atrevas a decirme una cosa así.

—Y cuando secuestraron a Elizabeth en el lago, ¿qué pensaste? ¿Me lo quieres decir?

—Pensé que podía tener alguna relación con lo otro. Entonces fui a ver al padre de Elizabeth y se lo conté todo.

—¿Y él, qué dijo?

—Me dio las gracias y me dijo que ya estaba enterado. También me pidió que no dijera nada a nadie, ya que se trataba de un asunto muy delicado. Y después, cuando quedó aclarado que el asesino había sido KillRoy...

—Decidiste mantener cerrada la boca.

—Brandon Scope había muerto. ¿De qué habría servido arrastrar su nombre por el barro?

Sonó el teléfono y Linda lo cogió. Contestó, se quedó callada un momento y pasó el teléfono a Shauna.

—Es para ti.

Shauna no la miró al coger el aparato.

—¿Sí?

—Ven a mi despacho —le dijo Hester Crimstein.

—¿Para qué?

—Mira, eso de pedir perdón lo hago fatal, Shauna. O sea que mejor admitir que soy idiota rematada y pasar a la acción. Coges un

taxi y te vienes para acá. Tenemos que salvar a un inocente.

Lance Fein, ayudante del fiscal del distrito, entró como una tromba en la sala de juntas de Crimstein con todo el aire de quien lleva noches sin dormir por culpa de un exceso de anfetaminas. Dimonte y Krinsky, los dos detectives del departamento de homicidios, entraron tras él. Los tres tenían la cara más tensa que las cuerdas de un piano.

Hester y Shauna estaban de pie al otro lado de la mesa.

—Señores —dijo Hester acompañando sus palabras con un gesto de la mano—, tengan la bondad de sentarse.

Fein le echó una ojeada y a continuación miró a Shauna con manifiesto desagrado.

—No estoy aquí para que me manosee a su antojo, ¿está claro?

—No, seguro que ya se manosea usted solito en casa —dijo Hester—. Siéntese.

—Si sabe dónde está...

—Siéntese, Lance, me está dando usted dolor de cabeza.

Se sentaron todos. Dimonte puso los pies sobre la mesa, calzados con sus botas de piel de reptil. Hester retiró inmediatamente las manos, pero sin dejar de sonreír un momento.

—Señores, estamos aquí con un único objetivo: salvar las carreras de ustedes. O sea que mejor que pongamos manos a la obra, ¿no les parece?

—Lo que yo quiero saber...

—Silencio, Lance. La que habla aquí soy yo. A usted le corresponde escuchar y en todo caso asentir con la cabeza o decir cosas como: «sí, señora» o «gracias, señora». Nada más.

Lance Fein, mirándola fijamente, dijo:

—Está ayudando a un fugitivo a escapar de la justicia, Hester.

—Está usted muy atractivo cuando se pone duro, Lance. Pero en realidad no lo es. Escúchenme con atención, ¿quieren?, no tengo

ganas de repetir. Voy a hacerle un favor, Lance. No voy a dejar que en este asunto quede usted como un idiota total. Que uno sea idiota, pasa, es algo que no tiene remedio, pero si escucha con atención, por lo menos no llegará al extremo de la idiotez total. ¿De acuerdo? Pues bien. En primer lugar, supongo que a estas horas ya habrán establecido de forma definitiva la hora en que mataron a Rebecca Schayes. Eran las doce de la noche, media hora más o media hora menos. Esto ha quedado perfectamente claro, ¿no es así?

—Sí.

Hester miró a Shauna.

—¿Se lo dices tú?

—No, adelante.

—Pero tú has tenido que hacer el trabajo sucio.

—Corte la cháchara, Crimstein —intervino Fein.

Detrás de ellos se abrió una puerta. Entró la secretaria de Hester con unas hojas de papel, que tendió a su jefa junto con una pequeña cinta magnetofónica.

—Gracias, Cheryl.

—De nada.

—Ya puedes marcharte. Mañana vienes más tarde.

—Gracias.

Cheryl salió. Hester sacó sus gafas de lectura en forma de media luna. Se las caló y empezó a leer.

—Empiezo a cansarme, Hester.

—¿Le gustan los perros, Lance?

—¿Cómo?

—Los perros. No es que a mí me gusten mucho, la verdad. Pero es que ese perro... Shauna, ¿tienes la foto?

—Aquí está —Shauna mostró una fotografía grande de Chloe y dejó que todos la vieran—. Es un collie barbudo.

—¿No le parece una preciosidad, Lance?

Lance Fein se levantó. Krinsky hizo lo mismo. Dimonte no se movió siquiera.

—Hasta aquí podíamos llegar.

—Pues como se vaya —dijo Hester—, le aseguro que ese perro se meará en su carrera como si fuera un extintor.

—¿Se puede saber de qué demonios está hablando?

Hester tendió dos hojas a Fein.

—Ese perro demuestra que Beck no lo hizo. Anoche Beck estaba en Kinko. Entró con el perro. Armó la gorda, dicho sea de paso. Aquí tengo cuatro declaraciones de testigos presenciales aislados que han identificado a Beck de forma indiscutible. Alquiló un ordenador mientras estaba allí. Para ser más exactos, desde las doce de la noche y cuatro minutos hasta las doce y veintitrés, según registra el cupón de la máquina —y añadió con una sonrisa—: Ahí tienen, amigos, copias para todos.

—¿Y usted se figura que voy a aceptar una cosa así?

—En absoluto. De todos modos, tenga la bondad de seguirme.

Hester pasó una copia a Krinsky y otra a Dimonte. Krinsky la cogió y preguntó si podía llamar por teléfono.

—Naturalmente —dijo Crimstein—, pero si no es una llamada local, que la carguen a la cuenta de su departamento —y acompañó sus palabras con una amable sonrisa—. Muchas gracias.

Fein leyó la hoja y, a medida que lo hacía, el color de su rostro iba acercándose cada vez más a la gama de los grises ceniza.

—¿Qué? ¿Pensando en retrasar un poco la hora de la muerte? —preguntó Hester—. No se corte, pero escuche una cosa. Anoche había puentes en construcción. Está cubierto.

Fein estaba que trinaba y masculló por lo bajo una palabra que rima con Calcuta.

—Y ahora una cosa, Lance —añadió Hester Crimstein con sorna—, creo que tendría que darme las gracias.

—¿Qué?

—Piense solamente que yo habría podido machacarle. Usted allí en medio, rodeado de cámaras, el magnífico manto de los medios de comunicación, a punto de anunciar al mundo la sonada detención

del peligroso asesino. Con su mejor corbata, soltaría su discursito sobre la necesidad de mantener limpias las calles, hablaría del enorme esfuerzo desplegado por el equipo para capturar a la bestia aunque de hecho todo el mérito fuera de usted, destellarían flashes, usted sonreiría al llamar a los periodistas por su nombre y para sus adentros iría pensando en la gran mesa de roble que sería suya el día que viviese en la mansión del gobernador... cuando de pronto, ¡pataplás!, yo lanzaría la bomba al revelar a los medios esta coartada, una coartada sin ninguna fisura. Imagine la situación, Lance. Reflexione, hombre, ¿está usted en deuda conmigo, sí o no?

Fein le lanzó unas cuantas flechas envenenadas con la mirada.

—Pero atacó a un agente de policía.

—No, Lance, no fue un ataque. Piense un poco, amigo. Vamos a los hechos: usted, Lance Fein, ayudante del fiscal del distrito, sacó una conclusión equivocada. Echó toda la caballería encima de un inocente... y no sólo un inocente, sino un médico que prefiere trabajar para los pobres a cambio de una paga mísera que enriquecerse trabajando en el lucrativo sector privado. —Hester se sentó de nuevo con una sonrisa en los labios—. Ésta es buena, déjeme que se lo diga. O sea que, además de lanzar a docenas de polis que cuestan un pastón a la comunidad, para perseguir a un inocente, todos ellos con el arma en la mano, un agente joven, un hombre como una mula y con ganas de comerse el mundo, lo acorrala en un callejón y empieza a aporrearlo. La escena no tiene ningún espectador o sea que el muchacho decide que él se encargará de pasar cuentas a ese hombre asustado. El pobre doctor Beck, sintiéndose perseguido, el pobre viudo, ya que debo añadir que lo es, no hizo otra cosa que defenderse.

—Esto no va a colar.

—Seguro que cuela, Lance. No quisiera parecer inmodesta, pero ¿quién carbura mejor, usted o yo? Y espere, porque todavía no sabe de mi elocuencia cuando me pongo a filosofar y a hacer comparaciones entre este caso y el de Richard Jewell o me exployo

hablando del celo excesivo de la oficina del fiscal de distrito, cuyo personal estaba tan ávido de colgar el muerto al doctor David Beck, héroe de los parias, que llegó incluso a colocar falsas pruebas en casa de la víctima.

—¿Colocar? —Fein estaba al borde de la apoplejía—. ¿Está loca?

—Vamos, Lance, que todos sabemos que no fue el doctor Beck... Tenemos una coartada indiscutible y el testimonio de cuatro personas. Y antes de que esto termine, conseguiremos más. Son testimonios independientes, libres de prejuicios, que demuestran que no fue él. Entonces, ¿cómo fueron a parar allí aquellas pruebas? Fue usted, señor Fein, usted y su caballería. Cuando acabe con usted, Mark Fuhrman parecerá el Mahatma Gandhi.

Las manos de Fein se cerraron en puños. Hizo unas cuantas inspiraciones y se recostó en su asiento.

—Sí, claro —comenzó lentamente—, eso suponiendo que la coartada se pueda comprobar...

—Se comprobará, no lo dude.

—Pues suponiendo que se pueda comprobar, ¿qué quiere?

—Me parece una buena pregunta. Usted está metido en un atolladero, Lance. Si lo detiene, hace el papel de idiota. Si retira la orden de detención, también hace el papel de idiota. Me parece que no le veo salida. —Hester Crimstein se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación como quien busca una solución—. He estudiado el asunto, he estado reflexionando y me parece que he encontrado una manera de minimizar los daños. ¿Le importa si se lo cuento?

Fein le dirigió otra mirada feroz.

—Escucho.

—En este asunto usted ha hecho una sola cosa acertada. Sólo una, aunque quizá baste. Por lo menos no se ha ido de la lengua con los periodistas, porque supongo que ahora tendría una buena papeleta entre manos si tuviera que explicarles cómo escapó ese

médico a la emboscada policial. Esto es bueno. Ahora se puede atribuir todo lo dicho a filtraciones anónimas. O sea que ahora lo que tiene que hacer usted es lo siguiente. Convoca una conferencia de prensa, les anuncia que todas las filtraciones son falsas y que buscan al doctor Beck porque es el testigo material del caso, nada más que por eso. Usted no sospecha ni de lejos que él haya podido cometer el crimen (de hecho, está seguro de que no lo ha cometido), pero sabe que fue una de las últimas personas que vio a la víctima con vida y por eso quiere hablar con él.

—No va a colar.

—Sí, colará. Tal vez no al cien por cien, pero yo estaré al quite. La llave la tengo yo, Lance. Yo le debo una, Lance, porque mi chico se escapó. Y por eso yo, la enemiga de la oficina del fiscal de distrito, le sacaré las castañas del fuego. Contaré a los medios que usted cooperó con nosotros, que quiso asegurarse de que no se atropellaban los derechos de mi cliente, que el doctor Beck y yo apoyamos incondicionalmente sus investigaciones y que nuestra intención es colaborar con usted.

Fein se quedó callado.

—Lo dicho, Fein, o trabajo para usted o trabajo contra usted.

—¿A cambio de qué?

—De que usted retire todas esas estúpidas acusaciones sobre que ha habido agresión y resistencia.

—Ni hablar.

Hester le indicó la puerta con un gesto.

—Pues ya le veré en las páginas de humor.

Fein dejó caer ligeramente los hombros. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—Si accedemos —dijo—, ¿su hombre colaborará con nosotros? ¿Contestará todas mis preguntas?

—Por favor, Lance, no haga como que está dispuesto a negociar en las condiciones que sea. Ya le he dicho cuál es el trato. O lo acepta o... usted verá lo que pasa con la prensa. Usted tiene la

palabra. El reloj está en marcha —y al decir estas palabras movió el índice hacia delante y hacia atrás al tiempo que iba repitiendo tictac, tictac.

Fein miró a Dimonte. Dimonte masticó un poco más el palillo. Krinsky dejó el teléfono e hizo un ademán a Fein. Fein, a su vez, hizo un ademán a Hester.

—¿Cómo enfocamos la cosa?

38

Cuando me desperté y levanté la cabeza a punto estuve de lanzar un alarido. Tenía todos los músculos del cuerpo agarrotados y doloridos, me dolían incluso partes del cuerpo que ni siquiera sabía dónde estaban. Intenté sacar las piernas de la cama y balancearlas. Pero fue una mala idea. Una idea muy mala. Lentitud, ésa era la palabra que regiría para mí aquella mañana.

Lo que más me dolía eran las piernas, lo que me recordaba que a pesar de la *cuasimaratón* del día anterior, mi estado es lamentable. Intenté darme la vuelta. Sentía los delicadísimos puntos que habían sido objeto de los ataques del asiático como suturas abiertas. Todo mi cuerpo reclamaba a gritos un par de Percodans, pero sabía que me habrían convertido en yonqui, último estado en el que habría querido estar entonces.

Miré el reloj. Eran las seis. La hora de llamar a Hester. Respondió a la primera llamada.

—Ha funcionado —dijo—. Eres libre.

Sólo me sentí aliviado a medias.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó.

Menuda pregunta.

—No lo sé muy bien.

—Espera un segundo. —Se oía otra voz de fondo—. Shauna quiere hablar contigo.

Hubo un leve rumor cuando el teléfono cambió de manos y Shauna dijo:

—Tenemos que hablar.

Shauna, a quien no se le daban las bromas fáciles ni las sutilezas, parecía extrañamente cansada y —lo que todavía era más difícil de imaginar en ella— asustada. Mi corazón se lanzó a la carrera.

—¿Qué pasa?

—Algo que no puedo ventilar por teléfono —contestó.

—Dentro de una hora estoy en tu casa.

—No he dicho a Linda lo de... ya sabes.

—Pues ya va siendo hora —dije.

—Sí, claro —y añadió con insólita ternura—. ¿Sabes una cosa? Te quiero, Beck.

—Yo también te quiero.

Me fui a la ducha medio agachado y casi arrastrándome. Tuve que apoyarme en los muebles para avanzar tambaleándome y con las piernas rígidas para mantenerme de pie. Me quedé debajo del chorro hasta agotar toda el agua caliente. El calor alivió un poco el dolor, pero no mucho.

Tyrese me procuró un chándal de terciopelo morado de la colección Al Sharpton de los ochenta. Sólo me faltaba la medalla de oro.

—¿Dónde piensa ir ahora? —me preguntó.

—De momento a casa de mi hermana.

—¿Y después?

—A trabajar, supongo.

Tyrese negó la cabeza.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Que puede toparse con algún señorito, doc.

—Sí, claro, es una posibilidad.

—Bruce Lee no se va a dar por vencido.

Me quedé pensando. Tenía razón. Aunque me moría de ganas de hacerlo, no podía ir a casa y esperar a que Elizabeth volviera a ponerse en contacto conmigo. En primer lugar, estaba harto de la pasividad, en mis planes no tenía cabida quedarse a la expectativa.

Pero tan importante como eso era que los hombres de la furgoneta no iban a olvidarse del asunto ni me dejarían seguir mi camino tranquilamente.

—Lo vigilaré, doc. Brutus también. Así hasta que termine todo.

A punto estuve de decir alguna frase brillante del tipo de: «¿Cómo voy a pedirte una cosa así?» o «Tú tienes tu vida» pero, pensándolo mejor, sabía que todo el tiempo que dedicase a aquello no traficaría con drogas. Tyrese quería ayudar, a lo mejor incluso lo necesitaba, y, para decir las cosas por su nombre, quien más lo necesitaba era yo. Aunque quisiera ponerlo sobre aviso y recordarle los peligros que corría, en realidad éstas eran cosas que él conocía mejor que yo. O sea que acabé aceptando con gesto de asentimiento.

Carlson recibió la llamada del Centro de Rastreo Nacional antes de lo que esperaba.

—Ya está —le dijo Donna.

—¿Cómo?

—¿Has oído hablar de IBIS?

—Un poco.

Sabía que IBIS eran las siglas de Integrated Ballistic Identification System, un nuevo programa informático utilizado por el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas para registrar casquillos de bala y carcassas de bomba. Formaba parte del nuevo programa Ceasefire de dicha oficina.

—Ni siquiera necesitamos la bala original —prosiguió—. Nos envían las imágenes escaneadas, nosotros las digitalizamos y hacemos la comparación en pantalla.

—¿Y qué hay?

—Pues que tenías razón, Nick —dijo—. Como los otros.

Carlson colgó e hizo otra llamada. Cuando contestaron desde el otro extremo del hilo, preguntó:

—¿Dónde está el doctor Beck?

39

Brutus se nos unió en la acera.

—Buenos días —le dije.

No respondió. Todavía no le había oído la voz. Me deslicé en el asiento trasero del coche. Tyrese se sentó a mi lado y me sonrió. La noche anterior Tyrese había matado a un hombre. Cierto es que lo había hecho para salvarme la vida pero, a juzgar por la naturalidad con la que ahora actuaba, parecía que no recordaba siquiera haber apretado el gatillo. Yo, más que nadie, habría debido entender lo que estaba pasando, pero no era así. Las verdades absolutas en materia de moral no son mi fuerte. Lo que yo veo son los grises. Y entonces tomo las opciones pertinentes. Elizabeth tenía una idea más clara que yo de las normas morales. Privar a una persona de la vida era para ella un acto horrible. Para ella no habría contado que la persona en cuestión me hubiera secuestrado, torturado y que su intención más probable fuera matarme. O tal vez era lo que contaba. En realidad, ya no lo sé muy bien. La verdad pura y dura era que yo no lo sabía todo de Elizabeth. Como era evidente que ella tampoco lo sabía todo de mí.

Mi formación médica me obliga a no plantearme esta clase de problemas morales. Mi normativa es muy simple, se basa en las prioridades. En primer lugar hay que atender a los heridos más graves. No importa quiénes sean ni lo que hayan hecho. Éstos son los que merecen atención prioritaria. Como teoría está bien y entiendo perfectamente la necesidad del planteamiento. Pero si, para poner un ejemplo, traen a mi consulta a mi sobrino Mark,

víctima de un navajazo, junto con el pedófilo que lo ha agredido y éste tiene una bala alojada en el cerebro que puede acabar con su vida, pues... en fin. Uno elige la opción y, en lo más hondo de su corazón, sabe que le ha costado muy poco tomarla.

Me podrían decir que me encuentro en una pendiente sumamente resbaladiza. Y en esto estaría de acuerdo, aunque también podría rebatir la cuestión alegando que gran parte de la vida se organiza de acuerdo con este principio. El problema era que vivir en los grises tenía unas repercusiones, no ya sólo las teóricas que impregnan el espíritu, sino también las sólidas y físicas que presuponen la imprevisible destrucción que dejan tras de sí aquellas opciones. Hube de preguntarme qué habría ocurrido si hubiera dicho la verdad desde el primer momento. Y me invadió un miedo inmenso.

—Está muy callado, doc.

—Sí —contesté.

Brutus me dejó delante del piso que Linda y Shauna tenían en Riverside Drive.

—Estaremos en la esquina —dijo Tyrese—. Si me necesita, ya sabe mi número.

—De acuerdo.

—¿Lleva la Glock?

—Sí.

Tyrese me puso la mano en el hombro.

—Ya lo sabe, doc, o ellos o usted —dijo—. No hay más que apretar el gatillo.

Allí no había grises.

Salí del coche. Todo un desfile de mamás y niñeras se paseaban de aquí para allá empujando sofisticados cochecitos de niño: los plegables y los extensibles, los que se mecen y los que hacen sonar canciones, los que se inclinan hacia atrás y los que se inclinan hacia delante, los que llevan más de un niño y los que transportan todo un arsenal de pañales, gasas, potitos, tarros de zumo (para el

hermanito mayor), ropa de recambio, biberones y hasta botiquines. Los conocía gracias a la práctica profesional (estar en la asistencia sanitaria pública no es óbice para comprarse un cochecito de lujo marca Peg Perego) y comprobé que encontrar este espectáculo de anodina normalidad cohabitando en el mismo reino donde acababa de vivir aquella espantosa experiencia era para mí una especie de elixir.

Me dirigí hacia el edificio. Linda y Shauna se me acercaron corriendo. Linda llegó primero. Me arropó en sus brazos. La abracé a mi vez. Fue una sensación agradable.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Estoy bien —dije.

Que se lo asegurase no impidió a Linda repetir varias veces la misma pregunta ni formularla de diferentes maneras. Shauna esperaba a unos pasos de distancia. La sorprendí mirándonos por encima del hombro de mi hermana. Se enjugaba las lágrimas de los ojos. Le sonreí.

En el ascensor siguieron los besos y abrazos. Shauna estaba algo menos efusiva que de costumbre, como si quisiera mantenerse al margen de la escena. Una persona ajena habría pensado que su actitud era lógica y que quería conceder un espacio a los dos hermanos para que pudieran intercambiar tiernas muestras de afecto. Pero esa persona no habría diferenciado a Shauna de Cher. Shauna era una mujer totalmente consecuente. Era antojadiza, exigente, divertida, generosa y leal muy por encima de la lógica. No se ponía nunca antifaces ni hacía nunca comedias. Si tu diccionario tenía una sección de antónimos y buscabas en ella la frase «modesto como una violeta», su exuberante imagen te habría devuelto la mirada. Shauna desbordaba vida. No la habrías hecho volverse atrás ni a bastonazos.

Empecé a sentir un cosquilleo en mi interior.

Al llegar al apartamento, Linda y Shauna intercambiaron una mirada y Linda me soltó.

—Shauna quiere hablar a solas contigo —dijo—. Estaré en la cocina. ¿Quieres un bocadillo?

—Gracias —dije.

Linda me besó y me dio un último pescozón, como si quisiera asegurarse de que todavía seguía allí, de que no me había esfumado. Después salió apresuradamente de la habitación. Miré a Shauna. Seguía manteniéndose distante. Levanté las manos en un gesto inquisitivo.

—¿Por qué te escapaste? —me preguntó.

—Había recibido otro mensaje electrónico —dije.

—¿En la misma cuenta Bigfoot?

—Sí.

—¿Por qué llegó tan tarde?

—Se servía de un código —respondí—. Me costó un poco descubrirlo.

—¿Qué clase de código?

Le conté lo de «doña Murciélago» y lo de los «Caniches Sexuales de la Adolescencia».

Cuando terminé, dijo:

—¿Por eso te serviste del ordenador de Kinko? ¿Lo descifraste mientras paseabas a Chloe?

—Sí.

—¿Qué decía exactamente el mensaje?

No tenía ni idea de los motivos que impulsaban a Shauna a hacerme todas aquellas preguntas. Aparte de lo dicho sobre ella, debo añadir que no era una persona detallista, creía que los detalles no servían para otra cosa que para enturbiar y confundir la imagen.

—Quería que nos encontrásemos en Washington Square Park a las cinco de la tarde de ayer —dije—. Me advirtió que me seguirían. Y también me dijo que, pasase lo que pasase, me quería.

—¿Y por esto huiste corriendo? —preguntó—. ¿Para llegar puntualmente a la cita?

Asentí.

—Hester me dijo que no fijarían la fianza como mínimo hasta media noche o más.

—¿Llegaste a tiempo al parque?

—Sí.

Shauna avanzó un paso hacia mí.

—¿Y qué?

—Pues que no apareció.

—Pese a lo cual sigues convencido de que fue Elizabeth quien te envió el mensaje, ¿verdad?

—No tengo otra explicación —dije.

Sonrió al oír mis palabras.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Te acuerdas de mi amiga Wendy Petino?

—Sí, una modelo compañera tuya —contesté—, más rara que un perro verde.

Shauna sonrió ante la comparación.

—Una vez me llevó a cenar con su... —dibujó con los dedos unas comillas en el aire— gurú espiritual. Me dijo que el hombre leía los pensamientos y adivinaba el futuro y todas esas cosas y que la ayudaba a comunicarse con su madre, que se había suicidado cuando ella tenía seis años.

La dejé seguir sin interrumpir con la frase que habría sido lógica en ese caso: «¿Se puede saber qué tiene esto que ver conmigo?». Pero me di cuenta de que Shauna estaba haciendo tiempo y de que acabaría por ir al grano.

—O sea que terminamos de cenar. El camarero nos sirvió el café. Y el gurú de Wendy, creo que se llamaba algo así como Omay, me miró con los ojos brillantes e inquisitivos que tiene esa clase de gente, ya sabes, y empezó a decirme que presentía... utilizó esa misma palabra... presentía que yo era escéptica y que le abriese mi corazón. Tú ya me conoces. Le dije que todo aquello no eran más que paparruchas y que estaba hasta las narices de que sacara los cuartos a mi amiga. Omay no se enfadó lo más mínimo, lo que

acabó de sacarme de quicio. Lo que hizo fue darme una tarjeta y decirme que escribiera en ella cualquier cosa, lo que quisiera, algo que tuviera algún significado para mí, una fecha, las iniciales de mi pareja, lo que se me antojase. Miré la tarjeta. Me pareció una tarjeta blanca normal, pese a lo cual le pregunté si en lugar de aquélla podía utilizar una mía. Me dijo que no había ningún inconveniente. Saqué una tarjeta comercial y la puse sobre la mesa. Entonces me dio una pluma, pero decidí también que usaría la mía, por si tenía alguna trampa o alguna cosa rara. Pero tampoco le pareció mal. Escribí tu nombre. Simplemente, Beck. Cogió la tarjeta. Yo le vigilaba la mano por si hacía algún cambio o alguna triquiñuela, pero se limitó a pasar la tarjeta a Wendy. Le dijo que la sostuviera. Y él entretanto me cogió la mano, cerró los ojos y comenzó a agitarse como si acabara de darle un ataque. Te juro que sentí correr algo dentro de mí. Y de pronto Omay abrió los ojos y dijo: «¿Quién es Beck?».

Shauna se sentó en el sofá y yo a su lado.

—Sé que hay gente muy rápida de manos y todas esas cosas, pero es que yo estaba delante, lo vigilaba de cerca. Casi me lo creí. Omay tenía habilidades especiales. Como dices tú, no había otra explicación. Y entretanto, Wendy allí sentada con su sonrisa de satisfacción pintada en la cara. En fin, algo que no me cabía en la cabeza.

—Habría averiguado cosas tuyas —dije—. Estaría enterado de nuestra amistad.

—No quiero desmentir tus palabras, pero ¿por qué no adivinó que yo había escrito el nombre de mi hijo o el de Linda? ¿Cómo supo que había puesto el tuyo?

Era un punto a su favor.

—¿O sea que ahora crees?

—Casi, Beck. Ya te he dicho que casi. Omay tenía razón al decir que soy escéptica. Aunque todo apuntaba a que era vidente, yo

sabía que no lo era. Porque no hay videntes... de la misma manera que tampoco hay fantasmas.

Se calló. No era lo que se dice sutil mi querida Shauna.

—O sea que decidí hacer averiguaciones —continuó—. Lo bueno que tiene ser modelo famosa es que vas a ver a alguien y te recibe. O sea que fui a ver a un ilusionista que había visto en Broadway dos años atrás. Cuando se lo conté, se echó a reír. Le pregunté qué tenía de cómico lo que le acababa de decir. Me preguntó si el gurú aquel me había hecho el numerito después de cenar. La pregunta me sorprendió. ¿Qué diablos tenía que ver con lo que yo quería saber? Le dije que sí, que cómo lo sabía. Me preguntó entonces si tomamos café. Volví a decirle que sí. Y que si él había tomado el café solo. También le dije que sí —Shauna sonrió—. ¿Sabes cómo lo hizo, Beck?

Negué con la cabeza.

—Ni idea.

—Al dar la tarjeta a Wendy, la pasó por encima de su taza de café. Era café puro, Beck. La superficie es como un espejo. Por eso pudo leer lo que yo había escrito. Un truco de salón de lo más idiota. No puede ser más sencillo, ¿te das cuenta? Pasas la tarjeta por encima de la taza de café y es como si la pasaras por encima de un espejo. Y pensar que yo estuve a punto de morder el anzuelo... ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Naturalmente —dije—. Te figuras que soy tan crédulo como la tontorrón de Wendy.

—Sí y no. Mira, Beck, una parte del engaño de Omay era que jugaba con el deseo. Wendy cayó en la trampa porque deseaba creer en todas esas patochadas.

—Y yo quiero creer que Elizabeth está viva, ¿no es eso?

—Más de lo que un hombre muerto de sed desearía encontrar un oasis en el desierto —dijo—. Pero no es eso, en realidad, lo que quería decirte.

—¿Qué es, entonces?

—El hecho de que tú no veas la explicación no quiere decir que la explicación no exista. Lo único que quiere decir es que tú no la ves.

Me recosté hacia atrás y crucé las piernas. La miré fijamente y ella desvió la mirada, algo que no hacía nunca.

—¿Qué pasa, Shauna?

Pero no me miró.

—No entiendo una palabra —dije.

—Me figuraba que estaba muy claro...

—Sabes a qué me refiero. Tú no eres así. Me dijiste por teléfono que querías hablar conmigo. A solas. ¿Para qué? ¿Era para decirme que mi esposa muerta sigue muerta? —Negué con la cabeza—. No me lo trago.

Shauna no reaccionó.

—Dime qué pasa —dije.

Se volvió.

—Tengo miedo —contestó con una voz que me erizó el vello de la nuca.

—¿De qué?

No respondió enseguida. Se oía a Linda trajinando en la cocina, ruido de vasos y platos, la puerta de la nevera al abrirse como una ventosa al desprenderse.

—La advertencia que te hice —continuó Shauna por fin—, era tanto para ti como para mí.

—No te entiendo.

—He visto algo —su voz se apagó, inspiró profundamente y volvió a hablar—. He visto algo que mi mente racional no acierta a explicar. Es como lo que te he contado sobre Omay. Sé que tiene que haber una explicación, pero no la encuentro. —Comenzó a mover las manos, sus dedos jugaban con los botones, retiraban motas imaginarias del vestido, hasta que dijo—: Estoy empezando a creer en tus palabras, Beck. Creo que quizá Elizabeth esté aún viva.

Sentí que el corazón me subía a la garganta.

Se levantó bruscamente.

—Voy a prepararme un mimosa. ¿Te apuntas?

Le dije que no con el gesto.

Pareció sorprendida.

—¿Seguro que no quieres...?

—Dime qué viste, Shauna.

—El informe de su autopsia.

Me sentí desfallecer. Tardé un momento en encontrar la voz para contestar.

—¿Cómo ha sido?

—¿Conoces a Nick Carlson, del FBI?

—El que me interrogó —contesté.

—Cree que eres inocente.

—Pues a mí no me pareció que lo creyera.

—Ahora lo cree. Cuando vio que había tantas pruebas que te señalaban, le pareció que estaba todo demasiado claro.

—¿Te lo dijo?

—Sí.

—¿Y tú le creíste?

—Te parecerá una ingenuidad pero sí, le creí.

Me fiaba del criterio de Shauna. Si ella decía que Carlson estaba a la altura es que era un perfecto embustero o que el hombre se había dado cuenta del montaje.

—Sigo sin entender —dije—. ¿Qué tiene qué ver esto con la autopsia?

—Carlson vino a verme. Quería saber qué te llevabas entre manos. Yo no le dije nada, pero él vigilaba tus movimientos. Estaba enterado de que habías querido examinar el informe de la autopsia de Elizabeth y quería saber por qué. O sea que fue al despacho del forense y consiguió el informe. Y me lo trajo. Quería ver si yo podía orientarlo un poco.

—¿Te lo enseñó?

Shauna asintió.

Tenía la garganta seca.

—¿Viste las fotos de la autopsia?

—No estaban, Beck.

—¿Qué?

—Carlson cree que las han robado.

—¿Quién?

Shauna se encogió de hombros.

—La única persona que firmó el expediente fue el padre de Elizabeth.

Hoyt. El círculo volvía a cerrarse a su alrededor. La miré.

—¿Leíste el informe?

Esta vez el gesto de asentimiento fue más indeciso.

—¿Y qué?

—Decía que Elizabeth tenía un problema de drogas, Beck. No que hubiera rastro de drogas en su organismo. El hombre me dijo que los informes demostraban que era adicta desde hacía tiempo.

—Imposible —dije.

—Puede que sí, y puede que no. Esto, por sí solo, no me habría convencido. Los adictos suelen ocultarlo. No es probable, pero tampoco lo es que esté viva. A lo mejor las pruebas eran erróneas o no eran concluyentes. Puede ser. Hay explicaciones, ¿verdad? Puede haber explicaciones.

Me pasé la lengua por los labios.

—Entonces, ¿qué era lo que no cuadraba? —pregunté.

—El peso y la talla —dijo Shauna—. Allí decía que Elizabeth medía un metro sesenta y seis de altura y que no llegaba a los cuarenta y cinco kilos.

Aquellas palabras fueron un puñetazo en el estómago. Mi mujer medía un metro sesenta y dos y pesaba cincuenta y dos kilos.

—Nada que ver —dije.

—Nada.

—Elizabeth está viva, Shauna.

—Tal vez —admitió al tiempo que desviaba la mirada hacia la cocina—. Pero es que hay algo más.

Shauna se volvió y llamó a Linda por su nombre. Linda apareció en la puerta, pero no entró. De pronto, con su delantalito, me pareció muy pequeña. Se restregó las manos y se las secó en el delantal. Observé, extrañado, a mi hermana.

—¿Qué pasa? —dije.

Entonces Linda rompió a hablar. Sobre las fotografías, sobre cómo Elizabeth había acudido a ella para pedirle que las sacase, sobre lo contenta que estuvo de poder mantener en secreto el asunto de Brandon Scope. Ni quiso edulcorar la cosa ni dar explicaciones, pero quizá, para decirlo una vez más, no tenía por qué darlas. Estaba allí de pie, contándolo todo y esperando el revés inevitable. Yo la escuché con la cabeza baja. No soportaba mirarla, pero la perdonaba. Todos tenemos nuestros puntos débiles. Todos.

Me entraron ganas de abrazarla y decirle que la comprendía, pero no lo hice. En cuanto terminó, me limité a asentir con un gesto y dije:

—Gracias por contármelo.

Con mis palabras pretendía despedirla y Linda lo entendió. Shauna y yo permanecimos sentados en el sofá y estuvimos casi un minuto en silencio.

—¿Beck?

—El padre de Elizabeth me mintió —dije.

Shauna asintió.

—Tengo que hablar con él.

—La otra vez no te dijo nada.

—Pensé que tenía razón.

—¿Crees que será diferente esta vez?

Casi sin darme cuenta, palpé la Glock que llevaba en el cinto.

—Quizá —dije.

Carlson me saludó en el pasillo.

—¿Doctor Beck? —preguntó.

En aquel mismo momento, en el otro extremo de la ciudad, se estaba celebrando una conferencia de prensa en la oficina del fiscal del distrito. Como era lógico, los periodistas se mostraban escépticos ante las enrevesadas explicaciones de Fein en relación con mi persona, había muchas enmiendas a lo dicho anteriormente y mucho señalar con el dedo y todo ese tipo de cosas. Con esto no se conseguía otra cosa que embarullar la cuestión. La confusión es útil. La confusión lleva a hacer lenta y pesada la reconstrucción, la clarificación, la exposición y muchos otros «ción». La prensa y su público prefieren descripciones más sencillas de los hechos.

Seguramente habría sido peor para el señor Fein de no haber resultado que la oficina del fiscal del distrito aprovechó aquella conferencia de prensa para desatar invectivas contra varios altos cargos del consistorio al tiempo que aludía que «los tentáculos de la corrupción», la frase era suya, podían incluso llegar a la oficina del gran hombre. Los medios de comunicación, entidad dotada de un radio de atención colectiva parecido al de un niño de dos años atiborrado de Twinkies, pasaron de inmediato a concentrarse en aquel nuevo y vistoso juguete, y lanzaron el viejo debajo de la cama de una patada.

Carlson se acercó.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Ahora no —contesté.

—Su padre tenía una pistola —dijo.

—¿Cómo? —Sus palabras me dejaron clavado en el suelo.

—Stephen Beck, su padre, compró una Smith and Wesson del treinta y ocho. Según el registro, la compró unos meses antes de morir.

—¿A qué viene esto?

—Supongo que usted heredaría el arma. ¿Me equivoco?

—No tengo por qué decírselo —pulsé el botón del ascensor.

—Tenemos el arma —insistió.

Me volví, sorprendido.

—Estaba en la caja de seguridad de Sarah Goodhart. Junto con las fotos.

Aquellas palabras me parecían increíbles.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Carlson me dirigió una sonrisa taimada.

—Sí claro, entonces yo era el malo —dije y, con intención de alejarme, añadí—: No veo qué importancia puede tener.

—Seguro que la ve.

Volví a pulsar el botón de llamada del ascensor.

—Usted fue a ver a Peter Flannery —continuó Carlson—. Se interesó por el asesinato de Brandon Scope. Me gustaría saber por qué.

Volví a apretar el botón de llamada y mantuve el dedo en él.

—¿Ha hecho algo con el ascensor?

—Sí. ¿Por qué fue a ver a Peter Flannery?

Hice varias deducciones rápidas. De pronto se me ocurrió una idea, lo que es peligroso aun en el mejor de los casos. Shauna confiaba en aquel hombre. Tal vez yo también podía confiar en él. Por lo menos un poco. Era bastante.

—Porque usted y yo tenemos las mismas sospechas —dije.

—¿Qué sospechas?

—Los dos nos preguntamos si KillRoy asesinó realmente a mi esposa.

Carlson se cruzó de brazos.

—¿Y qué tiene que ver Peter Flannery en todo esto?

—Usted vigilaba mis pasos, ¿verdad?

—Sí.

—Pues yo decidí hacer lo mismo con Elizabeth. Trasládame a ocho años atrás. Descubrí que las iniciales y el número de teléfono

de Flannery estaban en la agenda de mi mujer.

—Ya comprendo —dijo Carlson—. ¿Se enteró de algo a través de Flannery?

—No —mentí—. Resultó ser un callejón sin salida.

—No lo creo —dijo Carlson.

—¿Por qué lo dice?

—¿Sabe cómo funcionan las pruebas de balística?

—Lo he visto en la televisión.

—Para dar una explicación sencilla, cada arma deja una marca específica y única en la bala que dispara. Arañazos, surcos, que son exclusivos de dicha arma. Algo así como las huellas dactilares.

—Hasta aquí lo sé.

—Después de que usted visitara el despacho de Flannery, pedí a nuestra gente que hiciera una prueba de balística específica de la treinta y ocho que habíamos encontrado en la caja de seguridad de Sarah Goodhart. ¿Sabe qué descubrimos?

Lo sabía, pero negué con un gesto.

Carlson se tomó tiempo antes de decir lo que pensaba decir.

—El arma de su padre, la que usted heredó, fue la que mató a Brandon Scope.

Se abrió una puerta y en el vestíbulo entró una madre con su hijo. El chico estaba lloroso, los hombros caídos en actitud de desafío adolescente. La madre tenía los labios fruncidos, aunque mantenía alta la cabeza como diciendo que no quería saber nada del asunto. Se acercaron al ascensor. Carlson dijo algo a través de su transmisor-receptor y nos apartamos de los botones del ascensor, sumidos en un reto silencioso.

—Agente Carlson, ¿usted cree que soy un asesino?

—¿Quiere que le diga la verdad? —dijo—. Pues ya no estoy seguro.

Encontré curiosa su respuesta.

—Usted sabe muy bien que no estoy obligado a hablar con usted. En realidad, puedo llamar a Hester Crimstein ahora mismo y

evitar lo que usted pretende hacer.

Se molestó un poco, pero no hizo nada por desmentir mis palabras.

—Dígame qué quiere.

—Que me dé dos horas.

—¿Para qué?

—Dos horas —repetí.

Se quedó pensativo.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me diga quién es Lisa Sherman.

La pregunta me dejó totalmente desconcertado.

—No conozco el nombre.

—Parece que usted y ella pensaban abandonar el país en avión esta noche.

Elizabeth.

—No sé de qué me habla —dije.

Sonó el ascensor. Se abrió la puerta. La madre de labios fruncidos y el adolescente desplomado se colaron dentro. La mujer se volvió a mirarnos. Le indiqué que mantuviera abierta la puerta.

—Dos horas —dije.

Carlson asintió a regañadientes con la cabeza y yo, raudo, salté dentro del ascensor.

40

—¡Llegas tarde! —exclamó el fotógrafo, un tipo bajísimo que hablaba con fingido acento francés y que gritó a Shauna—: Y con esa facha que... *comment dit-on?*... pareces salida de la cisterna del retrete.

—Tú tienes la palabra, Frédéric —le espetó Shauna, sin preocuparse de si aquél era o no su nombre—. ¿De dónde eres? ¿De Brooklyn?

El sujeto levantó las manos al cielo.

—En esas condiciones no puedo trabajar —exclamó.

Aretha Feldman, la agente de Shauna, se adelantó.

—No te preocupes, François. Nuestro maquillador hará maravillas. Siempre está así de horrible cuando llega. Enseguida volvemos.

Aretha agarró a Shauna por el codo sin dejar un momento de sonreír. Y le dijo *sotto voce*:

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

—Estoy harta de toda esta mierda.

—Mira, no te hagas la *prima donna* conmigo, ¿quieres?

—No sé si sabes que he pasado muy mala noche, ¿está claro?

—No está claro. Siéntate en esa silla y que te maquillen.

El artista maquillador soltó un bufido de horror al ver a Shauna.

—¿Qué son esas bolsas que tienes bajo los ojos? —gritó—. ¿Es que vamos a hacer un rodaje para Samsonite?

—¡Ja, ja! —dijo Shauna acercándose a la silla.

—¡Ah! —dijo Aretha—. Ha llegado esto para ti —y le tendió un sobre.

Shauna lo miró de reojo.

—¿Qué es?

—Ni idea. Hace diez minutos que lo ha traído un mensajero. Ha dicho que era urgente.

Tendió el sobre a Shauna, que lo cogió y le dio la vuelta. Miró el garabato familiar en la parte delantera del sobre; simplemente la palabra «Shauna», y sintió que se le encogía el estómago.

Sin apartar los ojos de la caligrafía, Shauna dijo:

—Dame un segundo.

—No es el momento...

—Sólo un segundo.

El artista del maquillaje y la agente se hicieron a un lado. Shauna abrió el sobre. Salió del mismo una tarjeta sin otra indicación que la caligrafía familiar que figuraba en el exterior. Shauna la cogió. Era una nota breve:

«Ve al lavabo de señoras».

Shauna trató de que su respiración fuera normal. Se levantó.

—¿Pasa algo? —dijo Aretha.

—Tengo pis —dijo con una voz tan tranquila que hasta ella misma se sorprendió—. ¿Dónde está el sitio?

—Al final del pasillo a la izquierda.

—Vuelvo enseguida.

Dos minutos más tarde, Shauna empujó la puerta del cuarto de baño. Pero no cedió. Llamó con los nudillos.

—Soy yo —dijo, después esperó.

Unos segundos más tarde oyó que corrían el pestillo. Más silencio. Shauna hizo una inspiración profunda y volvió a empujar. La puerta se abrió de par en par. Entró y se quedó inmóvil. Allí, al otro lado de la habitación, de pie delante de sus ojos, había un fantasma.

Shauna ahogó un grito.

Llevaba una peluca morena, estaba más delgada, con gafas de montura metálica... nada podía enmascarar lo que era evidente.

—Elizabeth...

—Cierra la puerta por dentro, Shauna.

Shauna obedeció sin pararse a pensar. Dio media vuelta y se acercó más a su vieja amiga. Elizabeth retrocedió.

—Por favor, tenemos poco tiempo.

Tal vez por primera vez en su vida, Shauna no tenía palabras para expresarse.

—Tienes que convencer a Beck de que estoy muerta —dijo Elizabeth.

—Ya es un poco tarde.

Elizabeth recorrió el espacio con la mirada como quien busca una escapatoria.

—He cometido el error de volver. Un error estúpido. No puedo quedarme. Tienes que decírselo...

—Hemos visto la autopsia, Elizabeth —dijo Shauna—. No hay manera de volver a encerrar el genio en la botella.

Elizabeth cerró los ojos.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó Shauna.

—Volver ha sido una equivocación.

—Sí, ya lo has dicho antes.

Elizabeth se mordió el labio inferior. Después dijo:

—Tengo que irme.

—No puedes —dijo Shauna.

—¿Qué?

—No puedes huir.

—Si me quedo, él morirá.

—Ya ha muerto —dijo Shauna.

—No lo entiendes.

—No es necesario entenderlo. Si lo dejas de nuevo, no sobreviviré. He esperado ocho años a que superara tu ausencia. Se suponía que lo había conseguido. Las heridas se cierran. La vida

continúa. Pero para Beck no es así —dio un paso hacia Elizabeth—. No puedo permitir que vuelvas a huir.

Había lágrimas en los ojos de las dos.

—No me interesa saber por qué te marchaste —dijo Shauna, acercándose un poco más—. Lo único importante es que has vuelto.

—No puedo quedarme —dijo con voz débil.

—Tienes que quedarte.

—¿Aunque esto suponga su muerte?

—Sí —dijo Shauna sin vacilar—, aunque suponga eso. Sabes que digo la verdad. Por eso estás aquí. Sabes que no puedes irte. Y también sabes que yo no lo permitiría.

Shauna avanzó otro paso.

—Estoy tan cansada de huir... —dijo Elizabeth en voz baja.

—Lo sé.

—No sé qué hacer.

—Yo tampoco, pero huir ahora no sería una solución. Cuéntaselo todo, Elizabeth. Haz que lo entienda.

Elizabeth levantó la cabeza.

—¿Sabes cuánto lo quiero?

—Sí —dijo Shauna—. Lo sé.

—No quiero hacerle daño.

Shauna dijo:

—Demasiado tarde.

Estaban frente a frente, a un palmo de distancia. Shauna habría querido acercársele y abrazarla, pero permaneció inmóvil en su sitio.

—¿Tienes algún número de teléfono para ponerme en contacto con él? —preguntó Elizabeth.

—Sí, tengo el de un móvil...

—Dile la palabra Dolphin. Dile que nos encontraremos en ese sitio esta noche.

—No entiendo qué diablos significa.

Elizabeth pasó rápidamente a su lado, sacó la cabeza por la puerta para atisbar y salió.

—Él lo entenderá —dijo.
Había desaparecido.

41

Como de costumbre, Tyrese y yo nos sentamos en el asiento trasero del coche. El cielo de la mañana era ceniciento, el color de las lápidas funerarias. Indiqué a Brutus dónde debía girar después de cruzar el puente George Washington. Tyrese me observaba con atención escudado en las gafas de sol. Por fin preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A ver a mis suegros.

Tyrese se quedó a la espera de más explicaciones.

—Mi suegro es poli —añadí.

—¿Cómo se llama?

—Hoyt Parker.

Brutus sonrió. Tyrese hizo lo mismo.

—¿Lo conoces?

—No he trabajado con él directamente pero, sí, sé quién es.

—¿A qué te refieres cuando dices trabajar?

Tyrese eludió la respuesta con un gesto. Estábamos cruzando la frontera de la ciudad. En los últimos tres días había pasado por diferentes experiencias surrealistas, una de ellas pasearme por mis antiguos barrios con dos traficantes de droga en un coche con cristales oscuros. Di a Brutus unas cuantas indicaciones antes de que aparicara en Goodhart, un lugar cuyo terreno se desplegaba a dos niveles y que estaba cargado de recuerdos.

Bajé. Brutus y Tyrese salieron de estampida. Me acerqué a la puerta y oí el largo tintineo del timbre. Las nubes eran ahora más oscuras. Un relámpago abrió una brecha en el cielo. Volví a pulsar el

timbre. Una corriente de dolor recorrió mi brazo. Seguía doliéndome todo el cuerpo después de la tortura y el sobreesfuerzo del día anterior. Me paré a pensar un momento en lo que habría podido ocurrir de no haber aparecido Tyrese y Brutus. Pero aparté a un lado aquellos pensamientos.

Por fin oí que Hoyt preguntaba:

—¿Quién es?

—Beck —dije.

—Está abierto.

Tendí la mano hacia el picaporte pero la mano se detuvo en el aire, dos centímetros antes de asirlo. Era extraño. Había visitado aquella casa incontables veces en mi vida, pero no recordaba que Hoyt hubiera preguntado nunca quién llamaba a la puerta. Era una de esas personas que prefieren la confrontación directa. No se había hecho para Hoyt Parker el recurso de esconderse entre matorrales. Era un hombre que no se arredraba ante nada y lo demostraba a cada momento. Llamabas a su puerta, la abría y te miraba a la cara.

Me volví. Tyrese y Brutus habían desaparecido, no eran tan estúpidos como para andar remoloneando delante de la casa de un policía en un barrio de blancos.

—¿Beck?

No había opción. Me acordé de la Glock. Y al tiempo que ponía la mano izquierda en el picaporte, acerqué la derecha a mi cadera. Por si acaso. Hice girar el picaporte, empujé la puerta y acerqué la cabeza a la rendija.

—Estoy en la cocina —gritó Hoyt.

Acabé de entrar y cerré la puerta detrás de mí. La habitación olía a desinfectante con perfume de limón, uno de esos productos que se conectan a un enchufe y se utilizan para enmascarar otros olores. Era empalagoso.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Hoyt.

Todavía no había aparecido.

—No, gracias —respondí.

Atravesé la moqueta de hebra corta en dirección a la cocina. Distinguí las viejas fotografías en la repisa de la chimenea sin que esta vez me causaran ninguna impresión. Cuando mis pies tocaron el linóleo, dejé vagar los ojos por la habitación. Vacía. Iba a darme la vuelta cuando sentí la frialdad del metal en la sien. De pronto una mano se deslizó alrededor del cuello y tiró bruscamente de mí hacia atrás.

—¿Vas armado, Beck?

No me moví ni hablé.

Sin mover el arma del sitio, Hoyt me retiró el brazo del cuello y me palpó el cuerpo con la mano. Encontró la Glock, la sacó y la arrojó sobre el linóleo.

—¿Quién te ha traído?

—Un par de amigos —conseguí decir.

—¿Qué clase de amigos?

—Pero ¿qué diablos te pasa, Hoyt?

Retrocedió y pude darme la vuelta. Me apuntaba el pecho con el arma. La boca del arma me parecía enorme, abierta como una boca gigantesca dispuesta a engullirme. Difícil apartar los ojos de aquel túnel frío y oscuro.

—¿Has venido a matarme? —preguntó Hoyt.

—¿Cómo? No.

Me obligué a levantar los ojos. Hoyt estaba sin afeitarse, tenía los ojos enrojecidos y se balanceaba. Había bebido. Había bebido mucho.

—¿Dónde está la señora Parker? —pregunté.

—En lugar seguro —la respuesta me sonó extraña—. La he enviado a otro sitio.

—¿Por qué?

—Creo que ya lo sabes.

Tal vez lo sabía. O tal vez estuviera empezando a saberlo.

—¿Por qué iba a querer hacerte daño, Hoyt?

Seguía apuntándome el pecho con el arma.

—¿Llevas siempre un arma escondida, Beck? Sólo por esto ya te podría mandar a la cárcel.

—Peor me has tratado tú —le repliqué.

Cambió su expresión. De sus labios se escapó un leve quejido.

—¿De quién era el cadáver que incineramos, Hoyt?

—Tú no sabes una puñetera mierda.

—Sé que Elizabeth está viva —dije.

Aunque dejó caer los hombros, el arma no se movió de su sitio. Percibí cómo se le tensaba la mano y por un momento tuve la seguridad de que iba a disparar. Luché con la idea de pegar un salto y escapar, pero aquello no descartaba que me dejara frito en el segundo intento.

—Siéntate —dijo bajando la voz.

—Shauna vio el informe de la autopsia. Sabemos que el cadáver de aquel depósito no era el de Elizabeth.

—Siéntate —repitió levantando un poco el arma y llegué a pensar que, de no obedecerle, dispararía.

Me condujo a la sala de estar. Me senté en el horrendo sofá testigo de tantos momentos memorables, pero tuve la sensación de que eran momentos como briznas a punto de ser engullidas por la hoguera que también acabaría muy pronto con aquella habitación.

Hoyt se sentó frente a mí. El arma seguía levantada apuntando a la diana de mi pecho. Su mano no descansaba nunca. Debía de ser parte de su formación. Pero también él estaba agotándose. Me pareció un globo pinchado que va desinflándose lentamente de forma casi imperceptible.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

No respondió a mi pregunta.

—¿Qué te hace pensar que está viva?

Me quedé en suspenso. ¿Acaso me había equivocado? ¿Había quizá algo que él no sabía? Decidí rápidamente que no era posible. Él había visto el cadáver en el depósito. Él había sido quien lo había

identificado. Tenía que estar involucrado por fuerza en el asunto. Pero entonces me acordé del mensaje electrónico.

«No se lo digas a nadie...»

¿Habría cometido un error yendo allí?

Una vez más, no. Aquel mensaje había sido enviado antes de que ocurriera todo aquello, prácticamente en otra era. Me correspondía tomar una decisión. Debía empujar, hacer algo.

—¿La has visto? —me preguntó.

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dije.

Hoyt bajó la cabeza de pronto. Llevándose un dedo a los labios, me indicó que guardara silencio. Se levantó y se acercó sigilosamente a la ventana. Las persianas estaban subidas. Atisbó por uno de los lados.

Yo seguía de pie.

—Siéntate.

—Dispara ya, Hoyt.

Me miró.

—Ella está en apuros —dije.

—¿Y crees que puedes ayudarla? —Soltó una risita burlona—. Aquella noche os salvé la vida a los dos. ¿Qué hiciste tú?

Sentí que algo se me contraía dentro del pecho.

—Me golpearon y quedé inconsciente —contesté.

—Exacto.

—¿Tú... —me costaba articular las palabras— nos salvaste la vida?

—Siéntate.

—Si supieras dónde está...

—Entonces no estaríamos hablando —terminó.

Di otro paso hacia él. Y otro más. Me estaba apuntando con el arma. Pero no me detuve. Seguí adelante hasta sentir la presión del cañón contra el esternón.

—¿Piensas decírmelo? —le dije—. ¿O piensas matarme?

—¿Quieres hacer una apuesta?

Le miré directamente a los ojos y, quizá por vez primera en nuestra larga relación, le sostuve la mirada. Algo circuló entre los dos, aunque no sabría decir qué fue. ¿Fue su capitulación? Quizá, no lo sé muy bien. Pero yo me mantuve firme.

—¿Tienes idea de lo mucho que echo de menos a tu hija?

—Siéntate, David.

—No hasta que...

—Te lo contaré —dijo bajando la voz—. Siéntate.

Seguí mirándole a los ojos al tiempo que retrocedía hacia el sofá. Me senté en el cojín. Y él dejó el arma sobre la mesita auxiliar.

—¿Quieres beber algo?

—No.

—Mejor será que tomes algo.

—Ahora no.

Se encogió de hombros y se acercó a uno de esos mueble-bares de mal gusto que se abren hacia abajo, un artilugio viejo y medio desvencijado. Dentro, los vasos estaban desordenados y tintinearón al golpear unos contra otros. Pensé que aquélla no era la primera incursión del día en el armario de los licores. Se sirvió lentamente la bebida. Habría querido darle prisa, pero pensé que ya había precipitado bastante las cosas. Creí que lo necesitaba. El hombre estaba ordenando las ideas, clasificándolas, estudiando los ángulos. No esperaba otra cosa.

Cogió el vaso con ambas manos y se dejó caer en el asiento.

—Nunca me gustaste demasiado —empezó—. No se trataba de nada personal. Eres de buena familia. Tu padre era un hombre distinguido y, en cuanto a tu madre, bueno, creo que intentó estar a la altura, ¿no te parece? —Sostenía el vaso con una mano y con la otra se alisó los cabellos—. Pero yo siempre pensé que tu relación con mi hija era para ella... —se paró tratando de buscar las palabras adecuadas— un obstáculo para su realización personal. Ahora...

ahora me doy cuenta de lo increíblemente afortunados que fuisteis los dos.

La habitación se había enfriado unos cuantos grados. Procuré no moverme, traté de aquietar la respiración, lo que fuera con tal de no molestarlo.

—Empezaré hablando de la noche en el lago —dijo—, la noche que la secuestraron.

—¿Quién la secuestró?

Hundió la mirada en el vaso.

—No me interrumpas —dijo—. Limítate a escuchar.

Asentí, pero él no me miró. Seguía con los ojos perdidos en el fondo del vaso, literalmente como si buscara allí una respuesta.

—Ya sabes quién la secuestró —dijo— o deberías saberlo a estas alturas. Fueron los dos hombres que encontraron enterrados.

Su mirada, de pronto, hizo un barrido de la sala. Cogió el arma, se levantó y volvió a mirar por la ventana. Habría querido preguntarle qué esperaba ver, pero no quería alterar el ritmo de sus actos.

—Mi hermano y yo llegamos tarde al lago. Demasiado tarde. Queríamos pararles los pies a medio camino. Ya sabes, donde hay aquellas dos rocas.

Eché una ojeada a la ventana, después me miró de nuevo a mí. Sabía de qué rocas me hablaba. Estaban en el camino de tierra, a casi un kilómetro de distancia del lago Charmaine. Eran enormes las dos, redondeadas, de dimensiones casi exactas, perfectamente situadas a uno y otro lado del camino. Se contaban muchas leyendas sobre cómo habían llegado allí.

—Ken y yo nos escondimos detrás de ellas. Cuando se acercaron, les reventé un neumático de un tiro. Bajaron a ver qué pasaba. Cuando bajaron les disparé un tiro en la cabeza.

Tras mirar otra vez por la ventana, Hoyt volvió al sillón. Dejó el arma y volvió a fijar la mirada en la bebida. Frené la lengua y esperé.

—Griffin Scope había contratado a los dos hombres —dijo—. Se suponía que interrogarían a Elizabeth y que después la matarían. Ken y yo tuvimos noticia de la maniobra y fuimos al lago para pararles los pies —levantó la mano como queriendo silenciar una pregunta, pese a que yo no me había atrevido a abrir la boca—. Los cómo y los porqués no tienen ninguna importancia. Griffin Scope quería ver a Elizabeth muerta. No tienes por qué saber más. Y no se detendría por el simple hecho de que hubieran matado a un par de sus muchachos. Los tenía en cantidad. Es como una de esas bestias míticas que, si les cortas la cabeza, les crecen otras dos —me miró—. Son fuerzas contra las que no puedes luchar, Beck.

Tomó un largo trago. Yo estaba inmóvil.

—Quiero que te traslades a aquella noche y te pongas en nuestro lugar —continuó al tiempo que se acercaba un poco más a mí como tratando de involucrarme—. Dos hombres yacen muertos en aquella carretera polvorienta. Enviados por uno de los hombres más poderosos del mundo para matarte. Un hombre que no tiene ningún escrúpulo en cargarse a un inocente con tal de poder eliminarte. ¿Qué puedes hacer? Supón que hubiéramos decidido acudir a la policía. ¿Qué habríamos contado? Un hombre como Scope no deja rastro tras de sí y, aunque hubiera dejado alguno, tiene a más policías y jueces en el bolsillo que cabellos tengo yo en la cabeza. Nos habrían matado. Te lo estoy preguntando, Beck. Estás allí, hay dos hombres muertos en el suelo, sabes que la cosa no terminará ahí. ¿Qué haces?

Me tomé la pregunta como pura retórica.

—O sea que se lo expuse todo a Elizabeth igual que te lo expongo a ti ahora. Le dije que Scope nos quitaría de en medio con tal de llegar hasta ella. Si ella desaparecía, si por ejemplo se escondía, entonces él nos torturaría a nosotros hasta que se la entregásemos. O se lanzaría contra mi mujer. O contra tu hermana. Haría lo que fuera con tal de asegurarse de que se había localizado

a Elizabeth y de que la habían matado. —Se me acercó un poco más—. ¿Te das cuenta ahora? ¿Ves que sólo hay una respuesta?

Asentí porque de pronto todo me pareció transparente.

—Claro, tenías que conseguir que pensaran que Elizabeth estaba muerta.

Sonrió, pero a mi alrededor aparecieron nuevas lagunas.

—Yo tenía un dinerillo ahorrado. Y mi hermano tenía más. También teníamos contactos. Elizabeth se escondió. La sacamos del país. Se cortó el pelo, aprendió a disfrazarse, aunque en esto probablemente nos excedimos. En realidad, no la buscaba nadie. En esos últimos ocho años ha rondado de aquí para allá a través de países del tercer mundo, trabajando para la Cruz Roja, para UNICEF o para cualquier organización con la que pudiera enrolarse.

Seguí a la espera. Quedaban todavía muchas cosas que no me había aclarado, pero no me moví del sitio. Dejé que las consecuencias de aquello fueran penetrándome y me llegasen al fondo. Elizabeth. Estaba viva. Había estado viva aquellos ocho años. Respiraba, vivía, trabajaba... Eran demasiadas cosas, uno de aquellos incomprensibles problemas matemáticos que obligan al ordenador a callar.

—Seguro que te estás preguntando por el cadáver del depósito.

Me permití asentir con la cabeza.

—Esto fue muy sencillo. Disponemos siempre de cadáveres de mujeres que nadie reclama. Permanecen almacenados en el departamento de patología hasta que llega un día en que alguien se harta de verlos. Entonces los trasladamos a un cementerio de pobres de la isla de Roosevelt. Así es que no tuve más que esperar a que apareciera una nueva desconocida caucásica con rasgos similares a los de Elizabeth. Tardó más de lo que había supuesto. Una chica cosida a navajazos, probablemente por su chulo aunque, naturalmente, no podía asegurarse. Tampoco podíamos dejar abierto el asesinato de Elizabeth. Necesitábamos una cabeza de turco, Beck. Así quedaría cerrado el asunto. Escogimos a KillRoy.

Era cosa sabida que KillRoy marcaba las caras de sus víctimas con la letra K. Así pues, marcamos el cadáver. El único problema que quedaba pendiente era el de la identificación. Barajamos la idea de quemarlo, pero esto habría significado pruebas dentarias y otras cosas por el estilo. O sea que corrimos el riesgo. El cabello cuadraba. El color de la piel y la edad eran más o menos los mismos. Trasladamos el cadáver a un pueblo con un modesto laboratorio forense. Nosotros mismos nos encargamos de hacer la llamada anónima a la policía. Nos aseguramos de llegar al despacho del forense a la misma hora que el cadáver. Lo único que quedaba era la comedia de las lágrimas en el momento de la identificación. Así se identifican la gran mayoría de víctimas de un asesinato. El encargado es un miembro de la familia. Así pues, la identifiqué yo y Ken corroboró la identificación. ¿Quién podía ponerla en duda? ¿Por qué iban a mentir el padre y el tío de la víctima?

—Corriste un riesgo muy grande —dije.

—¿Qué alternativa nos quedaba?

—Seguramente había otras posibilidades.

Se acercó más. Le oí el aliento. Debajo de los ojos le colgaban los pliegues de las ojeras.

—Te lo repito, Beck, sitúate en aquel camino polvoriento delante de los dos cadáveres... ¡Coño, tú ahora estás aquí sentadito y ves las cosas en perspectiva! Anda, dímelo: ¿qué podíamos hacer?

Pero yo no tenía respuesta.

—Había otros problemas además —añadió Hoyt, recostándose ligeramente en el respaldo—. No podíamos estar totalmente seguros de que la gente de Scope se tragaría todo aquel montaje. Por suerte para nosotros, se había planeado que los dos granujas abandonasen el país después de cometido el asesinato. Encontramos en su ropa unos pasajes para Buenos Aires. Eran unos facinerosos de mucho cuidado. Todo ayudaba. La gente de Scope se lo tragó, pero nos tenían vigilados, no tanto porque

pensasen que ella seguía viva sino porque les preocupaba que nos hubiera podido pasar material comprometedor.

—¿Qué clase de material comprometedor?

Pasó la pregunta por alto.

—Tu casa, tu teléfono, probablemente tu consultorio. Seguro que durante todos estos años te han puesto escuchas y vigilancias por todas partes. Y en lo que a mí respecta, lo mismo.

Ahora se explicaba el porqué de tanta cautela en los mensajes que yo había recibido. Paseé los ojos por la habitación.

—Ayer inspeccioné toda la casa —dijo—. Está limpia.

Cuando calló un momento, me arriesgué a hacerle una pregunta:

—¿Por qué Elizabeth ha decidido volver de pronto?

—Porque es estúpida —dijo y percibí indignación por vez primera en su voz. Le di un tiempo para que se calmase. Se calmó y la repentina rubicundez de su rostro fue atenuándose paulatinamente—. Enterramos los dos cadáveres —dijo con voz tranquila.

—¿Qué ha pasado con ellos?

—Elizabeth se enteraba de las noticias por Internet. Cuando supo que los habían descubierto, se figuró, al igual que yo, que los Scope sabrían la verdad.

—¿Que ella seguía viva?

—Sí.

—Pero si se encontraba al otro lado del mar, difícilmente habrían podido encontrarla.

—Eso le dije yo. Pero ella me respondió que nada les detendría. Se lanzarían contra mí. O contra su madre. O contra ti. Pero... —y volvió a callar, bajó la cabeza—. No sé hasta qué punto es importante todo este asunto.

—¿Qué quieres decir?

—A veces pienso que ella tenía ganas de que ocurriera. —Movié el vaso, hizo sonar el hielo—. Ella tenía ganas de volver a tu lado, David. Me parece que los cadáveres sólo fueron una excusa.

Esperé de nuevo. Entretanto bebió un poco más. Se levantó para atisbar de nuevo por la ventana.

—Ahora te toca a ti —me dijo.

—¿Qué?

—Quiero que me respondas ahora —dijo—. Quiero que me digas cosas como, por ejemplo, cómo se puso en contacto contigo. Cómo huiste de la policía. Dónde crees que puede estar.

Titubeé, pero sólo un momento. ¿Qué alternativas tenía, en realidad?

—Elizabeth se puso en contacto conmigo mediante mensajes electrónicos anónimos. Utilizó un código que sólo yo podía entender.

—¿Qué clase de código?

—Referencias a nuestro pasado en común.

Hoyt asintió con la cabeza.

—Sabía que podían vigilarla.

—Sí —dije moviéndome en el asiento—. ¿Qué sabes sobre el personal de Griffin Scope? —pregunté.

Pareció confuso.

—¿El personal?

—¿Hay un asiático muy musculoso que trabaja para él?

El poco color que tenía Hoyt en el rostro se le escapó como a través de una herida abierta. Me miró con expresión aterrada, tuve la impresión de que iba a persignarse.

—Eric Wu —dijo sin atreverse casi a levantar la voz.

—Sí, ayer me tropecé con el señor Wu.

—Imposible —dijo.

—¿Por qué?

—No habrías salido vivo.

—Tuve suerte.

Le conté la historia. Parecía estar al borde de las lágrimas.

—Si Wu la hubiera encontrado a ella, si la hubiera encontrado a ella antes que a ti... —Cerró los ojos intentando apartar la imagen.

—Pero no la encontró —dije.

—¿Cómo lo sabes?

—Wu quería saber qué hacía yo en el parque. Si se la hubiera encontrado antes, ¿para qué habría querido saberlo?

Asintió con la cabeza. Apuró el vaso y se sirvió más bebida.

—Pero ahora saben que está viva —dijo—. Y eso quiere decir que se lanzarán detrás de nosotros.

—Pues tendrán que pelear —dije con más valor del que sentía.

—No me has escuchado bien. A la bestia mítica le nacen otras cabezas.

—Pero al final el héroe siempre mata a la bestia.

Se echó a reír ante mis palabras. No era para menos, pensé. Yo no apartaba de él los ojos. El reloj del abuelo desgranó unas horas. Me quedé pensativo un momento.

—Tienes que contarme el resto —dije.

—No tiene importancia.

—¿Guarda relación con el asesinato de Brandon Scope?

Negó con la cabeza, pero con escaso convencimiento.

—Sé que Elizabeth proporcionó una coartada a Helio González —insistí.

—Eso no tiene ninguna importancia, Beck. Confía en mí.

—Estuvo allí, lo hizo, lo jodieron —dije.

Tomó otro trago.

—Elizabeth tenía una caja de seguridad a nombre de Sarah Goodhart —dije—. Fue allí donde encontraron las fotos.

—Lo sé —dijo Hoyt—. Aquella noche todo fue muy precipitado. Yo no sabía que Elizabeth ya les había dado la llave. Les vaciamos los bolsillos, pero no miramos en los zapatos. En cualquier caso, no tenía gran importancia. Yo no creía que los encontrasen nunca.

—En aquella caja había más cosas aparte de las fotografías —continué.

Hoyt dejó con mucho cuidado el vaso sobre la mesa.

—Estaba también la vieja pistola de mi padre. Una treinta y ocho. ¿La recuerdas?

Hoyt miró hacia otro lado y de pronto se le dulcificó la voz.

—Smith and Wesson. Le ayudé a elegirla cuando la compró.

Volví a temblar.

—¿Sabías que mataron a Brandon Scope con aquella arma?

Cerró con fuerza los ojos, como un niño que quiere ahuyentar un mal sueño.

—Dime qué ocurrió, Hoyt.

—Tú sabes qué ocurrió.

No podía parar de temblar.

—De todos modos, dímelo.

Las palabras le salieron a oleadas.

—Elizabeth mató a Brandon Scope.

Negué con el gesto. Sabía que no era verdad.

—Trabajaban codo con codo en aquella obra benéfica. Pero ella no podía tardar en descubrir la verdad. Y la verdad era que Brandon dirigía toda esa chusma, que jugaba a ser malo. Drogas, prostitución. Yo qué sé.

—Elizabeth no me lo dijo nunca.

—No se lo dijo a nadie, Beck. Pero Brandon lo supo. Y le dio una paliza a modo de aviso. Yo entonces no me enteré, por supuesto. Ella me contó aquella historia del choque con una valla.

—Elizabeth no lo mató —insistí.

—Fue en defensa propia. Al ver que Elizabeth no dejaba de hacer averiguaciones, Brandon entró en tu casa y esta vez iba armado con una navaja. Iba a por ella y... ella le disparo un tiro. Se defendió.

Pero yo seguía negando con la cabeza.

—Me llamó llorando. Fui en coche hasta tu casa. Cuando llegué... —calló un momento, jadeaba— ya estaba muerto. Elizabeth tenía el arma. Quería que llamase a la policía. Se lo saqué de la cabeza. Defensa propia o no, Griffin Scope la habría matado o algo peor. Le dije que me diera unas horas. Estaba temblorosa, pero al final accedió a mis ruegos.

—Y trasladaste el cadáver —dije.

Asintió.

—Había oído hablar de González. Un tipo que estaba al final de una vida dedicada al delito. Conocía a los de su clase. Ya había escapado por los pelos de ser condenado por asesinato. ¿Quién mejor que él para cargarle el muerto?

Se estaba aclarando todo.

—Pero Elizabeth no lo habría permitido nunca.

—Yo no contaba con eso —dijo—. Se enteró de la noticia cuando lo detuvieron y decidió preparar aquella coartada. Lo hizo para salvar a González de... —dibujó con los dedos unas irónicas comillas— una grave injusticia —negó con la cabeza—. Todo inútil. Si hubiera dejado que se hundiera aquel cabrón, allí se habría acabado todo.

—¿Supo la gente de Scope que ella había urdido la coartada? —pregunté.

—Alguien de dentro se fue de la lengua, sí. Y entonces ellos empezaron a enviar gente y descubrieron que ella había hecho averiguaciones. Lo demás cayó por su propio peso.

—O sea que lo de aquella noche en el lago fue una venganza.

Reflexionó un momento.

—En parte, sí. Y en parte fue un intento de ocultar la verdad sobre Brandon Scope. Era un héroe muerto. Mantener el honor significaba mucho para su padre.

Y yo pensé que también para mi hermana.

—Sigo sin entender por qué guardó el trasto en una caja de seguridad —dije.

—Pruebas —dijo.

—¿De qué?

—De que había matado a Brandon Scope. Y de que lo había hecho en defensa propia. Aparte de lo que pudiera ocurrir, Elizabeth no quería que nadie cargara con lo que sólo había hecho ella. Ingenua, ¿no crees?

No, yo no diría tal cosa. Me quedé sentado dejando que la verdad se asentara. Pero no ocurrió. Aún no. Porque aquello no era toda la verdad. Yo lo sabía mejor que nadie. Miré a mi suegro, la piel que se le iba descolgando, el cabello cada día más escaso, la barriga más redonda que antes, aquella figura todavía imponente, pero camino ya de la decadencia. Creía saber qué le había ocurrido a su hija. Pero ignoraba hasta qué punto se equivocaba.

Se oyó un trueno. La lluvia empezó a golpear los cristales, como puños diminutos.

—Podrías habérmelo contado —dije.

Negó con un gesto, pero esta vez poniendo en él mucha más energía.

—¿Tú qué habrías hecho, Beck? ¿Seguirla? ¿Huir con ella? Entonces ellos se habrían enterado de la verdad y nos habrían liquidado a todos. Te tenían vigilado. Todavía te tienen vigilado. No se lo dijimos a nadie. Ni siquiera a la madre de Elizabeth. Y si necesitas la prueba de que obramos bien no tienes más que mirar a tu alrededor. Han pasado ocho años. Ella no ha hecho más que enviarte unos cuantos mensajes anónimos. Y ya ves qué ha pasado.

Se oyó la puerta de un coche al cerrarse. Hoyt, como un gato enorme, dio un salto en dirección a la ventana. Volvió a atisbar.

—Es el coche en el que has venido. Hay dos negros dentro.

—Me vienen a buscar.

—¿Estás seguro de que no trabajan para Scope?

—Totalmente seguro.

En aquel mismo momento sonó el móvil. Lo cogí.

—¿Todo bien? —preguntó Tyrese.

—Sí.

—Salga.

—¿Por qué?

—¿Confía en ese poli?

—No del todo.

—Salga.

Dije a Hoyt que tenía que irme. Estaba tan acabado que no pareció importarle. Recuperé la Glock y me dirigí rápidamente a la puerta. Tyrese y Brutus me estaban esperando. La lluvia había amainado un poco, pero a ninguno de nosotros pareció importarnos.

—Hay una llamada para usted. Vaya allí.

—¿Por qué?

—Es personal —dijo Tyrese—. No quiero enterarme.

—Confío en ti.

—Haga lo que le digo, hombre.

Me aparté del alcance del oído de Tyrese. Detrás de mí no había más que sombras. Hoyt estaba atisbando. Me volví a mirar a Tyrese. Me indicó con el gesto que me acercara el aparato al oído. Lo hice. Hubo un silencio y después oí la voz de Tyrese que decía:

—Línea despejada. Adelante.

La voz que oí a continuación era la de Shauna.

—La he visto.

Me quedé inmóvil.

—Me ha dicho que te diga que estará esta noche en el Dolphin.

Sabía a qué se refería. La voz se extinguió. Volví junto a Tyrese y Brutus.

—Necesito ir a un sitio yo solo —dije—. No quiero que me siga nadie.

Tyrese dirigió una mirada a Brutus.

—Entre —dijo.

42

Brutus conducía como un loco. Enfilaba en dirección contraria calles de un solo sentido. Hacía bruscos giros en redondo. Desde el carril de la derecha, se metió entre el tráfico y pasó al izquierdo con luz roja. Llevábamos un tiempo excelente.

En el MetroPark de Iselin había un tren hacia Port Jervis que salía al cabo de veinte minutos. Desde allí alquilaría un coche. Cuando me dejaron en la estación, Brutus se quedó en el coche. Tyrese me acompañó hasta la taquilla.

—Usted me aconsejó que me fuera corriendo y que no volviera —dijo Tyrese.

—Ni más ni menos.

—Tal vez usted debería hacer lo mismo —dijo.

Le tendí la mano, pero Tyrese no la tomó, me echó los brazos al cuello.

—Gracias —le dije en voz baja.

Me soltó, sacudió los hombros para que volviera a quedarle la chaqueta en su sitio y se ajustó las gafas de sol.

—Sí, ya sabe, para lo que quiera.

No esperó a que yo añadiera nada más y volvió al coche.

Llegó el tren y salió a la hora prevista. Encontré un asiento y me desplomé en él. Intenté dejar la mente en blanco. Pero era imposible. Eché una ojeada a mi alrededor. El vagón estaba casi vacío. Dos colegialas con abultadas mochilas hablaban en su jerga habitual. Aparté de ellas los ojos y mi mirada tropezó con un periódico o, para decirlo con más propiedad, un ejemplar de la

prensa amarilla que alguien había dejado abandonado en un asiento.

Me acerqué al periódico y lo cogí. En la portada se anunciaba que una joven actriz había sido sorprendida y detenida por robar en una tienda. Fui pasando páginas con la intención de pararme en las historietas cómicas o en las páginas de deportes, cualquier cosa ligera, cuando mis ojos tropezaron con una foto, mi foto. El hombre buscado. Era curiosa la facha siniestra que tenía en aquella foto oscura. Parecía un terrorista de Oriente Medio.

Y entonces lo vi. Y mi mundo, bastante desmoronado ya a aquellas alturas, volvió a sacudirse.

En realidad, no leí el artículo. Me limité a dejar resbalar los ojos por la página. Pero vi los nombres. Por vez primera. Los nombres de los hombres cuyos cadáveres habían encontrado en el lago. Uno de los nombres me era familiar.

Melvin Bartola.

Era imposible.

Dejé el periódico, eché a correr y fui abriendo puertas correderas hasta que encontré al revisor a dos vagones de distancia.

—¿Cuál es la parada más próxima? —le pregunté.

—Ridgemont, Nueva Jersey.

—¿Hay alguna biblioteca cerca de la estación?

—No tengo ni idea.

Pese a todo, me apeé.

Eric Wu flexionó los dedos. De un leve pero certero empujón, violentó la puerta.

No había tardado mucho en averiguar quiénes eran los dos negros que habían ayudado a escapar al doctor Beck. Larry Gandle tenía amigos en el departamento de policía. A Wu le bastó con describírselos y luego revisar álbumes de fotografías. Después de varias horas de rastreo, Wu localizó la imagen de un sujeto llamado

Brutus Cornwall. Tras hacer unas llamadas, averiguaron que Brutus trabajaba para un traficante de drogas llamado Tyrese Barton.

No podía ser más sencillo.

La cadena saltó con un golpe seco. Se abrió la puerta de par en par y la manija golpeó la pared. Latisha levantó los ojos, sobresaltada. Iba a gritar, pero Wu se le adelantó. La amordazó con la mano y bajó los labios hasta su oreja. Otro hombre, alguien contratado por Gandle, entró tras él.

—Ssssss —dijo Wu casi suavemente.

En el suelo, TJ se entretenía jugando. Ladeó la cabeza al oír el ruido y dijo:

—¿Mamá?

Eric Wu le sonrió. Soltó a Latisha y se arrodilló en el suelo. Latisha intentó impedirselo, pero el otro hombre la sujetó. Wu posó una manaza en la cabeza del niño. Y, volviéndose a Latisha, acarició los cabellos de TJ.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Tyrese? —le preguntó.

Tras apearme, pedí un taxi en un mostrador de alquiler de coches. El empleado de chaqueta verde que estaba detrás del mostrador me indicó dónde estaba la biblioteca. Tardé tres minutos en llegar. La biblioteca Ridgemont era un edificio moderno de ladrillo de estilo *nouveau* colonial con grandes ventanales, estanterías de haya, terrazas, torres, cafetería. En el mostrador de información del segundo piso encontré una bibliotecaria a la que pregunté si podía utilizar el servicio de Internet.

—¿Lleva el carnet de identidad? —me preguntó.

Lo llevaba. Lo examinó.

—Hay que ser residente del condado.

—Por favor —le dije—, es muy importante.

Esperaba una negativa rotunda, pero la mujer se suavizó.

—¿Cuánto rato será?

—Unos minutos.

—Ese ordenador —me indicó un terminal situado detrás de mí—. Es el de urgencias. No puede utilizarse más de diez minutos.

Le di las gracias y me acerqué al ordenador. Yahoo me localizó el sitio del *New Jersey Journal*, el periódico más importante de los condados de Bergen y Passaic. Sabía muy bien la fecha exacta que necesitaba. El 12 de enero de doce años atrás. Localicé el archivo de búsqueda y tecleé la información.

La página web no guardaba más que seis años.

¡Maldita sea!

Acudí corriendo a la bibliotecaria.

—Necesito un artículo que se publicó en el *New Jersey Journal* hace doce años —dije.

—¿No está en el archivo de la web?

Negué con la cabeza.

—Microficha —dijo golpeando los brazos del sillón para levantarse—. ¿Qué mes?

—Enero.

Era una mujer corpulenta de andar trabajoso. Buscó el rollo en el cajón del archivo y me ayudó a insertar la cinta en el aparato. Me senté.

—Buena suerte —dijo.

Me puse a jugar con el mando como si fuera una válvula de una moto nueva. La microficha chirrió al pasar por el mecanismo. Cada pocos segundos me paraba a ver dónde estaba. Me costó menos de dos minutos encontrar la fecha que buscaba. El artículo estaba en la página tres.

En cuanto leí el titular, sentí un nudo en la garganta.

Juro que a veces aún oigo el chirriar de los neumáticos, aunque cuando ocurrió yo estaba durmiendo a muchos kilómetros de distancia. Todavía sigue doliéndome, tal vez no tanto como la noche en que perdí a Elizabeth, pero aquél fue mi primer encuentro con la muerte y la tragedia, algo que nunca se llega a superar del todo.

Han pasado doce años y aún se me hacen presentes todos los detalles de aquella noche aunque vuelvan ahora a mí a través de la nebulosa de un tornado: la llamada a la puerta antes del amanecer, el rostro solemne de los agentes de policía en la puerta, Hoyt con ellos, palabras cautelosas musitadas en voz baja, nosotros queriendo negarlas, la lenta imposición de la verdad, el rostro demudado de Linda, mis propias lágrimas, mi madre aún sin aceptarlo, imponiéndome silencio, pidiéndome que dejase de llorar, su frágil cordura cuarteándose de nuevo, diciéndome que no me portase como un niño pequeño, insistiendo en repetir que no pasaba nada y después acercándose de pronto a mí y sorprendiéndose de que mis lágrimas fueran tan grandes, demasiado grandes, decía ella, aquellas eran lágrimas de niño pequeño no de persona mayor, tocando una lágrima, restregándola entre el índice y el pulgar... ¡No llores más, David! Y enfadándose porque yo no podía dejar de llorar, hasta que por fin entraron Linda y Hoyt y la apaciguaron y alguien le dio un sedante, no por primera ni tampoco por última vez. Todo aquello volvió a hacerse presente como un borbotón horroroso. Y entonces leí el artículo y noté que el impacto me llevaba en una dirección totalmente nueva:

UN AUTOMÓVIL SE DESPEÑA POR UN BARRANCO
Un muerto. Se desconocen las causas

Anoche, aproximadamente a las tres de la madrugada, un Ford Taurus, conducido por Stephen Beck de Green River, en Nueva Jersey, cayó de un puente de Mahwah, no lejos de la frontera con el estado de Nueva York.

El terreno estaba muy resbaladizo debido a la reciente tormenta de nieve, pero las autoridades todavía no se han pronunciado respecto a las causas del accidente.

El único testigo del mismo, Melvin Bartola, que es un camionero de Cheyenne, Wyoming.....

Dejé de leer. Suicidio o accidente. La gente se preguntaba cuál de los dos. Ahora yo sabía que no había sido ninguna de las dos cosas.

Brutus dijo:

—¿Qué pasa?

—No sé, tío —y, después de reflexionar un momento, Tyrese añadió—: No quiero volver.

Brutus no replicó. Tyrese dirigió una mirada furtiva a su viejo amigo. Habían empezado a salir juntos en tercero. Brutus ya entonces no era muy hablador. Seguramente porque tenía demasiado trabajo esquivando los golpes en el trasero, en casa y en la escuela, hasta que un día comprendió que la única manera de sobrevivir era convirtiéndose en el peor hijo de puta del barrio. Empezó por llevar una pistola a la escuela cuando tenía once años. Mató por primera vez a los catorce.

—¿No estás harto de todo, Brutus?

Brutus se encogió de hombros.

—No sabemos hacer otra cosa.

Era la verdad, una verdad de peso, fría, impasible.

Graznó el móvil de Tyrese. Lo cogió y dijo:

—Sí.

—Hola, Tyrese.

Tyrese no reconoció la extraña voz.

—¿Quién es?

—Nos vimos ayer. En una furgoneta blanca.

Se le heló la sangre. «Bruce Lee —pensó Tyrese—. ¡Joder!»

—¿Qué quieres?

—Tengo aquí a alguien que quiere decirte hola.

Hubo un breve silencio y después TJ dijo:

—¿Papi?

Tyrese se arrancó las gafas de sol. El cuerpo se le puso rígido.

—¿TJ? ¿Estás bien?

Pero Eric Wu ya volvía a estar al habla.

—Ando buscando al doctor Beck, Tyrese. TJ y yo esperamos que nos ayudes a encontrarlo.

—No sé dónde está.

—Pues es una lástima.

—Te juro por Dios que no lo sé.

—Ya comprendo —dijo Wu, Y después añadió—: Espera un momento, Tyrese, ¿quieres? Me gustaría que oyeras una cosa.

43

Soplaba el viento, se cimbreaban los árboles, los colores anaranjados y purpúreos de la puesta de sol empezaban a dar paso a un cielo de bruñido peltre. Me asustó ver que el aire de la noche era exactamente el mismo de ocho años antes, la última vez que me había aventurado por aquellos lugares sagrados.

Me pregunté si la gente de Griffin Scope seguiría vigilando el lago Charmaine. Pero en realidad no importaba. Elizabeth era demasiado inteligente para eso. Ya he dicho anteriormente que, antes de que mi abuelo comprara la propiedad, había habido allí un campamento de verano. La palabra en clave de Elizabeth, Dolphin, era el nombre de una de las cabañas, la reservada para dormitorio de los chicos mayores, situada en lo más profundo del bosque, la que rara vez nos atrevíamos a visitar.

El coche de alquiler subió hasta lo que en otro tiempo había sido la entrada de los servicios del campamento, ahora prácticamente inexistente. Apenas era visible desde el camino principal, puesto que la ocultaba la altura de la hierba. Parecía la entrada de una cueva de murciélagos. Seguíamos bloqueando el paso con una cadena para que a nadie se le ocurriera aventurarse hasta allí y había un letrero que decía: Prohibido el paso. Tanto la cadena como el letrero seguían en su sitio, pero eran visibles los años de abandono. Paré, desenganché la cadena y la enrollé alrededor del árbol.

Me deslicé de nuevo en el asiento del conductor y me dirigí hacia la desoladora entrada del viejo campamento. Los restos eran

escasos. Todavía se veían los residuos oxidados y desperdigados de lo que en otro tiempo habían sido fogones y estufas. El suelo estaba cubierto de ollas y pucheros, la mayoría enterrados bajo el polvo de los años. Salí y aspiré el olor limpio de la hierba. Traté de no pensar en mi padre, sino en el claro del bosque, y cuando me atreví a mirar hacia el lago y vi el fulgor plateado de la luna que brillaba en la superficie rizada volví a oír la voz del viejo fantasma y me pregunté si no estaría reclamando venganza a gritos.

Empecé a subir por el camino prácticamente inexistente. Era extraño que Elizabeth hubiera elegido aquel lugar para encontrarnos. Ya he mencionado que a ella no le gustaba jugar en las ruinas de aquel antiguo campamento de verano. A Linda y a mí, en cambio, nos encantaba encontrar sacos de dormir o latas de conserva que acababan de vaciar, nos preguntábamos qué vagabundo las habría tirado y si todavía seguiría merodeando por aquellos andurriales. A Elizabeth, mucho más lista que nosotros dos, no le gustaban ni pizca aquellos juegos. Los lugares desconocidos, la incertidumbre, le daban mucho miedo.

Tardamos diez minutos en llegar. Sorprendentemente, la cabaña estaba en muy buen estado. El techo y las paredes seguían en su sitio, aunque los peldaños de madera que accedían a la puerta estaban desvencijados. El letrero con la palabra Dolphin seguía allí, aunque colgaba verticalmente sostenido por un único clavo. La construcción no había podido disuadir al musgo, ni a las enredaderas, ni a toda una mezcla de vegetación de nombre desconocido que se abría camino hacia el interior, abrazaba la cabaña, se introducía por las aberturas y ventanas y se apoderaba de ella hasta convertirla en un elemento natural del paisaje.

—Has vuelto —dijo una voz que me sobresaltó.

Una voz de hombre.

Reaccioné sin pensármelo dos veces. Salté a un lado, me arrojé al suelo, di un par de vueltas, saqué la Glock y apunté al hombre con ella. El hombre se limitó a levantar las manos. Lo miré sin dejar

de apuntarlo con la Glock. No era lo que yo esperaba. Su espesa barba era un nido de gorriones después del ataque del cuervo. Tenía el cabello largo y enmarañado. Sus ropas, hechas jirones, le servían de camuflaje. Por un momento tuve la impresión de haber vuelto a la ciudad y de encontrarme delante de uno de tantos pordioseros. Pero sus modales no eran los mismos. El hombre estaba muy erguido y muy firme. Y me miraba directamente a los ojos.

—¿Quién diablos es usted? —le pregunté.

—Ha pasado mucho tiempo, David.

—Yo a usted no le conozco.

—No, en realidad no me conoces. Pero yo sí —con un gesto de la cabeza indicó un camastro detrás de mí—. A ti y a tu hermana. Solía miraros mientras jugabais.

—No entiendo nada.

Sonrió. Sus dientes sanos y de un blanco deslumbrante asomaron entre la barba.

—Soy el coco.

Oí graznar a distancia a una familia de gansos que se disponían a aterrizar en la superficie del lago.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—Absolutamente nada —dijo sonriendo aún—. ¿Puedo bajar las manos?

Asentí. Bajó las manos. Yo bajé el arma, pero no la solté. Me quedé pensando en lo que el hombre acababa de decirme y de preguntarme.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí escondido?

—Poco más o menos... —hizo una especie de cálculos moviendo los dedos—... unos treinta años. —Sonrió al ver la expresión de estupor pintada en mi rostro—. Sí, llevo vigilándote desde que eras así de alto. —Puso la mano a nivel de la rodilla—. Te he visto crecer y... —se calló—. Hace mucho tiempo que no venías por aquí, David.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Jeremiah Renway —dijo.

El nombre no me decía nada.

—Huyo de la ley.

—Entonces, ¿por qué da la cara ahora?

Se encogió de hombros.

—Supongamos que me alegro de verte.

—No sabe si lo denunciaré a las autoridades.

—Me debes un favor.

—¿Qué favor?

—Te salvé la vida.

El suelo se movió bajo mis pies.

—¿Cómo?

—¿Quién te sacó del agua? —preguntó.

Quedé mudo de asombro.

—¿Quién crees que te llevó a rastras hasta la casa? ¿Quién crees que avisó a la ambulancia?

Abrí la boca, pero de ella no salió palabra alguna.

—¿Y... —su sonrisa se hizo más amplia—... y quién te figuras que enterró aquellos cadáveres para que nadie pudiera encontrarlos?

Tardé un rato en encontrar la voz.

—¿Por qué? —conseguí preguntar.

—No lo sé muy bien —dijo—. Hace muchísimo tiempo hice una cosa que no estaba bien. Me pareció que esto podía ser una oportunidad de redención o algo parecido.

—¿Quiere decir que usted vio...?

—Lo vi todo —dijo Renway—. Vi cómo cogían a tu chica. Vi cómo te daban con el bate. Vi cómo le prometían que te sacarían si les decía dónde estaba escondida una cosa. Vi cómo tu chica les daba una llave. Vi cómo se reían y cómo la obligaban a entrar en el coche mientras tú todavía estabas en el agua.

Tragué saliva.

—¿Viste cómo los mataban?

Renway volvió a sonreír.

—Ya hemos hablado bastante, hijo. Te está esperando.

—No comprendo.

—Que te está esperando —repitió mientras se alejaba—. Junto al árbol.

Sin que mediara aviso, se lanzó como una flecha hacia el bosque, era un ciervo huyendo entre la maleza. Me quedé un momento observando cómo se desvanecía en los matorrales.

El árbol.

Eché a correr. Las ramas me azotaban el rostro. Pero no me importaba. Las piernas me imploraban que les diera un respiro. Pero tampoco les hice caso. Los pulmones protestaban. Pero yo les dije que aguantaran. Cuando, por fin, doblé a la derecha al encontrar aquella roca semifálica y seguí la curva del camino, vi que el árbol seguía en su sitio. Al acercarme un poco más, sentí que los ojos se me humedecían.

Nuestras iniciales grabadas en la corteza, E.P.+D.B., se habían oscurecido con el tiempo. Lo mismo que las trece rayas que habíamos grabado. Me quedé un momento observándolo todo, después me aparté y, tímidamente, toqué los surcos. No los de las iniciales. No los de las trece rayas. Mis dedos recorrieron las ocho rayas frescas, todavía blancas y pegajosas de savia.

Y entonces oí que decía:

—Ya sé que lo consideras una cursilería.

Sentí que el corazón me iba a estallar. Di media vuelta. Y la vi.

No podía moverme. No podía hablar. Sólo podía mirarla. Mirar su rostro, su hermoso rostro. Y aquellos ojos. Tuve la impresión de que me caía, de que me hundía en un pozo oscuro. Tenía la cara más delgada, más pronunciados sus pómulos norteños. No creo haber visto nada más perfecto en toda mi vida.

Entonces me acordé de los sueños inquietantes que había tenido, momentos nocturnos de huida en que la estrechaba entre

mis brazos, le acariciaba el rostro y al mismo tiempo me sentía arrastrado, aun sabiendo que aquella felicidad en la que estaba inmerso no era real y que pronto me vería arrojado de nuevo al mundo de los que estaban despiertos. Sentí el miedo de que aquello no fuera más que una repetición de los sueños y sentí también que ese miedo me exprimía el aire de los pulmones.

Elizabeth pareció leer lo que yo pensaba, y asintió con el gesto como diciendo: «Sí, esto es real». Avanzó un paso, vacilante, hacia mí. Yo casi no podía respirar, pero conseguí mover la cabeza y, señalando con el dedo las líneas marcadas, dije:

—A mí me parece romántico.

Ahogó un sollozo con la mano y corrió hacia mí. Le abrí los brazos y se refugió corriendo en ellos. La retuve, la apreté con todas mis fuerzas. Tenía los ojos cerrados. Aspiré las lilas y la canela de sus cabellos. Con la cabeza en mi pecho, se echó a llorar. Nos apretamos con fuerza una vez y otra. Todavía... encajaba en mi cuerpo. Los contornos y surcos de nuestros cuerpos se ajustaban unos a otros. Le puse la mano en la nuca. Se había cortado el pelo pero su textura no había cambiado. La sentí temblar y estoy seguro de que también ella notó que yo temblaba.

El primer beso que nos dimos fue exquisito, íntimo y profundamente desesperado: dos seres que suben por fin a la superficie del agua después de comprobar que es más profunda de lo que pensaban. Los años empezaron a esfumarse, el invierno cedía paso a la primavera. Dentro de mí se sucedían las emociones. Yo no las clasificaba ni me detenía a analizarlas. Dejaba, simplemente, que todo sucediese.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos y ya me fue imposible moverme.

—Lo siento —dijo y yo pensé que mi corazón volvería a hacerse pedazos.

La retuve con fuerza. La retuve y me pregunté si alguna vez volvería a correr el riesgo de dejarla marchar.

—No me abandones nunca más —dije.

—Nunca.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo.

Seguimos abrazados. Yo apretado contra el prodigio de su piel, acariciándole la espalda. Besé su cuello de cisne. Así abrazado, levanté los ojos al cielo. Y hube de preguntarme: ¿y si fuera una broma cruel? ¿Cómo era posible que estuviera viva y hubiera vuelto a mi lado?

Pero no. Yo quería que aquello fuera real, que perdurara.

Con ella entre mis brazos, el sonido del móvil, como ocurre en mis sueños, me devolvió a la realidad. Luche por un momento con la idea de no contestar pero, teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, no era una buena opción. Había personas queridas que se inquietaban por nosotros. No podíamos abandonarlas. Los dos lo sabíamos. Con un brazo rodeando a Elizabeth, pues no quería dejarla escapar, cogí el móvil con la otra mano y contesté.

Era Tyrese A medida que iba hablando me entró la sensación de que empezaba a escabullírseme todo.

44

Aparcamos en el solar desierto de la escuela primaria de Riker Hill y atravesamos el recinto de la escuela cogidos de la mano. Pese a la oscuridad, me di cuenta de que habían cambiado muy pocas cosas desde los tiempos en que Elizabeth y yo, niños, retozábamos juntos en aquellos lugares. Al pediatra que llevo dentro no le pasó por alto que se habían adoptado nuevas medidas de seguridad. Los columpios estaban provistos de cadenas más fuertes y de asientos más adecuados. Debajo de los armazones de barras había una capa de tierra para amortiguar alguna posible caída. Pero el campo donde jugábamos a pelota, el campo de fútbol, la pista con los dibujos para jugar al tejo y los patios cuadrados estaban exactamente igual que cuando éramos niños.

Pasamos por delante de la ventana de la clase de segundo, la de la señorita Sobel, pero había transcurrido tantísimo tiempo que la nostalgia levantó apenas un rizo en el mar del recuerdo. Nos adentramos en el bosque cogidos aún de la mano. Hacía veinte años que ninguno de los dos recorría aquel sendero, pero sabíamos por dónde andábamos. Diez minutos después nos encontrábamos en el patio trasero de la casa de Goodhart Road. Me volví a Elizabeth y la vi mirar con ojos húmedos la casa donde había transcurrido su infancia.

—¿Tu madre no sabe nada? —le pregunté.

Negó con la cabeza. Yo asentí con el gesto y fui soltándole lentamente la mano.

—¿Seguro que hay que hacerlo? —preguntó.

—No hay alternativa —respondí.

No le brindé oportunidad de disentir. Me aparté y me acerqué a la casa. Al llegar a la puerta corredera de cristal, haciendo pantalla con las manos alrededor de los ojos, atisé el interior. Ni rastro de Hoyt. Tanteé la puerta de atrás. No estaba cerrada con llave. Hice girar el picaporte y entré. No había nadie. A punto estaba de salir de nuevo cuando vi el destello de una luz en el garaje. Atravesé la cocina y entré en el lavadero. Abrí lentamente la puerta que daba al garaje.

Hoyt Parker estaba en el asiento delantero de su Buick Skylark. Tenía el motor apagado. Tenía una botella en la mano. Cuando abrí la puerta, levantó el arma y me apuntó con ella. Después, al verme, volvió a dejarla a su lado. Di los dos pasos que me separaban del coche y alcancé la palanca de la puerta del lado opuesto. El coche no estaba cerrado. Abrí la puerta y me colé dentro.

—¿Qué quieres, Beck? —hablaba con lengua de trapo.

Traté de acomodarme en el asiento a su lado.

—Di a Griffin Scope que suelte al niño —dije.

—No sé de quién me hablas —replicó sin el más ligero acento de convicción.

—Mordida, cohecho, soborno. Escoge la palabra que más te guste, Hoyt. Ahora sé la verdad.

—Tú no sabes una mierda.

—Aquella noche en el lago —dije—. Cuando ayudaste a convencer a Elizabeth de que no fuera a la policía.

—Ya hemos hablado de eso.

—Pero ahora tengo curiosidad, Hoyt. ¿De qué tenías miedo entonces? ¿De que la mataran a ella o de que te detuvieran también a ti?

Con gesto perezoso, desvió los ojos hacia mí.

—Si no la hubiera convencido de que escapase, ahora estaría muerta.

—Eso no lo dudo —dije—. Pero también fue una suerte para ti, Hoyt. Así matabas dos pájaros de un tiro. A ella le salvaste la vida y tú te libraste de ir a la cárcel.

—Quieres decirme exactamente por qué tenía que ir a la cárcel.

—¿Vas a negar que estabas en la nómina de Scope?

Se encogió de hombros.

—¿Te figuras que yo era el único que cobraba de él?

—No —dije.

—Entonces, ¿por qué iba a preocuparme más que otro poli cualquiera?

—Por lo que habías hecho.

Apuró el vaso y buscó la botella para servirse otro trago.

—No sé de qué coño estás hablando.

—¿Sabías lo que investigaba Elizabeth?

—Sí, las actividades ilegales de Brandon Scope —dijo—. Prostitución, chicas menores, drogas. El chico jugaba a ser malo.

—¿Y qué más? —dije, reprimiendo un temblor.

—¿De qué estás hablando, si se puede saber?

—Si ella hubiese continuado escarbando, habría podido tropezar con un delito más grande —retuve el aliento—. ¿Me equivoco, Hoyt?

Advertí que, cuando dije esto, se quedó demudado. Volvió la cabeza y fijó la mirada en un punto detrás del parabrisas.

—Un asesinato —añadí.

Quise seguir su mirada, pero lo único que vi fueron unas herramientas de Sears colgadas ordenadamente de sus clavos. Los destornilladores, con sus mangos negros y amarillos, estaban alineados por orden riguroso de tamaños, los planos a la izquierda, los de estrella a la derecha. Entre las dos modalidades, tres llaves inglesas y un martillo.

—Elizabeth no fue la primera que quiso derribar a Brandon Scope —dije.

Me callé y esperé, esperé a que me mirara. Tardó unos momentos, pero al final lo hizo. Lo vi en sus ojos. No parpadeó ni trató de esconderse. Lo vi. Y él supo que yo lo había visto.

—¿Mataste a mi padre, Hoyt?

Echó un largo trago, se enjuagó la boca con él y se lo tragó de golpe. Parte del whisky le salpicó la cara. No se molestó en secarse.

—Peor que eso —dijo cerrando los ojos—, lo que hice fue traicionarlo.

Sentí que la rabia me hervía en el pecho, pero mi voz sonó extrañamente tranquila.

—¿Por qué?

—¡Vamos, David! A estas horas ya deberías saber por qué.

Sentí un nuevo arrebató de furia.

—Mi padre trabajaba con Brandon Scope —comencé.

—Más que eso —me cortó—. Griffin Scope tenía a tu padre como mentor. Trabajaban juntos.

—Como Elizabeth.

—Sí.

—Y trabajando con él, mi padre descubrió qué clase de monstruo era en realidad Brandon. ¿Me equivoco?

Hoyt se limitó a echar otro trago.

—No sabía qué hacer —continuó—. Le daba miedo contarle, pero se daba cuenta de que tampoco podía dejarlo pasar. Por eso estaba tan reservado en los meses que precedieron a su muerte.

Me callé y pensé en mi padre, asustado, solo, sin saber hacia dónde volverse. ¿Por qué no me había dado cuenta? ¿Por qué no había dejado a un lado mi mundo y no había prestado atención a sus preocupaciones? ¿Por qué no me había acercado a él? ¿Por qué no le había echado una mano?

Miré a Hoyt. Yo llevaba un arma en el bolsillo. ¡Qué poco me habría costado disparar! No tenía más que sacar la pistola y apretar el gatillo. ¡Bam! ¡Final! Sabía, sin embargo, por experiencia, que no

habría resuelto nada. En realidad, más bien habría conseguido lo contrario.

—Continúa —dijo Hoyt.

—En un determinado momento, mi padre decidió contarlo todo a un amigo. Pero no a un amigo cualquiera. Se lo contó a un poli, un poli que trabajaba en la ciudad, precisamente donde se cometían los delitos —la sangre había empezado a hervir en mis venas y amenazaba con hacerlas estallar—. A ti, Hoyt.

Su expresión experimentó un cambio.

—¿Hasta aquí voy bien?

—Bastante bien —replicó.

—Tú se lo dijiste a los Scope, ¿verdad?

Asintió.

—Me figuré que lo trasladarían a otro sitio, que harían algo. Que lo apartarían de Brandon. No podía imaginar... —Su cara revelaba a las claras que odiaba el intento de justificación que dejaba traslucir su voz—. ¿Cómo lo has sabido?

—Para empezar, está el nombre de Melvin Bartola. Fue el testigo que presenció el supuesto accidente que costó la vida a mi padre, pero resulta que también él, como es natural, trabajaba para Scope. —Ante mis ojos vi en un destello a mi padre sonriendo y apreté las manos, convertidas en puños—. Está después la mentira que contaste sobre que me salvaste la vida —proseguí—. Una vez hubiste disparado a Bartola y a Wolf, volviste al lago. Pero no para salvarme la vida. Me miraste, viste que no me movía, creíste que estaba muerto.

—Creí que estabas muerto —repitió—. No quería que estuvieras muerto.

—Semántica —dije.

—No quería que sufieras ningún daño.

—Pero no te impresionó tampoco mucho —dije—. Volviste al coche y dijiste a Elizabeth que me había ahogado.

—Lo que yo quería era convencerla de que debía desaparecer —dijo—. Y eso ayudaba.

—Debiste sorprenderte cuando te enteraste de que yo estaba vivo.

—Quedé de una pieza. ¿Cómo pudiste sobrevivir?

—Eso ahora no importa.

Hoyt se recostó de nuevo en el asiento como si estuviera agotado.

—Supongo que no —dijo. Su expresión volvió a cambiar y me sorprendió oírle decir—: ¿Qué más quieres saber?

—¿No niegas nada de lo que he dicho?

—No.

—Conocías a Melvin Bartola, ¿verdad?

—Así es.

—Bartola se fue de la lengua y te contó lo de la paliza a Elizabeth —dije—. No puedo imaginar qué ocurrió exactamente. Quizá le remordió la conciencia. Quizá no quería que ella muriese.

—¿Bartola conciencia? —soltó una risita burlona—. ¡Por favor! Era el peor desecho que ha salido del mundo del crimen. Si vino a mí fue porque creía que sacaría doble tajada. Que los Scope aflojarían y yo también. Le dije que estaba dispuesto a doblar la cantidad y que le ayudaría a salir del país si él me ayudaba a simular que Elizabeth estaba muerta.

Asentí, ahora lo veía claro.

—O sea que Bartola y Wolf dijeron a la gente de Scope que, después de las muertes, desaparecerían por un tiempo. Me sorprendió que su desaparición no provocara más sorpresas pero, gracias a ti, dieron por sentado que Bartola y Wolf se habían marchado.

—Sí.

—¿Qué ocurrió, pues? ¿Les traicionaste?

—La palabra de hombres como Bartola y Wolf no vale nada. Por mucho que yo les pagase, sabía que vendrían a por más. Igual

podían hartarse de vivir en el campo o emborracharse el día menos pensado y empezar a farolear en un bar cualquiera contando lo que habían hecho. A lo largo de mi vida he tenido que tratar con esta clase de basura. No podía correr ese riesgo.

—O sea que te los cargaste.

—Sí —respondió sin sombra de remordimiento.

Ahora ya lo sabía todo. Lo único que me quedaba por saber era cómo terminaría.

—Tienen retenido a un niño —le dije—. Les he prometido que me entregaría si lo soltaban. Llámalos. Ayúdame a que acepten el trato.

—Ya no confían en mí.

—Has estado mucho tiempo trabajando para Scope —dije—. Inventa algo.

Hoyt se sentó y se quedó pensando. Volvió a fijar los ojos en la pared de las herramientas. Me pregunté qué estaría mirando. De pronto, con gesto lento, levantó el arma y me apuntó a la cara.

—Creo que lo tengo —dijo.

—Abre la puerta del garaje, Hoyt —dije sin parpadear.

No se movió.

Alcancé la visera y pulsé el control remoto del garaje. La puerta cobró vida con un zumbido. Hoyt contempló cómo se levantaba. Elizabeth apareció de pie al otro lado, sin moverse. Una vez abierta del todo, la mirada de Elizabeth se fijó con dureza en su padre.

Hoyt se derrumbó.

—¿Hoyt? —dije.

Volvió con brusquedad la cabeza hacia mí. Con una mano me agarró por los cabellos y me apretó el arma contra un ojo.

—Dile que se aparte —me ordenó.

Me quedé inmóvil.

—Hazlo o morirás.

—No lo harás. Delante de ella, no.

Se me acercó más.

—¡Hazlo, coño! —el tono de voz tenía más de implorante ruego que de orden conminatoria.

Al mirarlo, sentí que me recorría una sensación extraña. Hoyt puso el contacto. Miré al frente e indiqué a Elizabeth con el gesto que se apartara. Vaciló, pero al final se hizo a un lado. Hoyt esperó a que dejara el paso libre. Pisó el gas. Pasamos, con una fuerte sacudida, junto a ella. Mientras nos alejábamos, me volví a mirar a través de la ventana trasera y vi cómo Elizabeth se iba desdibujando, empalideciendo hasta que finalmente desapareció.

Una vez más.

Me recosté en el asiento y me pregunté si volvería a verla. Primero había fingido confianza, pero sabía cuáles eran los riesgos. Elizabeth había querido disuadirme. Yo le había explicado que debía hacerlo. Esta vez me tocaba a mí hacer el papel de protector. A Elizabeth no le había gustado la idea, pero me había comprendido.

Hacía pocos días que me había enterado de que estaba viva. ¿Iba a regatear mi vida a cambio de aquella verdad? No, hacía lo que hacía de buena gana. Sentí que me invadía una sensación de bienestar sentado en aquel coche junto al hombre que había traicionado a mi padre. El remordimiento que desde hacía tanto tiempo pesaba en mi conciencia me estaba abandonando y dejaba en mí una sensación de alivio. Ahora sabía qué tenía que hacer, qué tenía que sacrificar. Me dije si existía acaso otra alternativa, si no estaría previsto para que ocurriera tal y como estaba ocurriendo.

Me volví hacia Hoyt y dije:

—Elizabeth no mató a Brandon Scope.

—Lo sé —contesto y luego dijo algo que me hirió como un trallazo—. Lo maté yo.

Me quedé helado.

—Brandon pegaba a Elizabeth —prosiguió atropelladamente—. Iba a matarla. O sea que me lo cargué cuando iba a entrar en su casa. Después cargué el muerto a González, como ya te he contado. Elizabeth estaba al corriente y no quería que un inocente

pagase por lo que no había hecho. Por eso presentó aquella coartada. La gente de Scope se enteró del asunto y esto les obligó a pensar. Cuando comenzaron a sospechar que tal vez Elizabeth era la asesina... —se paró y, con los ojos clavados en el asfalto, articuló unas palabras salidas de lo más profundo— ¡que Dios me ayude!, yo les dejé hacer.

Le tendí el móvil.

—¡Llama! —le dije.

Llamó. Habló con un tal Larry Gandle. Había visto varias veces a Larry Gandle. Su padre había sido compañero de instituto de mi padre.

—Tengo a Beck —le dijo Hoyt—. Nos encontraremos en los establos, pero tenéis que soltar al niño.

Larry Gandle dijo algo que no llegué a entender.

—En cuanto sepamos que el niño está sano y salvo, estaremos allí —oí que decía Hoyt—. Y dile a Griffin que tengo lo que quiere. Así daremos esto por terminado sin que yo ni ninguno de mi familia resulte perjudicado.

Gandle dijo algo y oí que cortaba la comunicación. Hoyt me devolvió el teléfono.

—¿Pertenezco a tu familia, Hoyt?

Volvió a apuntar a mi cabeza con el arma.

—Saca despacio la Glock, Beck. Lentamente. Con dos dedos.

Hice lo que me pedía. Accionó el pulsador eléctrico para bajar el cristal.

—Tírala por la ventana.

Vacilé. Me apretó el ojo con el cañón. Lancé el arma por la ventana, pero no la oí caer.

Ahora íbamos en silencio, esperando que volviera a sonar el teléfono. Cuando lo hizo, respondí yo. Tyrese me dijo en voz baja.

—Está bien.

Colgué, aliviado.

—¿Dónde me llevas, Hoyt?

—Lo sabes muy bien.

—Griffin Scope nos matará a los dos.

—No —respondió, pero siguió apuntándome con el arma—. A los dos, no —añadió.

45

Dejamos la autopista y enfilamos por una carretera rural. Las farolas iban espaciándose hasta que la única iluminación fue la de los faros del coche. Hoyt se sentó en el asiento trasero y sacó un sobre de papel manila.

—Está todo aquí, Beck. Todo.

—¿Qué es todo?

—Lo de tu padre con Brandon. Lo de Elizabeth con Brandon.

Por un momento me desorientó. Había tenido el sobre con él todo el tiempo. Después me dije: «¿Por qué en el coche? ¿Qué hacía Hoyt metido en el coche?».

—¿Dónde están las copias? —le pregunté.

Sonrió como si le alegrara que se lo hubiera preguntado.

—No las hay. Está todo aquí.

—Sigo sin entender.

—Ya lo entenderás, David. Lo siento, pero ahora tú eres la cabeza de turco. No hay otra salida.

—Scope no se lo tragará —dije.

—Sí, seguro que se lo traga. Como has dicho, hace mucho tiempo que trabajo para él. Sé qué quiere oír. Y hoy es el final.

—¿Hablas de mi muerte? —pregunté.

No respondió.

—¿Qué explicación darás a Elizabeth?

—Es posible que me odie —contestó—, pero por lo menos ella vivirá.

Vi enfrente la reja de la entrada trasera de la finca. «Fin del juego», pensé. El guarda de seguridad uniformado nos indicó con el gesto que entrásemos. Hoyt seguía apuntándome con el arma. Avanzamos a través del camino y de pronto, sin previo aviso, Hoyt pisó el freno.

Y se volvió hacia mí.

—¿Llevas micrófono, Beck?

—¿Cómo? No.

—No me engañes. Déjame ver.

Acercó la mano a mi pecho y yo me aparté.

Levantó más el arma y, eliminando el espacio que quedaba entre los dos, me palpó la parte inferior del cuerpo. Satisfecho, se recostó en el asiento.

—Estás de suerte —dijo en tono burlón.

Volvió a meterse en el camino. A pesar de la oscuridad, se detectaba la opulencia del lugar. La silueta de los árboles se recortaba contra la luna y, aunque no había viento, las ramas cimbrecaban. Descubrí a distancia una explosión de luces. Hoyt siguió avanzando a través del camino en dirección a las mismas. Un letrero gris descolorido nos anunció que acabábamos de llegar a Freedom Trails Stables. Aparcamos en el primer espacio a la izquierda. Miré por la ventana. No sé mucho de instalaciones hípicas, pero el lugar era impresionante. Había un edificio en forma de hangar donde habrían cabido doce pistas de tenis. Los establos propiamente dichos estaban dispuestos en forma de V y se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En el centro del terreno había un surtidor, además de pistas para correr y de obstáculos y vallas para saltar.

También había unos hombres esperándonos.

Apuntándome todavía con el arma, Hoyt me ordenó:

—Sal del coche.

Bajé. Al cerrar la puerta, el golpe arrancó ecos al silencio. Hoyt dio la vuelta al coche para situarse a mi lado y me pegó el arma a

los riñones. Había olores que me traían la grata reminiscencia de las ferias del campo. Pero cuando descubrí a los cuatro hombres delante de mí, a dos de los cuales reconocí, se desvaneció la imagen.

Los otros dos, que no había visto en mi vida, iban armados con una especie de fusil semiautomático con el que nos apuntaron. Apenas me estremecí. Supongo que ya comenzaba a acostumbrarme a ver armas apuntándome. El hombre situado más a la derecha estaba junto a la entrada del establo. El otro se apoyaba en un coche que había a la izquierda.

Los dos hombres a los que identifiqué estaban juntos debajo de un foco de luz. Uno era Larry Gandle. El otro, Griffin Scope. Hoyt me empujó con el arma para obligarme a avanzar. Cuando nos encontramos cerca de ellos, vi que la puerta del gran edificio estaba abierta.

Eric Wu salió por ella.

Mi corazón se alborotó y sentí los golpes de los latidos en las costillas. La respiración me resonaba en los oídos. Me flaquearon las piernas. Podía ser inmune a la intimidación de las armas pero mi cuerpo, en cambio, recordaba los dedos de Wu. Involuntariamente, aminoré la marcha. Wu apenas me miró. Se fue hacia Griffin Scope y le entregó algo.

Hoyt me obligó a detenerme cuando todavía estábamos a unos doce metros de distancia.

—Buenas noticias —exclamó.

Todos los ojos se volvieron hacia Griffin Scope. Yo sabía quién era, como es natural. Después de todo, yo era el hijo de un viejo amigo suyo y el hermano de una empleada de la máxima confianza. Como la mayoría de los demás, sentía un gran respeto por el hombre fornido cuyos ojos despedían un extraño brillo. Perteneecía a esa clase de hombres que habrías querido que se fijase en ti, que te diera una palmada en la espalda, que te invitara a beber, un hombre que poseía la rara habilidad de saber caminar por esa cuerda floja

que media entre el amigo y el patrón, combinación que no ha funcionado nunca. Ni el patrón se hace respetar igual cuando se convierte en amigo ni el amigo lo es tanto cuando de pronto tiene que adoptar el papel de patrón. Pero eso no suponía un problema para aquella dínamo que era Griffin Scope. Él había sabido imponerse siempre.

Griffin Scope parecía desconcertado.

—¿Buenas noticias, Hoyt?

Hoyt trató de sonreír.

—Muy buenas, creo.

—¡Estupendo! —dijo Scope echando una ojeada a Wu. Éste asintió, pero no se movió de donde estaba—. Anda, dame esas buenas noticias, Hoyt. Soy todo oídos.

Hoyt carraspeó.

—En primer lugar, debe comprender. Yo no he querido nunca perjudicarlo en nada. De hecho, hice lo imposible para que no aflorara nunca nada que pudiera incriminarlo. Pero también debía salvar a mi hija. Lo comprende, ¿verdad?

Por el rostro de Scope pasó una sombra.

—¿Que si comprendo el deseo de un padre de proteger a su hija? —preguntó con una voz que retumbó sordamente—. Sí, Hoyt, creo que lo comprendo.

Un caballo relinchó en la distancia. Todo lo demás era silencio. Hoyt se pasó la lengua por los labios y sacó el sobre de papel manila.

—¿Qué es eso, Hoyt?

—Todo —replicó él—. Fotografías, declaraciones, cintas. Todo lo que mi hija y Stephen Beck guardaban sobre su hijo.

—¿Hay copias?

—Sólo una —dijo Hoyt.

—¿Dónde está?

—En lugar seguro. Se encuentra en poder de un abogado. Si no le he llamado en el término de una hora y le doy el código, la pondrá

en circulación. No quiero que parezca una amenaza, señor Scope. Yo nunca revelaría lo que sé. Tengo tanto que perder como el que más.

—Sí —dijo Scope—. En eso llevas razón.

—Pero ahora ya puede dejarnos en paz. Lo tiene todo. Y le enviaré el resto. Ya no tiene por qué acosarme a mí ni a mi familia.

Griffin Scope miró a Larry Gandle y después a Eric Wu. Pareció que los dos hombres que estaban a un lado con las armas se ponían tensos.

—¿Qué me dices de mi hijo, Hoyt? Lo mataron como a un perro. ¿Quieres que deje pasar una cosa así?

—Lo que yo digo es esto: Elizabeth no lo hizo —dijo Hoyt.

Scope entrecerró los ojos en un gesto que parecía de un profundo interés, pero a mí me pareció que en su expresión había algo más, algo más próximo a la perplejidad.

—Entonces, te ruego que me digas quién lo hizo.

Oí que Hoyt tragaba saliva. Después se volvió a mí y me miró.

—David Beck —contestó.

No me sorprendió. Ni me indignó siquiera.

—Él mató a su hijo —continuó precipitadamente—. Descubrió lo que ocurría y quiso vengarse.

Scope se tomó un tiempo antes de proferir un quejido y de llevarse la mano al pecho. Finalmente, me miró. Wu y Gandle también me miraron. Scope, clavando sus ojos en los míos, dijo:

—¿Qué tiene que alegar en su defensa, doctor Beck?

Me quedé pensativo.

—¿Serviría de algo decir que miente?

Scope no me respondió directamente. Se volvió a Wu y dijo:

—Dame ese sobre, por favor.

Wu caminaba como una pantera. Se acercó a nosotros, me sonrió y noté que mis músculos se contraían instintivamente. Se detuvo ante Hoyt y tendió la mano. Hoyt le entregó el sobre. Wu cogió el sobre con una mano mientras que con la otra —jamás

había visto a nadie moverse con tanta rapidez— cogía el arma de Hoyt como de manos de un niño y la arrojaba detrás de él.

—Pero ¿qué...? —exclamó Hoyt.

Wu le asestó un puñetazo en el plexo solar y Hoyt cayó de rodillas. De pie todos a su alrededor, lo vimos derrumbarse y quedar a gatas en el suelo haciendo esfuerzos para vomitar. Wu dio una vuelta a su alrededor como si tratase de hacer tiempo, y de pronto arreó un puntapié a las costillas de Hoyt. Oí un crujido. Hoyt rodó por el suelo y se quedó boca arriba, parpadeando y con los brazos y las piernas extendidos.

Griffin Scope se acercó a mi suegro y le sonrió. Después levantó la mano con algo en ella. Entrecerré los ojos para distinguirlo. Era algo pequeño y negro.

Hoyt miró hacia arriba y escupió sangre.

—No lo entiendo —consiguió decir.

Entonces distinguí lo que llevaba Scope en la mano. Era un reproductor de microcasetes. Scope pulsó un botón. Primero oí mi voz, después la de Hoyt:

—*Elizabeth no mató a Brandon Scope.*

—*Lo sé. Lo maté yo.*

Scope volvió a pulsar con fuerza el aparato. Nadie decía nada. Scope estaba con los ojos bajos mirando a mi suegro. En aquel momento advertí varias cosas. Pensé que si Hoyt Parker sabía que en su casa había micrófonos ocultos, hubiera debido saber también que era más que probable que también los hubiera en su coche. Por eso salió de casa cuando nos vio, a Elizabeth y a mí, en el patio trasero de la misma. Por eso me esperaba en el coche. Por eso me interrumpió cuando le dije que Elizabeth no había matado a Brandon Scope. Por eso confesó su asesinato en un lugar donde sabía que lo escucharían. Comprendí que, cuando me palpó, descubrió que llevaba en el pecho el micrófono que Carlson me había instalado, porque quería asegurarse de que los federales también lo oírían todo y que Scope no se molestaría en cachearme. Comprendí que

Hoyt Parker se inmolaba y que, aunque había hecho muchas cosas terribles, entre ellas traicionar a mi padre, aquello no había sido más que una añagaza, un último intento de redención y que al final quería ser él, no yo, quien se sacrificase para salvarnos a todos. También comprendí que, para que funcionara su plan, todavía tenía que hacer otra cosa. Por eso me hice a un lado. Y aunque oí los helicópteros del FBI que iban bajando, aunque oí la voz de Carlson que a través de un megáfono gritaba que todo el mundo se quedara en su sitio, vi cómo Hoyt Parker alcanzaba la pistolera que llevaba en el tobillo, sacaba un arma y disparaba tres tiros a Griffin Scope. Luego le vi volver el arma hacia él y, aunque grité «¡No!», pude oír cómo sonaba el tiro final.

46

Cuatro días más tarde enterramos a Hoyt. Acudieron a presentarle sus respetos miles de polis uniformados. Los detalles de lo ocurrido en la finca de Scope no habían trascendido y yo tenía la plena seguridad de que no trascenderían nunca. Ni siquiera la madre de Elizabeth había insistido en preguntar, quizá porque estaba loca de alegría ante el regreso al mundo de su hija. Tal vez aquel hecho la incitaba a no preguntar demasiado ni a querer mirar muy de cerca las grietas de la versión que le habían servido. Ya se lo contaría yo algún día.

De momento, Hoyt Parker había muerto como un héroe. Y a lo mejor incluso lo había sido. No soy quién para decirlo.

Hoyt había escrito una larga confesión, básicamente una confirmación de lo que me había dicho en el coche. Carlson me la mostró.

—¿Con esto queda cerrado el caso? —pregunté.

—Todavía hay que juzgar a Gandle, a Wu y a alguno más —contestó—. Pero muerto Griffin Scope, todo el mundo se ha sacado un peso de encima.

«La bestia mítica —pensé—. No hay que cortarle la cabeza. Hay que traspasarle el corazón».

—Fue inteligente de su parte que acudiera a mí cuando raptaron al niño —me dijo Carlson.

—¿Tenía otra alternativa?

—Tiene usted razón —dijo Carlson estrechándome la mano—. Cuídese, doctor Beck.

—Y usted también —contesté.

Seguramente querrán saber si Tyrese llegó a ir a Florida y qué fue de TJ y de Latisha. También se preguntarán si Shauna y Linda siguieron juntas y qué supuso su decisión para Mark. Pero no puedo darles respuesta porque lo ignoro.

La historia termina aquí, cuatro días después de la muerte de Hoyt Parker y de Griffin Scope. Es tarde. Muy tarde. Estoy en la cama con Elizabeth contemplando el leve movimiento de su cuerpo mientras duerme. No me canso de contemplarla. Apenas cierro los ojos. Mis sueños ahora invierten perversamente la realidad. Ahora la pierdo en sueños, ella vuelve a estar muerta y yo estoy solo. Por eso la retengo. Me aferró a ella, la necesito. Y a ella le ocurre lo mismo. Ya lo superaremos.

Como si sintiera mi mirada sobre ella, Elizabeth se da la vuelta. Le sonrío. Ella me sonrío a su vez y siento que mi corazón se expande. Recuerdo el día del lago. Recuerdo cuando me dejé arrastrar por aquella tabla. Y recuerdo mi decisión de contarle la verdad.

—Tenemos que hablar —le digo.

—No creo.

—Nos lo hemos dicho siempre todo, Elizabeth. Guardar secretos fue la causa principal de todo el embrollo. Si nos lo hubiésemos dicho todo... —no terminé.

Asiente y comprendo que ella sabe. Que lo ha sabido siempre.

—Tu padre —digo— creyó siempre que tú habías matado a Brandon Scope.

—Se lo dije yo.

—Pero al final... —me callo, sigo de nuevo— cuando, en el coche, le dije que tú no lo habías matado, ¿crees que adivinó la verdad?

—No sé —dice Elizabeth—. Quiero pensar que sí.

—O sea que se sacrificó por nosotros.

—Quiso impedir que tú lo hicieras —dice— o a lo mejor se murió creyendo que yo había matado a Brandon Scope. No lo sabremos nunca. Y eso no tiene importancia.

Nos miramos.

—Tú lo sabías —digo sintiendo un nudo en el pecho—, lo sabías desde el principio. Tú...

Me impone silencio llevándose un dedo a los labios.

—Está bien así.

—Metiste todo aquello en la caja de seguridad... —digo— lo hiciste por mí.

—Quería protegerte —dice.

—Fue en defensa propia —digo volviendo a recordar el tacto del arma en mi mano, la desagradable sacudida cuando apreté el gatillo.

—Lo sé —me dice rodeándome con los brazos y acercando a mí su cuerpo—, lo sé.

Yo estaba solo en casa hace ahora ocho años cuando Brandon Scope penetró en nuestra casa. Estaba solo en la cama cuando se coló con el cuchillo. Luchamos. Conseguí hacerme con la pistola de mi padre. Se abalanzó sobre mí. Disparé y lo maté. Después me entró pánico y eché a correr. Quería pensar, resolver qué haría. Al volver en mí, regresé a casa y el cadáver había desaparecido. Y el arma lo mismo. Quería contárselo todo a Elizabeth. Lo habría hecho el día que fuimos al lago. Pero al final no le dije nada. Y así hasta ahora.

Como acababa de decirle, si le hubiera dicho la verdad desde el primer momento...

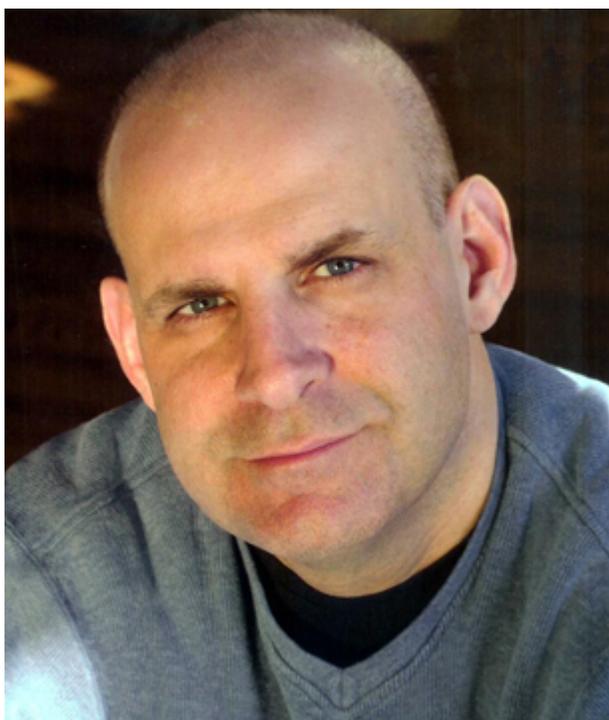
Me estrecha con más fuerza.

—Estoy aquí —me musita al oído.

Aquí. Conmigo. Nos va a costar un poco percatarnos de la realidad. Pero lo conseguiremos. Abrazados, nos deslizamos en el sueño. Mañana por la mañana nos despertaremos juntos. Y también

el día siguiente. Su rostro será lo primero que veré todos los días.
Su voz será lo primero que oiré. Con esto tendré siempre bastante.

FIN



HARLAN COBEN nació en Nueva Jersey, Estados Unidos, el 4 de enero de 1962. De origen judío, se tituló en ciencias políticas en el Amherst College, donde conoció al escritor Dan Brown, con quien mantiene una buena amistad. Tras licenciarse trabajó para una agencia de viajes propiedad de su abuelo, y publicó su primer libro en 1990. Más tarde inició la serie de «thrillers» que lo harían famoso, protagonizados por *Myron Bolitar*, un ficticio ex-jugador de baloncesto profesional que se ha convertido en agente deportivo que acaba investigando muertes relacionadas con sus clientes.

El mundo de *Myron Bolitar*, a diferencia de otros investigadores de novela negra, se centra en la clase medio-alta, en ambientes idílicos donde se destapan terribles misterios y crímenes atroces. Tras esta serie de obras comenzó a escribir otros libros con protagonistas distintos, si bien las novelas mantenían las mismas características de intriga y contexto.

Ganador del Edgar Award, el Shamus Award y el Anthony Award, Coben es autor de más de una docena de novelas, incluidos los «bestsellers»: *El inocente*, *Motivos de ruptura*, *Última oportunidad*, *Sólo una mirada*, *Por siempre jamás* y *No se lo digas a nadie*. Con ellas ha logrado convertirse en un nombre de referencia del género de suspense. Sus libros han sido publicados en más de 30 idiomas en todo el mundo. En la actualidad, vive en Nueva Jersey, con su esposa y cuatro hijos.

Notas

[1] Caniches sexuales de la adolescencia (N. de la T.) <<

[2] Se refiere a O. J. Simpson, el conocido atleta norteamericano, acusado de haber asesinado a su esposa y al amante de ésta y que fue posteriormente absuelto por considerar que habían existido irregularidades policiales (N. de la T.) <<

[3] Vuelve a referirse al atleta O. J. Simpson. (N. de la T.) <<

[4] Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee, fue condenado por sus escalofriantes crímenes a más de novecientos años de cárcel y murió asesinado en la prisión por un compañero de celda (N. de la T.) <<

[5] El Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas (N. de la T.) <<